H.K. CHRISTIE

ERA UNA DE ELLOS



LOS CASOS DE MARTINA MONROE - LIBRO 16

Era una de ellos

Los Casos de Martina Monroe Libro 16

H.K. Christie



—·—

Copyright

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, empresas, lugares, eventos e incidentes son productos de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o con eventos reales es pura coincidencia.

Copyright © 2026 por H.K. Christie

Diseño de portada por Odile Stamanne

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida en cualquier forma o por cualquier medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del editor, excepto por el uso de citas breves en una reseña del libro.

Si desea utilizar material de este libro, debe obtener un permiso previo por escrito poniéndose en contacto con el editor en:

www.authorhkchristie.com

Primera edición: marzo de 2026

Dedicatoria

Para los héroes cotidianos que se alzan y luchan por la justicia.

Contents

1. Lena
2. Martina
3. Martina
4. Lena
5. Martina
6. Martina
7. El arquitecto
8. Martina
9. Val
10. Martina
11. Val
12. Martina
13. Martina
14. Martina
15. Martina

16. Val
17. Lena
18. Martina
19. El arquitecto
20. Val
21. Martina
22. Martina
23. Lena
24. Val
25. Lena
26. Martina
27. Val
28. Martina
29. El arquitecto
30. Martina
31. Lena
32. Martina
33. Val
34. Martina
35. Martina
36. Lena
37. Val
38. Martina
39. Val
40. El arquitecto
41. Martina
42. Martina

43. Martina
44. Martina
45. Martina
46. El arquitecto
47. Martina
48. Val
49. El arquitecto
50. Martina
51. Martina
52. Martina
53. Val
54. Martina
55. Val
56. Martina
57. Martina
58. Martina
Sobre la autora
Agradecimientos

1

—•—

Lena

Ethan describía a la chica desaparecida con una fascinación distante que me helaba la sangre. Intenté no darle importancia. Solo era Ethan siendo Ethan, *supongo*. Pero la forma en que hablaba de la chica secuestrada, cómo creía que había ocurrido y lo que el secuestrador podría estar haciéndole… era asqueroso. Su voz sonaba demasiado despreocupada, demasiado curiosa, como si estuviera especulando sobre el argumento de una película en lugar de sobre una persona real.

A decir verdad, Ethan nunca me ha caído bien. Había algo en su forma de mirarme a mí y de mirar a los demás. Como si no fuera uno de nosotros. Como si nos estuviera estudiando. De la misma manera que observaríamos a los animales en un zoo, de forma separada y distante. Con rasgos de sociópata. Al puro estilo de un asesino en serie. No tenía ni idea de por qué Jason seguía saliendo con él.

Eran amigos desde que eran pequeñitos, pero ya estaban en la veintena. Ya iba siendo hora de pasar página. Por qué Jason seguía siendo su amigo era un misterio para mí. Ethan no tenía metas reales en la vida. Trabajaba para la empresa de su padre, pero solo

para que su familia no le cortara el grifo. Jason era diferente. Estudiaba medicina y sería médico en un par de años.

Al otro lado de la habitación, crucé la mirada con Jason. Me guiñó un ojo con picardía. Nunca me había enamorado antes de Jason, no de verdad. Todo con él era muy distinto, como un amor de adultos. Era dulce y atento. No buscaba solo pasar un buen rato, como tantos otros chicos con los que había salido.

Tiffany se echó hacia atrás su larga melena rubio platino y dijo:

—Ethan, ¿podemos dejar de hablar de esto? Es muy morboso.

—¿Por qué? ¿Tienes miedo? —preguntó Ethan con un deje de deleite en su tono de voz.

—No. Solo me da repelús. Quizá deberías intentar ser *menos* asqueroso —replicó Tiffany.

Se lo agradecí en silencio. Que la familia de Ethan tuviera miles de millones no significaba que tuviéramos que aguantarlo. Y, sin embargo, allí estábamos, invitados a pasar el fin de semana en la cabaña de sus padres, en lo más profundo del bosque, a kilómetros de cualquier sitio. La cabaña en sí era imposible de criticar. Ventanales de suelo a techo. Chimenea de piedra. Un servicio que aparecía con bebidas antes incluso de que te dieras cuenta de que tu copa estaba vacía. Aun así, yo prefería las luces de la ciudad y los bares ruidosos a tanto silencio.

—Bueno, si no queréis hablar de lo que sale en las noticias —dijo Ethan, recostándose con los ojos brillantes a la luz del fuego—, juguemos a algo.

—¿A qué clase de juego? —preguntó Jenna.

—Bueno, no sé si algunas de vosotras estaréis a la altura —dijo—. Parecéis bastante asustadas ya. ¿Qué me dices tú, Lena? Apuesto a que tienes demasiado miedo para jugar.

Le sostuve la mirada sin parpadear.

—Sabes que me apunto a un bombardeo, Ethan. Intenta superarme si puedes.

Jason se acercó y me rodeó los hombros con el brazo.

—Esa es mi chica.

—Vale, el juego es el siguiente. Nos reuniremos alrededor de la chimenea y contaré la historia más perturbadora que conozco. Os

garantizo que os vais a quedar aterrorizados —dijo, disfrutando claramente del protagonismo mientras todos escuchaban—. Y después —añadió—, tendréis que quedaros fuera solos. Quien aguante diez minutos *completos* a solas en la oscuridad, gana.

—¿Y qué ganamos? —preguntó Jenna.

¿De verdad le importaba? No tenía personalidad ninguna. Siempre dejándose llevar por los demás. Nunca la había entendido del todo. Era guapa y lista; ¿por qué le preocupaba tanto lo que los demás pensaran de ella?

Jason miró a Ethan.

—¿Lo tienes ahí?

Ethan asintió.

—Aquí mismo. Se dio la vuelta y fue hacia un armario, lo abrió y sacó algo que parecía un antiguo trofeo de fútbol cubierto de limpiapipas y pompones. Estaba claro que lo habían hecho niños pequeños. —Si ganas, te llevas el Trofeo al Mejor Hombre.

—¿El qué? —pregunté.

Jason dijo:

—Es el Trofeo al Mejor Hombre. Si lo ganas, eres *el mejor hombre*. Lo hicimos cuando éramos críos.

Ethan dijo:

—El último que lo gane se lo queda. Por eso todavía lo tengo yo. Soy el campeón vigente y el *mejor* hombre.

Jason se volvió hacia mí.

—Es un objeto muy codiciado.

—Eso parece —dije—. ¡Estoy deseando ganarlo!

Ethan dijo:

—Nunca ha ganado una chica. Pero buena suerte, encanto.

No me extrañaba que siguiera soltero.

—Hasta *ahora*. Adelante.

El grupo salió del comedor y se reunió alrededor de la chimenea, hundiéndose en el gran sofá de cuero mientras el fuego chisporroteaba y estallaba. Ethan comenzó su historia, describiendo con todo lujo de detalles a un asesino en serie que cazaba en el bosque, capturando y descuartizando a sus víctimas. Hablaba con calma, casi con reverencia, como si saboreara cada palabra. El

asesino, dijo, fue finalmente detenido por un agente local del FBI. Algo me recorrió la nuca.

Ethan continuó.

—Y, amigos míos, el quid de la cuestión es que no es solo una historia. Todo ocurrió aquí. En el mismísimo bosque que nos rodea *en este preciso momento*.

Tiffany y yo intercambiamos una mirada antes de darme cuenta de que ya había oído esa historia.

—Creo que leí algo sobre eso. ¿Cómo conoces todos esos detalles? Desde luego, no aparecían en ninguno de los informes de prensa que yo había leído.

—Mi familia es amiga de la gente de aquí. Nos enteramos de todos los pormenores. Por lo visto, ese agente del FBI todavía vive por aquí —nos analizó uno por uno—. Así que ahora que sabéis que ha habido asesinos en serie merodeando por estos bosques, ¿ quién quiere ser el primero en salir fuera? Con los ojos vendados. En la oscuridad. A cinco metros de la casa. Completamente solo al borde del bosque.

Mi corazón dio un vuelco.

—Si aguantas diez minutos —continuó—, ganas el trofeo, o quizá algo todavía mejor.

Jason se removió inquieto.

—Lena, ¿por qué no vas tú la primera? Sé lo mucho que te gusta la adrenalina.

Me parecía un juego de niños. No entendía por qué alguien iba a tener miedo. Según la propia historia de Ethan y los artículos que yo había leído, al asesino lo habían atrapado. No había nada de qué preocuparse. Pero me encantaría restregarle la victoria a Ethan en la cara. Dije:

—Claro. Hagámoslo.

Jason me ayudó a levantarme. Ethan sacó un pañuelo de satén negro y me lo anudó con cuidado alrededor de los ojos.

—Jason te guiará fuera. ¿Estás listo, Jason?

—Lo estoy.

«¡Ooooh!» y «¡aaaah!» exclamaron los demás.

—Estoy deseando tener ese trofeo en mi poder —dije mientras Jason me llevaba hacia la puerta principal. La puerta chirrió al abrirse y el aire fresco de la noche rozó mi piel al salir.

—¿Seguro que estás bien? —preguntó Jason en voz baja.

—Es pan comido —dije—. Adelante. Cierra la puerta. Pon el temporizador.

Me besó en la mejilla y susurró:

—Te quiero. Nos vemos ahora mismo.

Se me aceleró el pulso.

—Yo también te quiero.

Sonriendo, me alejé unos cinco metros de la casa, tal como me habían indicado. Unas ramitas crujieron bajo mis zapatos. Oí a los pájaros revolotear y breves crujidos, probablemente ardillas u otros animales pequeños moviéndose por la maleza. El sonido de la puerta al cerrarse me hizo pensar en Jason. Era tan dulce y tan guapo, y era mío.

Al inhalar profundamente, el aire olía a pino y a tierra. No tenía absolutamente nada de aterrador. Estaba deseando ganar para poder restregarle el trofeo a Ethan en su carita de engreído. Empecé a contar mentalmente, intentando que los diez minutos pasaran más rápido. Iba por el número 1-9-7 cuando lo oí.

Un crujido, como el de una rama grande moviéndose.

—¿Jason? —llamé—. ¿Eres tú?

Sin respuesta.

—¿Ethan?

Los pasos se acercaban cada vez más.

No venían de la casa. Venían del bosque. Probablemente fuera todo un montaje. Ethan seguro que había planeado que uno de sus amigos saliera para asustarme. *Buen intento.* No estaba funcionando.

A medida que la persona se acercaba, pude oler su loción para después del afeitado. Era almizclada. Probablemente un hombre.

—Sé que estás ahí. Y no te tengo miedo.

La figura se acercó más. Podía sentir su aliento en mi nuca y un escalofrío me recorrió la espalda. Pensé: *Bien jugado, Ethan*. Qué retorcido era montar todo esto, pero yo no iba a picar.

Una voz profunda dijo:

—Bueno, pues entonces ese es tu primer error.

Mi sonrisa se borró de golpe.

Antes de que pudiera reaccionar, una mano grande y enguantada me tapó la boca y todo se volvió oscuro.

2

—•—

Martina

Con un gancho de derecha y un directo al abdomen, imaginé a mi oponente cayendo al suelo, jurando que nunca volvería a hacer daño a nadie. Se retorcería de dolor, pero eso no era lo que yo quería. No buscaba dolor. Buscaba justicia.

Giré sobre mí misma para lanzar una patada circular al costado. *Solo una más*. Quizá otra, y luego otra. El saco pesado se sacudió bajo el impacto y el golpe sordo resonó contra las paredes del gimnasio. Agarré el saco con ambas manos e incliné la cabeza mientras el sudor me goteaba por las sienes y me escocía en los ojos. Mi respiración entraba y salía de mis pulmones como una sierra; el aire sabía a sudor y a tiza.

El gimnasio era el único lugar donde podía pisotear los recuerdos del último año. El hombre que secuestró a mi hija se había llevado algo más que unos cuantos puñetazos teóricos. Estuve a punto de torcerme un dedo en una sesión concreta. Exhalé una bocanada larga y temblorosa, intentando ralentizar mis pulsaciones.

—Parece que te vendría bien un poco de agua.

Miré de reojo por encima del hombro y vi a Selena con una toalla alrededor del cuello. Me tendió una botella. Asentí y la cogí. —Gracias.

—Le estás dando bastante fuerte —dijo—. ¿Quizá demasiado fuerte?

Selena, mi hijastra, siempre podía presentir cuando algo me molestaba. Últimamente, por lo visto, se me notaba a la legua. —Estaré bien.

Mis músculos temblaban de fatiga. Ya no era tan joven como antes, pero necesitaba mantenerme en forma y vigilante. No iba a aceptar ningún caso nuevo, no hasta que mi terapeuta considerara que podía manejar uno sin entrar en una espiral ni perder el control de nuevo. No hasta que las pesadillas cesaran. Me apoyé contra la pared.

Selena se acercó. —¿Mala noche?

—¿Me estás diciendo que *no* parezco una glamurosa estrella de cine?

Esbozó una sonrisa burlona. —Es que te conozco, Martina. Y sé cuándo le estás dando al saco con más ganas de lo normal.

—Ayuda con la frustración —dije. *Y con la rabia*, pensé.

—Ahora todo el mundo está a salvo —me tranquilizó Selena con dulzura.

Por un segundo, no pude mirarla; no cuando sabía que podía leerme. —Lo sé. Es solo que... siempre quise protegerla. Y no pude.

Esos hechos no desaparecían simplemente porque la amenaza hubiera sido eliminada. Esa pérdida de control y de seguridad persistía; durante más tiempo del que me gustaría.

—Parece que le va muy bien, Martina.

Zoey, mi hija, había sido secuestrada el año pasado y cargaría con las secuelas de por vida. Pero Selena tenía razón. Zoey lo estaba sobrellevando mejor de lo que ninguno de nosotros esperaba. Era una joven fuerte que se había casado poco después de su rescate y le iba de maravilla en su tercer año de la escuela de veterinaria.

—Quizá un nuevo caso ayudaría —sugirió Selena.

—No voy a aceptar ningún caso ahora mismo. Solo temas administrativos. Necesito un descanso. Y odiaba que fuera cierto. Quería seguir adelante, pero sabía que si no me tomaba un respiro, alguien podría salir herido. Como yo, o mis amigos y familia, o alguien que se cruzara conmigo un mal día.

—Creo que te lo has ganado con creces, Martina.

—Supongo.

—¿Supones? —Selena enarcó una ceja mientras bebía un trago de su botella de agua.

—Quizá me estoy haciendo demasiado vieja para esto.

—No eres vieja.

Estaba cerca de los cincuenta. Me sentía bastante vieja. O quizá era simplemente la vida. Había visto tanta pérdida, desamor e injusticia. Algunas mañanas mis articulaciones estaban de acuerdo conmigo antes que mi mente. Había sido investigadora privada y consultora de seguridad la mayor parte de mi vida adulta. Había intentado encontrar el equilibrio, hacer que todo pareciera valer la pena, pero a veces el lado positivo resultaba imposible de encontrar.

—Creo que lo estás haciendo bastante bien. Y todo el mundo necesita un descanso de vez en cuando. Alguien muy sabio me dijo eso una vez.

A Selena le encantaba usar mis propios consejos contra mí. La miré y me limpié la frente con el dorso de la manga. —Cierto.

La puerta del gimnasio se abrió con estrépito, rompiendo el silencio. Vincent entró apresurado. No llevaba ropa de gimnasia, sino sus típicos vaqueros, camiseta y sudadera. Tenía el pelo revuelto, como de costumbre.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Hay un cliente arriba y se empeña en que eres la única persona que puede ayudarle.

—¿Le has dicho que no estoy aceptando casos ahora mismo? —Todo mi personal tenía instrucciones de derivar a los nuevos clientes a Stavros, si estaba en la oficina, o a otro investigador sénior.

—Lo he hecho, pero insiste.

—Bueno, ha habido otros en los últimos meses que también insistieron y los rechazamos. Tenemos un montón de investigadores capaces, incluidos vosotros dos, tú y Selena. No me necesitan.

—Se niega a aceptar un no por respuesta, Martina —dijo Vincent —. Y él es... no sé. Quizá deberías al menos reunirte con él.

—No estoy en condiciones de ver a un cliente —espeté, más brusca de lo que pretendía. Vincent se estremeció ligeramente. No

se merecía eso. Solo era el mensajero—. Supongo que podría subir en veinte minutos —dije, suavizando el tono—. ¿Dónde está ahora?

—Hablando con Stavros.

—¿Stavros está aquí? —Stavros, mi socio semijubilado, solo solía venir a la oficina los jueves y viernes.

—Sí. Por lo visto, este tipo llamó primero a la oficina y no pudo localizarte, así que preguntó por Stavros. Le llamaron a casa y ha venido en coche. Stavros lo está entreteniendo mientras te espera.

Negué con la cabeza. —¿Por qué haría Stavros algo así?

Vincent se encogió de hombros.

—Me ducharé, subiré y luego le diré a esa persona, con delicadeza, que no puede ser. A veces, si quieres que algo se haga, tienes que hacerlo tú misma.

—Genial —dijo Vincent, pero había una mirada de complicidad en sus ojos. Una que decía que este cliente no iba a aceptar un no por respuesta fácilmente.

Lo cual, para ser sincera, me despertó la curiosidad. ¿Quién era ese tipo que tenía suficiente influencia como para hacer venir a Stavros a la oficina? Sabía que no debía aceptar nada potencialmente peligroso. Pero, maldita sea, ya me había picado la curiosidad el hecho de que Stavros se hubiera sentido obligado a venir en su día libre. No significaba que fuera a aceptar el caso. Solo significaba que lo escucharía, se lo asignaría a nuestro investigador más capaz y luego pasaría a otra cosa.

Mientras me dirigía hacia los vestuarios, intenté liberar mi mente de los pensamientos sobre un nuevo caso. Un cliente insistente que esperaba que nuestra agencia estuviera a su entera disposición era lo último que necesitaba en mi vida. Tampoco necesitaba ponerme a mí misma ni a nadie cercano en peligro. Pero, al abrir la puerta del vestuario, un gélido destello de algo ominoso me recorrió la espalda.

3

—•—

Martina

Mientras caminaba con paso firme por la zona de oficinas, pasando por filas de cubículos, mi mente bullía de curiosidad por el caso. ¿Quién era esa persona que había insistido en que yo asistiera a la reunión? Si Stavros estaba involucrado, tenía que ser alguien a quien respetara, a quien debiera un favor o con quien tuviera un vínculo personal. Eso me hacía temer que no podría desentenderme de ello, aunque quisiera. Pero tenía que mantenerme en mis trece. *Nada de casos nuevos*. Mi salud y mi familia tenían que ser lo primero.

Tal como estaban las cosas, mi nombre había salido en todos los telediarios después de que un asesino en serie se pusiera en contacto conmigo durante las vacaciones. Al final, todo fue desolador, con la pequeña excepción de que había conocido a dos nuevas amigas, Kate, detective de homicidios, y Natalie, reportera de sucesos, que pronto pasaron a ser como de la familia.

Si fuera a aceptar un caso nuevo, necesitaba uno que fuera esperanzador, no trágico o agridulce como tantos otros. Habíamos tenido casos reconfortantes en el pasado, pero parecía que había pasado una eternidad. En esos casos, habíamos reunido a familias y hecho justicia. Me vendrían muy bien unas vibraciones positivas como esas. No un caso en el que me cuestionara si llevar al malo

ante la justicia era suficiente, o incluso si era lo correcto. Sacudiéndome el pensamiento, me acerqué a mi despacho y me detuve.

Stavros y un hombre al que no había visto nunca estaban dentro de mi despacho. Yo tenía una política de puertas abiertas, pero vamos, ni siquiera estaba yo allí. Sentía como si estuvieran invadiendo mi espacio. ¿Quién era este tipo? Esbocé una sonrisa de compromiso y saludé con la mano. —Stavros. Me alegro de verte.

—Hola, Martina. Gracias por sacar tiempo para reunirte con nosotros.

Le eché una mirada de «ya sé que no tenía mucha elección». —Faltaría más —me giré hacia el desconocido—. ¿Y tú eres?

Llevaba lo que supuse que era un traje carísimo. La tela era tan lujosa que una parte absurda de mí quiso tocarla. Sus ojos eran de un azul deslumbrante y su piel impecable, pero la tristeza y el miedo llenaban su mirada. Se me revolvieron las entrañas.

—Me llamo Joe —dijo—. Y supongo que usted es la señora Monroe. Me tendió la mano.

Se la estreché. —Sí. Por favor, llámame Martina. ¿Por qué no os sentáis?

Señalé las dos sillas para visitas, apartando sutilmente a Stavros de mi silla de escritorio. Se sentaron y yo rodeé la mesa para ocupar mi sitio. Miré a Stavros, instándole a empezar.

—Martina, acabas de conocer a Joseph Sapphire. Como sabes, ha solicitado nuestra ayuda. Creo que deberíamos escucharlo. —Se volvió hacia el hombre—. Adelante, cuéntale a Martina lo que me has contado a mí.

Joe asintió. —Mi hija, Lena, tiene veintitrés años. Se fue este pasado fin de semana con unos amigos al condado de Red Rose. Pero ha desaparecido. No hay ni rastro de ella.

—¿En qué circunstancias se produjo la desaparición?

—Lena y sus amigos se alojaban en la casa familiar de un amigo en el bosque. Al parecer, salió fuera el sábado por la noche. No estoy seguro de por qué. No está claro por qué saldría de noche a solas. Dijeron que solo se ausentó unos minutos, pero cuando fueron a ver

cómo estaba, ya no estaba. No vieron ni oyeron nada inusual, aparte del hecho de que no aparecía por ninguna parte.

—¿Dijeron por qué salió?

—No, pero estaba con su novio y otros tres amigos. Quizá Jason y ella tuvieron una pelea, o no se salía con la suya. Me dijeron que no saben por qué lo hizo.

Qué raro. Seguro que *alguien* sabía por qué había salido. La historia no me cuadraba. —¿La buscaron?

—Lo hicieron. Los cuatro, junto con parte del personal, cogieron linternas y estuvieron mirando un buen rato.

—¿Personal? ¿Cuánto es «un buen rato»?

—Unas cuantas horas.

—¿Y simplemente se rindieron? ¿Cuándo fue esto?

—Desapareció el sábado por la noche. No me he enterado hasta esta mañana.

Era lunes. —¿Por qué no te dijeron que no estaba hasta esta mañana?

—Lena es vital, lista y ambiciosa, pero también un poco espíritu libre, propensa a marcharse sin previo aviso. Y ese grupo es muy dado a las bromas, los juegos y los desafíos. Sus amigos pensaron que solo intentaba llamar la atención o gastarles una broma. Tienen veintitantos años, pero en realidad siguen siendo niños. Su novio, Jason, me dijo que no se preocupó por su desaparición hasta que me llamaron para ver si yo sabía algo de ella. —Se le quebró la voz —. Es mi niña. Y está desaparecida. Sé que usted puede entenderlo.

Sabía lo del secuestro de Zoey. Había hecho los deberes *sobre mí*. Aquello resultó un poco inquietante. —¿Es eso coherente con el comportamiento de Lena?

Asintió con tristeza. —A veces, si el ambiente no le gusta, simplemente se marcha. El bosque no es lo suyo. Es una chica de ciudad.

—¿Qué le hizo decidirse por buscar a un investigador privado en lugar de dejar que las autoridades se encarguen del caso?

—Voy a ser sincero con usted, señora Monroe...

—Por favor, llámame Martina.

—Martina, no tengo mucha fe en que la policía haga nada. Es adulta y, cuando hablé con ellos, me aconsejaron que esperara a tener noticias suyas. Que si pasaban unos días y seguía sin aparecer, que les avisara. Yo no puedo esperar más.

Realmente no había nada que apuntara a un crimen, pero Joe estaba obviamente preocupado. —¿Has investigado algo por tu cuenta?

—Mi asistente ha revisado sus redes sociales. No ha publicado nada. He intentado llamarla, pero no responde. He comprobado el registro del móvil —está en nuestro plan familiar— y no ha habido actividad desde el sábado temprano. Creo que tal vez las respuestas estén en el condado de Red Rose. No he tenido oportunidad de subir yo mismo. Pero pensé que podíamos contar con los mejores, y su reputación la precede. El dinero no es problema. Por favor, comprenda que *lo único que quiero* es traer a Lena a casa.

—¿Tienes la dirección de donde fue vista por última vez?

—La tengo. Y tengo los nombres de todos los amigos con los que estaba.

Mis ojos se encontraron con los suyos. La tristeza y el miedo que irradiaba eran palpables. Comprendía por qué había acudido a mí. Sabía lo que era que una hija desapareciera. Pero algo no encajaba. Quizá los amigos de Lena sabían más de lo que le habían dicho a su padre. —¿Sabes si lleva su teléfono encima?

Con voz temblorosa, dijo: —No estaba en la casa, según sus amigos. Trajeron su maleta. No estaba dentro. Estoy muy preocupado.

—Lo entiendo. —Yo también estaría preocupada si no supiera dónde estaban Zoey o Selena, aunque fueran conocidas por marcharse en el último momento. A pesar de que ambas eran adultas, una casada y en la facultad de Veterinaria y la otra, detective privada, trabajando en nuestra oficina.

Me sostuvo la mirada. —¿Entonces lo hará? ¿Encontrará a Lena?

—Nuestra agencia estará encantada de ayudarte.

—La necesito a usted, Martina. Necesito que sea *usted* quien la encuentre.

Me recosté en el asiento, cruzándome de brazos. —Por nuestra conversación, asumo que sabe que mi hija fue secuestrada el año pasado. Y puede que haya leído sobre mi implicación en un caso de una serie de asesinatos cerca de Navidad. Ha sido un año duro para mi familia. No voy a aceptar ningún caso por ahora. Pero tenemos muchos investigadores muy capaces, los mejores de los mejores. Uno de ellos trabajó en el departamento del sheriff del condado de CoCo. Es excelente. Y Selena Bailey es otra opción sólida. Ambos han encontrado a personas desaparecidas anteriormente. —También habría ofrecido a Hirsch, si no estuviera totalmente retirado ya. Como antiguo detective de homicidios y socio mío, era el mejor investigador con el que había trabajado, pero también uno de los más cautos. Tenía una mujer y una hija pequeña en las que pensar. Ambas fueron amenazadas el año pasado, y se acabó eso de arriesgar sus vidas. Entendía y respetaba su decisión.

—Tiene que ser usted, Martina. —Su tono se endureció—. Usted.

¿Por qué? ¿Era simplemente un hombre acostumbrado a mandar y quería que yo encontrara a su hija? Negué con la cabeza. —Siento muchísimo por lo que estás pasando. De verdad. Pero debes comprender por lo que pasó mi familia el año pasado. No puedo aceptar tu caso.

Stavros ladeó la cabeza. —Martina, ¿puedo hablar contigo fuera un momento?

Le dediqué a Joe una sonrisa tensa. —Claro. —Le hice un gesto con la cabeza—. Por favor, disculpadnos.

Stavros y yo salimos y cerré la puerta tras nosotros. —No puedo aceptar este caso, Stavros.

—Mira, te entiendo. Y estoy de acuerdo en que no deberías meterte en nada peligroso. Pero lo más probable es que Lena se haya ido de vacaciones prolongadas. Y por si el nombre de Joseph Sapphire no te dice nada, es uno de los directores ejecutivos más importantes de Silicon Valley. Tiene *muchísimo* dinero. Lo que significa que su hija también tiene medios.

¿Por qué importaba eso? Solo porque la familia de Lena fuera rica no hacía que su caso fuera más importante. —¿Y?

—Y que podría haber subido a un helicóptero en el condado de Red Rose, haber ido al aeropuerto más cercano y volado a Europa sin decírselo a nadie. Ya le has oído. Es despreocupada y espontánea. Le van las bromas. Solo tenemos que seguir el rastro de sus movimientos. Podría ser un caso fácil que resolvamos en un día o dos.

Stavros podía tener razón. Eché un vistazo por el cristal del despacho. Joe estaba sentado inclinado hacia delante, tirándose del pelo con las manos.

—¿Puedo al menos pensarlo?

—Sí, pero piénsalo rápido.

Me rugieron las tripas. —Dame treinta minutos para comer algo y te daré mi respuesta.

Stavros asintió.

Entramos de nuevo.

Los ojos de Joseph se iluminaron de esperanza. —¿Lo hará? ¿Aceptará el caso?

—Por todos los motivos que te he expuesto, necesito tiempo para pensar en esto. —Levanté las manos—. Voy a almorzar algo. Volveré en treinta minutos.

Joe me dedicó una sonrisa tímida. —Por supuesto.

—Mientras tanto —añadió Stavros—, haré que el equipo empiece a recopilar datos preliminares.

—Gracias, Martina. Gracias, Stavros.

Cogí mi mochila, estreché la mano de Joe y salí. No podía pasar ni un segundo más en aquel despacho con él mirándome como si yo fuera su última esperanza.

Necesitaba algo contundente. Algo sano. Una ensalada, aguacate y quizá un capricho. Bajé en el ascensor y me dirigí a mi coche en el garaje.

En cuanto me metí en el vehículo, solté un suspiro y me quedé sentada un momento antes de poner una meditación guiada en el móvil. Quizá la claridad aparecería si la invitaba. A los pocos minutos, un golpe seco en mi ventanilla me dio un vuelco al corazón y abrí los ojos de golpe. Joseph Sapphire estaba fuera, junto a la ventanilla.

Abrí la puerta y bajé. —¿Qué pasa?

—Lo siento —dijo—. Sé que necesita almorzar. Sé que necesita cuidar de sí misma y de su familia. Pero necesito que la encuentre, Martina. Se lo ruego. La vida de mi hija está en juego.

Algo se removió en mi interior. —¿Tienes motivos para creer que pueda haber sido víctima de un delito?

—Solo instinto de padre. *Por favor*.

Bueno, tenía que reconocerle que se preocupaba con fiereza. Quizá parte de su instinto fuera acertado, aunque no era probable. Aun así, me pareció raro que apareciera en la puerta de mi coche. ¿Cómo sabía siquiera qué coche conducía? ¿Me había seguido?

Había algo que no me encajaba. Pero si de verdad no iba a dejarme en paz... Me apoyé en mi coche y suspiré. —Aceptaré el caso y te ayudaré a encontrar a tu hija.

—Gracias, Martina.

Asentí, pero un inquietante cosquilleo en el estómago me hizo dudar de si había tomado la decisión correcta.

4

—·—

Lena

Nuestras miradas se cruzaron cuando entró con una bandeja de comida. Llevaba una máscara. Era uno de esos pasamontañas negros de punto de la vieja escuela y toda su ropa también era negra. Solo alcanzaba a ver sus ojos oscuros y marrones y sus labios color melocotón. Mi cuerpo se tensó mientras colocaba la bandeja en la mesa atornillada al suelo junto a mí.

Mi silla también estaba atornillada al suelo. Cuando llegué por primera vez, intenté levantarla para usarla como posible arma, pero lo único que conseguí fue prácticamente dislocarme el brazo. Fue un fracaso estrepitoso. Al menos podía caminar un poco, hasta donde me permitía la cadena de mi tobillo, y había un colchón en el suelo que no era del todo incómodo. La habitación en sí era lúgubre, con paredes de cemento y solo una diminuta ventana que dejaba entrar algo de luz natural. Olía a suciedad, a orina y a desinfectante. Una combinación asquerosa.

Desde que me habían secuestrado, drogado y encadenado en la habitación, no me habían hecho daño. Al menos no físicamente. Simplemente me había tenido allí, como a una prisionera. Al principio, me pregunté si se trataría de una broma elaborada orquestada por Ethan. Pero por lo que podía deducir por la luz del

sol que entraba por la ventana en lo alto de la pared opuesta, habían pasado *dos días*. Ethan sabía que habría graves consecuencias por mantenerme cautiva tanto tiempo. Era un imbécil, pero no *tan* estúpido.

Pero si no era Ethan, ¿por qué este tipo no me había hecho daño ni había hecho lo que sea que haga la gente cuando secuestra a alguien? Seguramente mi desaparición saldría en las noticias, como la de la otra chica que había desaparecido. De la que Ethan había estado hablando. ¿Habrían matado a esa otra chica? Por lo que recordaba, aún no la habían encontrado. ¿La encontrarían? ¿Me encontrarían a *mí*?

Supuse que era bueno que este tipo llevara máscara. No podía identificarlo, lo que probablemente significaba que no tenía planeado matarme. He visto casi todas las series de crímenes reales que existen, me conozco las reglas. Incluso había intentado usar ese hecho a mi favor y le había explicado que no podía identificarlo, así que podía simplemente dejarme marchar. No había funcionado. Luego le expliqué que mi familia tenía dinero y que pagaría lo que él quisiera. Eso tampoco sirvió de nada.

Miré mi comida. Un sándwich, una manzana y una botella de agua. Era lo mismo de antes.

Se quedó allí parado, mirándome fijamente. Era inquietante. —¿Quieres verme comer?

No dijo ni una palabra. Simplemente continuó allí de pie, inmóvil.

Lo cierto era que solo entraba tres veces al día y me traía comida cada vez. Me rugieron las tripas, cogí el sándwich y le di un bocado. —No está mal —dije, intentando provocarle algún tipo de reacción—. Haces buenos sándwiches. ¿Trabajas en una charcutería?

Sin respuesta. El bicho raro se limitaba a mirar como si fuera una especie de extraño robot secuestrador.

Me había dado cuenta bastante rápido de que había una cámara en la habitación. La luz roja parpadeante era una pista evidente. Quizá solo le gustaba observar a la gente en cautividad. ¿Qué haría cuando se aburriera de mí?

Le di otro bocado.

Y él siguió mirando fijamente.

Finalmente, resoplé y le miré directamente a los ojos. Tragándome el miedo que crecía por momentos, le pregunté: —¿Qué quieres de mí? O sea, ¿de qué vas?

Sus labios estaban casi cubiertos por la máscara, pero vi lo que parecía ser una mueca de desdén o una pequeña sonrisa.

—Ya sabes que no puedo identificarte —dije—. ¿Por qué no me cuentas qué está pasando? Como he dicho, mi familia tiene dinero. ¿Quieres dinero? Lo tienes. ¿Quieres que me quede aquí sentada comiendo? Vale. No me importa. Pero hay gente buscándome. Y si quieres salir de esta con vida, deberías dejarme marchar. Mi familia no se detendrá ante nada para recuperarme.

Para mi sorpresa, se acercó.

Mi cuerpo se quedó rígido e instantáneamente me arrepentí de mis amenazas.

—No me cabe duda —dijo con calma— de que tu familia hará lo que sea necesario para recuperarte. No te preocupes por eso.

¿Se suponía que eso debía ser tranquilizador?

—Entonces... ¿qué? ¿Quieres algo de mi familia? —insistí—. Mira, les diré que me has tratado bien. He comido. He bebido. No me entusiasma el cubo de la esquina, pero cumple su función.

Lo miré de reojo, haciendo una mueca. Al menos había papel higiénico. El olor era mi mayor queja, aparte de las cadenas, pero él lo vaciaba cada día. Algo era algo.

—¿Quién eres? —pregunté—. ¿Qué sacas de esto? ¿Eres uno de los rivales de mi padre? ¿Alguna otra empresa tecnológica que intenta robar secretos mediante espionaje industrial?

Esbozó una media sonrisa. —Eres tan ingenua.

Hubo algo en la forma en que lo dijo que me puso la piel de gallina. —¿Cuánto tiempo vas a tenerme aquí?

—Todo el tiempo que haga falta, *Lena*.

La forma en que pronunció mi nombre... era como si me odiara. Resultaba casi familiar.

Se me cayó el alma a los pies. —¿Te conozco?

Antes de que pudiera obtener respuesta, tenía su mano rodeándome la garganta. Mi cabeza golpeó hacia atrás contra la pared y el dolor explotó tras mis ojos.

—Tú no me conoces —siseó—, pero yo a ti sí. Y si quieres sobrevivir, mantendrás tu estúpida boca cerrada y harás lo que yo diga. ¿Entendido?

Asentí, jadeando en busca de aire.

Me soltó. Tuve un acceso de tos, con el sándwich todavía apretado en la mano. Se me había quitado el apetito.

—Haré lo que quieras —dije con voz ronca.

—Bien —dijo—. Ahora termínate el sándwich.

Lo miré. Mis manos temblaban, pero comí. Y mientras masticaba, pensé en mi vida. Había tenido mucho tiempo para pensar durante los últimos dos días. Pero la pregunta más importante que se repetía una y otra vez era: ¿por qué no me había encontrado nadie todavía?

5

—•—

Martina

Impresionada, aparqué el coche frente a la imponente casa de los Sapphire. Ocultas tras las puertas y un exuberante jardín, las paredes eran de estuco color crema con un tejado de tejas rojas. Si tuviera que adivinar, diría que debía de tener al menos mil metros cuadrados y estar en una parcela de casi media hectárea. Parecía un palacio de los que se encuentran en Francia o Italia, no en el área de la Bahía; al menos, no donde yo vivía.

Tras aparcar en la calle, me dirigí hacia la verja y entré en el jardín, con sus senderos de adoquines, una relajante fuente y un follaje lleno de color. Me costaba creer que alguien quisiera huir de un sitio así. Pero las cosas no siempre eran lo que parecían.

Antes de que pudiera siquiera llegar a la puerta principal, esta se abrió. Joe Sapphire estaba allí de pie con expresión esperanzadora. Desde que nos habíamos conocido unas horas antes, mi equipo había indagado todo lo posible sobre Lena. Estaba a punto de saludar y reunirme con Joe cuando mi teléfono vibró. Una rápida mirada a la pantalla captó mi atención. Levantando un dedo para indicarle que tardaría un minuto, me di la vuelta y respondí, preocupada por si había pasado algo grave. Normalmente Kate

enviaba mensajes de texto; las llamadas solían reservarse para las emergencias.

—Hola, Kate. ¿Cómo estás?

—Muy bien, Martina. Solo llamaba para ver si querías venir a cenar con Natalie y conmigo. Sé que es un poco precipitado, pero Natalie está muy emocionada. Está avanzando mucho con el libro y quiere compartir unos capítulos contigo.

—Eso es fantástico —dije—. Espero poder terminar aquí en unas horas. Estoy trabajando en un caso nuevo.

—¿Pensaba que no ibas a aceptar más casos?

La detective Kate Maddox y yo nos habíamos conocido hacía solo unos meses, pero había algo especial en ella y en Natalie. Eran amigas, pero estaban unidas como hermanas, y ahora también existía un vínculo entre nosotras tres. Quizá fuera la situación de rehenes que compartimos lo que nos unió. O tal vez fuera algo más que eso.

—Esperamos que no sea más que una simple fuga, o que se haya ido de viaje. No sería la primera vez.

—¿Novedades? —preguntó Kate.

Le di un breve resumen de la situación antes de explicarle: —Estoy en su casa ahora para averiguar más sobre ella. Tendré que escribirte más tarde.

—Ojalá puedas venir esta noche, y buena suerte con el caso. Avísame si necesitas ayuda.

Dándole las gracias, terminé la llamada, sintiendo una mezcla de orgullo y preocupación. Kate trabajaba demasiado, pero tampoco dudaba nunca en echar una mano. Y me alegraba mucho saber que Natalie estaba trabajando en su libro, contando la historia de cómo se enfrentó cara a cara con un asesino en serie y sobrevivió. Reportera de sucesos de profesión, se había acercado demasiado a la historia y acabó formando parte de ella. Mi marido, Charlie, la había convencido de que escribiera un libro sobre la experiencia. No había perdido el tiempo. Solo habían pasado unos meses desde aquel calvario, pero quizá aquello fuera terapéutico para ella. Eso esperaba.

Tras soltar un suspiro, volví a centrar mi atención en la casa y me dirigí a la puerta principal. Joe me recibió en el porche y me hizo pasar. La casa era inmensa e impecable. Pinturas al óleo adornaban las paredes. Muebles blancos de gran tamaño permanecían intactos, del tipo que jamás sobreviviría en mi casa. Entre el perro y mi vicio por el café, no tendrían ninguna oportunidad. Además, nosotros no teníamos servicio de limpieza. —Tienes una casa preciosa.

—Gracias. Ha pertenecido a la familia de mi mujer durante generaciones. Los bisabuelos de Alice la mandaron construir en la década de 1920. Criaron a su abuela aquí, luego al padre de Alice, y ahora nosotros hemos criado aquí a nuestros hijos.

—Es increíble. Ese tipo de herencia era difícil de imaginar. Nadie me había entregado nunca una mansión, ni el tipo de riqueza —y obligaciones— que conllevaba.

Joe asintió con la cabeza. —¿Puedo ofrecerle algo de beber?

—Te agradecería un poco de agua.

Antes de que pudiera moverse, una mujer dio un paso al frente. Vestido gris. Pelo recogido. Delantal blanco.

—Un agua para la señorita Martina Monroe —dijo Joe—. Y un Perrier para mí.

—¿Natural o con gas? —preguntó ella.

—Natural —dije. Nunca me habían preguntado eso en casa de alguien.

—Antes de enseñarle la habitación de Lena, ¿puedo responder a alguna pregunta?

—¿Has recibido algún mensaje relacionado con su desaparición?

Trasladó el peso de un pie a otro. —No. Y sé que venir de una familia adinerada nos pone en el punto de mira. Pero no creo que se trate de eso.

—¿Por qué no?

—Han pasado dos días y no ha habido ninguna exigencia.

—A veces esperan —dije—. Para que el miedo se acumule.

—Bueno, puedo darle una lista de sus socios y conocidos. Tratos pasados. Pero nadie destaca.

—Eso será de gran ayuda.

La mujer regresó con una botella de Evian para mí y el Perrier de Joe en una brillante botella verde.

—¿Desea ver primero la habitación de Lena o hablar con mi esposa?

—La habitación de Lena —dije—. A menos que este sea un buen momento para hablar con ella. Entiendo que no se encuentra bien.

Su mujer estaba postrada en cama con un cáncer de mama en estadio cuatro. Ahora, su única hija estaba desaparecida. Me preguntaba si el peso de la enfermedad de su madre habría empujado a Lena a marcharse. Una madre moribunda. Una casa cargada de dolor. Cualquiera querría tomarse un respiro de eso, al menos por un tiempo.

Me guió por el pasillo y se detuvo. —Esta es la habitación de Lena. Abrió la puerta. El cuarto era grande y estaba decorado con esmero. Tonos cerceta, azules y púrpuras. Todo en su sitio. Está limpia.

—Lena siempre ha sido muy ordenada —dijo Joe—. Iré a ver cómo está Alice y la dejaré a solas.

Busqué rápidamente. Un escritorio, un mueble para la televisión y una estantería eran los únicos muebles aparte de un banco, la cama y las mesitas de noche. Todas las superficies tenían figuritas decorativas, que iban desde animales hasta piezas de arte abstracto, y unas cuantas fotografías enmarcadas.

Revisé cada rincón. El colchón, el escritorio, la mesita de noche y los cajones del mueble de la televisión. No había paneles ocultos ni diarios secretos. Solo una agenda de papel con actividades sociales anotadas. Nada terriblemente interesante. Cenas y eventos de copas. El nombre de Jason aparecía más de una vez. Los de Tiffany y Jenna también. Incluido el fin de semana en la casa de Ethan en el condado de Red Rose.

El vestidor era enorme. La ropa estaba organizada por colores. Los zapatos se alineaban en las estanterías de las paredes. Una isla de cajones en el centro. Joyas. Calcetines. Nada inusual. De vuelta en el dormitorio, me detuve. No fue lo que vi, sino lo que no vi. *Un ordenador.*

De vuelta ante el escritorio, me quedé buscando motas de polvo, marcas de un ordenador de sobremesa o cables de carga. No había

nada. Lo más probable era que tuviera un portátil.

Se oyeron pasos acercarse y cogí la fotografía enmarcada de Lena y un hombre joven de pelo oscuro y ojos verdes brillantes. —¿Este es Jason?

La expresión de Joe se heló. —Sí.

—¿No te cae bien?

—Está bien —dijo Joe con vacilación—. Es inteligente y serio, con un plan para su vida.

—¿Y Lena encaja en ese plan?

Joe se encogió de hombros levemente. —Está en la facultad de medicina y quiere estar casado para cuando termine la residencia. A los treinta quiere hijos y una esposa en casa.

—¿Esa no es Lena?

—No —dijo con un leve movimiento de cabeza.

—¿Cuánto hace que lo conoces?

—Unos diez años. Fueron al mismo instituto y estaban en el mismo grupo de amigos. Empezaron a salir hace un año.

—¿Dónde está su ordenador?

Joe miró a su alrededor. —Quizá en el despacho. O en la sala de cine. A veces apoya el ordenador en el regazo mientras ve películas.

—Me gustaría encontrarlo —dije—. —¿Puedo quedarme con esta agenda?

—Por supuesto. —Esbozó una sonrisa triste—. —Quería una agenda de las de antes. Prefiere el papel a la electrónica. Le gusta tomarse un descanso digital, como dice ella. Solo lee novelas de bolsillo, nada de libros electrónicos ni audiolibros para ella.

Sonreí levemente.

—Permítame presentarle a mi mujer —dijo—. —Y veré si puedo localizar el portátil.

—Gracias.

Joe me guio por el pasillo. Varios miembros del servicio pasaron a nuestro lado en silencio, moviéndose con presteza. Solo nos detuvimos para que Joe pidiera que buscaran el portátil. Mientras seguíamos caminando, dije: —¿Y tus hijos?

—Están ambos en Europa ahora mismo. Uno en Francia, el otro en Italia, de vacaciones con sus familias. Son un poco mayores que

Lena, ambos de treinta y tantos años.

—¿Ella fue una sorpresa?

—Lo fue. Aunque vaya bendición. Las hijas son especiales —añadió—. —No hace falta que se lo diga, ¿verdad?

—No —dije, y lo decía en serio. Tenía la suerte de tener una hija biológica y otra de regalo. Continuamos por el pasillo y me detuve a admirar los cuadros. La casa parecía una galería de arte o un museo.

—¿Te has puesto en contacto con tus hijos para ver si han sabido algo de Lena?

—Fueron los primeros a los que llamé. No han sabido nada.

Llegamos al dormitorio. El débil pitido de los equipos médicos se hizo más fuerte cuando Joe abrió la puerta.

Había una cama articulada en el centro de la habitación. Una mujer yacía recostada contra las almohadas, con un tubo en el brazo. La luz de las ventanas que tenía detrás resaltaba su piel pálida y su pelo, una mezcla de rubio y gris. Levantó la mano débilmente con un pequeño gesto de saludo cuando entramos.

—Alice —dijo Joe con suavidad—. —Esta es Martina.

Ella asintió con la cabeza en reconocimiento. —Es un placer conocerla.

—Lo mismo digo. No le quitaré mucho tiempo. Solo tengo unas preguntas para usted sobre Lena.

Sus ojos se cerraron fugazmente. —Tenéis que encontrarla —susurró—. —Tenéis que hacerlo.

—Haré todo lo posible —prometí—. —¿Cuándo fue la última vez que habló con ella?

—Vino a mi habitación antes de irse a pasar el fin de semana con Jason y sus amigos. Y me llamó para ver cómo estaba a primera hora del sábado.

—¿Cómo fue la conversación? ¿Discutieron o le preocupaba algo?

—No quería dejarme —dijo—. —No estoy bien, como puede ver. Pero me dijo que solo estaría a unas horas de distancia y que volvería al instante si la necesitaba.

Eso no encajaba con una huida o una broma. Lena y su madre estaban muy unidas y, por el aspecto de Alice Sapphire, sospechaba que no le quedaba mucho tiempo. ¿Una hija que decía que volvería

al instante si era necesario se marcharía sin que nadie supiera dónde estaba ni cómo contactar con ella?

—¿Supo de ella, aparte de esa llamada del sábado por la mañana, mientras estaba en el condado de Red Rose?

Ella apartó la mirada. —Me llamó cuando llegó el sábado. No he sabido de ella desde entonces.

—¿Se le ocurre alguien que pudiera querer hacerle daño?

Miró a Joe y luego volvió a mirarme a mí. —No.

Una inquietud me recorrió el cuerpo. —¿Y qué opina de Jason?

—Es un joven encantador —dijo—. —No sé si es el adecuado para Lena, pero es amable.

—¿Y sus amigos?

—Ethan. Jenna. Tiffany —dijo—. —Uña y carne desde que eran adolescentes. Todos de buenas familias.

—¿Hay algo más que pueda decirme que me ayude a encontrarla?

Negó lentamente con la cabeza. —No. Solo le ruego que, por favor, la encuentre. No me queda mucho tiempo. Necesito que vuelva aquí.

—Haré todo lo que pueda.

Cerró de nuevo los ojos y su respiración se volvió pausada, como si se estuviera quedando dormida. Miré a Joe. Tenía la cabeza gacha, con el peso de la enfermedad de su mujer y la desaparición de su hija oprimiéndole.

Hasta que conocí a su madre, creía que el escenario más probable era que Lena se hubiera escapado. Pero tras hablar con Alice y oír lo reacia que se había mostrado Lena a dejarla sola, aunque fuera por unas horas, empecé a considerar algo completamente distinto. Algo le había pasado a Lena Sapphire. No se había marchado voluntariamente. Todo mi instinto me decía que tenía que hacer lo que hiciera falta para encontrarla y traerla de vuelta a casa.

6

—•—

Martina

Todo en mi interior gritaba que Lena no se había marchado simplemente de vacaciones. Los detalles de la desaparición de Lena en el condado de Red Rose me parecían incompletos. A pesar de lo que me había dicho el padre de Lena, alguien tenía que saber por qué Lena salió sola, y tenía el presentimiento de que esa persona sería su novio, Jason.

Jason Turnbull se removía inquieto en su silla, con la rodilla subiendo y bajando bajo la pequeña mesa de la cafetería. El local estaba tranquilo a estas horas de la noche. Solo unos pocos clientes tomaban algún dulce o un café con leche. Habíamos acordado el lugar debido a la proximidad de la cafetería a la facultad de medicina de Jason.

No me miraba, al menos no al principio. —Gracias por quedar conmigo, Jason. —Habría preferido mil veces estar cenando con Natalie y Kate, pero algo en mi interior me decía que esta conversación no podía esperar.

—Faltaría más. Estoy muy preocupado por Lena.

—Yo también.

Levantó la vista, me sostuvo la mirada medio segundo y después la desvió. —Solo quiero que vuelva.

—Eso es lo que queremos todos —dije—. Así que empecemos por el principio. Háblame de tu relación con Lena. ¿Cuánto tiempo lleváis juntos?

Inspiró hondo, mirando por la ventana como si pudiera encontrar allí la respuesta correcta. —Nos conocemos de toda la vida. Primero fuimos amigos. Luego, el año pasado, estábamos en casa de Jenna. Le tembló la boca—. No lo sé. Quizá yo había bebido demasiado, o ella. Me dio un beso en la mejilla. Solo tonteando. Pero nuestras miradas se cruzaron y... —Sacudió la cabeza—. Suena estúpido.

—No lo es —le aseguré.

—Somos polos opuestos —continuó—. Yo soy cuadriculado. Lo planeo todo. Lena, ella simplemente vive. Sin planes reales. No es que no sea lista o ambiciosa. Lo es. Solo que todavía no quiere decidir cómo será toda su vida.

—Los polos opuestos se atraen.

—Ya —masculló.

—¿Y habéis estado juntos cosa de un año?

Él asintió. —Casi.

—¿Algún problema?

—No. Lo dijo demasiado rápido. Luego se rectificó—. Quiero decir, nada serio. Estamos bien. Somos felices.

—¿Tenéis una relación exclusiva?

—Sí.

Observándolo con atención, le pregunté: —¿Estás seguro? ¿Es posible que Lena se estuviera viendo con alguien más?

—No. Lena no es así. Su voz vaciló—. La gente piensa que es una alocada. Una fiestera. Pero es leal. Ella no haría eso. A mí no.—

Por desgracia, creo que la mayoría de la gente piensa eso de sus parejas, pero solo un tercio de ellos tiene razón. —¿Estás enamorado de ella?

Su respuesta llegó en un tono más suave. —Sí. Lo estoy.

—¿Y no has sabido nada de ella desde el sábado por la noche?

Sacudió la cabeza, apretando los dedos alrededor de su taza de café.

—Cuéntame qué pasó esa noche —le pedí—. Empieza por el principio.

Exhaló con brusquedad. —Salió fuera y...

—¿Qué pasó antes de eso? —interrumpí.

—Estábamos dentro simplemente hablando y bebiendo. Ethan contaba historias. Cosas sobre un asesino en serie que había estado por la zona. Tensó la mandíbula—. Intentaba asustar a todo el mundo.

—¿Y Lena?

—Se limitaba a poner los ojos en blanco.

—¿A qué hora salió fuera?

—Sobre las nueve.

—¿Por qué salió sola?

Se encogió de hombros. —No lo sé —pero no me miró. Jason fijó la vista en sus manos ahora, entrelazando los dedos.

Era obvio que mentía. —Jason, necesito la verdad. Si vamos a encontrar a Lena, tienes que contármelo todo.

Su pecho subía y bajaba. Su piel clara se tiñó de rosa. —Está bien. Fue un montaje.

Me quedé inmóvil. —Explícate.

—Fue un reto —dijo, con la voz tan baja que apenas pude oírlo.

—¿Un reto que llevaría a su secuestro?

—No, no de ese modo.

—¿Entonces de qué modo?

Miró a su alrededor en la cafetería, bajando la voz. —¿Si te lo cuento, puedes prometerme que no se lo dirás a nadie?

—Eso depende de lo que digas a continuación. Se me encogió el estómago—. Continúa.

Tragó saliva con fuerza. —Ethan contó historias sobre el asesino en serie del condado de Red Rose. Luego la retamos a quedarse fuera, a oscuras, durante diez minutos. Se le quebró la voz—. Sabía que lo haría. Ella nunca se echa atrás.

—Así que salió fuera para demostrarle que se equivocaba.

—Sí.

Mirándolo fijamente mientras él evitaba el contacto visual, añadí: —Pero ese no era el verdadero reto.

Jason finalmente me miró. —No.

—¿Cuál era?

—El reto era conseguir que Lena se quedara a solas —dijo Jason, y luego hizo una pausa y volvió a mirar alrededor de la cafetería, como si alguien pudiera estar escuchando—, para que pudiera pedirle matrimonio, como una broma. Ethan me retó.

Me incorporé en el asiento y tomé un sorbo lento de mi café. Estaba amargo y quemado; probablemente llevaba demasiado tiempo en la cafetera.

—Habíamos puesto luces —continuó—. Guirnaldas de luces. Se suponía que debía encenderlas una vez que llevara fuera el tiempo suficiente. Cuando fui a darle al interruptor, las luces se encendieron... pero Lena no estaba allí. Había desaparecido.

Bajé la taza con cuidado. —¿Así que lo que me estás diciendo —dije con calma— es que retasteis a Lena a salir fuera a oscuras, después de asustarla con historias sobre un asesino en serie, para que pudieras hacerle una propuesta de matrimonio *falsa*?

—Sé que ahora suena muy estúpido. Jason hizo una mueca—. Nos van las bromas. Nuestro grupo es así —se apresuró a añadir—. Ethan me retó a hacerlo. Sabe que quiero a Lena más que a nada. Quiero decir, me quiero casar con ella. Pero se suponía que al principio iba a ser una broma, y luego se lo iba a explicar. Ella de ninguna manera querría casarse ahora mismo. No lo creo. No lo sé. Se pasó una mano por la cara—. Por favor, no se lo cuentes a nadie. Me sentiría humillado.

Lo miré; este joven estudiante de medicina, alguien que un día tendría la vida de otras personas en sus manos, tenía más miedo a pasar vergüenza que a contar toda la verdad sobre su novia desaparecida. —¿Y buscasteis a Lena?

—Sí. Todo el mundo lo hizo. El personal. Todos nosotros.

—¿Cuánto tiempo estuvo fuera?—

—Unos seis minutos. Tragó saliva—. Era el plan desde el principio. Seis minutos, se encienden las luces y luego yo hacía la propuesta falsa. Se suponía que tenía que tener gracia.—

—¿No te preocupaba que se tomara la propuesta en serio? ¿Y que luego se quedara destrozada cuando le dijeras que era una broma? —

Se le abrieron los ojos de par en par. —Dios mío. Ni siquiera pensé en eso. —Sacudió la cabeza—. Si lo hubiera hecho... supongo que podría haber dicho que era un anillo de compromiso simbólico. —Soltó una risa hueca—. Fue tan estúpido. ¿Por qué dejo que Ethan me convenza para estas cosas?

Increíble. ¿Por qué sería, en efecto? —¿Cuánto tiempo estuvisteis buscándola?

—Unas cuantas horas. Quizá tres. Llevábamos linternas. El personal ayudó. Todo el mundo estaba ahí fuera buscando. Vaciló—. Las chicas estaban asustadas. Ethan de verdad las había aterrorizado con esas historias. Y de repente Lena no estaba. Pensé que a lo mejor se había escapado para asustarnos a nosotros también.—

—¿Cuándo te diste cuenta de que no era el caso?—

—Algo no me encajaba, pero me dije que era muy propio de ella. Lena es un poco temeraria. Ethan siempre la está pinchando. Volvió a tragar saliva—. Pero no contestaba a sus mensajes. No había publicado nada en las redes sociales. Y cuando no apareció el lunes, cuando volvíamos al Área de la Bahía, llamé a su padre. Su madre está muy enferma y no hay forma de que Lena no contactara con ella. Cuando él dijo que no habían sabido nada de Lena, fue cuando me preocupé de verdad.—

—¿Fue entonces cuando denunciasteis su desaparición?—

—Creo que lo hizo su padre. Yo quería llamar a la policía, pero Ethan dijo que no era una buena idea.—

Me puse alerta. —¿Por qué no?

—No le gusta hablar con los maderos.—

Señal de alarma detectada. —¿Por qué?

Jason vaciló. —No lo sé. Simplemente es... así.

—¿Cómo es «así»? ¿Quién era esta gente? ¿Una propuesta de matrimonio falsa? ¿No querer denunciar su desaparición a la policía? Ciertamente esperaba que los amigos de Selena y Zoey tuvieran más sentido común que este grupo.—

—Un poco raro —dijo—. Le fascinan los asesinos en serie. Le gusta asustar a la gente. Vivir al límite. Sacudió la cabeza—. Lo cual

es una locura, porque está forrado. Pero forrado de verdad. Con un puestazo en una empresa.—

—¿Crees que Ethan y Lena podrían haber planeado esto como un engaño?—

—No. De ninguna manera. Ni de broma.—

Deslicé mi tarjeta por la mesa. —Si se te ocurre algo más, cualquier cosa, llámame.

Él asintió.

Al salir de la cafetería, no podía dejar de pensar en lo que Jason me había contado. Si así es como se comportaba el responsable, ¿cómo serían los demás? Joe había dicho que eran como niños, a pesar de estar en la veintena. Pero entonces recordé la negativa de Ethan a involucrar a las autoridades. Su obsesión con los asesinos en serie. La forma en que había empujado a Lena a irse sola fuera, a la oscuridad. Si se la habían llevado, su secuestrador tenía que haber sabido que ella iba a estar allí fuera. ¿Alguien del personal? ¿Ethan? ¿Todos ellos? ¿Ninguno? De una cosa estaba segura: necesitaba hablar con Ethan, el hombre que organizó la broma, lo antes posible.

7

—•—

El arquitecto

Estaba empezando a perder los estribos. ¿Era porque por fin se había dado cuenta de que no tenía ningún poder en esta situación? Sí. Lena Sapphire, no tienes *ningún poder*. No tienes el control. Y obedecerás.

Me miraba fijamente mientras se metía el sándwich en la boca. Era bastante impactante, con los brillantes ojos azules de su padre y su cabello rubio natural cayéndole casi hasta la cintura. Tan joven. Tan ingenua. Pero, si era sincero, empezaba a cansarme de ella. Todo esto estaba llevando demasiado tiempo.

—Este sándwich está buenísimo —dijo con indiferencia—. Sabes, si esto de secuestrar gente y mantenerla como rehén no te sale bien, quizá deberías abrir tu propia cafetería. Podrías tener un futuro brillante.

Qué presumida. Qué segura de sí misma. Había que corregir su confusión sobre quién ostentaba el poder aquí. —Ese no es mi destino. Conozco mi destino. ¿Cuál es tu destino, Lena?

Soltó el sándwich en el plato y me miró directamente a los ojos. —Bueno, si no me matas, supongo que volveré a mi vida privilegiada y despreocupada. En cuanto a ti... —Inclinó la cabeza—.

Probablemente vivirás en el sótano de tu madre. ¿Es aquí donde estamos ahora mismo? ¿En el sótano de tu madre?

No dije nada.

—¿Qué pasa? —continuó ella—. ¿Es que las chicas se burlaban de ti en el colegio? ¿Por eso me has traído? ¿A quién más te has llevado? ¿Qué has hecho con ellos? ¿Cuál es tu plan? ¿Tienes siquiera uno?

No sabía a qué juego creía que estaba jugando. Pero era hora de darle una lección. Caminé hacia la mesa, recogí su desayuno a medio comer y salí de la habitación sin decir palabra. Tras dejar la bandeja fuera de la puerta, regresé con un regalo. Ella me miró fijamente. —No había terminado.

—Oh, ya has terminado.

Su bravuconería flaqueó, dejando paso a algo distinto.

—¿Qué *crees* que estás haciendo? ¿Crees que puedes hablarme así y salirte con la tuya? El destino de tu vida está en la palma de mis manos, y me hablas como si fuera un vulgar niñato. —Me acerqué más a ella—. Está claro que tienes un problema de respeto. Así que voy a enseñarte lo que es mientras estés aquí. ¿Qué te parece, Lena?

Ni un comentario. Ni una broma. Ni burlas. Ya no hubo intentos de menospreciarme.

Del bolsillo trasero saqué un mechero, retrocedí y sostuve el objeto por su cadena. La llama vaciló mientras lo balanceaba de un lado a otro sobre el objeto. Vi cómo su rostro perdía el color. Sabía exactamente lo que estaba a punto de hacer. La implicación estaba clara. Sería un recordatorio que le duraría toda la vida.

Sus ojos se agrandaron.

Sonreí.

—No tienes por qué hacer eso —exclamó—. Lo siento. Lo prometo... estoy segura de que tienes mucho talento y eres muy inteligente. Lo siento. Haré lo que quieras. Seré... seré buena. Lo juro.

—Lena, te creo. Pero a veces en la vida necesitamos recordatorios. ¿Y qué hay mejor que algo que siempre irá contigo?

Saltó de la silla, pero la cadena que rodeaba su tobillo solo le permitió dar unos pocos pasos frenéticos.

—¿A dónde vas a huir? —le pregunté—. No puedes llegar muy lejos. Y si te resistes, esto será mucho, mucho peor. —Se desplomó sobre el colchón, asintiendo mientras las lágrimas le rodaban por las mejillas.

Si no supiera lo contrario, diría que Lena ya estaba aprendiendo la lección. Quizá después de todo sí fuera inteligente. Ahora lo recordaría siempre. Ella me pertenecía. *Nos pertenecía a nosotros.*

Salí de la habitación sin decir palabra, con la cadena apretada en la mano. Me quité la máscara, me pasé los dedos por el pelo y caminé por el pasillo.

—¿Lo has hecho? —preguntó él.

—Lo he hecho. Quizá ahora sea un poco más humilde.

—¿No crees que eso ha sido pasarse de la raya?

Negué con la cabeza. —No. Creo que ha sido lo justo. —Yo tenía agallas e integridad. No era un seguidor que simplemente hacía lo que le decían. No era como los *otros*.

Él dijo: —Han pasado tres días. No se suponía que esto fuera a llevar tanto tiempo.

—Lo sé —asentí.

—Quizá tengamos que subir la apuesta.

Lo sopesé. —Tengo algo en mente. Algo que creo que nos dará exactamente lo que queremos.

8

—•—

Martina

Estaba allí sentado con la confianza de un rey. —Muchas gracias por venir a la oficina, Ethan. Te lo agradezco de veras.

—No hay de qué —dijo él. —Lo que sea por ayudar a encontrar a Lena.

Había muy poca emoción tras sus palabras. Era guapo, con ese estilo típico estadounidense, de pelo rubio oscuro y sonrisa perfecta. Pero en él había una oscuridad, como si la amabilidad fuera algo que no le salía de forma natural y nunca hubiera aprendido a hablarla con fluidez. —¿Teníais Lena y tú una relación cercana?

—No —dijo él. —Del mismo círculo de amigos, eso es todo.

—¿Te llevabas bien con ella?

—Casi siempre —dijo tras una pausa. —Somos muy diferentes. Es un poco ligera de cascos para mi gusto. Un poco tonta. —Lo dijo como si se sintiera muy superior a ella.

Por lo que sabía de los antecedentes de Lena, había sacado notas excelentes tanto en el instituto como en la universidad. Hacía deporte y trabajaba duro. A Lena también le gustaba divertirse y tenía la suerte de poder hacerlo siempre que quería. Era joven y tenía el mundo entero a sus pies. Y yo necesitaba encontrarla antes de que le arrebataran su futuro.

—Eres amigo de Jason —dije. —Su novio.

Permaneció impasible, sin mostrar apenas emoción. —Amigos desde niños. Somos prácticamente hermanos.

—Debe de ser difícil verle tan afectado por lo de Lena.

Sin emoción alguna, dijo: —Lo es.

Desde luego, no actuaba como si lo fuera. —¿Puedes explicarme los acontecimientos del sábado previos a la desaparición de Lena? Desde el momento en que llegasteis al condado de Red Rose hasta que os disteis cuenta de que Lena no estaba.

Él asintió y empezó a hablar. Su historia coincidía exactamente con la de Jason. *Demasiado* exacta. La forma en que la soltó, fluida y ensayada, me hizo creer que él y Jason habían hablado y habían comparado versiones. Su narración era similar a la que Jenna y Tiffany me habían contado cuando hablamos antes también. Al igual que Jason, ellas también parecían genuinamente preocupadas por Lena. Pero aparte de ese dato, no se había sacado nada de hablar con las dos mujeres, ya que parecían ignorar por completo el verdadero juego que Jason y Ethan habían montado.

A Jason le importaba Lena. A sus amigas les importaba. A sus padres les importaba. Era evidente que a Ethan no.

Cuando terminó, pregunté: —Y cuando visteis que faltaba, ¿llamasteis a la policía?

—No, pensé que era mejor hablar primero con su familia. No querríamos que se enteraran de su desaparición por las noticias, ¿verdad?

Era un tipo escurridizo. Eso se lo concedía. —Entiendo lo de avisar a su familia —dije—, pero estabais en el condado de Red Rose. Podríais haber ido directamente a la oficina del sheriff después de hablar con sus padres. O hacer que vinieran a la casa para presentar la denuncia.

—Sinceramente, no creí que fuera asunto mío. Estaba seguro de que su familia se encargaría de todo, y así ha sido.

—¿Hay algo más que puedas contarme sobre Lena, o sobre aquella noche, que pueda ayudarnos a encontrarla?

—No se me ocurre nada más —dijo él. —Pero mi familia y yo rezaremos por ella.

Dudaba mucho de ello. No me gustaba Ethan. No era solo su personalidad, era su forma de hablar, su forma de comportarse y la forma en que estaba convencido de que nos la estaba pegando a todos los presentes. Como si no pudiéramos ver a través del fino velo de preocupación con el que se había cubierto. Narcisista. Sociópata. Yo no era una profesional de la salud mental. No podía diagnosticarle. Lo único que sabía era que me daba escalofríos. Y por todo lo que había oído de él, era, en efecto, un tipo despreciable.

—¿Dónde trabajas, Ethan?

—En Industrias Buck.

Cómo no. —Esa es la empresa de tu padre, —dije. ——¿Trabajas para él? —Algo cruzó su rostro, irritación, tal vez. Un talón de Aquiles, quizá. —Sabes, —añadí, ——si hay algo que no me estás contando sobre la desaparición de Lena, cualquier cosa, me acabaré enterando. Y cuando lo haga, no dudaré en hacerlo público. En las noticias. En las redes sociales. Imagino que también llegaría a la sección de negocios. Ya lo veo: «El hijo del director ejecutivo de Industrias Buck se niega a cooperar en la búsqueda de la desaparecida Lena Sapphire».

Él sonrió con suficiencia. —Le aseguro que, si hubiera pasado algo más aquel día, se lo contaría. Ahora, si no hay nada más, tengo compromisos previos.

Probablemente de vuelta al trabajo, o a un almuerzo con un par de martinis. —Eso será todo, Ethan —dije—. Que tengas un buen día.

—Igualmente, señorita Monroe.

Después de acompañarlo a la salida, sentí como si tuviera lodo en la piel. Me reuní con Selena en su cubículo. —¿Cómo ha ido?

—Como esperaba —dije—. La misma historia que los demás.

—¿Crees que podría estar implicado?

—No lo sé —dije con sinceridad—. Pero alguien sabe algo. Es demasiada casualidad. Según tengo entendido, la casa en el condado de Red Rose es relativamente remota. Nadie pasó por allí andando o en coche y se la llevó sin más. Alguien planeaba que ella, o cualquier otra persona, estuviera fuera esa noche. Necesitamos

saber quién más sabía que Lena estaría en el condado de Red Rose en esa casa el sábado.

—Bueno, sabemos que sus padres lo sabían y los cuatro amigos que estaban con ella también. Quizá se lo dijo a alguien más, o ellos lo hicieron.

—Tenemos que averiguarlo. Hice una pausa. ¿Has tenido noticias del condado de Red Rose? —Con suerte habrían hecho un trabajo decente investigando la desaparición de Lena. Era posible que tuvieran alguna información útil que pudiera ayudarnos a encontrarla.

—Dejé un mensaje anoche. Estoy esperando que me devuelva la llamada un tal oficial Brady Tanner.

—Muy bien —dije—. Sigamos investigando los antecedentes de todos sus conocidos. Amigos, círculos extendidos. ¿Te parece bien hacer más entrevistas?

—Sí —dijo Selena—. Estoy lista. He empezado una lista para el círculo de amigos extendido y los socios comerciales de su padre. Vincent también va a ayudar. Seguro que descubrimos quién sabía que ella iba a estar en las montañas.

—Perfecto.

En ese momento, el teléfono del cubículo de Selena se iluminó. —Vaya. Veamos quién es. Respondió mientras yo me quedaba allí de pie, con la mente acelerada.

Tenía un cliente muy adinerado con una hija desaparecida. Un círculo rico de amigos cuyas historias iniciales habían sonado fragmentadas, casi engañosas. Ahora eran idénticas. Pulidas. Como si hubieran sido ensayadas. ¿Estaban encubriendo algo? Miré de nuevo a Selena. Asentía lentamente con el ceño fruncido.

—¿Está seguro? —preguntó por teléfono—. Muy bien. Muchas gracias.

Colgó y me miró. —Bueno, —dijo, ——esto es interesante.—

—¿De qué se trata?

—Era el oficial Brady Tanner del departamento del sheriff de Red Rose. ¿Adivina de quién nunca se denunció la desaparición en el condado de Red Rose?—

Se me cayó el alma a los pies. —De Lena Sapphire.—

—Exacto.—

—Eso no tiene ningún sentido, —dije. ——Creía que su padre me había dicho que había denunciado su desaparición. —¿Me habría equivocado? Con un gesto de asentimiento, dije: —Parece que voy a hacerle otra visita a Joseph Sapphire.—

—Buena suerte. Seguiré trabajando con Vincent en la lista de entrevistas.—

—Gracias. —Mientras volvía a mi despacho, negué con la cabeza. ¿Cómo iba a ayudar a un cliente que no estaba siendo sincero conmigo? Si estaban ocultando la falta de una denuncia por desaparición, ¿qué más estarían escondiendo? ¿Y por qué pedir mi ayuda si no iban a contarme todo lo que necesitaba para hacer mi trabajo?

9

—·—

Val

La vida era pacífica, pensé mientras miraba por la ventana de mi nuevo hogar y sonreía. Por mucho que echara de menos vivir con mi madre, había algo que no me parecía del todo bien en eso de vivir en el dormitorio de mi infancia con casi cincuenta años. Por no mencionar que estaba prometida. Brady y yo queríamos construir un hogar y una vida juntos.

Nuestro romance, en ciertos aspectos, se sentía como un torbellino. En otros, parecía algo que debería haber pasado hace mucho tiempo, como si él siempre hubiera sido mío, incluso cuando no lo era. Nos conocimos de niños y fuimos grandes amigos durante todo el instituto, pero perdimos el contacto después de que ambos nos casáramos y formáramos familias con otras personas. Y luego, fíjate tú por dónde, llegamos a los cuarenta y tantos y ambos terminamos de vuelta en nuestra ciudad natal. Cita con el destino con un giro romántico.

—¿Está ya listo el té?— preguntó Julie.

—Casi— me giré para ver a la amiga de mi madre de pie en el umbral de la cocina, con los brazos cruzados y una impaciencia juguetona en la mirada.

Aunque ya no vivía en casa con mi madre, seguía viéndola a ella y a sus amigas casi todos los días. A estas alturas, sus amigas eran básicamente mis tías. O venían ellas a mi nueva casa, o iba yo a casa de mamá. Sinceramente, no tenía mucho más que hacer desde que me jubilé del FBI y no había trabajado en ningún caso con el Departamento del Sheriff del Condado de Red Rose en más de un año.

Me había dado por decorar nuestra casa nueva y pasar tiempo con mi madre y sus amigas, y con mis propias amistades. Seguía enterándome de todas las jugosas novedades del condado gracias a Lucy y Sally, que trabajaban en el departamento del sheriff. Mis dos «mejores amigas», como dicen los jóvenes. Lucy era investigadora y Sally, la forense del condado. Y para ser sincera, cuando estábamos juntas, sentía una punzada de envidia cuando hablaban del trabajo. Era algo significativo e importante.

Sonó el hervidor; su agudo silbido interrumpió mis pensamientos. Saqué tazas para Julie, mi madre y para mí. Mírame, a plena luz del día, tomando el té.

Llevé una bandeja con las tazas al salón; la porcelana tintineaba suavemente. Al dejarla, un pensamiento cruzó mi mente: *¿De verdad soy yo?* ¿La exagente del FBI Val Costa, sirviendo té en una bandeja en la nueva casa que mi prometido y yo acabamos de comprar? Creo que mi madre tenía razón. Necesitaba un pasatiempo. *O algo.*

Dejé la bandeja sobre la mesa. Mi madre cogió su taza primero, y luego Julie y yo hicimos lo mismo.

—Bueno — dijo mamá, dando un sorbo con cuidado—, parece que te estás instalando de maravilla.

—Sí. Es acogedora. No es que no eche de menos estar en casa contigo.—

Me dedicó una sonrisa de complicidad. Nunca podía ocultarle nada. Había sido la sheriff del condado de Red Rose hasta que se jubiló. Era un fastidio no poder mentirle nunca a tu madre y salirte con la tuya, especialmente de adolescente.

—Estoy segura de que estás disfrutando mucho de tu tiempo a solas con Brady— dijo ella.

—Lo estoy haciendo. Mucho senderismo. Mucha naturaleza.—

Julie miró a mi madre y luego volvió a mirarme a mí. —Oh, vamos. Te estás muriendo de aburrimiento.—

—No es cierto— dije, con un tono demasiado defensivo.

Mi madre me lanzó una mirada afilada. —¿Con quién crees que estás hablando?—

Suspiré. —¿Y qué se supone que debo hacer? ¿Volver al FBI? No quiero trabajar en el departamento del sheriff. ¿Podría abrir una tienda? ¿Una librería?—

Mi madre rompió a reír, como si acabara de contarle el chiste más gracioso que jamás hubiera oído. Una vez que se calmó, dijo: —Sabes que siempre podrías abrir una agencia de investigación. Puede que al principio no tengas mucho trabajo, pero se te daría genial. Podrías elegir tus propios horarios y ser tu propia jefa. Muchos exagentes de la ley lo hacen. O tal vez podrías ser algún tipo de consultora de seguridad.—

—No lo sé— dije, aunque mentiría si dijera que no lo había pensado antes. —Ya veremos. Creo que probablemente sea bueno que me tome un descanso durante un tiempo.—

Mamá asintió y su expresión se suavizó. —Solo diré esto: has tenido unos años de lo más intensos. Y aunque sé que te mueres por hacer algo, quizá podrías empezar por algo pequeño.—

Julie se inclinó hacia delante. —Estoy de acuerdo con Elizabeth. Podrías empezar con un caso pequeño. No tiene por qué ser la racha de asesinatos del siglo, como a los que solías enfrentarte. Nada complicado ni asuntos de asesinos en serie peligrosos. Quizá una persona desaparecida o alguien que busque a un pariente perdido hace tiempo. Solo algo para mantenerte ocupada que no te ponga en el punto de mira de un asesino trastornado.—

Otra vez. —Es algo para reflexionar.—

Brady y el sheriff me habían mencionado en más de una ocasión que era más que bienvenida si quería un puesto a tiempo completo en el departamento del sheriff, pero no estaba segura de que fuera lo más adecuado para mí. No es que a mi prometido, el ayudante del sheriff Brady Tanner del Departamento del Sheriff del Condado de Red Rose, no le fuera a encantar. No solo disfrutaba siendo mi

compañero de vida, sino que también había disfrutado colaborando en los casos. En esas investigaciones yo solo era consultora, no empleada del condado. Y por mucho que disfrutara estando con él, no estaba segura de si quería trabajar con él, vivir con él y hacer *todo* con él. Después de todo, la ausencia alimenta el afecto.

—Bien — dijo mi madre con suavidad. —Seguro que acabas encontrando la solución. Eres demasiado joven para no estar haciendo *nada*.—

Sí que me parecía un poco pronto en la vida para renunciar al trabajo por completo. Si no encontraba algo que hacer, era probable que me diera por la jardinería o la repostería, o lo que era peor, que me *convirtiera en mi madre*.

Un suave timbre sonó en la puerta principal cuando el cierre se desbloqueó, seguido del clic amortiguado del sistema de seguridad. Brady debía de haber llegado a casa. Qué extraño. No solía venir a casa durante el día.

La puerta se abrió y Brady entró, todavía con el uniforme puesto. Les dedicó a mi madre y a Julie una cálida sonrisa. —Señoras— dijo inclinando ligeramente la cabeza. —¿Cómo están?—

—Muy bien, gracias, Brady— dijo Julie. —Me alegro de verte.

—Igualmente.—

Me levanté y me acerqué para darle un beso rápido en los labios. Todavía estábamos en esa etapa en la que, en cuanto uno de los dos cruzaba la puerta, teníamos que besarnos. Era tonto. Era romántico. Y me gustaba.

—¿Qué te trae por casa?— pregunté. —Acabamos de hacer té. ¿Quieres una taza?—

—No, gracias. En realidad...— dijo, cambiando ligeramente el tono —, Val, esperaba poder hablar contigo.—

Miró a Julie y a mi madre. —Lo siento, Julie y Elizabeth, no sabía que iban a estar aquí.—

—Oh, por supuesto, no te preocupes— dijo mi madre con un gesto de la mano. —Llévatela, Brady.

—Perdonadnos— dije mientras me levantaba.

—Faltaría más— dijo Julie con una sonrisa cómplice. —Adelante, id.

Lo juro, incluso antes de que Brady y yo estuviéramos juntos, esas dos y su amiga Diane estaban todo el día encima de nosotros para que tuviéramos una relación. Puede que yo protestara demasiado al principio, pero todos a nuestro alrededor decidieron rápidamente que Brady y yo estábamos destinados a estar juntos. Quizá no cuando éramos niños, pero en esta fase de nuestras vidas, sin duda.

Ya en la cocina, Brady me agarró por las caderas y volvió a besarme.

—Ah — dije riendo mientras me apartaba—, ¿por eso has venido a casa? ¿Era eso de lo que querías hablar?

—No, pero no he podido resistirme— dijo, dando un paso atrás y apoyándose en la encimera. Su expresión cambió, y la calidez juguetona fue reemplazada por algo más serio. —Pues... hemos encontrado un cadáver hoy.—

—¿Un cadáver? — repetí.

—Sí. No parece una muerte accidental. Parece que la persona había sido inmovilizada. Tal vez retenida durante un tiempo.—

Sentí la conocida opresión en el pecho. —Un caso nuevo— dije despacio—, ¿y quieres mi ayuda?

—A ver, sé que técnicamente te has tomado un descanso— dijo, observando mi rostro con atención. —Pero si quisieras ocuparte de un caso, desde luego nos vendría de perlas la inigualable agente especial Val Costa.—

Enarqué una ceja. —Exagente especial del FBI Val Costa.—

Él sonrió. —Exagente especial del FBI Val Costa *extraordinaire*. De hecho, el sheriff ha sido el primero en sacarlo a relucir. En la escena, ha dicho: «Creo que necesitamos a Val». Y yo estoy de acuerdo.—

Solo vacilé un momento. —Realmente no estoy haciendo nada más. La casa ya está casi terminada. Así que... de acuerdo. Vale.—

Un destello de alivio cruzó su rostro. —Me lo imaginaba— dijo con esa sonrisita juvenil a la que no podía resistirme. —continuó—: El cuerpo lo han descubierto hoy. La escena se ha preservado, así que si quieres venir ahora a echar un vistazo antes de que se lo lleven, es un buen momento.—

¿Era malo que sintiera ese viejo subidón de adrenalina ante un caso nuevo, y que en parte me encantara? —Déjame decírselo a

mamá y a Julie. Estoy segura de que no les importará.—

—Seguro que no será un problema — dijo él, dedicándome una mirada cómplice. Esas dos siempre me empujaban hacia Brady y a resolver casos. Pero algo en la expresión de Brady me hizo detenerme. —¿Hay algo más?

Él asintió. —Es un poco extraño. Podría ser una coincidencia, pero ayer recibí una llamada de una oficina de investigadores privados. Preguntaban por una denuncia de desaparición supuestamente presentada por el padre de la mujer, pero resulta que nunca se llegó a presentar ninguna denuncia de desaparición.—

Mi pulso se aceleró. —Eso sí que es raro.

—Sí — dijo—. Justo después de colgarles el teléfono esta mañana, recibí el aviso de que habían encontrado un cadáver.

Eso no podía ser una coincidencia. —¿Crees que están relacionados?

—No lo sé, pero creo que estamos a punto de averiguarlo.

10

—•—

Martina

Furiosa con Joseph Sapphire, conduje directamente a su oficina. Necesitaba saber por qué no había denunciado la desaparición de su hija ante las autoridades locales. Ese era un paso crucial en cualquier caso de persona desaparecida. Si algo trágico le hubiera ocurrido a Lena, si hubiera muerto o sufrido un accidente, podría acabar como una desconocida si no llevaba identificación encima. Pero con su foto en una base de datos de personas desaparecidas, o simplemente constando en el sistema de la policía, habría constancia de que una mujer había desaparecido en esa zona. Aquello era indignante.

Plantada frente al mostrador de recepción de un edificio de oficinas en Menlo Park, dije: —Necesito ver a Joseph Sapphire. Mi nombre es Martina Monroe.

—¿Tiene cita? —preguntó la recepcionista, con los dedos suspendidos sobre el teclado.

—No, pero es importante. Es un asunto relacionado con su hija. Necesito hablar con él de inmediato.

—Le haré saber que está aquí.

¿Por qué la gente hace estas cosas? ¿Por qué contratarme para encontrar a tu hija si ni siquiera has denunciado su desaparición? No

tenía ningún sentido. Le di vueltas a cada razón posible por la que podría no haberlo hecho, o por qué me había hecho creer que sí lo había hecho.

Entonces la recepcionista levantó la vista. —Puede verle ahora. Está justo al final del pasillo.

—Gracias —dije, ya en movimiento. Caminé hasta que vi su nombre en la puerta. Estaba abierta.

—Martina —dijo Joe, levantándose de su silla—. ¿Ya la han encontrado?

—No. —Cerré la puerta tras de mí sin hacer ruido y me acerqué a su mesa—. No he encontrado a Lena. Y las autoridades locales tampoco.

Abrió la boca para hablar, pero no le dejé.

—¿Quiere saber por qué no han encontrado a Lena?

Frunció el ceño.

—Porque nunca presentó una denuncia por desaparición en el condado de Red Rose.

Se le demudó el rostro. —No. No lo hice.

La sangre me hervía en las venas. —¿Por qué no? Me dijo que había hablado con la policía.

Se le hundieron los hombros, como si se le acabaran las ganas de pelear. —Hablé con un amigo mío que está en el cuerpo —dijo—. Me dijo que, como es adulta, no había indicios de violencia y, dado su comportamiento pasado, era probable que no hicieran nada. Así que… no presenté la denuncia.

Sentí que se me tensaba la mandíbula. —¿Le explicó su amigo lo importante que es denunciar una desaparición? Porque lo es. —Eché chispas—: ¿Y si su cuerpo apareciera en la morgue? ¿Y si se diera un golpe en la cabeza y tuviera amnesia y no supiera quién es? Estar registrada como desaparecida podría ayudar a identificarla. No solo eso, significaría que habría más gente buscándola. ¡Podría ayudar a traerla de vuelta a casa!

El silencio llenó la sala. Cerró los ojos con fuerza, como si repasara todo lo que había hecho, o dejado de hacer. Cuando volvió a abrirlos, vi arrepentimiento y dolor. —Tiene razón. No había pensado en eso. Lo haré de inmediato.

Pero no alargó la mano hacia el teléfono.

Me aclaré la garganta. —¿Hay algo más que no haya compartido conmigo sobre la desaparición de Lena?

—No —dijo rápidamente—. No hay nada más.

Le observé con atención, guardando su respuesta en mi memoria. —¿Quién sabía que iba a estar en el condado de Red Rose?

—Sus amigos lo sabían. Su madre lo sabía. No estoy seguro de a quién más se lo dijo. —Se frotó las sienes con un movimiento lento y cansado.

—Planeaban volver el lunes, que suele ser un día laborable. ¿Había alguien a quien ella tuviera que avisar de que no estaría el lunes?

—Lena no trabaja. No forma parte de ninguna organización de voluntariado. Dice que solo se está divirtiendo antes de sentar la cabeza. Así es como lo expresa ella. —Hubo una vacilación. Una pausa que se prolongó un poco más de lo debido—. Si le soy totalmente sincero —continuó—, esperaba que pudiéramos encontrarla rápido. Que *usted* fuera capaz de encontrarla y poner fin a esto. Debido a mi cargo aquí, si denuncio su desaparición y la noticia llega a la prensa, podría convertirse en un auténtico circo.

Le sostuve la mirada. —Pero si su rostro sale en las noticias, podría ayudarnos a encontrarla. Quizá alguien vio algo. Quizá alguien sabe dónde está. —Me incliné un poco hacia delante—. Esa es una de las medidas que iba a recomendar que tomáramos. Necesitamos difundir su imagen. ¿Y si realmente está de vacaciones en el extranjero? Alguien podría reconocerla y podríamos acabar con esto. Todos estarían reunidos de nuevo, sanos y salvos.

Asentió lentamente. —Tiene razón. Déjeme hablar con nuestro asesor jurídico interno. Redactaremos un comunicado. Tenemos contactos en los medios. Podemos celebrar una rueda de prensa.

Le estudié entonces. Un director ejecutivo. Un hombre poderoso. Y sin embargo, allí sentado, parecía consumido por las tragedias de su vida: la enfermedad de su esposa y la desaparición de su hija. Quizá no estaba pensando con claridad. Quizá debía suavizar mi juicio. Tenía mucho encima. O estaba ocultando algo.

—Mi empresa puede ayudar con todo eso —dije—. Si quiere, podemos habilitar una línea directa. Podemos coordinarnos con los

medios. No tiene por qué recaer todo sobre usted.

—Se lo agradecería mucho, Martina. Siento haberla confundido. A veces… todo me parece demasiado.

La tristeza en su voz era inconfundible. Ahora me sentía como una estúpida por haber irrumpido allí a sangre y fuego, metafóricamente hablando. Quizá no estaba ocultando nada, sino que simplemente estaba abrumado. Y era comprensible. —A veces la vida puede parecer así, pero pedir ayuda requiere fuerza. Usted pidió ayuda a mi empresa y haremos todo lo posible para encontrar a Lena. Nosotros nos encargaremos de los medios. Seguiremos entrevistando a amigos, familiares y al personal en el condado de Red Rose. Hablaremos con todo el mundo. —Le sostuve la mirada—: Vamos a averiguar qué le pasó a Lena. Se lo garantizo.

Al decirlo, me acordé de Hirsch. Mi mejor amigo y detective de homicidios jubilado. Solía molestarse mucho cuando trabajábamos juntos en un caso para el departamento del sheriff del condado de CoCo y yo prometía que encontraríamos a una persona desaparecida. Solía decirme que, en las fuerzas del orden, eso no se hacía. No se hacían promesas que no se pudieran cumplir. Pero yo le explicaba que no eran promesas falsas. Los encontraría. Él solía replicar con un: —A veces no te toca a ti predecir el final. —Era sabio y llevaba mucho tiempo en el oficio, pero yo solía encontrar exactamente lo que buscaba. Y sabía en mis entrañas que descubriría la verdad, y que *encontraría* a Lena. Con suerte, no llegaría demasiado tarde.

11

—•—

Val

Bueno, eso *no* era lo que me esperaba. Al mirar el cuerpo desde arriba, no pude evitar pensar: *¿Cómo es posible que acaben de descubrirlo?* El sendero era muy transitado. Cada día recibía un flujo constante de excursionistas, corredores y gente paseando al perro. El cadáver era imposible de pasar por alto, y una vez que lo veías, te perseguiría de por vida.

Miré a Sally, una de mis mejores amigas y la forense del condado. Estaba un poco más atrás de lo habitual, con la postura rígida y las manos fuertemente entrelazadas frente a ella mientras examinaba la escena. —¿Qué puedes decirme?

—Mujer adulta. Más allá de eso, prefiero ser cauta. El rango de edad es amplio, pero definitivamente no es una menor. La raza es difícil de precisar en este momento.

—¿Cuál es tu estimación de la hora de la muerte?

Se puso en cuclillas lentamente, dejando que su brillante cabello pelirrojo cayera hacia delante. Sus ojos recorrieron el cuerpo, la tierra, la ropa, pero al llegar a las muñecas, vaciló. Sin duda, estaba recordando su propio cautiverio. Ese era el tipo de cicatrices que nunca sanaban, no del todo. Yo lo sabía bien.

—Bueno —dijo ella—. No quiero pillarme los dedos. A estas temperaturas, la exposición al aire libre podría sugerir semanas. Pero un entorno cerrado y más caluroso, como un maletero, puede acelerar la descomposición drásticamente, haciendo que solo sean días.

—Si ha estado aquí a la intemperie, ¿cómo no la han descubierto antes de hoy? Este es un sendero popular. Docenas de excursionistas lo usan a diario.

Sally cambió el peso del cuerpo, ladeándose para no tener que mirar directamente a las manos de la víctima. —No creo que lleve aquí tanto tiempo. Creo que la han depositado aquí. Es posible que estuviera enterrada y la hubieran traído después. El entierro lo enturbia todo aún más. La tierra afecta a la transferencia de calor y limita el acceso de los insectos. Si ha sido trasladada, la hora de la muerte no será tan evidente.

Me arrodillé para mirar más de cerca. Había tierra incrustada en la ropa de la víctima, metida hasta el fondo de las costuras y los pliegues; no era el tipo de suciedad que se te pega por estar tirada en un sendero una noche.

—Es extraño. Cuando Brady me dijo que había un cuerpo, supuse que sería reciente.

Sally miró el cadáver de reojo. —La autopsia nos dirá más.

Su mirada volvió a desviarse hacia las muñecas. Las ataduras de cuerda seguían allí. Lo vi entonces: la forma en que los hombros de Sally se encogieron hacia dentro y cómo su respiración se volvió ligeramente superficial.

—¿Alguna teoría sobre la causa de la muerte?

—Nada obvio, pero es difícil saberlo a simple vista, dado el estado de descomposición. Sabré más después de realizar la autopsia.

Me puse en pie, sacudiéndome la tierra de la rodilla, y me volví hacia Brady. —¿Cuántas personas desaparecidas tenéis en el condado de Red Rose que coincidan con su descripción?

—Ninguna.

Una víctima cuya desaparición no había sido denunciada. Enterrada, o al menos ocultada, luego desenterrada y colocada en un sendero donde no cabía duda de que la encontrarían.

El sheriff se acercó, oteando la zona. —¿Qué piensas, Val?

Sosteniéndole la mirada, dije: —Es peculiar.

—Por eso eres la primera persona a la que hemos llamado.

Volví a mirar a Sally. Ahora se había alejado un paso del cuerpo, con los brazos apretados contra el pecho y los ojos fijos en los árboles.

—Esta no es la típica forma de deshacerse de un cuerpo —dije—. Es más, parece deliberado.

—¿Un mensaje? —preguntó Brady.

—Tal vez —respondí—. Solo que aún no sé cuál es el mensaje. —Había varias posibilidades. Podría ser que el asesino se hubiera arrepentido y quisiera que la familia supiera el destino de la mujer. O que el perpetrador quisiera el mérito de la muerte. Pero si ese fuera el caso, esperaría más víctimas, lo que significaría que tendríamos a otro asesino en serie en el condado de Red Rose.

O bien era algo que no entenderíamos sin más mensajes. Por desgracia, más mensajes significaban más víctimas.

El sheriff permanecía con las manos en las caderas, mirando el cuerpo como si intentara obligarlo a explicarse. Me miró. —¿Qué tipo de asesino hace esto?

Inspiré lentamente, dejando que mis ojos siguieran el rastro de las ataduras, la colocación y el sendero más allá. —Uno que no es reactivo —dije—. No alguien que haya perdido los estribos o haya entrado en pánico.

Brady frunció el ceño. —No ha sido un crimen pasional.

—No —dije—. Esta persona planificó. Esperó. Eligió cuándo y dónde sería encontrada.

El sheriff se cruzó de brazos. —¿Un asesino en serie?

—Puede ser —me agaché de nuevo, señalando las ataduras en las muñecas—. Esto no tiene que ver con la velocidad ni con el número de víctimas. Se trata de control. Alguien que quiere retener a una víctima, restringirla y ser quien decida en última instancia qué sucede después.

Sally se movió detrás de mí. Lo sentí más de lo que lo vi.

—Este tipo de delincuentes se sienten cómodos esperando. No necesitan una gratificación inmediata.

—¿Entonces qué es lo que quieren? —preguntó el sheriff.

—Sentido de propiedad —dije—. Y el control de la narrativa. Quieren decidir cuándo la encontramos y cuándo empezamos a hacer preguntas.

Brady echó una ojeada al sendero. —¿Crees que querían que la encontraran?

—Sí —dije—. Pero no de inmediato.

El sheriff exhaló despacio. —Entonces, ¿a qué nos enfrentamos?

Me puse en pie, sosteniéndole la mirada. —A alguien organizado. Alguien paciente. Alguien que entiende cómo funcionan las investigaciones, o al menos cómo empiezan.

—¿Es probable que esta persona vuelva a matar o que haya matado antes?

No vacilé. —Sí.

Él asintió una vez, macilento. —No parece que esto sea el final.

—No, no lo parece. —Dirigiéndome a Brady, añadí—: Has dicho que hoy llamó alguien preguntando por una denuncia de desaparición que nunca se llegó a presentar.

Él asintió.

—¿Cuándo desapareció esa persona?

—Hace apenas unos días.

—¿Te dieron detalles sobre la persona desaparecida?

—Solo un nombre. Preguntaron qué habíamos encontrado hasta ahora. Pero no hubo investigación porque no existía ninguna denuncia.

—¿Tienes la información de contacto?

—Sí. Una investigadora privada llamada Selena Bailey, de Drakos Monroe Security & Investigations, allí en el Área de la Bahía.

El sheriff me miró. —¿Crees que podría estar relacionado?

—No lo sé —admití con franqueza—. Pero el momento elegido parece una coincidencia demasiado oportuna.

O bien se trataba de algo totalmente distinto. Volví a mirar el cuerpo, las ataduras y la puesta en escena, y no pude evitar sentir un oscuro presentimiento.

12

—•—

Martina

Joe Sapphire se mostró compasivo y el dolor en su voz parecía real. Su súplica a la comunidad, pidiendo que llamaran a la línea de información si alguien había visto a Lena o sabía dónde estaba, resultó genuina. Habló de cuánto la quería su familia y cuánto la echaban de menos, y de que a su madre no le quedaba mucho tiempo.

Incluso yo estuve a punto de conmoverme hasta las lágrimas al escucharlo. Solo esperaba que la rueda de prensa surtiera efecto y ayudara a traer a Lena a casa. La luz de la cámara se apagó y el tenue zumbido de los equipos al desconectarse llenó el silencio. Joe caminó hacia mí, frotándose las manos como si no supiera qué hacer con ellas.

—¿Qué tal lo he hecho?

—Lo has hecho muy bien.

Soltó un suspiro. —¿Y ahora qué hago? Siento que debería estar haciendo más.

—Rezamos. Y mi equipo seguirá trabajando para encontrarla. Encontrar su portátil puede darnos más respuestas. Finalmente lo había encontrado en su maleta. El equipo técnico estaba trabajando para acceder a él mientras celebrábamos la rueda de prensa.

Continué: —Presentaré el informe de persona desaparecida hoy mismo y veré si podemos obtener ayuda de las fuerzas del orden en el condado de Red Rose. Y todavía tenemos pistas que seguir y gente a la que interrogar. Te avisaré si hay alguna novedad.

—Gracias, Martina.

—No hay de qué. Eso es lo que hacemos en Drakos Monroe. Ayudamos a encontrar a personas que nadie más puede encontrar.

Me lanzó una mirada que no supe interpretar del todo. Quizá fuera esperanza o miedo, o tal vez ambas cosas. —Eso espero. De verdad. Luego se dio la vuelta y salió de la sala de conferencias.

La forma en que lo dijo me dio un vuelco al corazón. Fue casi como una disculpa. ¿Podría estar de algún modo involucrado en la desaparición de su hija? ¿O sabía más de lo que me estaba contando? Inspiré y solté el aire despacio, intentando centrarme. La rueda de prensa no era más que una tarea tachada de la lista. Ahora tenía que prepararme para nuestro viaje al condado de Red Rose.

Teníamos que inspeccionar la propiedad donde se vio a Lena por última vez e interrogar al personal que trabajaba en la cabaña de Ethan Buck, y a cualquiera que hubiera estado en los alrededores ese día. Alguien tenía que haber visto algo. O haber oído algo. Los rumores siempre acaban aflorando cuando uno sabe escuchar. Y, por supuesto, todavía teníamos que presentar una denuncia oficial por desaparición. Se suponía que Joe lo iba a hacer ayer, pero estaba tan abrumado que me ofrecí a gestionarlo yo por él.

Vincent, uno de nuestros mejores investigadores, se acercó. Trabajamos juntos por primera vez en el departamento del sheriff del condado de CoCo, cuando yo era externa y colaboraba con ellos para resolver casos fríos. Por aquel entonces él era joven y arrogante, impetuoso e inquieto. Había madurado bastante desde entonces, pero seguía siendo el mismo Vincent de siempre. Siempre estaba listo con una sonrisa, un comentario mordaz y un instinto para descubrir hasta la pista más ínfima.

—Vaya, eso ha sido duro —dijo.

—Sí. ¿Habéis hecho algún progreso, Selena y tú?— Era una pregunta retórica. Ya sabía la respuesta. Pese a que la familia de Vincent estaba creciendo, seguía siendo un adicto al trabajo, como

la mayoría de nosotros. Intentábamos controlarnos mutuamente, para asegurarnos de que nos tomábamos los fines de semana libres y de que realmente íbamos a casa a cenar. Pero a veces un caso, un caso especial, nos consumía y nadie dejaba de trabajar hasta que salía a la luz la verdad.

—Tenemos todos los nombres del personal que trabajaba en la cabaña de los Buck el fin de semana que ella desapareció, dijo—. Hemos concertado entrevistas para última hora de esta tarde.

—Excelente.

—¿Segura de que no quieres compañía?

—Selena está comprobando si puede hacer el viaje conmigo. Si no, estaré bien.

—Vale. Seguiré llamando para intentar conseguir información por teléfono, por si hay algo que alguien recuerde. Quizá podamos daros algunas pistas sobre en quién centraros una vez que estéis allí.

—Te lo agradezco, Vincent.

—Faltaría más. Te avisaré si encuentro algo.

—Te lo agradezco.

Me dirigí de vuelta a mi despacho. A mitad de camino, me invadió una sensación extraña. No sabría decir qué era. No me empujaba en ninguna dirección concreta, solo era la sensación de que algo más grande se estaba fraguando, algo que aún no podía ver. Para cuando llegué a la puerta de mi despacho, me había vuelto a concentrar en los hechos del caso y en la larga lista de tareas pendientes. Sentada, cogí el auricular del teléfono y marqué el número del Departamento del Sheriff del Condado de Red Rose.

—Sí, ¿con quién quiere hablar?

—Querría presentar una denuncia por desaparición de persona.

Hubo una pausa al otro lado.

—Muy bien. Le paso con el ayudante Tanner. Un momento, por favor.

—Gracias.

El ayudante Tanner me tuvo esperando casi tres minutos. No parece mucho, pero cuando estás en espera, el tiempo se estira. Mi mente divagaba. ¿Tenía el condado de Red Rose muchos

desaparecidos? ¿Quién era el ayudante Tanner? ¿Era competente? ¿Podría ayudarnos realmente a encontrar a Lena?

Una voz grave sonó al otro lado de la línea. —Aquí el ayudante Tanner.

—Sí, hola, ayudante Tanner. Mi nombre es Martina Monroe, y...— Procedí a explicarle que me había contratado la familia, los detalles de la desaparición de Lena la noche del sábado y que me gustaría que se registrara la denuncia por desaparición.

Tras una pausa, dijo: —Hablé ayer con Selena Bailey, de su empresa. ¿Se trata de la misma persona desaparecida?

Era una buena señal que se acordara. Significaba que no lo había descartado y que el tema le rondaba por la cabeza. —Sí, la misma.

—¿Puedo preguntar por qué se ha tardado cuatro días en presentar la denuncia?

Le expliqué lo del grupo de amigos junto con su historial de bromas, y la vacilación inicial de su padre a la hora de involucrar a la ley.

—¿Y está segura de que solo lleva desaparecida desde el sábado?

¿Que si estaba segura? No al cien por cien. ¿Era posible que sus amigos no hubieran sido sinceros? ¿Podría Lena llevar desaparecida más tiempo? —Hasta donde yo sé, sí. ¿Por qué lo pregunta?

—Ayer se descubrió un cadáver.

Las palabras cayeron como un jarro de agua fría. ¿Habíamos llegado demasiado tarde? —¿Encaja con la descripción de Lena?

—Parece ser una mujer, pero aún no se ha determinado la hora de la muerte. No conoceremos la edad ni la causa del fallecimiento, ni ninguna otra característica, hasta que se complete la autopsia.

La inquietante sensación de la que me había librado antes regresó de golpe. —¿Para cuándo está programada la autopsia?

—Debería estar terminada a lo largo del día de hoy.

Eso eran noticias alentadoras. O bien no solían tener muchos cadáveres o parecía una muerte sospechosa para programar la autopsia tan rápido. —Tengo planeado subir hoy en coche desde el área de la Bahía—, dije. —Nos gustaría entrevistar al personal y a cualquiera que estuviera cerca de la propiedad mientras Lena y sus

amigos estaban de visita. También me gustaría hablar con usted en persona sobre el caso. ¿Le parecería bien?

—Por supuesto, podemos hablar más a fondo sobre la desaparición de Lena, dijo—. Pero en cuanto al cuerpo que encontramos, es una investigación abierta, señorita Monroe, y por lo tanto habrá detalles que no podré comentar con usted.

—Lo entiendo. Pero intentaría por todos los medios que cambiara de opinión y compartiera todos los detalles relevantes, incluidos los resultados de la autopsia. Hasta entonces, rezaría para que el cuerpo no fuera el de Lena.

Tras una breve pausa, añadió: —Señorita Monroe, he oído hablar de usted y de su empresa. Trabajé en la policía de San Francisco antes de volver al condado de Red Rose hace unos años. Cualquier aportación que tenga será bienvenida y agradecida.

Bien. —Será un placer conocerle.

Intercambiamos información y terminé la llamada. Apoyada en el respaldo de mi silla, medité sobre la conversación. Ayer habían encontrado el cadáver de una mujer. Lena llevaba cuatro días desaparecida. Si el cuerpo era el de Lena, sería trágico. Si no era ella, podría significar algo mayor. El condado de Red Rose tuvo un asesino en serie en activo hace un año. ¿Era posible que tuvieran a otro?

Fui hasta el cubículo de Selena y la puse al corriente de los detalles. Se le abrieron los ojos de par en par. —¿Estás segura de que solo tengo que ir yo contigo?

—¿No crees que podamos arreglárnoslas nosotras?

—Solo digo que están apareciendo cadáveres. Los refuerzos siempre vienen bien, ¿no, Martina?

Lo dijo de esa forma familiar, como si me estuviera devolviendo mis propios consejos. Selena tenía la costumbre de hacer eso. —Solo son tres horas de coche. Iremos las dos. Si las cosas se ponen feas y parece que necesitamos refuerzos, pediremos ayuda al departamento del sheriff o llamaremos a nuestro propio equipo.

Selena ladeó la cabeza. —Es una coincidencia terriblemente extraña, ¿no crees?

Por desgracia, la probabilidad de que no fuera Lena era escasa. —Sí, lo creo.

Entonces sonrió con un brillo en los ojos. —¿Y sabes lo que siempre dice Hirsch sobre las coincidencias?

Me alegró que hubiera llegado a conocer a Hirsch y sus dichos. —Él no cree en ellas, y yo tampoco.

13

—•—

Martina

El paisaje de camino al condado de Red Rose era impresionante. Me sorprendió no haberlo visitado nunca antes. Las imponentes secuoyas, las colinas onduladas, la forma en que la naturaleza parecía cerrarse sobre la carretera para luego abrirse de nuevo. El trayecto me hizo pensar en el ayudante del sheriff Tanner. Había mencionado que trabajó en el SFPD. Hacía años que Hirsch no trabajaba allí, pero quizá se habían cruzado. Por teléfono, el ayudante Tanner parecía algo más joven que Hirsch, pero no estaba de más comprobarlo. Me giré hacia Selena. —Voy a llamar a Hirsch para ver si ha oído hablar alguna vez del ayudante Tanner.

Ella asintió y activé el manos libres. Él respondió de inmediato. —Hola, Martina.

—Hola.

—¿Qué pasa?

—Bueno, Selena y yo nos dirigimos al condado de Red Rose para trabajar en un caso de persona desaparecida. Nos vamos a reunir con un tal ayudante Brady Tanner. Dice que trabajó en el SFPD. ¿Te suena de algo?

—Vaya —dijo Hirsch—, ha pasado bastante tiempo desde que trabajé allí. Pero el nombre me resulta familiar. Podría llamar a un

viejo colega del SFPD y ver qué averiguo. ¿Tienes idea de hace cuánto tiempo trabajó allí?

—Quizá hace unos años. No estoy segura. Solo quiero saber con quién estamos trabajando y a quién estamos dejando trabajar con nosotras. —Mi primera impresión fue que el ayudante Tanner era competente, pero alguna prueba no vendría mal.

—Me parece justo —dijo—. ¿Cuál es el caso?

Después de que le di la versión resumida, incluido el hallazgo del cadáver, asintió. —Muy bien —dijo—. Haré una llamada.

—Gracias. Y oye, ¿cómo estás? ¿Qué tal el nuevo pasatiempo? —Todavía estaba en fisioterapia desde que recibió un disparo el año anterior. No se había recuperado tan rápido como le hubiera gustado.

Él se rió entre dientes. —Bueno, te puedo decir una cosa sobre el pickleball: te hace sentir joven. Soy el más joven de allí. Ayer mi pareja de juego tenía ochenta años.

Me reí. —El pickleball te viene genial, Hirsch.

—Quiero decir, es divertido —dijo—. Y es agradable estar al aire libre, moverse. Tendré que llevaros a ti y a Charlie a la pista algún día.

Desde el tiroteo del año pasado, Hirsch se había apartado un poco del trabajo por la fuerte insistencia de su mujer y su hija. Ambos habíamos intentado mantenernos alejados del peligro, pero los casos difíciles solían tener una forma de encontrarnos.

—Sin duda.

Después de terminar la llamada, Selena dijo: —Sabes, el pickleball no es solo para viejos. Ahora es toda una tendencia. Gente joven y gente mayor. Todo el mundo juega.

Aquello me sorprendió. —¿Has jugado?

—Jugué una partida en el gimnasio el otro día. Tienen una pista cubierta. Fue divertido. —Inclinó la cabeza—. Pero no puedes dar puñetazos ni golpear nada. Sigo prefiriendo el kickboxing y el saco pesado.

Es comprensible. El boxeo era una forma estupenda de sudar y liberar frustraciones. Pero divertirse también estaba bien. —Podría estar bien tener un poco de equilibrio.

—Cierto. Además, puedes golpear la pelota bastante fuerte con la pala —dijo ella, sonriendo.

Una hora más tarde, llegamos a la oficina del sheriff. Mientras aparcábamos, eché un vistazo a los alrededores. Apacible. Me vibró el móvil justo cuando salía del coche. —¿Qué has averiguado?

—Brady Tanner trabajó en robos, luego en delitos graves —dijo Hirsch—. No en homicidios. Pero es sólido. Un buen policía.

—Es bueno saberlo. ¿Alguna idea de por qué dejó el SFPD?

—Un divorcio —dijo—. Volvió a su ciudad natal.

—Entendido. Gracias, Hirsch.

—Buena suerte.

Me guardé el teléfono en el bolsillo y volví a mirar hacia la oficina. Fuera lo que fuera lo que estaba ocurriendo allí, ya nos estábamos metiendo de lleno en ello.

Selena y yo entramos en la oficina del sheriff. Una vez dentro, nos identificamos y nos pidieron que esperáramos. El edificio olía ligeramente a café y papel viejo. El tipo de lugar donde no pasaba gran cosa la mayoría de los días. Nos sentamos junto a la pared.

No tardó mucho en acercarse un hombre con uniforme marrón, acompañado de una mujer que vestía pantalones negros y un jersey oscuro. Su pelo, a la altura de los hombros, enmarcaba su rostro de forma pulcra, y mantenía una postura segura y alerta.

—¿Señorita Monroe? —preguntó el ayudante.

Selena y yo nos pusimos en pie. Le tendí la mano y dije: —Llámame Martina. Y esta es mi socia, Selena Bailey.

El ayudante sonrió con naturalidad y su apretón de manos era firme. Era robusto, de unos cuarenta y tantos años, el tipo de hombre que parecía hecho para estar al aire libre. —Encantado de conocerlas —dijo—. Soy Brady Tanner. Y esta es mi colaboradora... —Vaciló y luego se hizo a un lado ligeramente—. Esta es Val Costa, del FBI retirada.

A Selena se le abrieron los ojos de par en par. —Oh —dijo, incapaz de contenerse—. Leí sobre usted en el periódico. Es la perfiladora que trabajó en aquel caso del asesino en serie.

Val asintió una vez. —Esa soy yo. Llámame Val.

Intervine para frenar el entusiasmo de admiradora de Selena y dije: —Es un placer conocerte, Val.

—Igualmente.

—¿Por qué no pasan a una sala de reuniones —dijo Brady— y hablamos?

¿Una perfiladora del FBI? Los seguí por el pasillo con los pensamientos a mil. ¿Por qué traer a una perfiladora por el hallazgo de un solo cadáver?

Nos sentamos, Selena y yo frente a Brady y Val, y cada una de nosotras evaluó en silencio a los demás. Selena parecía absolutamente encantada. Tomé nota mental de preguntarle más tarde cuánta investigación había hecho sobre Val Costa.

—Cuando encontramos el cadáver —empezó Brady—, me acordé de su llamada sobre la persona desaparecida. Inmediatamente nos preguntamos si ambos casos estaban relacionados. —Se echó un poco hacia atrás—. No tenemos muchas personas desaparecidas por aquí. Y cuando las hay, suele ser algo a corto plazo y relativamente inocente. Como alguien que se pierde en un sendero, o se despista y no encuentra el camino de vuelta. Ese tipo de cosas. ¿Que alguien desaparezca y no se informe de ello durante días? Eso es inusual.

Asentí.

—Y entonces apareció el cuerpo —continuó—. Fue entonces cuando empezamos a pensar que algo podía estar pasando. Por eso recurrimos a Val.

Como si Selena no pudiera evitarlo, se le iluminaron los ojos y dijo: —He leído sobre su carrera, señorita Costa. Realmente impresionante. Martina y yo hemos trabajado con el FBI antes, pero no directamente con una perfiladora. Esto es genial.

Val le devolvió una pequeña y educada sonrisa. —Te lo agradezco. Ahora estoy retirada. Solo actúo como consultora cuando el departamento del sheriff me lo pide. Brady me ha estado hablando de Drakos Monroe Security & Investigations y de vuestra trayectoria. Es impresionante.

Miró a Brady y luego volvió a mirarnos a nosotras. —Por eso le sugerí al sheriff que trabajáramos juntos. Normalmente, con una investigación abierta, estamos limitados en cuanto a lo que podemos

compartir. Pero nos gustaría contar con vosotras, con la expectativa de que los detalles queden entre nosotros. Tengo entendido que habéis trabajado estrechamente con las fuerzas del orden en el pasado y que, por tanto, comprendéis la confidencialidad y la discreción.

—Así es. No compartiremos ninguna información no autorizada fuera del equipo.

La expresión de Val se volvió seria. —Bien. —Miró al ayudante y continuó— La autopsia está en curso, pero creemos que se trata de un homicidio. Y basándome en mi perfil del individuo responsable, no se trata de alguien que mate una sola vez y ya está. Me preocupa que nuestro autor no haya terminado de matar. —Entrelazó las manos sobre la mesa—. Con vuestras habilidades, y el hecho de que la familia os ha contratado, creo que entre vuestro equipo y el Departamento del Sheriff del Condado de Red Rose, podemos evitar que aparezcan más cadáveres en nuestros senderos.

No me esperaba aquello, pero me alegré de oírlo. Si yo estuviera en su lugar, habría sugerido lo mismo. —De acuerdo.

Val continuó: —Parece que todos estamos dispuestos a impedir que este tipo haga daño a nadie más.

Hubo asentimientos por todas partes.

Brady se inclinó hacia delante. —Empecemos.

14

—•—

Martina

Darme cuenta de que estaba metida hasta las cejas en un caso de homicidio me golpeó con fuerza. Se suponía que no debía haber aceptado *ningún* caso. Todo mi ser me gritaba que este iba a ser un asunto complicado y peligroso. Al estar fuera de casa, no conocía el territorio y tendría que confiar en un equipo al que acababa de conocer. Basándome en la reacción de Selena hacia Val, parecía que esta última era sumamente competente y alguien a quien querríamos en el equipo. Y según el contacto de Hirsch, Brady tenía buena reputación en la policía de San Francisco. A pesar de todo aquello, algo me resultaba... oscuro. Como si este caso fuera uno de los grandes. Uno feo. De los que no tienen un final feliz. *Por favor, Señor, que me equivoque*.

Selena dijo: —¿Por qué no les contamos todo lo que sabemos sobre Lena y luego vosotros discutís el homicidio? Podemos sacar similitudes y ángulos que explorar primero.

Val la miró con interés. —Me parece bien.

Yo añadí: —Lena Sapphire, de veintitrés años, desapareció de la cabaña familiar de Ethan Buck hace cuatro días. Desde entonces, no ha habido actividad en su teléfono móvil ni nuevas publicaciones en redes sociales. Hemos revisado los datos de su portátil y de su móvil

en busca de cualquier pista sobre a dónde podría haber ido, o si había alguien sospechoso en su vida. De momento no hemos sacado nada en claro. Esta mañana hemos dado una rueda de prensa con la esperanza de que se difunda su rostro, y hemos habilitado una línea directa para cualquier confidencia.

—¿Han interrogado a la gente con la que estaba el sábado por la noche? —preguntó Brady.

—Sí, al principio se mostraron un poco evasivos, pero al final sus historias coincidieron.

—¿Al final? —preguntó Val.

Les expliqué la broma del compromiso falso y la angustia de su novio, junto con el extraño comportamiento de Ethan Buck. Val frunció el ceño. —Eso es raro.

—¡De acuerdo! —dijo Selena.

—¿Habéis comprobado los antecedentes de los amigos y de los padres? —preguntó Val.

Selena explicó: —Vincent y yo ya los hemos terminado todos. Ninguno tiene antecedentes penales. Todos se conocieron en colegios privados y siguieron siendo amigos después.

Val me miró. —¿Cuál es tu opinión sobre los amigos y la familia? ¿Hay alguien a quien debamos vigilar más de cerca?

—Ethan Buck.

—¿Por qué? —preguntó ella, pero tuve la sensación de que sabía por qué y me estaba poniendo a prueba.

—Él organizó la broma. Fue casi como si el secuestro se hubiera preparado para que se la llevaran en ese preciso instante. El novio y los amigos están desolados. Ethan no lo está.

Selena añadió: —Y fue en la casa de su familia.

Brady dijo: —Podemos pasarnos por allí más tarde. Probablemente tengan cámaras de seguridad.

—Tenemos entrevistas programadas con el personal para esta tarde.

—Los Buck poseen buena parte del condado de Red Rose —dijo Val, y luego hizo una pausa—. Brady y yo crecimos aquí. Conocemos a casi todo el mundo, al menos de oídas.

—¿Crees que colaborarán?

Ella enarcó una ceja. —No quedaría muy bien que no lo hicieran.

—O sea, que lo harán.

Val asintió. —¿Alguna otra cosa que pueda ayudar?

—Eso es todo. Esperamos que visitar la casa de los Buck nos dé más material con el que trabajar.

—De acuerdo.

Brady dijo: —¿Estamos listos para hablar del homicidio?

—Sí. —Val bajó la mirada hacia la carpeta que tenía delante. No la abrió de inmediato. En su lugar, estudió la superficie de la mesa, como si estuviera ordenando sus pensamientos antes de dejar que nadie más los viera—. Quiero que quede claro —dijo—: Lo que vamos a contaros es preliminar. La autopsia no ha terminado y aún no tenemos la causa de la muerte.

Resulta curioso que no sepan la causa de la muerte teniendo en cuenta que creen que es un homicidio. Habría supuesto que era algo obvio. —Entendido.

Val continuó: —El cuerpo fue hallado en un sendero muy transitado ayer por la tarde. Lo descubrió un excursionista, que dio el aviso. El cuerpo se encuentra en un estado avanzado de descomposición, pero es una mujer. La hora y la causa de la muerte son inciertas debido al estado del cadáver. Diferentes factores ambientales pueden afectar a la hora de la muerte. Podría llevar allí desde unos pocos días hasta un par de semanas, según nuestro forense, así que podría ser Lena. Creemos que es un homicidio porque todavía tenía ligaduras en las muñecas. También había tierra incrustada en su ropa, lo que nos hace creer que estuvo cautiva, fue asesinada y enterrada antes de ser desenterrada y colocada en el sendero ayer.

Este caso se ha vuelto aún más extraño.

Val dijo: —Eso no es casual. Quienquiera que hiciera esto quería que se encontrara el cuerpo, pero no de inmediato.

Selena dijo: —Eso es una escenificación.

Val asintió. —Sí. Pero esta persona no es teatral. Es controlada y metódica.

Se me encogió el estómago.

—Los asesinos inexpertos tienden a entrar en pánico —dijo Val—. Se apresuran a deshacerse del cuerpo. Se exceden corrigiendo. Este individuo no lo hizo.

Con una sensación nauseabunda, dije: —Se sentía cómodo dejando atrás un cadáver.

—Sí, y eso me dice algo más —prosiguió Val—. Esta no es su primera vez. No ha sido algo oportunista. No ha sido un crimen fruto de un arrebato de ira. El lugar sugiere familiaridad. No solo con el terreno, sino con cuánto tardaría alguien en toparse con ella.

Selena dijo: —¿Estás diciendo que planearon el hallazgo?

—No solo eso. Planearon el *momento* del hallazgo.

Val dirigió la mirada a Selena. —Si Lena Sapphire desapareció el sábado por la noche, y esta mujer estuvo cautiva, fue asesinada, enterrada y luego abandonada en un sendero... cuatro días no es mucho tiempo para que ocurra todo eso. Y mirando la foto de Lena con su larga melena rubia, no creo que sea ella. La víctima tiene el pelo oscuro.

Val miró a Brady. Él asintió. Ella continuó: —Si tengo razón, entonces puede que no estemos ante un hecho aislado. Si ambos casos están conectados, nos enfrentamos a algo mucho peor.

Se me cerró el pecho.

—Si la desaparición de Lena está relacionada con el cadáver que encontramos —añadió Val—, entonces no ha desaparecido por azar. Podría haber sido seleccionada por nuestro asesino.

Aquello no eran buenas noticias para Lena. —¿Alguna idea del motivo?

Val volvió a entrelazar las manos, tan calmada como siempre. —No está claro. Pero no creo que este asesino haya terminado. Y si intensifica su actividad, no será con previo aviso. Podría hacerlo de forma silenciosa, acortando el tiempo entre sus actos.

Un asesino en serie.

Selena preguntó: —¿Podría ser un imitador?

Val sacudió la cabeza. —No lo creo. El modus operandi y la escena son muy diferentes de los de otros asesinos que he estudiado. Este es desconcertante. Juraría que no es su primera vez. Pero solo hemos encontrado un cuerpo. Y ahora tenemos a una persona

desaparecida. Hay imprevisibilidad en esta situación. Tengo la sensación de que no estamos tratando con un asesino de manual. Este ha escrito sus propias reglas. —Me sostuvo la mirada—. Y por eso estoy preocupada por Lena. Creo que debemos actuar con inteligencia y rapidez.

Selena y yo intercambiamos miradas. El mensaje estaba claro: Val estaba preocupada y nosotras también.

15

—•—

Martina

El camino de entrada a la Cabaña Buck, como la llamaban, no era para nada lo que me había imaginado. Aquello no era una cabaña. Era una mansión, oculta entre árboles imponentes en lo alto de las colinas. Impresionante. Enorme. El tipo de lugar donde la gente podría desaparecer sin que nadie se diera cuenta. Con un montón de lugares alrededor donde un agresor pudiera permanecer al acecho.

Al final de la larga entrada, bajé del coche y examiné la propiedad. Val y Brady estaban junto al vehículo del sheriff, ambos ya alerta; su postura me indicaba que estaban haciendo lo mismo que yo: estudiar la zona e intentar imaginar cómo había sucedido.

—El administrador de la propiedad nos está esperando —dije mientras me acercaba a ellos.

Val asintió y los guié hacia la parte delantera de la casa, inspeccionando cuidadosamente los alrededores mientras caminábamos. Había senderos lo suficientemente anchos para mesas de picnic, pero más allá, el denso bosque envolvía estrechamente la propiedad, con los árboles cerniéndose por todos lados.

Me detuve cerca de la puerta principal. El lugar donde Lena había desaparecido. Al retroceder bajo la espaldera, me fijé en las

guirnaldas de luces entrelazadas en ella. Apagadas ahora con la luz del día, podía imaginar cómo brillarían suavemente por la noche. Y detrás de todo estaba el espeso bosque. Cualquiera podría haber estado esperando allí, entre los arbustos, vigilando el momento adecuado para atrapar a Lena.

Pero ¿cómo habrían escapado?

La propiedad no estaba justo al lado de una carretera principal. Había que recorrer todo el camino de entrada solo para llegar a la casa. Me volví hacia Brady y Val. —¿Hay alguna otra forma de acceder a la propiedad desde aquí?

Brady dijo: —Probablemente haya un sendero cerca. Dejadme comprobarlo. —Sacó su teléfono y empezó a pulsar y a deslizar el dedo por la pantalla. Tras un momento, asintió—. Hay un sendero a unos doscientos metros de aquí. Una pequeña zona de aparcamiento, o al menos un apartadero donde alguien podría aparcar. —Se acercó y me enseñó la pantalla. Apareció un mapa detallado con senderos, el terreno y las casas cercanas—. Es común en casas como esta —añadió Brady—. A veces es intencionado. A la gente le gusta poder salir a caminar sin tener que conducir a ninguna parte. Parece que empieza por allí. —Señaló un punto a unos siete u ocho metros de distancia, cerca del camino de entrada. Un pequeño claro que mostraba un sendero estrecho.

Caminé hacia allí y eché un vistazo al sendero que tenía una bóveda de árboles dándole sombra. Si no te fijabas bien, podrías no darte cuenta de que era un sendero. No vi señales de forcejeo ni marcas de arrastre. —Alguien podría haber aparcado al inicio del sendero, esconderse en el bosque, atrapar a Lena o forzarla a punta de pistola, volver por el camino, subir al coche e irse.

—O drogarla y llevarla en brazos por el sendero —añadió Val.

Brady dijo: —En un sendero como este, supongo que habrían tenido que arrastrarla o que hubo un segundo perpetrador.

¿Podría haber dos secuestradores? Mirando a Val, dije: —¿Dos secuestradores?

Se quedó quieta unos instantes, obviamente reflexionando. —Es posible. Si nuestro asesino y el secuestrador son la misma persona,

tendría sentido. Nuestro asesino dejó el cuerpo en el sendero. Eso no habría sido fácil para una sola persona.

Probablemente había dos asesinos.

—Está todo muy tranquilo por aquí —dije—. ¿Crees que si arrancara el motor de un coche, incluso a doscientos metros de distancia, se oiría desde la casa?

—Podrían oírlo —dijo Brady—. Si estuvieran fuera. Pero si estuvieran dentro, probablemente no. Especialmente con un grupo de jóvenes que probablemente estarían hablando y tal vez tuvieran música puesta. Este sitio es grande. Seguramente aísla la mayor parte del ruido.

Aquello tenía sentido, y los secuestradores probablemente lo sabrían. Pero el mismo pensamiento giró en otra dirección. Si el inicio del sendero estaba tan cerca, Lena podría haberse escabullido ella misma. Quizá quedó con alguien. Alguien en quien confiaba. Alguien que resultó no tener muy buenas intenciones. Los Sapphire nos habían dado permiso para acceder a los registros del móvil de Lena. No encontramos ningún contacto nuevo ni ningún indicio de que hubiera planeado una huida, y el teléfono no se había usado desde que Lena desapareció. Eso hacía poco probable que se hubiera marchado por voluntad propia.

Mientras volvíamos a la puerta principal, Val se detuvo y señaló hacia la esquina de la casa. —Tienen cámaras de seguridad.

—En un lugar como este, imaginé que las tendrían —dijo Brady.

—Solo espero que hayan captado lo que buscamos —dije.

Llamé a la puerta y, un momento después, se abrió. Un hombre de unos cincuenta años apareció allí, vestido pulcramente con pantalones de vestir y camisa abotonada. Su postura era educada pero precavida.

—Hola, soy Martina Monroe —dije—. Tengo una cita para entrevistar al personal sobre la desaparición de Lena.

Sus ojos se desviaron brevemente por encima de mi hombro. Me hice a un lado ligeramente. —Y estos son el agente Brady Tanner y Val Costa, del departamento del sheriff, y mi socia Selena Bailey. Estamos trabajando todos juntos para encontrar a Lena.

—Por supuesto —dijo él—. Soy Jerome Dumphy, el administrador de la propiedad. Por favor, entren.

El interior de la casa era tan grandioso como el exterior, pero en lugar de un encanto rústico, se decantaba por lo moderno, con paredes blancas interrumpidas por detalles de ladrillo rojo, muebles mullidos por todas partes y una enorme chimenea que dominaba la pared del fondo. Todo parecía caro. —Me encargo de la casa cuando los Buck no están de visita —dijo Jerome mientras nos guiaba hacia el interior—. He reunido al personal en el salón para que puedan interrogarlos. El señor y la señora Buck nos han dado instrucciones de responder a todas las preguntas. —Hizo una pausa, probablemente captando mi expresión—. Todos tenemos firmados acuerdos de confidencialidad para no hablar de nuestro trabajo aquí, pero nos han dado permiso para hablar libremente.

Asintiendo de forma comprensiva, dije: —Se lo agradezco.

Dicho esto, caminamos por el pasillo, con nuestros pasos amortiguados por gruesas alfombras. Dos personas estaban sentadas en el sofá, con las manos entrelazadas, esperando.

—Esta es Delaney —dijo Jerome—. Es nuestra chef. Y este es Porter; él se encarga de la hospitalidad, la limpieza y el mantenimiento de los jardines.

—Básicamente, cualquier cosa que quieran, yo la hago —dijo Porter con una sonrisa afable.

—¿Qué implica eso exactamente? —pregunté.

Él se encogió de hombros. —Por ejemplo, querían que se instalaran guirnaldas de luces en la terraza antes de llegar. Fui, las compré y las instalé.

Asentí, tomando nota mentalmente. *Así que fue premeditado*, pensé. Fuera lo que fuese, se había planeado antes de que llegaran.

—Bien —dije—. Selena y yo hablaremos con usted, Porter. Brady y Val, ¿queréis hablar vosotros con Delaney?

Val dijo: —Perfecto.

—Por favor, venga conmigo —le dije a Porter. Nos alejamos de los demás para tener algo de privacidad—. —¿Puede decirme exactamente quién estuvo aquí este fin de semana?

—El grupo de amigos. Jenna Bakewell, Tiffany Gordan, Ethan Buck, Jason Turnbull y Lena Sapphire. Además de Delaney y yo mismo. No había nadie más en la propiedad, y no se esperaba a nadie más.

—Antes de que llegara el grupo —pregunté—, ¿notó a alguien cerca de la propiedad que no debiera estar allí? ¿Algún excursionista fuera del sendero? ¿Coches desconocidos cerca de la entrada?

—No —dijo él—. Todo estaba muy tranquilo.

—¿Cuándo pidieron las luces de ambiente?

—Ethan llamó el día anterior, el viernes, pidiéndolas.

—¿Dijo por qué?

—No. No le pregunté.

—¿Alguna otra petición especial para el fin de semana?

—Hizo un pedido de cáterin con Delaney —dijo Porter—. Yo estaba de guardia por si querían comida para llevar en lugar de comida casera. Me aseguré de que las habitaciones de invitados estuvieran listas y ayudé con el equipaje. —Vaciló—. Ah, y una cosa más. Algo poco habitual, pero no es la primera vez que se pide.

Esperé.

—Ethan pidió que apagara las cámaras de seguridad durante el fin de semana.

Selena y yo intercambiamos una mirada. —Ha dicho que no era la primera vez que lo pedía. ¿Sabe por qué querría las cámaras apagadas?

—Normalmente por privacidad. Suele ser cuando están Ethan o su hermano con sus amigos. Siempre supuse que no quieren que sus padres sepan qué están tramando.

—¿Y qué solían tramar? —preguntó Selena.

Él se encogió de hombros. —Tenemos instrucciones de quedarnos en nuestras habitaciones cuando no se nos necesita.

—Lena desapareció alrededor de las nueve de la noche del sábado —dije—. ¿Recuerda haber oído algo? ¿El motor de un coche? ¿Un grito? ¿Voces? ¿Algo inusual?

—No —dijo el hombre—. A las nueve estaba en mi habitación viendo la televisión. Allí fue donde estuve la mayor parte de la noche.

Un detalle que no podíamos verificar. —¿Alguna otra cosa que pueda decirnos que nos ayude a encontrar a Lena?

Él negó con la cabeza.

—Gracias por su tiempo —dije.

Al volver con los demás, Jerome reapareció con las manos entrelazadas frente a él. —¿Todo ha ido bien?

Forcé una sonrisa cortés, pero mi mente ya iba a mil por hora. —Sí. Tengo una pregunta más para usted —dije—. Nos han dicho que las cámaras de seguridad no estaban encendidas ese fin de semana. Porter las apagó. ¿Hay alguna otra cámara, alguna que Porter o la familia no hayan pensado en desactivar?

Jerome negó con la cabeza. —Por desgracia, no.

Era poco probable de todas formas. —¿Le importaría hacernos un recorrido por la casa? ¿Enseñarnos dónde se alojaba Lena?

Señaló hacia Porter. —Tendrá que enseñárselo Porter. Él fue quien preparó la casa ese día.

—Genial. Gracias.

Porter nos guió por la casa, habitación por habitación. Cuando llegamos al dormitorio donde se había quedado Lena, pregunté si se había limpiado. —Sí. Las habitaciones se limpian a diario mientras los invitados están aquí.

No había nada en la habitación que indicara qué podría haberle pasado. Nada fuera de lugar. Nada roto. Nada que llamara la atención. Porter nos escoltó de vuelta a la planta baja, y Val y Brady estaban a un lado, hablando en voz baja. Saludé con la mano al acercarnos.

—Creo que hemos terminado aquí —dijo Brady.

Agradecimos a Jerome y Porter una vez más y salimos, contando los quince pasos desde la puerta principal, el mismo lugar donde Lena había sido secuestrada.

Me detuve y dije: —Ethan pidió las luces de ambiente el día anterior. También pidió que se apagaran las cámaras de seguridad.

Val arqueó una ceja. —Creo que me gustaría interrogar a Ethan.

—Sí, una conversación adicional es ciertamente necesaria —añadí —. ¿Habéis sacado algo de la chef?

—Aparte del hecho de que, pese a ser jóvenes, tenían gustos extravagantes y esperaban comidas de muy alta calidad, nada inusual. Ella no oyó nada esa noche. En el momento en que Lena desapareció, estaba en su habitación escuchando un pódcast.

Selena se cruzó de brazos. —Sin grabaciones de seguridad. Ubicación remota, pero de fácil acceso de entrada y salida a doscientos metros de distancia. Una broma planeada con mucha antelación. Y tenemos a un tipo que hizo que todo eso fuera posible.

Recordando las conversaciones con Ethan y Jason, dije: —Es de suponer que, para una broma tan elaborada, querrían que quedara grabada en vídeo.

—Eso pensaría yo —dijo Selena.

Val me miró. —Ethan podría ser la clave. O Ethan y Jason juntos. Tenemos que vigilarlos y hablar con ellos de nuevo cuanto antes.

Yo apostaba por Ethan. Me dio una mala espina tremenda en nuestra primera reunión. Quizá no hubiera secuestrado a Lena, pero tenía el presentimiento de que sabía mucho más de lo que nos había contado. Ethan no solo había planeado una broma. Había creado una *oportunidad.* La cuestión era si había sido intencionado o no.

16

—•—

Val

Toda mi experiencia me decía que se trataba de un secuestro calculado y cuidadosamente planeado. Habían seleccionado a Lena por un motivo, lo que me hacía creer que nos enfrentábamos a un asesino organizado o a varios, pero diferente de otros que he estudiado. Sí, esta persona era metódica. Planificaba. Pero no creo que secuestrara por puro y morboso placer. Puede que hubiera algo de disfrute en ello, pero la mayoría de los asesinos sabían que era mejor no secuestrar a una víctima de alto perfil. Alguien con recursos. A menos que, por supuesto, se tratara de un secuestro para pedir un rescate. Y no me parecía que fuera el caso. No se habían recibido peticiones de rescate. A menos que el dinero no fuera lo que el secuestrador quería. Quizá la familia de Lena tenía algo más, algo mucho más valioso que el efectivo. Algo que no se podía entregar fácilmente, de la forma en que se entrega el dinero.

Había tenido mis sospechas desde el principio, sobre todo cuando no presentaron inmediatamente la denuncia de desaparición. Quería interrogar a la familia yo misma. Había algo en este caso que no encajaba y nada seguía un patrón que yo hubiera visto antes.

Y luego estaba el homicidio. Mi experiencia me decía que no era Lena, a menos que el asesino le hubiera teñido el pelo. No era en

absoluto descartable. Deseaba de veras que la autopsia estuviera terminada. Me gustaría confirmar que iba por buen camino. Porque si los dos casos estaban conectados, y yo creía que sí, entonces el cuerpo dejado en el sendero no fue casual. Querían que lo encontráramos. Querían que supiéramos que los casos estaban vinculados. Esa tenía que ser la razón del momento elegido. Poco más tenía sentido.

En el condado de Red Rose no se veían muchos homicidios. No realmente. Aparte de una racha hace unos años, los crímenes violentos como este eran poco comunes.

Dirigiéndome a Martina y Selena, dije: —Vamos. Volvamos a la comisaría. Deberíamos empezar a hacer llamadas y concertar entrevistas. Quiero volver a interrogar a todo el mundo —hice una pausa—. Y no quiero que penséis que es por falta de confianza. Hicisteis unas entrevistas iniciales sólidas. Es solo que ahora tenemos más información.

Martina asintió de inmediato. —Desde luego. Puede que tú captes detalles que a nosotras se nos pasaron por alto.

Brady y yo nos dirigimos hacia su todoterreno. Mientras caminábamos, observaba a Martina de reojo. Estaba claro que acostumbraba a estar al mando, pero parecía que sería razonable trabajar con ella.

Lo decía en serio cuando afirmé que podíamos resolver esto juntos. Más mentes eran mejores que pocas. Necesitábamos todas las perspectivas posibles. Quizá ella viera algo desde un ángulo distinto del que a mí se me escapaba. Ese solo pensamiento ya me decía lo extraño que era este caso.

Dentro del vehículo, Brady estaba hablando cuando bajé la vista para mirar el móvil que vibraba en mi regazo. —Es Sally —dije, respondiendo ya—. Hola, Sally. ¿Qué ocurre?

La voz de Sally sonó profesional, pero más apesadumbrada que de costumbre. —He terminado la autopsia de nuestra víctima de homicidio.

—¿Qué has averiguado?

—Es un homicidio definitivo —dijo—. No se cortó el cuello. La herida del cuello es un traumatismo por objeto punzante, limpio y

deliberado.

Asentí hacia Brady. Una confirmación, aunque ninguno de los dos lo había dudado.

Sally continuó. —Incluso con el nivel de descomposición, puedo deducir que la posición de las ligaduras en sus muñecas y las marcas en el tejido restante son consistentes con haber estado atada durante un periodo prolongado, no solo en el momento de la muerte.

Esa distinción era importante.

—Pero hay más —dijo—. Encontré una quemadura en la parte posterior del hombro.

—¿Una quemadura de cigarrillo? —A muchos asesinos les gustaba torturar a sus víctimas de esa manera.

—No, es más grande que la de un cigarrillo. De varios centímetros. Los bordes son irregulares, pero hay un patrón perceptible. Esto no fue un contacto incidental con el calor.

—¿Como una marca de hierro?

—Posiblemente —dijo—. Al menos, fue intencional. La profundidad de la quemadura y la respuesta del tejido indican que ocurrió mientras estaba viva.

Exhalé despacio.

—También he confirmado que estuvo enterrada antes de ser colocada en el sendero —añadió Sally—. Hay tierra incrustada en zonas que no coinciden con el entorno de la superficie donde se la encontró. Partículas finas de materia en su pelo y ropa, patrones de compresión a lo largo de la espalda y actividad de insectos que sugiere una exposición tardía. En mi opinión, estuvo enterrada, o al menos oculta bajo tierra, durante un periodo de tiempo antes de ser trasladada.

Enterrada. Y luego expuesta. —¿Hora de la muerte?

—Calculo que lleva muerta entre diez y catorce días.

No era Lena.

—Y hay más.

¿Más? Por favor, que sea algo que podamos usar.

—Tenemos una identificación. Se trata de una profesora de treinta años llamada Teresa McDonald, de Concord, California. Se denunció

su desaparición hace tres semanas.

La cronología encajó con una claridad espantosa. —Lo que significa que probablemente estuvo retenida al menos una semana antes de que la mataran.

—Yo diría que sí —Sally vaciló—. Espero que esto no esté empezando otra vez.

Sally y yo habíamos pasado por mucho en los últimos años. Y ninguna de las dos quería otro asesino en serie en nuestro pueblo. —Creo que esto es diferente. Pero mantén la guardia alta. Entre tú y yo, creo que el secuestro está relacionado con el homicidio. No conozco el vínculo ni por qué se eligió a las víctimas. Hasta que lo sepa, todo el mundo tiene que estar alerta.

—Entendido. ¿Qué tal el trabajo con la detective privada?

—Creo que acostumbra a estar al mando —dije—. Pero de momento parece competente. Y si estos casos están conectados, no me cabe duda de que lo descubriremos.

Sally suspiró suavemente. —Eso espero.

La llamada terminó y el silencio dentro del vehículo se me hizo pesado. Retenida cautiva durante una semana. Muerta hace dos semanas. Enterrada, luego desenterrada y colocada en un sendero para que la encontráramos. Lena llevaba cuatro días desaparecida. Si el asesino seguía un patrón, eso significaba que podíamos tener algo de tiempo para salvarla, pero no mucho. Teníamos que actuar rápido. La vida de Lena podía depender de ello.

17

—•—

Lena

Hecha un ovillo sobre el colchón, empecé a preguntarme si esta pesadilla terminaría algún día. ¿Vendría alguien a por mí? ¿Estaba realmente sola? *Necesito una forma de salir de aquí.*

Quizás podría hacerles creer que era dócil. Dejar que pensaran que me había rendido. Podría seguirles la corriente, por ahora. Tal vez así encontraría la manera de escapar. Me obligué a mirar de nuevo alrededor de la habitación, a mirar de verdad. En lo alto, cerca del techo, había una ventana estrecha a la que no podía llegar. La silla estaba atornillada al suelo. La mesa también. No había forma de trepar hasta allí, incluso aunque no estuviera encadenada a la pared.

A menos que… pudiese soltarme de la cadena de algún modo, ¿podría entonces hacer agujeros en la pared y usarlos para subir, como si fuera una escaladora? No es que hubiera hecho algo así en mi vida, pero una vez vi una película en la que escalaban. Solo hay que encontrar sitios donde apoyar las manos y los pies y luego simplemente... subir. *Eso creo.*

El pensamiento apenas tuvo tiempo de formarse antes de que me fijara en la luz roja parpadeante de la esquina. La cámara. Un recordatorio de que me estaban vigilando. Seguramente, si me veían

intentando escapar, entrarían corriendo. Me atraparían y luego me castigarían. No, gracias. Tenía que ser más lista. Necesitaba ganarme su confianza. Convencerlos de algún modo de que no era un problema y luego conseguir que me dejaran salir de aquí, aunque solo fuera un momento.

La puerta se abrió. Por instinto, me incorporé de golpe, sintiendo que el corazón se me caía a los pies. El hombre enmascarado había vuelto. Pero no estaba solo. Y no venía con las manos vacías.

Ahogué un grito de sorpresa.

Tenían otra víctima.

El hombre al que arrastraban estaba inconsciente. Con suerte no estaba muerto, solo drogado. Probablemente de la misma forma que me habían drogado a mí. Era la única explicación lógica. Un momento había estado fuera de la casa y, al siguiente, me había despertado aquí. Pero ¿quién era este tipo? ¿Y dónde iban a meterlo?

No dije nada porque ya había aprendido la lección. No me gustaban los castigos, y definitivamente no quería otro. Lo llevaron hasta el colchón y lo dejaron junto a mí.

Me alejé un poco, apretando la espalda contra la fría pared. No porque él fuera una amenaza —ni siquiera estaba despierto—, pero aun así, era un extraño. ¿Por qué no podía tener su propia habitación? ¿Quién era esta persona?

—¿Cómo estás, Lena?— preguntó uno de ellos con naturalidad, como si fuera una visita rutinaria.

Me daban ganas de gritar: —¿Cómo crees que estoy? ¡Soy una prisionera!— En lugar de eso, dije: —Estoy bien.

—Ahora tienes compañero de habitación. Qué suerte la tuya.— Inclinó la cabeza. —Tengo que pedirte perdón por el ruido, pero, bueno, no podemos dejar que se mueva libremente por aquí, ¿verdad?

Miró hacia las ventanas.

—No querríamos que se le ocurriera ninguna idea, ¿a que no?

Claro que no, pensé. Mis ojos se desviaron hacia la mesa. Solo seguía habiendo una silla.

—No te preocupes— dijo el hombre enmascarado, el de los ojos oscuros, el mismo que había estado antes en mi habitación. —Espero que todo esto termine muy pronto. ¿No esperas tú lo mismo?

Asentí con la cabeza.

El otro hombre se quitó una mochila negra y abrió la cremallera. Las cadenas tintinearon mientras las sacaba, seguidas de un taladro. Se puso a trabajar de forma rápida y silenciosa, fijando las sujeciones a la pared.

El taladro hacía un ruido fuerte e inquietante. Pronto, el hombre quedó encadenado por un tobillo y una muñeca. Todo ocurrió tan rápido que era obvio que no era la primera vez que el enmascarado instalaba grilletes. ¿Cuántos otros habría habido? No lo sabía, pero de repente me sentí agradecida de que a mí solo me hubieran sujetado por el tobillo.

—Espero que os llevéis bien— dijo el hombre enmascarado. —Si no, seréis castigados.

Un escalofrío me recorrió la espalda.

Volví a asentir.

Los dos hombres se dieron la vuelta y salieron de la habitación sin decir una palabra más.

Daba miedo, parecían robots. Eficientes. Sin emociones. Recuperando el aliento, me quedé mirando al hombre que ahora compartía mi situación. No pude evitar preguntarme quién era o por qué lo habían elegido. Y no solo eso. ¿Por qué me habían elegido a *mí*?

Unas horas más tarde, estaba sentada con las piernas cruzadas sobre el colchón, observando al hombre que yacía a mi lado. Estaba cubierto de moratones y tenía pequeños cortes en la mejilla y en los nudillos. Debió de enfrentarse a ellos cuando se lo llevaron. Al menos a mí no me habían dado una paliza. Quiero decir, tampoco es que eso hubiera hecho las cosas *mucho* peores dada mi situación actual. No me habían hecho daño aparte de la quemadura. Marcada. Como si fuera una vaca.

Pero el hombre tenía razón, había aprendido la lección. Necesitaba una táctica diferente si quería salir de aquí. Si tan solo me dijeran qué quieren, les diría cómo conseguirlo. Estaba claro que planeaban

algo. Y este tipo, este extraño encadenado a mi lado, parecía ser parte de ello. Había leído historias así. Dos personas cautivas. Obligadas a hacer cosas. Tragué saliva con dificultad, sintiendo un nudo en el estómago. Por favor, que esta no sea nuestra historia.

El hombre era más corpulento que yo. Con suerte también más fuerte, para poder ayudarnos a escapar. Gimió suavemente y lo observé con atención mientras abría los ojos poco a poco. Eran de un azul brillante, como los míos. Se llevó una mano a la cabeza con una mueca de dolor, y la cadena tintineó ruidosamente. Miró hacia abajo. No solo a su muñeca, sino también a su tobillo. Soltó un juramento y yo me sobresalté.

Su mirada se clavó en mí, sobresaltado, claramente sin esperar encontrar a nadie más en la habitación.

Le saludé con la mano con un gesto pequeño y cauteloso. —Hola.

—¿Dónde estoy?— Su voz era profunda.

—Sinceramente, no lo sé. Me cogieron... creo que hace cuatro días.— Vacilé. —Soy Lena.—

Se incorporó hasta quedar sentado, con las cadenas raspando contra la pared. Una vez acomodado, echó un vistazo a la habitación. Su rostro se descompuso ante su nueva realidad. Volvió a mirarme. —Soy Derek.—

—¿Qué te ha pasado?—

—Estaba trabajando en una casa, nivelando una puerta exterior, y entonces apareció ese hombre... y luego otro. Pensé...— Sacudió la cabeza lentamente. —Pasó algo. No me acuerdo. Y ahora estoy aquí.— Me miró.

—¿No te han dicho nada?—

—Que yo recuerde, no.— Me observó. —¿Has intentado escapar?

—Hay una cámara— dije, señalándola. —La ventana está demasiado alta.— Mi voz flaqueó. —Podríamos trabajar juntos, quizás, pero la cámara...— Me quedé callada, derrotada.

La estudió durante un momento. —¿Te dan de comer?

—Sí. No está mal. De hecho, me han tratado... bien. Aparte de encadenarme y la quemadura.

—Eso es... raro. No te han... —Se interrumpió a sí mismo—. Ya sabes.

Negué con la cabeza. —No. Nada de eso. Pero me quemaron. Me marcaron con algo, creo. Pero aparte de eso, nada de violencia, no realmente. Solo tenerme cautiva. —Aunque estuvo aquella vez que me agarró por el cuello, pero eso me asustó más de lo que me dolió.

—¿Ha estado alguien más aquí? —preguntó—. ¿Encadenado contigo?

—No. —Fruncí el ceño—. Instalaron las cadenas mientras tú estabas aquí.

Arqueó las cejas. —Eso es extraño.

Entonces su expresión cambió. —Ah —dijo en voz baja—. Pero eso es una pista. Significa que no habían planeado tener a otra persona aquí dentro. Pero luego decidieron hacerlo.

No estaba segura de cómo nos ayudaba eso. —Quizá tengas razón. Pero ¿por qué crees que te han cogido a ti?

Se encogió de hombros y las cadenas tintinearon suavemente. —No tengo ni idea. ¿Y tú?

Negué con la cabeza. —Mi familia tiene dinero. Supuse que era por un rescate. Al principio pensé que era cosa de un imbécil que conozco, en realidad no es mi amigo, pero... algo así como una broma pesada. —Solté un suspiro tembloroso—. Pero luego me di cuenta de que no podía ser él. No tengo ni idea de quién me ha cogido ni por qué. Simplemente tengo la sensación de que planean algo. No sé el qué.

—¿Y no tienes ni idea de quién te ha secuestrado?

—Ni idea. Llevan máscaras. Al principio pensé que era solo un tipo. Luego entró el segundo, contigo, y entonces te encadenaron y se marcharon.

—¿Has dicho que llevas aquí cuatro días?

—Sí.

Miró de nuevo alrededor de la habitación, observándolo todo de verdad esta vez. —No creo que esto vaya a acabar bien para nosotros.

Se me cortó la respiración.

Inclinó la cabeza, mirando fijamente al suelo. Pude ver cómo el peso de la situación se asentaba sobre él, del mismo modo que se

había asentado sobre mí hace días. No podía dejar que se rindiera. No podía dejar que ninguno de los dos lo hiciera.

—No —dije con firmeza.

Me miró.

—Cueste lo que cueste, tenemos que averiguar cómo salir de aquí. Al menos... —Vacilé, y luego forcé una pequeña sonrisa—. Al menos no estamos solos. Quiero decir... —¿Qué quería decir? Me apreté las rodillas contra el pecho—. Soy de las que siempre está charlando con alguien en algún sitio. Redes sociales, amigos y familia. Siempre estoy acompañada. Y, de repente, solo estaba yo. Completamente sola. —Exhalé suavemente—. He estado aquí tanto tiempo que empezaba a volverme un poco loca. Me planteé crear algunos amigos imaginarios.

Asintió como si entendiera por lo que estaba pasando, aunque sé que no era así.

—Te estaba mirando antes, preguntándome si eras real —admití—. Pero me estás respondiendo, así que voy a suponer que lo eres.

Bajó la cabeza. —Por mucho que no pueda creer que esto esté pasando, está pasando. Soy real. Esto es real. —Las cadenas traquetearon mientras se movía de nuevo, inquieto—. ¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Había luz fuera cuando te trajeron, y ahora ya es de noche.

Miró la ventana.

—Creo que deberíamos pensar en un plan —dije—. Son dos, quizá más. Yo solo he visto a dos. —Darme cuenta de eso me produjo un escalofrío. ¿Podría haber más de dos?

—¿Y no te han dado ninguna pista de quiénes son o qué quieren? —preguntó de nuevo, atónito.

Negué con la cabeza. Yo había tenido días para convivir con el miedo, para darle vueltas una y otra vez hasta que sus bordes se habían suavizado. Él acababa de despertarse después de haber sido golpeado, secuestrado y drogado. Su conmoción era reciente.

—No. En absoluto.

Inclinó la cabeza y entonces empezó a llorar.

Aquel sonido rompió algo en mi interior. Se me cerró la garganta. Si él se rendía, yo también me rendiría. Alargué la mano y se la puse

en el hombro. —No llores. Encontraremos una solución.

Se secó los ojos con una mano, respirando con dificultad. —Tiene que haber una forma de salir de aquí —dijo—. Vamos a averiguarlo. ¿Vale?

—Vale. Miré de reojo a la cámara. Pero no deberíamos actuar como si estuviéramos planeando nada. Por la cámara.Giré el cuerpo para darle la espalda y bajé la cabeza, colocándome de modo que no pudieran ver cómo movía los labios. No podemos dejar que piensen que estamos conspirandosusurré.

—De acuerdo —dijo—. Averigüemos cómo aflojar estas cadenas. Si lo logramos, tendremos una oportunidad.

¿Por qué no se me había ocurrido antes? Me había rendido en algún momento del camino, convencida de que podían reducirme, de que nunca llegaría a la ventana. Todo eso era cierto. Pero este hombre tenía algo que yo había perdido: confianza. Puede que realmente saliéramos de aquí. Cerré los ojos y susurré una oración al Dios al que no rezaba desde que era niña, cuando me arrodillé para mi Primera Comunión. *Por favor, Dios, si me estás escuchando. Por favor, deja que salga de aquí sana y salva para poder ver a mi madre, a mi padre, a mis hermanos y a Jason. Haré lo que sea.*

La puerta rechinó al abrirse. Abrí los ojos de golpe justo cuando uno de ellos entraba con comida. Solo era uno. El de los ojos oscuros, el mismo que siempre entraba solo. —Hora de cenar —dijo.

Se acercó y dejó un sándwich frente a Derek junto con una bolsa de patatas. Luego me miró a mí. —Lena, tú puedes comer en la mesa.

Asentí.

Colocó mi comida sobre la pequeña mesa de metal. No miré a Derek mientras me acercaba. Comimos en silencio, y el sonido de la masticación era lo único que llenaba la habitación. Di un mordisco al sándwich y mastiqué a pesar de que se me había secado la boca. Sabía bien. Demasiado normal para un sitio como este. Fue entonces cuando me di cuenta. No tenían prisa. Nos alimentaban. Vaciaban el cubo. Nos dejaban hablar. Nos dejaban tener esperanza. Si esto fuera por un rescate, seguramente ya habría acabado. Si fuera por un castigo, no serían tan cuidadosos. Miré a la cámara y luego a la

puerta por la que él había desaparecido, con el pulso martilleándome en los oídos. Sea lo que sea lo que estén planeando, todavía no nos necesitan. Y eso me asustaba más que cualquier otra cosa.

Mis entrañas me gritaban ahora más fuerte que nunca. Esto podría ser mucho peor de lo que había imaginado. Derek y yo teníamos que salir de allí. Necesitábamos un plan. *Y rápido.*

18

—•—

Martina

Una parte de mí no podía creer lo que Val me estaba contando. Otra parte sabía que encajaba a la perfección. La víctima del homicidio era del área de la bahía y la habían encontrado en el condado de Red Rose. Lena era del área de la bahía y la habían secuestrado en el condado de Red Rose. La conexión era demasiado importante como para ignorarla. El condado de Red Rose no era especialmente grande. Al menos no daba esa sensación con ese aire de pueblo pequeño donde todo el mundo se conocía. Aquí no existían las coincidencias. Teníamos a alguien matando y secuestrando con vínculos en ambos lugares. Y yo conocía exactamente a una persona que encajaba.

—Creo que tenemos que volver al área de la bahía —les dije a Val y al equipo—. Interrogar a la familia de Teresa McDonald. Averiguar todo lo que podamos sobre su desaparición. Ver si hay alguna conexión con Lena o similitudes en su secuestro.

Val dijo: —Eso es justo lo que estaba pensando. No creo que los amigos de Lena o la familia nos estén contando toda la historia. Hay algo que no cuadra. Saben más de lo que dicen. ¿Por qué no volvéis a interrogar a los colegas de Lena, sobre todo a Ethan y Jason? Presionad un poco. Hacedles saber lo que hemos encontrado y

decidles que creemos que hay una conexión. Puede que se asusten y se abran.

No es que pensara que necesitaba instrucciones, pero estuve de acuerdo y dije: —¿Crees que están implicados?

—No estoy segura. Después de que habléis de nuevo con los amigos y comparemos notas, querré verlos yo misma.

Pensando en mi conversación con Ethan, recordé su actitud fría y lo que Jason dijo sobre la fascinación de Ethan por asustar a la gente. Y cómo Jenna y Tiffany afirmaban que Ethan siempre había sido un bicho raro, pero que era inofensivo. Quizá lo fuera, quizá no. —Es posible que Lena no fuera secuestrada —dije—. Uno de ellos podría haberla matado, y la historia del secuestro es una tapadera. ¿Posiblemente una muerte accidental?

Val me miró a los ojos. —Tal vez. Pero como también tenemos a una víctima de homicidio, creo que es más probable que sea un secuestro planeado, a menos que uno de sus amigos sea nuestro asesino, cosa que no podemos descartar a estas alturas.

Eso hizo que mi cabeza diera vueltas. ¿Podría ser Ethan un asesino en serie? Todo era posible. Tenía los medios, la oportunidad y, posiblemente, un móvil si de verdad le gustaba tanto lo macabro como decían sus amigos. Val tenía buen instinto. Era casi como si pudiera ver cosas que otros no veían. No es que yo no hubiera tenido la misma sensación de inquietud con la familia y los amigos, y de que parecía que se estaba ocultando información.

—¿Por qué no volvemos mañana al área de la bahía? —dijo Val—. Se está haciendo tarde. Interrogaré a la familia y amigos de Teresa McDonald, haré las notificaciones. Después de que hayáis vuelto a quedar las dos con los amigos de Lena, compararemos notas. A ver qué destaca. —Hizo una pausa—. Y creo que deberíamos presionar fuerte al padre. Podría ser que Lena fuera elegida por alguna razón. Puede que los secuestradores quieran algo, quizá no dinero en efectivo. Tal vez chantaje. Venganza. No lo sé. Pero algo me dice que las identidades de estas víctimas significan algo. Solo que aún no sé el qué. Sabré más después de haber hablado con los amigos, la familia y los compañeros de trabajo de Teresa McDonald.

Por mucho que estuviera de acuerdo con Val, no me entusiasmaba que me dijeran lo que tenía que hacer. Selena y yo intercambiamos una mirada antes de que ella dijera: —Creo que lo de divide y vencerás tiene sentido. ¿Cuándo tendremos una copia del informe de la autopsia?

—Podrían pasar unas semanas antes de que esté terminado —dijo Val—. Pero si queréis ver el cuerpo, Sally, la doctora Edison, puede enseñárnoslo.

Pensé en lo que Val ya nos había contado. —Me gustaría ver el cuerpo. Especialmente la marca de la quemadura.

Selena intervino. —A mí también. Podría ayudar saber si fue intencionado, o si hay algo más que nos dé una pista sobre lo que le pasó. —Selena se calló un momento y luego añadió—: Y lo que podría pasarle a Lena.

Val dijo: —La oficina del forense está justo al final del pasillo, en el otro edificio. Vamos.

Tras las presentaciones con la forense, nos situamos ante el cadáver y examinamos la quemadura. —¿Podría ser de una pistola táser? —preguntó Selena.

La doctora Edison negó con la cabeza. —No lo creo. Las pistolas de aturdimiento suelen dejar marcas de contacto por parejas. Dos puntos distintos con un espaciado constante. Esta es una quemadura focal única, de varios centímetros de ancho, con una penetración de calor más profunda. No hay patrones eléctricos. Ni quemaduras satélite. Ni indicios de arco eléctrico.

Hizo un gesto justo por encima de la piel con un dedo enguantado. —Esto parece más un contacto prolongado con un objeto caliente que una descarga eléctrica breve.

Selena se inclinó sobre el cuerpo. —Casi parece una rosa.

Val inclinó la cabeza hacia la marca. —Algo así. ¿Tú qué piensas, Martina?

La estudié de nuevo. Los bordes no eran limpios, pero tenía cierta simetría. —Veo que es una posibilidad.

—Podría ser importante —dijo Val.

Saqué mi móvil e hice una foto. Odiaba hacerlo, sacar fotos de una mujer joven fallecida que no merecía ser vista de esa manera. Parecía una violación de su intimidad, pero si servía para llevar a su asesino ante la justicia, era necesario. —¿Algún signo de agresión sexual?

La doctora Edison dijo: —No, que yo pueda ver.

Eso es un poco extraño para este tipo de crimen. —¿Encontró algo más inusual en el cuerpo?

—Aparte del hecho de que creemos que estuvo enterrada durante un tiempo antes de ser desenterrada y colocada en el sendero —dijo la doctora Edison—, realmente no.

Qué extraño.

—¿Alguna otra pregunta? —preguntó la doctora Edison.

Selena negó con la cabeza. —No. Creo que ya he visto suficiente.

—Yo también —dije—. Gracias, doctora Edison. Ha sido un placer conocerla.

—Igualmente —dijo mientras se quitaba los guantes.

Miré el reloj. Se estaba haciendo tarde. Aún no habíamos cenado. —Selena y yo vamos a ir a cenar algo —dije—. Luego nos quedaremos aquí esta noche y volveremos al área de la bahía a primera hora de la mañana.

Tras intercambiar despedidas junto con recomendaciones de comida y alojamiento, Selena y yo nos marchamos.

—Y bien —dije mientras salíamos a la carretera—, ¿qué te parece el caso?

Selena suspiró. —Creo que es mucho más peligroso de lo que habíamos previsto en un principio.

—Yo también lo creo. Pondremos a más miembros del equipo en ello. Tengo una mala sensación con este caso.

—Y yo.

Después de conducir unos minutos, miré por el espejo retrovisor. —¿Te acuerdas de haber visto ese coche detrás de nosotras cuando salimos de la oficina del sheriff?

Selena frunció el ceño. —No estoy segura.

En el siguiente semáforo giré a la izquierda, en dirección a una calle llena de tiendas y restaurantes. El coche seguía detrás. Giré a la derecha en un aparcamiento, di una vuelta y volví a salir a la carretera. El coche reapareció. Selena dijo: —Creo que alguien nos está siguiendo.

—Yo también lo creo.

Me acerqué al bordillo y apagué el motor. Nos quedamos quietas mientras una berlina de cuatro puertas pasaba lentamente por nuestro lado. Capté el perfil del conductor. Era un hombre y llevaba una gorra de béisbol muy calada, lo que ocultaba cualquier rasgo distintivo. Y cuando el coche pasó, me sorprendió ver que no tenía matrícula. Era de lo más sospechoso. Si mis instintos no estaban en alerta antes, ahora me daban punzadas. Durante un largo rato, ninguna de las dos habló. Entonces Selena dijo: —Creo que deberíamos hablar con Val y luego volver esta misma noche.

—De acuerdo.

19

—•—

El arquitecto

De pie frente al grupo, no pude evitar sentir asco por todos ellos. Y conmigo misma por haber creído alguna vez que eran fuertes y poderosos. *Especiales.* Oh, qué equivocada había estado. Quizá lo hubieran sido en su momento, pero ya no. Sin embargo, sabía que podía hacer que volvieran a serlo. Y lo haría. Con confianza, dije: —Parece que nuestro mensaje ha sido recibido. Las cosas avanzan según lo previsto.

—¿Está segura? —preguntó ella.

—Sí.

Una pausa. El leve sonido de la tela al rozar, el ajuste de una silla. Mirándome con escepticismo, dijo: —¿Tenemos un plazo establecido?

—Lo habré concluido para finales de la semana.

La otra sonrió con sorna. —¿Para todo lo que ha propuesto?

Con la barbilla bien alta, dije: —Tendrá su resultado para finales de la semana.

Ella dijo: —Ustedes tres aún no han cumplido. Ya debería estar terminado.

Sí, había llevado más tiempo de lo previsto, pero yo tenía un remedio. Necesitaba que ella creyera que yo podía hacerlo. —Le

aseguro que lo tendré terminado para finales de la semana.

El segundo arquitecto, sentado a mi derecha, dijo: —Este es nuestro mayor desafío hasta la fecha. Es lógico que hagan falta requisitos adicionales y más tiempo.

Ella dijo: —Está bien. El mejor arquitecto prevalecerá.

Sentí que la comisura de mi boca se elevaba. Esa era también mi convicción. Y yo era *la mejor*. Todo se estaba alineando. Los hilos se tensaban y los caminos se estrechaban. Con el apoyo adicional ya establecido, el diseño había dejado de ser teórico.

Mi teléfono vibró suavemente sobre la mesa. No lo miré. Aquí no se toleraban las interrupciones.

—Muy bien —dijo ella—. Espero un informe de situación en cuarenta y ocho horas.

Los tres inclinamos la cabeza.

—Pueden retirarse.

Salimos juntos y la puerta se cerró tras nosotros con un clic seco. Solo entonces consulté mi teléfono. Un mensaje de uno de mis ayudantes.

—Tenemos que vernos. Nuestra Mariquita ha vuelto a casa arrastrándose. Mantendremos la vigilancia.

Me quedé mirando la pantalla más tiempo del necesario. Una oleada de frustración me recorrió por dentro. ¿Por qué había vuelto? Esto estaba resultando un reto mayor de lo que esperaba. Pero la dificultad nunca me había desanimado antes. Todo lo contrario.

Si el primer mensaje no había sido suficiente, entonces otro lo sería. Este sería más claro. Este movería piezas que no podrían volver a sus posiciones originales. Ella daría el paso justo donde yo necesitaba que lo diera. Y cuando lo hiciera, el resto se solucionaría por sí solo.

20

—•—

Val

Nos acercábamos a la casa de los padres de Teresa "Terry" McDonald, la profesora que habíamos encontrado en el condado de Red Rose. A medida que la casa aparecía a la vista, empecé a ensayar lo que diríamos Brady y yo. Las notificaciones de fallecimiento eran la peor parte de trabajar en las fuerzas del orden. Lo único peor que decirle a una familia que su ser querido había muerto era cuando las familias hacían preguntas y yo no tenía respuestas. En ese momento, lo único que podía decirles era que su hija había sido asesinada y que no sabíamos quién lo había hecho ni por qué. No podíamos decirles lo que temíamos: que un asesino trastornado, o varios, andaban sueltos y ya se habían cobrado otra víctima.

A Martina y Selena las habían seguido tras salir de la comisaría del sheriff. Un coche sin matrícula. No las culpaba por conducir directamente a casa, a pesar de la larga distancia. La casa de Martina, según ella misma admitía, estaba fortificada con cámaras de seguridad, sensores y probablemente un arsenal a la altura. Aun así, el hecho de que hubiera ocurrido me inquietaba.

Algo se estaba fraguando en el condado de Red Rose, y no me gustaba nada. Había pasado más de un año desde nuestro último

asesinato. Había pensado que aquello había sido un evento único en la vida. Algo que habíamos soportado y que luego habíamos dejado atrás. Me había permitido creer que volvíamos a vivir en un lugar seguro. Una comunidad donde todos se conocían. Donde la gente se cuidaba mutuamente.

Sally estaba preocupada.

Yo también.

Parecía que todo estaba empezando de nuevo.

—Ahí arriba —dijo Brady, señalando con la cabeza hacia una casa a la izquierda.

Aparqué delante y respiré hondo, aferrando el volante un segundo más de lo necesario.

—¿Estás bien? —preguntó Brady.

—No me gusta nada de esto.

—A mí tampoco. Tengo un mal presentimiento con este caso.

—Y yo —admití—. Hay algo que no encaja. Como si hubiera algo importante que se nos escapa... algo que debería resultarnos evidente.

La verdad era más difícil de admitir, incluso para mí misma. Pero empezaba a preguntarme si había perdido el toque. Como alguien que había tenido una carrera de veinte años en el FBI, debería haber sabido que la paz y la tranquilidad no durarían. Había bajado la guardia y me había acomodado demasiado. Ahora la amenaza había vuelto. Una amenaza diferente, pero una amenaza al fin y al cabo.

Me cogió la mano. —Podemos con ello. Juntos podemos con cualquier cosa.

Sonreí a mi pesar.

—Te quiero —dijo él.

—Yo también te quiero.

Pero mientras salíamos del coche y nos dirigíamos hacia la puerta principal, el peso se instaló en mi pecho. Nos teníamos el uno al otro. Esa parte era sólida. Esa parte era buena. Pero estábamos a punto de entrar en esa casa y arruinar la vida de una familia para siempre.

Subimos hasta la puerta principal. Brady llamó. Estaba de pie a mi lado con su uniforme de ayudante del sheriff, de hombros anchos y

tranquilo, el tipo de presencia que señalaba autoridad al instante. No pude evitar pensar en lo alarmante que resultaría nuestra imagen para una familia cuya hija llevaba tres semanas desaparecida.

La puerta se abrió.

Una mujer de unos cincuenta y tantos años estaba allí, con la piel pálida y tensa, los ojos ya cargados de dolor, como si hubiera estado viviendo a la espera de este momento. —¿Sí? —preguntó—. ¿Puedo ayudarles?

—Soy el ayudante Tanner —dijo Brady con suavidad—. Esta es mi asociada, Val Costa. Somos del Departamento del sheriff del condado de Red Rose. Estamos aquí para hablar con usted sobre Teresa.

La mujer se tambaleó ligeramente, como si las palabras la hubieran dejado sin aliento. Las lágrimas brotaron de inmediato. —Oh —susurró—. Oh, no...

—¿Podemos pasar? —preguntó él.

Ella asintió y llamó: —George.

George era su marido desde hacía más de treinta años, y el padre de Teresa.

Se oyeron pasos en las escaleras. Un hombre apareció momentos después, con el rostro surcado por una confusión que rápidamente se tornó en miedo al ver el uniforme de Brady. —¿Qué está pasando?

Ella se volvió hacia él con las manos temblorosas. —La policía está aquí.

Nos sentamos en el salón; el aire era denso y estaba inmóvil. Ella nos presentó a su marido y entonces el rostro de él se desmoronó.

Brady habló en voz baja. —Hemos encontrado a Teresa. Lo siento muchísimo, pero ha fallecido.

Las palabras cayeron con una finalidad devastadora.

Se aferraron el uno al otro mientras la señora McDonald lloraba, con sollozos profundos y sin contención. Les dimos un momento. Cuando finalmente volvieron a mirarnos, sus rostros estaban vacíos. —¿Cómo... cómo ha podido pasar esto? —preguntó el señor McDonald—. ¿Dónde la encontraron?

—En el condado de Red Rose —dijo Brady—. ¿Conocía su hija a alguien en el condado de Red Rose?

—Que yo sepa, no —dijo la señora McDonald—. Supongo que tendrían que preguntar a sus amigos. Pero por lo que yo sé, nunca había estado allí.

—¿Podemos hacerles unas cuantas preguntas más sobre su hija? —pregunté.

Asintieron con el ceño fruncido.

—Hablamos con el Departamento del sheriff del condado de CoCo sobre la desaparición de Teresa —dije—. Por lo que podemos decir, fue a trabajar a la escuela primaria y luego regresó a casa. Su coche fue encontrado aparcado en la entrada de su casa en Concord. Después de eso, nadie volvió a verla.

—Así es —dijo la señora McDonald en voz baja—. Se suponía que iba a venir esa tarde. Íbamos a ir de compras juntas, era el cumpleaños de su hermana. Queríamos elegir un regalo. —Su voz tembló—. No paré de llamarla. No contestaba. Así que fuimos a la casa. Su coche estaba en la entrada, pero nadie abrió la puerta. —Tragó saliva con dificultad—. Me puse nerviosa. Intuición de madre, supongo.

Comprendía ese instinto demasiado bien. Mi hijo estaba en la otra punta del país, en el MIT, a punto de terminar su segundo año. Estaba orgullosa de él, pero detestaba que estuviera tan lejos. Demasiado lejos para que yo pudiera protegerlo.

—Y según la denuncia por desaparición —dijo Brady—, sus compañeros de trabajo y amigos no indicaron que tuviera enemigos. No ocurrió nada inusual antes de su desaparición.

—No —dijo el Sr. McDonald, sacudiendo la cabeza—. Nada. Terry era... era una buena persona. No tenía ni un pelo de maldad en el cuerpo.

Observé sus rostros de cerca. Pesar. Conmoción. Confusión. Y, bajo todo ello, una ausencia terrible y dolorosa.

George continuó: —Daba clase en tercero de primaria. No salía con nadie. Los niños la adoraban. — Se le quebró la voz—. Nosotros la queríamos. No puedo creer que se haya ido.

Dejé que el silencio se asentara antes de continuar. —¿Y dónde estudió Terry? ¿Fue aquí en Concord?

—Sí —dijo la Sra. McDonald—. Nació aquí. Se crió aquí.

—¿Y la universidad?

—En la UC Santa Cruz —dijo George—. Se especializó en psicología.

—¿Y su título de magisterio?

—En la Universidad Estatal de Sacramento.

Asentí, anotándolo. —¿Tenía algún exnovio? —pregunté.

La Sra. McDonald pareció calmarse un poco, concentrándose ahora. —Ha tenido novios, claro. Algunos duraron un año o dos. Pero nada en los últimos años.

—¿Cómo fueron esas relaciones? —pregunté—. ¿Terminaron de forma amistosa?

—Sí —dijo ella—. Uno era del instituto. Otro de justo después de la universidad. Pero eso fue hace años. Creo que le gustaba estar soltera. Le gustaba viajar y simplemente divertirse.

—¿A qué sitios le gustaba viajar?

—A todas partes —dijo la Sra. McDonald—. Como era profesora, tenía los veranos libres. A veces viajábamos con ella. Hemos ido juntos de crucero. El año pasado estuvimos en el Mediterráneo. —Sonrió levemente, luego bajó la cabeza—. Aquello fue... fue muy divertido.

—¿Conoció Terry a alguien en sus viajes? —pregunté—. ¿Alguien con quien mantuviera el contacto?

—Conocía a gente —dijo George—. Era muy extrovertida. Pero a nadie que nosotros llegáramos a conocer.

—¿Y tenía muchos amigos? —pregunté.

—Oh, sí —dijo la Sra. McDonald—. Conocíamos a la mayoría. Todos venían a casa para las fiestas, ya de mayores.

Su voz vaciló. Becky... su hermana va a quedar destrozada.

Rebecca McDonald, pensé. Tres años menor.

—¿Le gustaría que le ayudáramos a notificárselo? —pregunté.

—No, no —dijo la Sra. McDonald—. La llamaremos nosotros. Oh, Dios mío. Deberíamos llamarla ahora mismo. —Me miró—. ¿Querría

hablar usted con ella también? Sé que los otros detectives lo hicieron.

—Sí —dije—. Eso sería de gran ayuda.

Se levantó abruptamente y desapareció por el pasillo. Cuando regresó, sostenía el teléfono con fuerza en la mano. Se volvió a sentar, miró a su marido y asintió.

Desvié la mirada mientras hacía la llamada, pero alcancé a oír cómo lloraba al teléfono diciéndole a su hija que habían encontrado a Terry.

Después de que todos se hubieron recompuesto lo mejor posible, hablé de nuevo. —¿Tienen fotografías de los viajes de Terry? ¿Algo que podamos mirar?

—Oh, sí —dijo la Sra. McDonald—. A Terry y a mí nos encantaba hacer álbumes de recortes. Después de cada viaje, hacíamos uno juntas. Era como nuestra tradición. — Esbozó una pequeña sonrisa de disculpa—. Ya sé que lo del scrapbooking ya no está de moda, pero a nosotras nos encantaba. — Regresó unos minutos después con una pila de álbumes de fotos.

Se sentó a mi lado en el sofá, pasando las páginas, señalando lugares en los que habían estado. Caras sonrientes. Monumentos bañados por el sol. Una familia congelada en momentos más felices. Yo no miraba las sonrisas. Miraba el fondo. Rostros. Desconocidos. Cualquiera que pudiera no encajar allí.

Pero no había nada. Saqué mi teléfono y tomé notas de lugares, fechas, cronologías. Quizá algo coincidiera con el entorno de Lena. Si podíamos encontrar la conexión, podríamos encontrar al asesino.

Treinta minutos después, llegó la hermana de Terry. Le hicimos las mismas preguntas y sus respuestas confirmaron todo lo que nos habían dicho sus padres. Antes de marcharnos, les entregué mi tarjeta y les dejé espacio para que lloraran juntos. Mientras salíamos, su hermana nos detuvo.

—Van a encontrar a quien hizo esto, ¿verdad?

—Sí —dije—. Lo haremos.

Con lágrimas en los ojos, dijo: —¿Por qué le harían esto a ella?

—No lo sé, pero si recuerda cualquier cosa o a cualquier persona que se comportara de forma extraña, mostrara demasiado interés o

no la dejara en paz, por favor, llámenos.

—No se me ocurre nadie, pero tal vez hablen con sus compañeros de trabajo.

—Lo haremos.

Cuando nos disponíamos a salir, añadió: —¿Y si no fuera alguien a quien conocía? ¿Y si fuera un extraño?

—Le encontraremos.

Fuera de la casa, respiré hondo. Teníamos más información, pero no suficiente.

La siguiente parada era el colegio. Compañeros. Alumnos. Cualquiera que pudiera haber notado algo raro en los días y semanas previos a su secuestro. Todo mi ser me decía que no teníamos mucho tiempo. Y estuviera donde estuviese Lena, se le estaba acabando.

21

—•—

Martina

Estaba sentada a la mesa de juntas con cuatro miembros de nuestro equipo; el zumbido de los ordenadores y el ajetreo de papeles llenaban la sala. —Acabo de hablar con Val — dije —. —Quiere que investiguemos los antecedentes de todo el círculo de Lena, incluyendo expedientes académicos, empleos, amistades, viajes. Todo.

Se alzaron algunas cejas. —Ya hemos sacado la mayor parte de eso — dijo Vincent —. —¿Pero los viajes de los últimos diez años?

—Parece mucho — dije —. —Pero Val cree que podría ser útil.

Estábamos intentando encontrar cualquier conexión entre Lena y Teresa McDonald. Si la había, no era obvia. Así que íbamos a ampliar la red, lanzarla más lejos de lo que lo habíamos hecho hasta ahora, y ver qué salía a la superficie. Val y yo estábamos de acuerdo en una cosa: no creíamos que nos quedara mucho tiempo para encontrar a Lena.

—Muy bien — continué —. —Ethan vendrá hoy para una segunda entrevista. Jason está en clase, así que tendremos que localizarlo en el campus más tarde.

—¿Qué hay de Joe Sapphire? — preguntó Stavros.

—Val y Brady tienen pensado interrogarlo hoy más tarde. Miré a todos los presentes. —Todo el mundo tiene sus tareas. Historiales de viajes de amigos y familiares, junto con fechas, lugares, hoteles, cualquier cosa que podáis encontrar. Vamos, poneos en marcha.

Despedí al equipo y acababa de alargar la mano hacia mi café cuando sonó mi teléfono. Sorprendida por quién llamaba, respondí: —Hola, Natalie.

—Hola, Martina.

—¿Qué pasa?

—Bueno — dijo ella —, — estoy escribiendo un artículo sobre la desaparición de Lena Sapphire. Sé que vuestra agencia lleva la investigación y que estuvisteis en el condado de Red Rose. ¿Hay alguna forma de conseguir una entrevista completa para la pieza? ¿Tenéis alguna pista?

Exhalé lentamente.

—Y también he leído que se encontró un cadáver en el condado de Red Rose — añadió —. —¿Era Lena?

—Lo siento, Natalie — dije con cautela —. —No puedo contarte mucho ahora mismo. Puedo confirmar que se halló un cuerpo en el condado de Red Rose, pero no era el de Lena. Seguimos buscándola activamente y trabajando estrechamente con el departamento del sheriff.

—¿O sea que estáis trabajando juntos?

—Sí.

—¿Qué tal se presenta la cosa? — preguntó —. —Que conste que es confidencial.

—Extraño — dije —. —Muy extraño. Pero lo resolveremos. Tenemos a mucha gente trabajando en ello. Eso es todo lo que puedo decirte por el momento.

—Vale — dijo —. —Te dejo. Tenemos que vernos pronto. Quizá para cenar, cuando tengas tiempo.

—Hecho — dije —. —Hablamos luego, Natalie. Terminé la llamada y me quedé mirando el teléfono un momento.

Natalie era reportera de sucesos y muy buena en su trabajo. Sinceramente, me sorprendía que no hubiera llamado antes. Quizá la rueda de prensa la había satisfecho por el momento. O quizá solo

estaba esperando el momento adecuado. En cualquier caso, sabía de sobra que no debía esperar demasiados detalles confidenciales.

Regresé a mi oficina y, en cuanto me senté, mi teléfono se iluminó. Cogí el auricular. —¿Diga?

—Ethan Buck está aquí — dijo nuestra recepcionista.

—Me reuniré con él en la Sala de Juntas Uno. Gracias. Terminé la llamada y me paré a por un café antes de la reunión.

Selena se me había adelantado en la máquina. —¿Cómo estás? — me preguntó.

—Estoy bien. No me hace gracia lo de anoche, pero aquí me siento segura. Creo que es mejor que nos quedemos por aquí.

—¿Pero y si tenemos que volver? — dijo Selena —. —Quizá deberíamos llevar algo de refuerzo. Quiero decir, más que nosotras dos. Nuestra propia escolta.

—Es buena idea. Ethan está aquí, ¿quieres entrar?

Se le iluminaron los ojos. —Desde luego.

Ya me lo imaginaba.

Con el café en la mano, Selena y yo nos dirigimos a la Sala de Juntas Uno. Tenía preguntas para Ethan Buck. Y más le valía tener respuestas.

Cuando entramos, ya estaba sentado, repantingado en su silla, con los brazos relajados a los lados y la prepotencia escrita en toda la cara. A su lado se sentaba un hombre de traje. Quizá un parecido familiar. Más probablemente un abogado. —Ethan — dije —. — Gracias por venir.

—Esta es Selena — añadí —. —Mi socia.

Él asintió con la cabeza. —Por supuesto. Cualquier cosa para ayudar a encontrar a Lena.

—¿Y quién le acompaña? — pregunté.

—Ah — dijo él con naturalidad —, —este es mi abogado. Solo está aquí para asesorarme, en el caso de que necesite asesoramiento.

Aquel tono me sentó fatal. Deslizó una tarjeta de visita sobre la mesa. —James Hiddleston.

Le eché un vistazo y asentí. —Encantada.

La recepcionista ya había puesto agua y café en la mesa. Me senté.

—Bien — dije —, —ha habido novedades en relación con la desaparición de Lena. Fuimos al condado de Red Rose y hablamos con el personal de su casa. Hice una pausa. —Hubo un par de cosas que nos llamaron la atención. Una fue que el personal recibió instrucciones de apagar las cámaras de seguridad antes de que llegaran usted y sus amigos. Y la segunda fue que las guirnaldas de luces se instalaron con antelación para la broma.

Ethan no pareció inmutarse. —Es correcto.

—¿Por qué no quería que las cámaras de seguridad estuvieran encendidas?

—Porque solo estábamos mis amigos y yo — dijo —. —Estábamos allí para relajarnos y divertirnos, no para que hubiera cámaras vigilándonos.

—Pero las cámaras están en el exterior de la casa — dijo Selena.

Ethan se humedeció los labios. —Nos gusta salir de fiesta fuera. Es... la naturaleza. Uno se siente un poco primario, ¿sabes?

Selena no respondió.

—¿Y las luces? — pregunté.

—La broma se planeó con antelación — dijo Ethan —. —Jason y yo siempre hemos tenido una gran rivalidad. Él se estaba poniendo serio con Lena. Esbozó una sonrisa de suficiencia. —Le dije: «¿Por qué no le pides que se case contigo? Te desafío».

—¿Y aceptó la apuesta? — pregunté.

—Ideamos el plan juntos — dijo Ethan —. —Iba a ser épico.

—¿Y no querían grabarlo en vídeo? — dijo Selena —. —Yo pensaría que sí querrían, si iba a ser tan *épico*.

Ethan se encogió de hombros. —Ya sabéis, la verdad es que no caí en ello. Probablemente debería haberlo hecho. A toro pasado, habríamos visto quién se la llevó.

Me incliné ligeramente hacia delante. —¿Cree que alguien se la llevó, Ethan?

—Quiero decir, ¿a dónde más podría haber ido? Supongo que podría haber bajado por el sendero, llegado al inicio del camino, haberse encontrado con alguien y haberse marchado. ¿Creéis que hizo eso?

—No creo que fuera eso lo que pasó — dije —. —Pero es posible. Aún no lo sabemos.

Ethan asintió, pero había algo en él que me ponía tensa. Analicé cada movimiento, cada cambio de postura y cada mirada hacia su abogado.

Selena intervino antes de que yo pudiera redirigir el tema. —Sabes una cosa, Ethan, parece que tú lo organizaste todo.

Ethan arqueó las cejas.

—Tú preparaste que Lena estuviera fuera en la oscuridad. Tú dispusiste que se apagaran las cámaras de seguridad. Tú planeaste lo de las luces. Creo que orquestaste su secuestro y quiero saber por qué.

Ethan soltó una risita. —Una teoría interesante, jovencita.

Miré bruscamente a Selena. Sus ojos se abrieron de par en par y sus mejillas se encendieron. Que la llamara «jovencita» no había sido un acierto; era una de las cosas que más le irritaban. Venía del hecho de que era menuda y, sinceramente, parecía más una adolescente que una mujer de veintipocos. La habían confundido con alguien más joven desde que la conocía.

—No creo que sea solo una teoría, niñato — replicó Selena —. — Creo que estás colaborando con alguien. Lo que no entiendo es por qué. ¿Por qué tenderle una trampa a Lena para que fuera secuestrada?

Ahora estaba de pie, con los brazos cruzados. —¿Tenías celos de que Jason tuviera novia? ¿Estás enamorado de Jason? —ladeó la cabeza—. —Ah, quizá sea eso. Tenías celos de Lena, así que te la quitaste de en medio.

Ethan se burló. —Estás loca.

—¿Entonces a quién estás ayudando? ¿O hiciste que alguien se la llevara para poder tenerla solo para ti? — Selena no aflojaba —. — Sabemos de tu fascinación por los asesinos en serie. El true crime. Por lo que dicen, eres un *tipo raro*.

Me levanté de mi asiento y me acerqué a ella, poniéndole la mano en el brazo. —Selena, vamos a calmarnos un poco.

Me lanzó una mirada que decía claramente que no tenía ninguna intención de calmarse pero, tras un instante, volvió a sentarse. Me

centré de nuevo en Ethan. Su abogado se aclaró la garganta. —Si han traído a mi cliente aquí solo para acosarlo, hemos terminado.

Ethan levantó una mano. —No, no, está bien —esbozó una media sonrisa—No me siento amenazado por esta chiquilla. Aclararé las cosas.

Selena miró a Ethan con rabia.

—No estoy enamorado de Jason — dijo Ethan con diversión en la mirada —. —No tenía celos de Lena. Y no tuve nada que ver con su desaparición.

Me incliné hacia delante. —¿Qué hay de Teresa McDonald? ¿Ha oído hablar alguna vez de ella?

La sonrisa se le borró de la cara. —¿Quién? — dijo, de forma bastante poco convincente.

—Teresa McDonald — repetí —. —¿La conocía?

Él apartó la vista. —No la he oído nombrar en mi vida.

—Fue asesinada y encontrada en el condado de Red Rose, a una milla escasa de la casa de su familia.

—No sé nada de eso — dijo rápidamente, echando hacia atrás su silla —. —Estoy muy ocupado. Tengo que irme. Si tenéis más preguntas, podéis dirigiros a mi abogado.

Antes de que terminara de levantarse, dije: —Si encontramos alguna conexión entre usted y Teresa McDonald, va a necesitar a todo un equipo de abogados. Sostuve su mirada. —Averiguaré si la tiene. Créame lo que le digo.

Ethan tragó saliva. Había dado en el clavo con algo. La pregunta era, ¿con qué? ¿Conocía a Teresa McDonald? ¿La había matado él?

22

—·—

Martina

Selena y yo nos quedamos sentadas en silencio mientras Ethan y su abogado salían a toda prisa de la sala de conferencias. La puerta se cerró tras ellos con un clic, dejando el ambiente repentinamente más pesado, como si algo inacabado se hubiera quedado suspendido en el aire.

—¿Qué piensas de eso? —preguntó Selena.

—Creo que conocía a Teresa McDonald. ¿Has visto su cara cuando le he preguntado por ella? Ha dicho que no, pero...

Selena me miró entornando los ojos. —Espera. ¿No decían las declaraciones de Jenna y Tiffany que él había estado hablando de una chica que había desaparecido? ¿Que lo usaba para asustar a todo el mundo en la casa, hablando de lo que probablemente le estarían haciendo?

—Exacto.

—¿Crees que hablaba de Teresa McDonald?

—Esa es una muy buena pregunta —dije—. No es la única persona desaparecida, pero ayudaría saberlo.

—Muy bien. Voy a llamarlas ahora mismo.

Selena cogió la carpeta que había estado frente a mí, la abrió de un golpe y empezó a marcar inmediatamente en su móvil. Nunca era

de las que se quedaban esperando o delegaban, así que la dejé trabajar mientras mis pensamientos volvían a Ethan. Otra pieza encajó en su sitio. Todavía no me había puesto en contacto con Jason. ¿Sabía él que las cámaras estaban apagadas? Había estado en clase antes, pero puede que ya hubiera salido.

Salí de la sala de conferencias y llamé a Jason; respondió enseguida. Eso, al menos, parecía una buena señal. —Jason, soy Martina Monroe.

—Hola, Martina. ¿Han encontrado ya a Lena?

—No —dije—. Pero tengo algunas preguntas de seguimiento. Fuimos a la casa del condado de Red Rose y hablamos con el personal. ¿Era consciente de que las cámaras de vigilancia estaban apagadas?

Hubo una pausa. —Ni siquiera sabía que hubiera cámaras de seguridad.

—Las había. Ethan pidió que las apagaran.

—¿Por qué iba a hacer eso?

—No lo sé. También hizo que pusieran las guirnaldas de luces antes de que llegaran. ¿Sabía lo de la broma de antemano?

—Sí, hablamos de ello. Sabía que había hecho que el personal las pusiera.

—De acuerdo. Y una pregunta más, Jason. ¿Recuerda la conversación que tenían antes de que Lena saliera, la que trataba sobre la persona desaparecida?

—Oh. Sí. Estábamos hablando de ese asesino en serie del condado.

—Pero antes de eso, Jenna y Tiffany nos dijeron que estaban hablando de una chica desaparecida. ¿Recuerda quién era?

Dudó, solo un instante. —Vagamente. Quiero decir... no lo sé. Quizá Ethan estaba hablando de ello. Supongo que salió en las noticias.

—¿Recuerda haber oído el nombre de Teresa McDonald?

—Me suena, pero no me acuerdo.

No lo tenía delante para leer su lenguaje corporal, pero mi instinto me decía que estaba siendo sincero. —Vale. Gracias, Jason. Estaremos en contacto.

—¿Hay alguna pista nueva sobre Lena?

—No. Me temo que no. Pero le mantendré informado.

—¿Me llamará si sabe algo?

—Por supuesto.

Terminé la llamada y volví a centrar mi atención en la sala de conferencias, donde Selena tenía el teléfono pegado a la oreja, paseando lentamente mientras escuchaba.

Jason no podía recordar el nombre de la persona desaparecida. Quizá las chicas sí. Hasta ahora, todo apuntaba a que Ethan se comportaba de forma extraña y sospechosa, pero un comportamiento extraño no era una prueba. No lo convertía en un secuestrador ni en un conspirador.

Entré justo cuando Selena terminaba la llamada, con una lenta sonrisa extendiéndose por su rostro. —¿A que no adivinas de quién estuvo Ethan hablando *sin parar* la noche que desapareció Lena?

Me detuve en seco. —Teresa McDonald.

—Exacto. Acaba de mentirnos. Hace que una se pregunte sobre qué más estará mintiendo, ¿verdad?

—Desde luego.

La voz de Selena bajó de tono, ahora más calmada, más seria. —¿Crees que Val podrá hacer un perfil de Ethan? ¿Ver si podría haber hecho esto, o haberlo planeado? O quizá él también sea un asesino. Quizá mató a Teresa McDonald, y por eso hablaba de lo que probablemente le estaba pasando a ella.

La observé mientras hablaba, con las palabras saliendo ahora cada vez más rápido. —No paraba de decir que probablemente la tendrían cautiva, que la estarían torturando. ¿Quién dice eso a menos que sea algo que sabe que está pasando, o algo que está haciendo él mismo? Tiene dinero. La gente con mucho dinero cree que puede salirse con la suya con casi cualquier cosa que quiera. Se detuvo bruscamente, recapacitando, y luego añadió, con los pies más en la tierra: —¿Y si todo esto no es más que un juego para Ethan?

—Tenemos que investigarle más a fondo.

Selena asintió.

—Quiero saberlo todo sobre él. Con quién habla, quiénes son sus amigos, su pasado. Creo que necesitamos vigilancia. Pondré a un

equipo a seguirle.

—O podría seguirle yo —se ofreció.

—No —dije—. Pondremos a un equipo. Te necesito haciendo entrevistas, coordinándote con Val y Brady. Además, tenemos un montón de información que comprobar. ¿Puedes trabajar con Vincent en su lugar?

Se mostró abatida por un momento, pero que Selena hiciera lo que le diera la gana, incluido ponerse en peligro, no iba a suceder bajo mi mando. Nos habían seguido la noche anterior. No iba a convertirla en un blanco. Ya me habían secuestrado a una hija. No iba a arriesgarme con una segunda.

—También me gustaría que te quedaras conmigo y con tu padre mientras esto dure —dije—. Al menos por ahora.

Con tono desafiante, replicó. —Soy más que capaz de cuidarme sola, Martina.

—Sé que lo eres. Pero a las dos nos siguieron anoche. ¿Por qué no te quedas con tu padre y conmigo esta noche?

Soltó un largo suspiro y puso los ojos en blanco. —Vale. Puedo quedarme con vosotros. Pero solo si cocina papá.

—Lo hará. Todo lo que tenía que hacer era avisarle de que su hija venía a casa, y se pondría a preparar su famosa lasaña.

—Está bien. Voy a intentar localizar a Vincent. A ver si ha averiguado algo nuevo. —Sonrió, de forma fingida pero cariñosa, y se marchó.

Actuaba como si no soportara que ejerciera de madre con ella, pero yo sabía que lo agradecía. Quizá hoy no. Quizá ni siquiera mañana. Pero algún día. Era mi hija postiza y la quería como si fuera mía. No soportaba la idea de que le pasara nada. Por no hablar de lo que le supondría a mi marido, Charlie. Selena se había vuelto más cauta con los años. Sólo que no lo suficiente para mi gusto. Antes de llegar a mi despacho, sonó mi teléfono. *Val.* —¿Cómo ha ido tu entrevista con Ethan?

Le expliqué lo que había pasado y cómo le habíamos pillado en una mentira.

—Vaya, eso sí que es algo —dijo Val—. Aunque no me sorprende. Está relacionado con esto de alguna manera. Encontraremos el

vínculo. Estoy a punto de ir a casa de los padres de Lena. ¿Quieres venir o te parece bien que vaya yo sola?

—Ve tú —dije—. Quiero ver qué dice cuando yo no esté presente.

—De acuerdo. ¿Hablamos más tarde esta noche?

—Me parece bien. Gracias, Val.

Algo que Selena había dicho se me quedó grabado. ¿Era esto un juego para Ethan? El padre de Lena había mencionado al principio que al grupo le gustaban los juegos y las bromas. Y con la fortuna de Ethan, prácticamente ilimitada, él podría haber orquestado todo esto. Cada detalle. Cada distracción. ¿Significaba eso que Lena no estaba en peligro? ¿O significaba que teníamos a un depredador en serie entre manos? ¿Uno con dinero, una imaginación retorcida y un abogado caro para mantener a raya a la justicia? Todos mis instintos me decían que Ethan estaba en el centro de esto. La cuestión no era si estaba implicado. Era cómo.

23

—•—

Lena

La luz de la ventana iluminaba nuestro espacio. Sobre el colchón, me giré hacia Derek, intentando descifrarlo. Se había portado como un caballero al dormir a mi lado en el colchón. En realidad, no esperaba otra cosa. Pero, sinceramente, no sabía nada de él. No habíamos hablado mucho después de la cena. Se limitó a quedarse allí sentado, mirando al vacío como si estuviera en otro lugar completamente distinto. O quizá estaba tramando un plan.

—¿Estás bien? —pregunté.

Derek se volvió hacia mí. Creo que he dado con la forma de salir de aquí.

Me dio un vuelco el corazón. —¿Ah, sí?

—He estado pensando en cómo están fijados los pernos a la pared. —Miró hacia la pared, donde las cadenas se unían a la placa de hormigón— —Creo que puedo soltar el perno para liberarme. No es un trabajo muy sólido. Si consigo aflojarlo, podré atacarles cuando entren. Pillarlos por sorpresa. Eso si solo viene uno. Puedo reducir a uno solo. Y cuando lo haga, *corremos*.

Sonaba bien, pero yo era escéptica. —¿De verdad crees que será tan fácil?

—Tiene que serlo. —Estudió los pernos de nuevo— —Sé construir cosas. Sé desmontarlas. No creo que sea tan difícil. Solo llevará tiempo.

Me acerqué más, temerosa de permitirme creerle. —¿Estás seguro?

—Lo he estado pensando todo el día; aflojaré los tornillos. Y cuando entre con la comida, me soltaré y atacaré.

Un brote de esperanza me llenó el pecho. —¿Qué necesitas que haga yo?

—Cuando entre, tú los distraes. Pero primero tengo que liberarme la muñeca y luego podré aflojar las cadenas del tobillo.

Vacilé, mirando de reojo a la cámara. —¿Y si nos ven?

—Hablaremos cara a cara para ocultar mis manos. —Me dedicó una leve sonrisa— —No se enterarán.

Tendríamos que trabajar juntos. Confiar el uno en el otro. —Vale, dije. —Hagámoslo.

—Acércate. Mírame. Gírate un poco para que tu espalda quede hacia la cámara.

Hice lo que me dijo, pero no entendía cómo pensaba aflojar un tornillo solo con los dedos, hasta que metió la mano en el bolsillo.

Sacó algo despacio. Una moneda.

—A veces una moneda de veinticinco centavos no es solo una moneda —dijo, sonriendo.

—¿De verdad servirá para eso?

—Servirá.

—Y dime, ¿de dónde eres, Lena? —preguntó mientras trabajaba.

—Palo Alto.

—¿Cómo has acabado aquí?

—Estaba en las montañas con mi novio y unos amigos. —Me tembló la voz— —Salí fuera sola. Intentando demostrar que no tenía miedo. Estaba en el linde del bosque donde había estado un asesino en serie.

Él negó con la cabeza. —¿Qué edad tienes?

—Veintitrés. ¿Tú?

—La misma. —Esbozó una media sonrisa—. —Pero yo, desde luego, no soy de Palo Alto.

—¿De dónde eres?

—Modesto. Soy manitas de profesión, igual que mi viejo. Y parece que mi formación laboral va a resultar bastante útil.

¿Un manitas? No encajaba con lo que yo había supuesto. Siempre pensé que me habían llevado por alguna razón, como el dinero de mi familia o sus contactos, pero no parecía que Derek tuviera nada de eso. —¿Por qué crees que te llevaron a ti?

—Ni idea.

Pasados unos minutos, dije: —¿Has tenido suerte?

—Todavía no —dijo, sin dejar de trabajar— —Pero lo conseguiré.

Seguimos hablando. De nuestras vidas. Nuestros pasados. No podíamos ser más diferentes. Colegios privados frente a públicos. Música country frente al pop. Carreras de coches frente a galas benéficas. Cuanto más sabía, menos sentido tenía todo. Una sensación de frío se instaló en mis entrañas. El presentimiento de que algo peor estaba por llegar.

Pasos fuera de la puerta. Me quedé helada. La cerradura giró despacio, deliberadamente, como si quisieran que la oyéramos. Se me cortó la respiración cuando la puerta chirrió al abrirse hacia dentro. No hablaron.

Uno de ellos cruzó la habitación en tres largas zancadas y me agarró del brazo, clavándome los dedos con fuerza. Tropecé hacia atrás.

El otro fue directo a por Derek.

—No —dije con voz débil—. —Por favor...

El hombre que estaba frente a Derek se detuvo. Solo un segundo. —Vienes con nosotros. Si luchas, mueres. ¿Entendido?

Derek asintió.

La cadena tintineó al soltarse del gancho. El hombre le retorció el brazo a Derek a la espalda, obligándole a avanzar mientras el otro le apuntaba directamente con un arma.

Derek me miró a los ojos mientras se lo llevaban a rastras. No había pánico en su mirada, solo una expresión de fracaso y pérdida de esperanza. La puerta se cerró de un portazo tras ellos.

Me quedé allí sola, con el brazo dolorido por donde me había agarrado, mirando el espacio vacío donde había estado Derek.

Habían interrumpido el plan. ¿Sabrían algo? ¿Qué le harían a Derek? ¿Sería yo la siguiente? Agaché la cabeza y comprendí que no solo se habían llevado a Derek, habían robado mi esperanza.

24

—•—

Val

De pie ante la puerta principal de la casa de los Sapphire, me preguntaba qué descubriríamos dentro sobre ellos y qué teorías podrían tener respecto a por qué se habían llevado a su hija. El motivo más obvio era el dinero. Salvo que, por lo que sabíamos, no se había producido ninguna petición de rescate. Y si la desaparición de Lena estaba relacionada con Teresa McDonald, no encajaba. La familia de Teresa no era pobre, pero desde luego no tenían el tipo de dinero que justificaría un secuestro por rescate. Al menos, no por lo que podíamos decir. Aún estábamos esperando los informes de antecedentes. Quizá vivían con sencillez y ahorraban cada céntimo. Pero incluso si eso fuera cierto, ¿cómo iba alguien a saberlo?

Antes de que pudiera seguir reflexionando sobre ello, la puerta se abrió. Para mi sorpresa, fue el propio señor Sapphire.

—Buenas tardes, señor Sapphire —dije—. Hablamos por teléfono. Soy Val Costa, y este es el ayudante Brady Tanner.

—Sí, por supuesto —dijo él, echándose a un lado—. Por favor, pasen.

Lo seguimos al interior de la señorial vivienda, cuya grandeza resultaba evidente de inmediato. Todo resplandecía con suelos pulidos, techos altísimos y una elegancia cuidadosamente

seleccionada. Como un museo de arte. No era de mi gusto. Yo prefería lo contemporáneo y moderno. No lo ultra-moderno, sino algo cómodo y depurado.

El señor Sapphire se movía con la cortesía ensayada de quien está acostumbrado a ejercer de anfitrión. —¿Puedo ofrecerles algo de beber? Y por favor, llámenme Joe.

Por todo lo que podía ver, estaba sufriendo. Un hombre aferrado a la esperanza de que encontráramos a su hija. Pero el dolor no era sinónimo de honestidad. No significaba que nos lo hubiera contado todo. —Me encantaría un café, si no le importa —dijo Brady.

—Faltaría más. —El señor Sapphire se volvió hacia el pasillo—. ¿Dolores?

Una mujer con un uniforme impecable apareció casi al instante.

—Dolores, por favor, tráenos café. ¿Cómo lo toma, ayudante?

—Solo, está bien.

—Para mí lo mismo —añadí yo.

—Y yo tomaré otro también. Gracias, Dolores.

—Sí, señor —dijo ella, dándose ya la vuelta.

—Nos instalaremos en la sala azul —dijo el señor Sapphire.

—Como desee, señor.

Ella se marchó apresuradamente, y el señor Sapphire nos condujo por el pasillo hasta la bien llamada Sala Azul. Paredes de color azul huevo de petirrojo enmarcaban un sofá azul oscuro realzado con adornos dorados. Majestuoso. La habitación olía levemente a cera de limón y a algo floral, discreto pero caro.

—Me ha sorprendido saber que tenemos a una agente del FBI trabajando en el caso —dijo el señor Sapphire mientras nos acomodábamos.

—Exagente del FBI —corregí.

—¿A qué se dedicaba mientras estuvo en el FBI? —preguntó.

—Era analista de perfiles.

—Excelente —dijo, asintiendo. Apretó los labios en una sonrisa tensa, como si la palabra «analista de perfiles» no fuera una noticia del todo buena para él.

Expliqué que ya había trabajado antes con el Departamento del Sheriff del Condado de Red Rose, ayudando a resolver casos de

personas desaparecidas y asesinatos en la zona. Volvió a asentir, dijo que lo entendía, pero había algo más tras sus ojos. Inquietud. Quizá miedo.

—Bueno —dijo, entrelazando las manos—, agradezco cualquier ayuda que podamos recibir para encontrar a Lena. Supongo que Martina los habrá puesto al corriente del caso.

—Desde luego —dije—. Pero a veces, cuando vuelvo a entrevistar a familiares y amigos, la gente recuerda cosas que olvidó la primera vez. —Decidí ir directa al grano. —Antes de que le haga más preguntas —dije, —¿hay algo más que pueda decirnos sobre la desaparición de su hija que pudiera ayudarnos a encontrarla?

Joe Sapphire se quedó mirando sus manos. —No se me ocurre nada.

—¿Nadie se puso en contacto con usted después de que se la llevaran?

Tragó saliva y negó con la cabeza.

Si no supiera lo que hago, diría que mentía. —Porque si lo hubieran hecho —continué, manteniendo la voz serena—, podría ayudarnos a recuperarla, incluso si usted no accedió a las demandas que le hicieran.

No dijo nada.

—He trabajado en secuestros anteriormente —proseguí—. No es un secreto que dispone de medios considerables. Eso por sí solo podría convertir a su hija en un objetivo. Lleva cinco días desaparecida. Es mucho tiempo para un secuestro con fines de rescate.

El silencio se prolongó entre nosotros.

Me eché un poco hacia atrás, cambiando de táctica. —He estado pensando en esto como si fuera mi propio hijo. Tengo un hijo algo más joven que Lena. Harrison está estudiando actualmente en el MIT. Está lejos de casa, así que intenté ponerme en su lugar. En el lugar de su esposa. —Hice una pausa, observándolo atentamente. —Y pensé, si no es dinero lo que quieren los secuestradores, ¿qué más podrían querer? Algo que llevaría más tiempo organizar. Otro tipo de demanda. Algo inusual. ¿Se le ocurre algo que alguien pudiera querer de su familia a cambio de la seguridad de Lena?

Me sostuvo la mirada. —No tengo nada que ellos pudieran querer.

La forma en que lo dijo se me quedó grabada. Nada de lo que *él* tuviera.

—¿Y qué hay de alguien de su empresa? —pregunté. —¿O tal vez de su esposa?

Sus hombros se desplomaron. —Mi esposa está muy enferma. No le queda mucho tiempo. —Se le quebró la voz. —Quiere volver a ver a su hija antes de marcharse. Y estoy seguro de que Lena también querría ver a su madre.

El ambiente en la habitación se volvió más pesado tras aquello. —¿Y está seguro —dije en voz baja— de que nadie se ha puesto en contacto con usted en relación con la desaparición de Lena?

—Estoy seguro.

Dolores regresó entonces, portando una bandeja de porcelana blanca inmaculada. Las tazas eran delicadas, con finos bordes dorados. Las dejó con cuidado y se marchó sin decir palabra. —Bonitas —dije con aire ausente mientras cogía mi taza y daba un sorbo. Un café excelente. Mejor que el que tenían en la comisaría, de eso no había duda. Dejé la taza y miré a Joe a los ojos. —Hay algo más que debo decirle. Puede ser difícil de escuchar.

Él se tensó al instante.

—Ha habido un asesinato —dije—. Se ha encontrado un cuerpo en el Condado de Red Rose. La víctima era del área de la Bahía. Hay algunos detalles en la escena que nos hacen creer que podría estar relacionado con la desaparición de Lena.

Él jadeó, aferrando con una mano el brazo de la silla.

¿Se acababa de dar cuenta ahora de que Lena podía estar en peligro? —Por eso es tan importante que nos cuente todo lo que sepa sobre lo que le ocurrió.

—No sé qué le ha pasado.

—¿Tienen relación con la familia Buck? —pregunté. —¿Con los padres de Ethan Buck?

—Nos vemos a veces en el club. No somos amigos íntimos. Más bien conocidos. Nuestras familias llevan mucho tiempo en la zona. La familia de mi esposa, en realidad.

Asentí. —Hemos sabido que, antes de subir a la cabaña, Ethan Buck pidió que se apagaran las cámaras de seguridad de la casa.

—¿Ethan lo hizo? —Su expresión cambió, esta vez con una sorpresa genuina—. No sabía eso.

—Sí —dije. —Hablamos con Ethan. Él lo confirmó. Dijo que a veces lo hace cuando va allí con amigos.

La expresión de Joe se quedó inexpresiva.

—¿Conoce bien a Ethan?

—Desde que eran niños.

—¿Le cae bien?

Se encogió de hombros. —No lo conozco muy bien. Lena y él no estaban muy unidos. Me daba la impresión de que él no era santo de su devoción. Pero formaba parte del grupo, ya sabe.

—¿Y no tiene contacto habitual con sus padres? ¿En fiestas o eventos?

—Puede que mi esposa sea capaz de responder a algunas de estas preguntas —dijo él. —Ella los conoce mejor que yo.

—Me gustaría hablar con ella —dije, mientras me levantaba y dejaba mi taza de café, un poco decepcionada por no haber podido terminármela. Estaba bastante bueno. Pero hablar con la esposa era más importante.

Joe se levantó, y Brady y yo lo seguimos al piso de arriba.

Cuando entramos en su habitación, me sorprendió lo que quería decir con que estaba muy enferma. No había exagerado al decir que no le quedaba mucho tiempo. El cuarto estaba en penumbra, con las cortinas parcialmente echadas y el aire teñido de antiséptico y algo medicinal. Varias máquinas zumbaban y emitían pitidos junto a la cama.

Me acerqué al borde de la cama, con Brady a mi lado.

—Cariño —dijo Joe con suavidad—, tenemos visitas. Ella es la exagente del FBI Val Costa, perfiladora, y el ayudante Brady Tanner, del Departamento del Sheriff del condado de Red Rose. Tienen algunas preguntas.

A pesar de su estado, sus ojos nos siguieron, agudos y evaluadores. Su cuerpo le estaba fallando, pero su mente parecía

estar muy intacta. —Gracias por venir —dijo—. Supongo que están ayudando a encontrar a Lena.

—Sí, señora —dije—. Eso es lo que intentamos hacer.

—Bien.

Joe dijo: —Tienen algunas preguntas sobre los Buck.

La señora Sapphire arqueó las cejas muy levemente.

—Sí —dije—. ¿Cómo de bien conocen a los Buck? ¿Son amigos cercanos? ¿Los conocen desde hace mucho?

—No creo que hayan tenido nada que ver con esto —dijo ella de forma tajante.

—¿Cuánto hace que conocen a los Buck? —volví a preguntar.

—Casi toda mi vida. Se criaron en el pueblo, igual que yo. Nuestras familias se conocían.

—¿Con qué frecuencia los ven?

—No mucho desde que el cáncer se extendió y paso la mayor parte de mis días aquí.

—¿Y antes?

Exhaló lentamente. —Quizá cada pocas semanas. Siempre hay algún evento benéfico o alguna cena.

—¿Y cómo de bien conocen a su hijo, Ethan?

—Es un buen chico —dijo ella—. Trabaja para su padre.

—«Buen chico» no era como nadie había descrito a Ethan Buck hasta este momento—. ¿Es alguien en quien confiaría la vida de su hija?

Su cabeza giró bruscamente hacia Joe y luego volvió hacia mí. —¿A qué se refiere con eso? ¿Le hizo algo Ethan?

—No estamos seguros, pero sabemos que apagó las cámaras de seguridad de la casa del condado de Red Rose antes de que llegaran. Eso facilitó que alguien secuestrara a Lena sin dejar pruebas. Si las cámaras hubieran estado encendidas, lo habrían grabado.

—¿Dijo por qué?

—Dijo que le gusta la privacidad —comenté—. No era la primera vez que lo hacía.

Ella asintió lentamente. —Cosas de jóvenes —dijo, intentando usar un tono ligero, aunque no funcionó del todo. Algo se estaba

ocultando. Ya fuera por la medicación o por intención, todavía no podía saberlo.

—¿Tiene alguna razón para creer que Ethan Buck querría hacer daño a su hija? ¿Quizá como parte de un juego o una broma? He oído que al grupo le van ese tipo de cosas.

—Eso es absurdo —dijo la señora Sapphire con brusquedad—. Ethan no haría eso. Lleva cinco días desaparecida. Sus bromas no duran tanto.

—Así que sabe lo de sus bromas.

—Sí —dijo ella, con la irritación asomando en su voz.

Dejé que el silencio se asentara antes de continuar. —¿Alguien se ha puesto en contacto con ustedes sobre el secuestro de Lena?

—¿A qué se refiere?

—Hacer demandas para un rescate. Por ejemplo, paguen cinco millones y les devolveremos a su hija.

Ella negó con la cabeza.

—¿Y algo que no fuera dinero? —insistí—. Algo que pudiera tardar más en organizarse. Propiedad intelectual. Cualquier cosa que alguien pueda desear lo suficiente como para llevarse a Lena.

—No.

—¿Hay alguien que quiera hacerle daño a usted o a su familia? ¿Algún negocio que saliera mal? Podrían haberse llevado a Lena como forma de herirles.

—No, por supuesto que no. Pero desearía que la encontraran pronto. Han pasado cinco días. —Sus ojos se desviaron hacia Joe—. No estoy tan segura de que este contrato con Martina Monroe esté funcionando —dijo, con el veneno de repente afilado en su voz. La mujer educada de la casa se había *esfumado*.

—Estoy seguro de que Martina está haciendo lo que puede —dijo Joe.

—Bueno, pues quizá lo que puede no sea suficiente —espetó la señora Sapphire—. Han pasado cinco días. Tienes al FBI, al departamento del sheriff y a esa Martina Monroe buscándola, y nadie la ha encontrado. *Necesitan* encontrar a mi hija.

Mis pensamientos daban vueltas ahora. Algo no encajaba aquí, solo que aún no sabía qué era. —¿Hay algo más en lo que pueda

pensar que pueda ayudarnos a encontrar a Lena antes de que sea demasiado tarde?

—¿Demasiado tarde? —repitió la señora Sapphire.

—Sí —dije—. Hace poco encontramos un cuerpo en el condado de Red Rose. Creemos que podría estar relacionado con el caso de Lena.

Ella entrecerró los ojos. —Bueno, ¿y entonces por qué no están de vuelta en el condado de Red Rose investigándolo?

—Porque la víctima era de la zona de la Bahía y necesitábamos avisar a la familia.

Ella asintió una vez, asimilando aquello.

Intercambié una mirada con Brady. Él asintió levemente e intervino. —¿Conocía a alguien llamada Teresa, o Terry, McDonald?

—Nunca he oído hablar de ella —dijo la señora Sapphire de inmediato.

Joe también negó con la cabeza.

Había una profunda tristeza grabada en su rostro, de esa que se asienta en las arrugas alrededor de los ojos. Pero que estuviera triste no significaba que nos lo estuviera contando todo. —Bueno —dije—, muchas gracias, señora Sapphire. Esto ha sido de ayuda.

Cerró los ojos y giró la cabeza hacia otro lado, dando por terminada la conversación.

Afuera, Joe nos acompañó hasta el porche. Me detuve y me giré para mirarlo. —Lo que sea que no nos esté contando, vamos a averiguarlo —dije—. *Yo* voy a averiguarlo. ¿Entiende lo que le estoy diciendo, señor Sapphire?

Sus ojos azules se fijaron en los míos. —Solo encuentren a Lena.

La mirada que me lanzó no era de desprecio. No era de ira. Era algo parecido a una súplica. Era *miedo.* ¿Tenía miedo por Lena o de algo o de alguien más?

Quería encontrar a su hija. De eso estaba segura. Pero algo le impedía contar la verdad, algo que podría ayudarnos a encontrarla antes de que fuera realmente demasiado tarde.

—Sabe —le dije en voz baja— que puede contarme cualquier cosa. Puedo mantener las cosas entre nosotros dos.

No respondió. —Por favor —dijo en su lugar—. Por favor, solo *encuentren* a Lena.

Me tomé aquello como su respuesta.

De vuelta en el todoterreno de Brady, él negó con la cabeza. —¿Por qué no nos cuentan todo lo que saben? Está claro que se están guardando algo.

—Eso pienso yo también —dije—. Voy a hacer una llamada a unos viejos amigos del FBI para ver si han oído algo sobre estas familias. Algo que no aparecería en una comprobación de antecedentes estándar.

Brady me miró de reojo. —¿Crees que se llevaron a Lena por su familia?

—Puede ser —dije—. Podrían estar involucrados en algún tipo de actividad ilegal. Tal vez no estén tan relucientes como las cucharas de plata con las que comen.

25

—•—

Lena

Apenas he pegado ojo. Cada vez que cerraba los ojos, mis pensamientos volvían en espiral hacia Derek. Qué habrían hecho con él y adónde se lo habrían llevado. ¿Se habrían llevado a otras personas también? ¿Habría más habitaciones como esta? ¿Volverían a traerlo, o me iba a quedar sola para siempre?

¿Eso era todo? ¿Simplemente me quedaría aquí, comiendo sándwiches y patatas fritas, hasta que un día dejara de hacerlo? Todo este tiempo para pensar me ha llevado a dos conclusiones.

La primera era que podría morir aquí. He intentado hacer las paces con esa idea. Si este era el final, no me arrepentía de mi vida. He intentado ser una buena persona. He amado intensamente y he vivido intensamente. Deseaba que mi familia, Jason y mis amigos, guardaran luto y después siguieran adelante. Esperaba que se apoyaran los unos a los otros. Podían llorar un poco. Unas semanas, tal vez. Mamá ya se estaba muriendo; por lo que yo sabía, quizá ya había fallecido. Esa era la única parte que me destrozaba. Moriría sin saber nunca qué me había pasado.

Papá sobreviviría. Era un buen padre. Trabajaba mucho, pero nunca dudé de que me quería. No como algunos de mis amigos, cuyos padres no les prestaban ninguna atención mientras

mantuvieran la imagen familiar. En nuestro círculo, no era raro que te dejaran sola a los diez años con el servicio o con niñeras mientras los padres viajaban o trabajaban sin descanso. Pero cuando mis padres estaban en casa, nos colmaban de amor. Especialmente Papá.

Y luego estaban Mark y Peter, mis hermanos payasos. Crecer con ellos había sido divertido y aventurero. Eran protectores y siempre me cuidaban. He tenido una buena vida. Solo tenía veintitrés años, pero estaba agradecida por cada uno de ellos. Si así era como terminaba, entonces así debía ser.

Pero luego estaba el segundo pensamiento. Si este no era el final, y solo era un obstáculo que debía superar, tenía que pensar en una forma de salir de esta.

Pensé de nuevo en Derek. En el plan que apenas habíamos tenido tiempo de trazar. En la moneda de un cuarto de dólar que había escondido bajo el colchón cuando el pomo de la puerta giró. Ese segundo pensamiento me ha tenido trabajando para aflojar el tornillo de mi cadena desde que se lo llevaron. Despacio. Con cuidado. Apoyando mi cuerpo contra la pared para ocultar lo que estaba haciendo. Me dolían los dedos, me dolían las muñecas, pero no podía parar. Si conseguía liberarme, ¿qué pasaría entonces? Me pelearía con ellos, pero eran más grandes. Más fuertes. ¿Podría ser más lista que ellos? ¿Cegarlos de alguna manera?

La idea que se me ocurrió me pareció ridícula. Podría desmigar el pan de mi sándwich, machacarlo hasta convertirlo en algo parecido a la arena para tirárselo a los ojos. Quizá fuera suficiente para distraerlos el tiempo necesario para correr. No era un plan infalible, pero ya no podía quedarme allí sentada, esperando a morir. Tenía que hacer algo. Apreté con más fuerza contra el tornillo. Nada. Entonces…

Cedió. Apenas nada. Pero se movió. Se me cortó la respiración. El corazón se me disparó a mil por hora. Volví a girar. Giraba. *¡Menos mal!* Estaba funcionando. Derek tenía razón.

Me temblaban las manos mientras trabajaba más rápido, con el pánico y la esperanza entrelazándose. Necesitaba un plan. Necesitaba una forma de luchar. Una salida.

Pasos.

Mi próxima comida. Volví a encajar el tornillo en su sitio, con el pulso acelerado, obligándome a parecer pequeña e indefensa.

Y como si el universo hubiera estado escuchando, la puerta se abrió de golpe. Derek entró a trompicones. Tenía un ojo morado y cortes recientes en la cara. —Tenemos que irnos —dijo, corriendo hacia mí. No lo dudé. Pegué un tirón de mi cadena. Él la miró, atónito.

—¿Tú has hecho eso?

Asentí.

—Tenemos que irnos. Ahora. Me agarró de la mano y corrimos por un pasillo oscuro con mis pies descalzos golpeando contra el frío hormigón. Un pestillo se abrió de golpe y de repente me estaba empujando hacia delante. —¡Corre!

Corrí. Las ramas me arañaban los brazos y las acículas de pino se me clavaban en los pies. El bosque nos tragó mientras huíamos. —¡Rápido! Ya vienen. ¡No te detengas! —gritó Derek.

Y lo hice. Porque, en efecto, estaba corriendo por mi vida.

26

—•—

Martina

Entré en la sala de conferencias a las 7:30 en punto de la mañana. Las luces del techo proyectaban un resplandor pálido sobre varios rostros cansados. El aire olía a café quemado y comida rápida. Selena, Val y Brady ya estaban sentados, con las chaquetas colgadas en los respaldos de las sillas y los portátiles abiertos. Vincent y Jerilyn, un miembro del equipo de investigación, estaban sentados frente a ellos, con los hombros hundidos por la fatiga. Por lo que yo sabía, el equipo de investigación había trabajado toda la noche en turnos rotatorios, indagando en todos los implicados en la desaparición de Lena, incluidos Ethan, Jason, Tiffany, Jenna, los Sapphire, los Buck y Teresa McDonald.

—Buenos días —dije, cerrando la puerta tras de mí. El pestillo chasqueó más fuerte de lo que debería. Me senté y rodeé mi café con ambas manos, dejando que el calor se filtrara en mis palmas. Recibí un suave murmullo de «buenos días» como respuesta. Miré a Vincent, que había convocado la reunión a primera hora de la mañana.

—¿Y bien, qué pasa?

—Bueno —dijo él, pasándose una mano por la mandíbula antes de ofrecer una sonrisa cansada—. «El equipo ha recopilado todo lo que

podría ser relevante sobre los sujetos. Registros financieros, registros telefónicos, actividad de tarjetas de crédito. Buscamos señales de que Lena hubiera comprado un teléfono prepago. Aviso: no lo hizo. Al menos, no que hayamos podido encontrar. —Deslizó el dedo por la tableta—. «No ha habido ningún movimiento en sus redes sociales. Hemos contactado con amigos para ver si tenía cuentas ocultas o secundarias en redes sociales. No las tiene. No ha habido avistamientos de Lena ni pistas creíbles de la línea directa. Y no hay nueva actividad en su teléfono.

Eso no era precisamente sorprendente. Solo confirmaba lo que ya sabíamos. Debía de tener algo más para haber convocado la reunión.

Levantó la vista. —«Así que empezamos a investigar las redes sociales y los antecedentes de Teresa y los demás. Ninguno de ellos tiene antecedentes penales, y no hemos encontrado nada sospechoso en sus redes sociales salvo una cosa.

Tras dedicarle una mirada poco paciente, añadió: —«Ethan Buck *conocía* a Teresa McDonald.

Selena y yo nos miramos arqueando las cejas. —«¿Cómo se conocían?

—No estamos seguros de cómo empezó lo suyo —dijo Vincent—, «pero son amigos en Instagram.

—¿Hace cuánto que se hicieron amigos en Insta? —preguntó Selena.

—Hace dos años.

Selena preguntó: —«¿Algún mensaje entre ellos?

—No hemos podido encontrar ningún mensaje directo. —Hizo una pausa, mirando hacia Val y Brady. No les había revelado que a veces trabajábamos un poco al margen de la ley para obtener la información que necesitábamos, pero parecían entenderlo, o al menos ahora lo hacían.

Continuó: —«Pero se daban «me gusta» mutuamente en sus publicaciones.

Selena dijo: —«¿Podría ser que simplemente fueran amigos sugeridos o amigos de amigos?

Jerilyn dijo: —«Tienen una amiga en común, Francesca Pinehurst. Ella fue al mismo instituto que Lena y el resto del grupo.

Selena frunció el ceño, golpeando su cuaderno con el bolígrafo. —«Ethan hablaba de la desaparición de Teresa con regodeo... y la *conocía*. ¿Quién hace eso?

—Un capullo integral —respondió Jerilyn.

Yo tendía a estar de acuerdo. —«Y mintió diciendo que nunca había oído su nombre.

—¿Y qué hay de los demás?

Vincent dijo: —«Lena, Jenna, Jason y Tiffany no parecen tener ninguna conexión con Teresa. Ni con el condado de Red Rose. Solo Ethan.

Selena se recostó en la silla. —«Ethan me está pareciendo muy sospechoso.

Val se cruzó de brazos. —«Quiero a Ethan de vuelta aquí.

Selena y yo intercambiamos una mirada. —«Nos dijo que cualquier otra pregunta debería pasar por su abogado.

Val me miró a los ojos. —«Así que quiere jugar duro. Bueno, nada nos impide tropezarnos con él por casualidad.

Pensé en Ethan, su sonrisa impostada, la forma en que desviaba los temas sin parecer nervioso. Podría haber organizado el secuestro de Lena y haber matado a Teresa. O saber quién lo hizo.

Me volví hacia Val. —«¿Han encontrado algo interesante en la escena del crimen de Teresa McDonald, como ADN o huellas dactilares que no le pertenezcan?

—Están haciendo pruebas ahora —dijo ella—, «pero el cuerpo está muy degradado. Las pruebas pueden ser limitadas.

Mirando a Vincent, dije: —«¿Has revisado los antecedentes de la familia de Teresa McDonald?

—Sí, pero hasta ahora nada llama la atención —dijo Vincent.

Selena dijo: —«Tal vez quienquiera que hiciera esto quería algo de su familia y no lo consiguió, y por eso la mataron.

Val dijo: —«Los Sapphire saben más de lo que dicen. Especialmente Joe. Es como si quisiera hablar, pero algo se lo impide. Los McDonald estaban desconsolados, pero no percibí ningún engaño ni que se guardaran nada. —Vaciló—. «Anoche llamé

a algunos de mis contactos del FBI para ver si los Buck, los Sapphire o los McDonald andan metidos en algo ilegal, algo que no aparecería en una verificación de antecedentes estándar o que les conste extraoficialmente.

El teléfono de Brady vibró, rompiendo el silencio de la sala. Miró la pantalla y su expresión se tensó. —«Tengo que coger esto.

La puerta se cerró tras él y apareció esa inquietud familiar, la misma sensación que había tenido durante nuestro último caso de secuestro. La lenta comprensión de que las personas que piden ayuda podrían ser la razón de que alguien haya desaparecido. Y la pregunta de la que no podía librarme era: si Ethan estaba involucrado y si los Sapphire ocultaban algo, ¿por qué contratarme a mí?

Vincent dijo: —«Si están sucios o tienen un pasado criminal, tal vez por eso no quisieron denunciar la desaparición de Lena a las autoridades.

—¿En lugar de la historia mediocre de que su «amigo» dijo que la poli no ayudaría? —preguntó Selena.

Val asintió con la cabeza en señal de acuerdo.

—¿Cuándo esperas recibir noticias del FBI? —pregunté.

—En cualquier momento —dijo ella—. «Sinceramente, me sorprende que no me hayan llamado ya. —Val se puso de pie—. «Mientras tanto, quiero hablar con Ethan. Y quiero hablar con la amiga común, Francesca Pinehurst, que lo conectó con Teresa.

Selena me miró a los ojos. —«¿Divide y vencerás?

—Sí —dije—. «Nosotras hablaremos con Francesca. Val, tú y Brady podéis encargaros de Ethan. Ya está un poco cansado de nosotras.

Val aceptó.

Necesitábamos respuestas, pero de una cosa estaba segura: alguien, o más de uno, estaba mintiendo.

27

—•—

Val

Teníamos un plan. Uno sólido. Por primera vez, parecía que las piezas empezaban a encajar, como si las respuestas finalmente apuntaran hacia algo real. Hacia la familia. Hacia Ethan. El equipo de Martina trabajaba más rápido de lo que el departamento del sheriff podría haberlo hecho jamás. Tener recursos ilimitados ayuda a eso, además de saltarse *algunas* leyes. Cada persona en la sala estaba concentrada, las voces se solapaban, las manos se movían, los planes se amontonaban unos sobre otros. Todos estaban ávidos de respuestas. Por Lena. Por encontrar a quienquiera que hubiese matado a Teresa McDonald. Recorrí con la mirada los rostros alrededor de la mesa, todos enfocados, animados y llenos de ímpetu. Entonces Brady entró de golpe por la puerta. —No os lo vais a creer.

La sala se quedó en silencio.

En cuanto las palabras salieron de su boca, el aire pareció esfumarse. Alguien contuvo el aliento. El pulso me tronaba con tal fuerza que apenas oía nada más. No podía hablar.

Martina fue la primera en recuperarse. —Tenemos que volver al condado de Red Rose. Inmediatamente.

Varias cabezas asintieron por toda la sala.

Se volvió hacia Vincent. —Necesito que tú te encargues de liderar los planes en los que Val y yo estábamos trabajando mientras no estemos aquí. Usa los recursos que necesites. El tiempo es oro.

—¿Y qué pasa conmigo? —preguntó Selena.

Martina vaciló un instante y luego dijo: —Tú vienes conmigo.

Volvió a mirar a Vincent. —Tienes la lista. Habla con Francesca. Con Ethan. Con el grupo de amigos. Realiza las entrevistas. Antecedentes. Todo lo que quede pendiente. Estaremos en contacto constante. Quiero actualizaciones en tiempo real.

Vincent asintió. —Entendido, jefa. Me encargaré de todo aquí.

Ella ya se estaba moviendo. —Gracias, Vincent. Volviéndose hacia los demás, ordenó: Tenemos que irnos. Ya.

La sala se puso en marcha al instante. La gente cogía carpetas, teléfonos, chaquetas. El equipo de Martina se movilizó sin hacer ni una sola pregunta.

Yo todavía estaba conmocionada. Porque lo que Brady acababa de decirnos… lo cambiaba todo.

28

—•—

Martina

Me quedé de piedra. Ante mí se encontraba Lena Sapphire, sentada en una cama de hospital en el condado de Red Rose. Unas sábanas blancas envolvían estrechamente su delgada figura, mientras el pitido constante de un monitor cardíaco llenaba la habitación. Parecía estar relativamente ilesa; no tenía hematomas en la cara, ni cortes o arañazos visibles más allá de unas tenues marcas en los brazos. Tenía la piel sucia y el pelo apagado y enredado, como si no se hubiera bañado en días. Pero, a todos los efectos, estaba viva y bien.

El ayudante del sheriff Baker, de la oficina del sheriff del condado de Red Rose, se encargaba de vigilar a Lena hasta que todos estuviéramos seguros de que estaba a salvo. Dijo: —Lena, hay algunas personas aquí que te han estado buscando y tienen algunas preguntas. ¿Te parece bien?

Lena asintió.

—Hola, Lena —dije con suavidad—. Me llamo Martina Monroe y ella es Selena Bailey. Somos investigadoras privadas. Su padre nos contrató para encontrarla.

Val dio un paso adelante. —Y yo soy Val Costa. Este es el ayudante del sheriff Brady Tanner. Nosotros también te hemos estado

buscando.

—Gracias —dijo Lena débilmente, con voz apenas audible—. ¿Ha llegado ya mi padre?

—Aún no —respondí—. Queríamos confirmar que eras tú antes de avisarle.

Sus ojos se abrieron ligeramente. —Vale… ¿podemos llamarlo ahora?

Asentí, sacando el móvil del bolsillo, con una sensación de incredulidad recorriéndome el cuerpo. No terminaba de creerme las palabras que estaba a punto de pronunciar. —Joe —dije cuando se estableció la comunicación.

—¿Sí? —Su voz se tensó al instante—. Martina, ¿qué pasa?

—La hemos encontrado. Lena está viva. Está en el condado de Red Rose. Estamos en el hospital de Red Rose.

Se oyó una brusca inspiración al otro lado de la línea. —¿Quién la ha encontrado? ¿Cómo…?

—Parece que ha escapado. Aún no hemos tenido oportunidad de hablar con ella. ¿Quieres hablar con tu hija?

—Sí, por supuesto. Gracias. Muchísimas gracias, Martina.

Le pasé el teléfono a Lena. Se le saltaron las lágrimas mientras se lo acercaba al oído. —Papá —susurró.

Hubo sonrisas. Más lágrimas. Un momento crudo y privado que me conmovió; me aparté un poco para darles espacio, aunque seguía observándola por el rabillo del ojo. ¿Cómo había logrado escapar?

Cuando por fin me devolvió el teléfono, le temblaban las manos. Con el aparato pegado a mi oreja, dije: —Joe, ¿puedo hacer algo más por ti?

—No, pero estaré allí lo antes posible. Tengo un amigo con un avión privado. Saldremos en breve.

—Nos vemos cuando llegues —terminé la llamada y acerqué una silla a la cama—. Lena, ¿puede contarnos qué le pasó?

Ella vaciló. —¿Otra vez?

—Supongo que ya ha hablado con los agentes.

Ella asintió.

—Verá, su padre me contrató para encontrarla y me gustaría saber quién la llevó para asegurarme de que no intenten acercarse a usted de nuevo. ¿Lo entiende?

Ella asintió una vez más.

Miré a Selena.

—Eres muy joven —dijo Lena, observándola.

—Sí —respondió Selena con una leve sonrisa.

En ese momento me di cuenta: Selena y Lena tenían casi la misma edad. Podría haber sido Selena la que estuviera tumbada en esa cama de hospital. Si alguien podía escapar de un captor, era Selena, pero ni siquiera ella lo había logrado por su cuenta cuando le ocurrió en el pasado. Las fugas como la de Lena eran raras. Me acerqué, bajando la voz. —¿Puede contarme, desde el principio, qué ocurrió?

Soltó un largo suspiro, como si tratara de calmar sus nervios. —Estaba fuera de la casa de Ethan. Estaba contando para mis adentros para que pasara el tiempo. Trataba de demostrar que no me asustaban sus estúpidas historias sobre secuestros y mujeres desaparecidas. Hizo una pausa, bajando la vista hacia la manta. —Supongo que es la última vez que no tengo miedo de que eso pase. Exhaló y continuó. —En fin, estaba allí de pie y, de repente, oí que alguien se acercaba por detrás. Pensé que era Ethan tomándome el pelo. Lo hace a menudo, es un imbécil —murmuró entre dientes. Luego tensó los hombros—. Sentí un pinchazo en el cuello y después todo se volvió oscuro. Sacudió la cabeza. —No, eso no es exacto. Primero dije: "Sé que estás ahí y no te tengo miedo". Y entonces él dijo… ese fue mi primer error.

Se me encogió el estómago.

—Después sentí una mano sobre mi boca. Y un pinchazo en el cuello. Después de eso, no recuerdo nada. Tragó saliva. —Lo siguiente que supe fue que estaba en una habitación con paredes de cemento y una sola ventana. Como un sótano, quizás. Tenían mi tobillo encadenado a la pared.

—¿Y qué pasó mientras estaba dentro de la habitación?

—Sinceramente, no mucho —dijo, casi confundida por ello—. Fue muy raro. Intenté hablar con ellos, preguntarles qué querían. Al

principio pensé que solo había uno, pero definitivamente eran dos. Llevaban máscaras todo el tiempo.

Tal como sospechábamos. —¿Le hicieron daño?

Ella vaciló. —Me daban de comer. Realmente nunca me hicieron daño, excepto por…

Se detuvo.

—¿Excepto por qué? —pregunté.

—Uno de ellos me quemó.

Enarqué las cejas. —¿La quemaron?

Se incorporó lentamente, apartando el camisón de su hombro izquierdo. —Pueden quitar el vendaje para mirar.

Pese a que no quería entorpecer su recuperación, retiré el esparadrapo y el vendaje. Tuve que hacer de todo para no jadear. Selena y Val se acercaron, y nuestras miradas se cruzaron por una fracción de segundo. La marca era inconfundible. Era una rosa, tal como la que había en el cuerpo de Teresa McDonald.

Después de volver a colocar el vendaje, dije:¿Le han dicho por qué la quemaron?

—Dijo que era un castigo por faltar al respeto.

—¿Le han hecho daño de alguna otra forma?

Negó con la cabeza. — No, la verdad es que no. Sinceramente, la única otra herida que tengo es un esguince en el tobillo; me tropecé con un tronco mientras corríamos. Por eso estoy aquí.

¿Corríamos? ¿Alguien la ayudó? — ¿Cómo ha escapado?

—He podido desatornillar el punto donde mi cadena estaba sujeta a la pared. Usé una moneda de veinticinco centavos que me dio Derek.

—¿Quién es Derek?

Explicó lo del segundo cautivo, otro prisionero, y el plan que tenían para escapar. — ¿Dónde está Derek ahora? —pregunté, girándome hacia el oficial Baker.

—Está en otra sala donde le están tratando unas heridas leves.

Lena dijo: — ¿Pueden pedirle que venga aquí cuando termine con los médicos? —Entonces, con una pequeña sonrisa, añadió—: Es mi héroe. Él me salvó.

El oficial Baker dijo: — Por supuesto. Iré a ver cómo está.

Sin duda, dos cautivos era algo inusual. Estaba deseando saber qué opinaba Val al respecto. — ¿Qué puede decirme sobre las personas que la raptaron?

—No mucho. Dos hombres. Eso es todo lo que llegué a ver. Llevaban máscaras. Solo podía verles los ojos y los labios.

—¿Recuerda de qué color tenían los ojos?

—Uno tenía los ojos marrones. El otro los tenía azules. Eran blancos, sin duda. Bastante altos, de un metro ochenta más o menos. Ambos parecían ir al gimnasio. Llevaban ropa negra.

—¿Hablaron con usted?

—No mucho. Eran casi robóticos. Fue súper raro.

—¿Había algo distintivo en ellos? ¿O algo que pueda decirnos que nos ayude a identificarlos?

—En realidad no. Excepto que uno se sabía mi nombre. Al parecer, lo sabía *todo* sobre mí.

Ella había sido un objetivo específico, ¿pero por qué? — ¿Le dijeron por qué la raptaron?

—No. Y se lo pregunté mucho... hasta el castigo. La quemadura.

Qué horror. — ¿Puede hablarme de su huida?

Ella contestó: — El día anterior se llevaron a Derek. Yo estaba aterrorizada. Nada tenía sentido y pensé que le había pasado algo horrible. Pero esta mañana, la puerta se abrió de golpe. —Sus ojos se llenaron de lágrimas—. Volvió a por mí. Como yo ya me había soltado la cadena, corrimos. Todo lo rápido que pudimos. A través del bosque. —Se miró los brazos—. Ahí es donde me hice los arañazos. Me tropecé con un tronco y me torcí el tobillo, pero él me ayudó a levantarme. Seguimos corriendo y corriendo hasta que llegamos a la carretera. Le hicimos señas a un coche. Nos trajeron directos aquí.

Dejé pasar un segundo. — ¿Recuerda algo del interior del edificio?

—La habitación en la que estaba tenía una ventana, pero estaba muy alta. Pensé que tal vez era un sótano. Pero cuando escapamos, solo tuvimos que subir unos pocos peldaños, recorrer un pasillo largo y luego salimos directamente al bosque.

—¿Miró atrás y vio qué aspecto tenía el edificio desde fuera?

—No. Solo corrí todo lo rápido que pude.

—¿Sabe cuánto tiempo estuvieron corriendo? —preguntó Val.

Lena se encogió de hombros. — Seguramente una hora. Suelo salir a correr a menudo e iba bastante rápido hasta que me tropecé. Menos mal que eso pasó justo antes de llegar a la carretera.

—¿Hay algo más que pueda decirme que me ayude a encontrar a esa gente? —pregunté—. Para que no se lleven a nadie más.

Lena frunció el ceño. — ¿Se han llevado a alguien más?

—Creemos que sí.

—Qué extraño —dijo, negando con la cabeza.

—¿Por qué es extraño?

Vaciló, buscando las palabras. — No dejaba de tener esa sensación... como si algo más fuera a ocurrir. Como si estuvieran esperando algo. No sé el qué.

Un escalofrío me recorrió la espalda.

—Al principio pensé que era por dinero —continuó—. Mi familia tiene dinero. Eso tenía sentido. Pero luego estaba Derek, y Derek no viene de una familia adinerada. En absoluto. Lo único que tenemos en común es que nos secuestraron las mismas personas. —Me miró con una mezcla de confusión y miedo en su expresión—. ¿Qué querían de nosotros?

—Es una buena pregunta —dije—. No lo sabemos, pero daremos con las respuestas. Porque no vamos a permitir que le hagan daño a usted, ni a nadie más, nunca más.

Esbozó una débil sonrisa. — Mi padre dice que usted es la mejor. Sabía que me encontraría.

—Técnicamente, no lo he hecho yo —dije.

—Él dijo que lo habría hecho, y que podía confiar en usted.

Le entregué mi tarjeta y dije: — Vamos a ir a hablar con Derek, pero si necesita cualquier cosa, llámeme. Volveré en breve. Selena se quedará con usted.

—Gracias.

Ya en el pasillo, lejos de la habitación de Lena, Val se detuvo y bajó la voz. — Son los mismos que mataron a Teresa McDonald. Has visto la quemadura.

Asentí. — Tenemos que detener a esta gente. Este trabajo no termina hasta que lo hagamos.

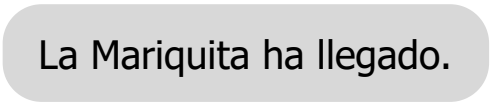
Val me sostuvo la mirada. — De acuerdo.

29

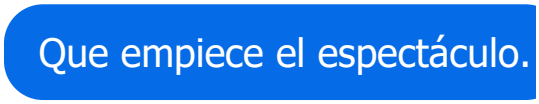
—•—

El arquitecto

Un mensaje de texto brilló en la pantalla.



Se me dibujó una sonrisa en la cara mientras respondía.



30

—•—

Martina

Mientras avanzábamos por el pasillo hacia la habitación de Derek, me sentía perpleja por el hecho de que hubiera habido un segundo cautivo con Lena. ¿Cómo encajaba eso en el modus operandi de nuestros asesinos?

—¿Qué piensas de que haya un segundo cautivo? —preguntó Val.

—No sé qué pensar. Especialmente esa parte de desenroscar la cadena con una moneda de veinticinco centavos. ¿Habías oído algo así alguna vez?

Brady dijo: —No es imposible. Si no la fijaron lo suficientemente bien, es posible.

—Bueno, entonces supongo que Derek es realmente su héroe.

Val dijo: —Quiero ver si su historia coincide con la de Lena y saber si lo capturaron de la misma manera.

—¿No es extraño que de las tres víctimas conocidas haya dos mujeres y un hombre?

Val ladeó la cabeza. —A algunos psicópatas no les importa el género. Solo quieren víctimas.

—Cierto.

Llegamos a la habitación y guardamos silencio. El ayudante del sheriff Baker estaba en la puerta y nos hizo un gesto para que

pasáramos.

Dentro estaba sentado un hombre de unos veintitantos años, con el pelo oscuro cuidadosamente peinado hacia atrás. Sus brillantes ojos azules se alzaron para encontrarse con los nuestros de inmediato. Tenía hematomas en la cara y arañazos en los brazos, pero estaba sentado erguido en la cama del hospital, con las manos apoyadas en el regazo. Parecía alerta y sereno.

Tras las presentaciones, nos sentamos frente a él. —¿Le importa si le hacemos unas preguntas? —pregunté—. Nos han contratado para encontrar a Lena, y queremos encontrar a quien hizo esto, a ella y a usted, para que no vuelvan a hacer daño a nadie más.

—Por supuesto —dijo Derek sin dudarlo.

—¿Le importaría hablarnos un poco de usted? —pregunté—. ¿De dónde es?

—Ya se lo he dicho a los agentes —dijo con un toque de irritación —. Pero de acuerdo.

—Se lo agradeceríamos —dije—. Somos un equipo diferente. Estamos intentando detener a quienquiera que haya hecho esto. Nos ayudaría escucharlo directamente de usted.

—Entendido.

—¿De dónde es, Derek?

—De Modesto.

—¿Y a qué se dedica allí?

—Soy manitas. Carpintería. Reparaciones generales.

Eso explica los conocimientos sobre el tornillo. —¿Le gusta su trabajo?

—Sí, me gusta.

—¿Puede contarnos cómo fue su secuestro? —preguntó Val.

—Claro. Estaba nivelando una puerta en el exterior de una casa. Alguien se me acercó por la espalda. Supuse que era el dueño de la casa. —Hablaba con paso firme, con la mirada al frente—. Cuando me giré, era un hombre con una máscara y vestido todo de negro. Me peleé con él. Él se defendió. —Hizo un breve gesto hacia su cara. Luego se levantó la camiseta lo justo para revelar un profundo hematoma en el costado—. Me patearon cuando estaba en el suelo.

Entonces sentí un pinchazo. Después de eso, me desperté en una habitación con Lena.

—¿Eso ocurrió en Modesto? —pregunté.

—Sí.

Modesto no estaba ni cerca del condado de Red Rose. Tampoco Concord, de donde se habían llevado a Teresa McDonald. Todos de ciudades diferentes, pero todos tenían el mismo destino.

—¿Y cuándo se despertó? —pregunté.

—Quería salir de allí inmediatamente. Miré cómo me habían sujetado a la pared. Como soy manitas, me di cuenta de que no lo habían fijado muy bien.

—¿Se dio cuenta de eso enseguida? —preguntó Val.

—Sí. Así que busqué en mis bolsillos y encontré una moneda. Una vez que ideé un plan, empecé a aflojar los tornillos.

—Y habló con Lena sobre escapar antes de que entraran por usted —dije.

—Sí. Ella llevaba allí más tiempo. Me dio pena, lo estaba pasando muy mal y sabía que teníamos que largarnos. Cuando entraron, escondí la moneda debajo del colchón. Esperaba que la encontrara. Afortunadamente, lo hizo.

Lo observé un momento más de lo necesario. Todo lo que decía tenía sentido. Y, por alguna razón, eso me inquietaba.

Val se inclinó hacia delante. —¿Qué pasó cuando lo separaron de Lena?

—Me llevaron a otra habitación. Me lanzaron sin más a un espacio oscuro. Supuse que ya no me querían en la misma habitación que ella.

Si no querían que ella estuviera en la misma habitación, ¿por qué habían instalado cadenas en el cuarto para retenerlo? ¿Era una tortura psicológica para Lena? O tal vez habían preparado las cadenas para su próxima víctima.

—Y cuando lo metieron solo en la habitación —preguntó ella—, ¿le dijeron algo?

—No. Apenas hablaban. —Se encogió ligeramente de hombros—. De todos modos, cuando volvieron a por mí, estaba dispuesto a luchar a muerte.

Lo estudié cuidadosamente. —¿Se peleó con ellos?

—Sí. Dejé a uno fuera de combate, le quité el cuchillo y luego pude pelear y apuñalar al otro.

A Val se le agudizó la mirada. —¿Tiene experiencia en boxeo o en lucha?

—Hice lucha en el instituto.

Intercambié una mirada con Val. —Lo apuñaló —dije con cautela.

—Sí. En el pecho.

—¿Vio la cara de alguno de ellos? ¿O algún rasgo distintivo?

—Desafortunadamente, no.

—¿Y luego fue a buscar a Lena?

—Sí, una vez que vi que estaba incapacitado, empecé a correr por el pasillo comprobando las puertas para intentar encontrarla. Tuve que abrir un par de habitaciones antes de dar con ella. Cuando irrumpí, ella ya había soltado la cadena. Tiré de ella hacia fuera y le dije que corriera. No paramos hasta llegar a la carretera. Paramos un coche. Ellos nos trajeron aquí.

Val lo observaba de cerca. Su expresión no era de simpatía; era comedida, como si estuviera evaluando el relato.

—¿Hay algo más que pueda decirnos que nos ayude a localizar a los secuestradores?

—Ojalá pudiera.

—¿Aún tienes el cuchillo? —preguntó Val.

—No —dijo él—. Se quedó en el pecho del tipo cuando eché a correr.

Bajé la mirada hacia sus manos. Parecían limpias. Recién lavadas. ¿Le habrían tomado muestras de las manos antes de que se lavara? —Salvó a Lena —dije— y a usted mismo. Es increíble.

Él se encogió de hombros. —Éramos ellos o yo. Iba a elegirme a mí. Y Lena no iba a aguantar mucho más. Lo estaba pasando muy mal.

No había emoción en su voz. —Gracias por hablar con nosotros —dije—. Una última cosa: cuando escaparon, ¿vio el exterior del edificio?

—No. No miré atrás. Simplemente seguí corriendo. Tenía que asegurarme de que Lena viniera conmigo. Solo necesitábamos salir

de allí.

—¿Y solo vio a dos personas? —preguntó Val.

—Sí. Dos.

Las descripciones que dio coincidían casi exactamente con las de Lena. Quizá solo estuviéramos tratando con dos hombres. El ayudante del sheriff Baker dio un paso al frente. —Lena esperaba volver a verle. Le gustaría que fuera a su habitación, si se encuentra con fuerzas.

Derek esbozó una débil sonrisa. —Por supuesto.

Parecía estar muy bien emocionalmente, teniendo en cuenta el calvario por el que acababa de pasar. Brady y yo le entregamos nuestras tarjetas. —Si recuerda cualquier otra cosa —dije—, o si nos necesita, llámenos.

El ayudante Baker escoltó a Derek por el pasillo hacia la habitación de Lena. Observé hasta que desaparecieron de la vista. Luego exhalé lentamente. —¿Coincide su historia con tu perfil de cómo se comportarían los asesinos?

—Suponíamos que eran dos secuestradores. Esto... —Su voz se fue apagando, con la mirada perdida—. Realmente creo que son las mismas personas que asesinaron a Teresa McDonald. Pero hay algo que no encaja.

—Se nos escapa algo —dije.

—Quizá deberíamos volver a interrogarlos mañana —sugirió Val—. Puede que todavía estén en estado de shock y logren recordar algo importante después de descansar un poco.

—De acuerdo.

Antes de que pudiera sugerir que volviéramos a hablar con Lena, me sonó el teléfono. Miré la pantalla y respondí.

—Hola, Vincent. ¿Qué ocurre?

—Acabo de terminar de interrogar a Francesca, la amiga común de Ethan y Teresa. Ambos conocían a Teresa porque los tres fueron al mismo campamento de verano en sexto de primaria.

—Los tres. ¿Incluido Ethan?

—Sí.

Sexto curso. Doce años. Ahora tenían veintipocos, así que habían pasado diez años. Diez años no eran *tanto* tiempo. —Es posible que

Ethan no la recuerde —dije, aunque no me lo creía.

—Es posible —dijo Vincent—. Pero no creemos que sea el caso. Sabía que ella estaba desaparecida, eran amigos en Instagram y fueron juntos al campamento de verano. Él la *conocía*.

De acuerdo. —¿Habéis descubierto algo más?

—Dijo que no creía que Ethan y Terry hubieran tenido ninguna conexión recientemente.

—Vale —dije—. ¿Qué hay de los movimientos de Ethan?

—La vigilancia dice que se ha limitado a ir de casa al trabajo. Eso es todo.

—¿Vais a interrogarlo?

—Voy de camino ahora mismo. Pienso sorprenderlo en su casa, a ver si eso lo descoloca. Llevaré refuerzos.

—Bien.

—¿Habéis sacado algo de Lena?

Tras ponerle brevemente al día sobre la quemadura y sobre Derek, dije: —Creemos definitivamente que los secuestradores son las mismas personas que mataron a Teresa.

Hubo una breve pausa en la línea.

—De acuerdo —dijo Vincent—. ¿Necesitáis algo de mí? ¿Os hacen falta refuerzos por ahí? ¿Os sigue alguien?

—De momento no.

—Vale. Llama si necesitas cualquier cosa. Mandaré gente si la situación cambia.

—Gracias, Vincent.

Terminé la llamada y le transmití todo a Val.

—Así que Ethan no solo estaba al tanto del caso de la desaparición de Teresa McDonald —dijo lentamente—, sino que fue al mismo campamento de verano que ella.

Brady exhaló. —Eso ya es algo.

No, no era poca cosa. Y fuera lo que fuese lo que se nos escapaba, estaba empezando a volver al punto de partida con Ethan.

31

—•—

Lena

Ver a Derek me reconfortó. Me había salvado. De no haber sido por él, quién sabe dónde estaría ahora mismo. Sabía que no era más que un manitas, pero en mi mente era mucho más que eso. Un héroe. Alguien que había aparecido cuando más lo necesitaba. Me preguntaba si a papá le parecería bien ayudarle de alguna forma, dándole dinero o quizá un trabajo. Algo para darle las gracias. Algo que le cambiara la vida del mismo modo que él había cambiado la mía.

—¿Cómo te encuentras, Lena? —preguntó Derek.

—Bastante bien. Me han dado algo para el tobillo, así que no me duele demasiado. Solo estoy esperando a que llegue mi padre. —Le sonreí—. Tengo muchas ganas de que lo conozcas.

Selena dio un paso al frente y me fijé en cómo se le desviaba la mirada hacia Derek, como si lo estuviera estudiando.

—Soy Selena —dijo—. ”Trabajo con Martina. Soy investigadora privada.

—Ah —dijo Derek—. ”Encantado de conocerte. Acabo de hablar con Martina y con esos otros dos.

Selena dijo: —”Te refieres al ayudante del sheriff y a Val Costa. Es una antigua analista de perfiles del FBI. Pueden resultar un poco

intimidantes. Siento si han sido duros.

La sonrisa de Derek se desvaneció apenas un segundo. —"Para nada. —Luego volvió a sonreír—. "Solo les estaba contando lo que pasó. Cómo conseguimos salir.

—Sobre cómo me salvaste —dije con una sonrisa de oreja a oreja.

—Es algo asombroso —dijo Selena.

Se hizo a un lado y me di cuenta de que, ahora que no estaba encadenada a una pared y el miedo se había disipado, podía verlo de verdad. Derek era guapo. Habíamos hablado durante horas antes de que se lo llevaran. De nada y de todo. Hizo que el tiempo pasara más rápido.

Mis pensamientos derivaron hacia Jason, mi novio, y la culpa me punzó. ¿Por qué no estaba pensando en él ahora mismo? Todo había sido una locura. No tenía mi teléfono y no se me había ocurrido llamarlo. Antes de que pudiera darle muchas vueltas, mi padre entró y las lágrimas brotaron al instante.

Nunca había visto llorar a mi padre. Ni una sola vez. Y ahora aquí estaba, con los ojos brillantes y el rostro tenso por la emoción.

—Lena —dijo, viniendo directo hacia mi cama y rodeándome con sus brazos lo mejor que pudo. Me apretó con cuidado, como si tuviera miedo de que pudiera romperme.

—Lo siento muchísimo —dijo—. "Eso debe de doler.

—Estoy bien. De verdad, solo es el tobillo. ¿Cómo está mamá?

—Ahí va, aguantando. Tiene muchísimas ganas de verte.

Y yo tenía muchísimas ganas de verla a ella. Eso era lo que más me había preocupado, que no volvería a verla nunca más. Incluso ahora, rescatada, sabía que el tiempo era limitado. Estaba muy enferma. Pensar en ello hizo que me doliera el pecho, pero me recompuse. —"Papá, quiero que conozcas a alguien. Este es Derek. A él también lo secuestraron, pero me ayudó a escapar.

Papá lo miró. Su expresión era ilegible. —"Gracias —dijo—. "Se lo agradezco.

Eso fue todo. Ni una sonrisa. Ni alivio. Solo un *gracias*. Como si Derek le hubiera sujetado la puerta en lugar de salvar a su única hija. —"Es un héroe —dije con énfasis.

El semblante de papá cambió. Forzó una sonrisa. —”Tienes razón, cariño. De verdad, gracias, Derek.

Se estrecharon la mano y deseé que papá pareciera más contento. Quería hacer algo por Derek. Quería darle una muestra de agradecimiento antes de que volviera a su casa en Modesto. Tendría que pillar a papá a solas y hablar con él sobre el tema.

—¿Te han dicho cuándo puedes irte? —preguntó papá.

—Los investigadores quieren hablar conmigo un poco más, pero después de eso soy libre.

Papá se volvió hacia Derek. —”¿Y usted qué tal?

—Por fin. Solo estoy esperando a que llegue mi familia. Me llevan de vuelta a casa.

—¿Y de dónde es?

—De Modesto —dije yo por él—. ”Es manitas. Así fue como descubrió cómo liberarnos. Es como si Dios lo hubiera traído hasta mí.

La sonrisa de papá se mantuvo mientras decía: —”Estamos muy agradecidos.

Selena retrocedió. —”Probablemente debería ir a buscar a Martina y a Val.

Papá le asintió brevemente. Antes de que pudieran decir nada más, Martina, Val y el ayudante del sheriff volvieron a entrar en la habitación.

Papá se inclinó hacia mí. —”Voy a salir un momento. Solo quiero hablar con Martina.

—Vale —dije.

Él se marchó y Derek acercó una silla a mi cama y se sentó.

—¿Cómo vas? —preguntó.

—Estoy bien. Aunque es raro. Siento que te voy a echar de menos, aunque no nos conozcamos de hace mucho tiempo.

Él sonrió. —”Sí. Yo también siento eso.

—Creo que nos conoceremos durante mucho tiempo —dije—. ”De verdad lo creo. Siento que estábamos destinados a conocernos.

La sonrisa de Derek se acentuó. —”Totalmente.

32

—•—

Martina

Joe nos hizo una seña para que fuéramos por el pasillo y nos apresuramos para alejarnos de la habitación de Lena y para que no pudiera oírnos. —¿Qué ha pasado? ¿Qué sabéis de Derek?

Su actitud denotaba mucho más enfado y desconfianza que la alegría de haberse reencontrado con su hija. Era un poco extraño. Aun así, lo puse al tanto de todo lo que habíamos descubierto sobre el secuestro, la huida y Derek.

—¿Alguna idea de quién se los llevó?

—Todavía no —dije, sin ser del todo sincera. Creíamos que Ethan estaba implicado, pero era demasiado pronto para explicárselo a Joe —. Vamos de camino al lugar donde el buen samaritano encontró a Lena y a Derek para ver qué podemos averiguar. También seguiremos colaborando con las fuerzas del orden locales para descubrir quién se llevó a Lena.

Joe palideció.

Bajé la voz. —Lena está a salvo ahora. Si hay algo que pueda decirnos que nos ayude a encontrar a esa gente, se lo agradeceríamos.

Joe miró a Val y a Brady, y luego volvió a mirarme a mí. —Ya he dicho todo lo que puedo decir —dijo—. Gracias de nuevo, pero no

necesito que sigáis investigando este caso. Yo me aseguraré de que Lena esté a salvo a partir de ahora. Haré que envíen el pago a vuestra oficina. Nuestros asuntos han concluido.

Sin decir una palabra más, se dio la vuelta y regresó a la habitación de su hija.

En cuanto estuvo fuera del alcance de nuestro oído, Selena habló. —¿No quiere que investiguemos quién se llevó a su hija? ¿No querría tener respuestas? —Se interrumpió—. Quiero decir, por supuesto que *tú* las querrías.

Val miró hacia el pasillo. —Sin duda hay cosas que no nos está contando. ¿No tenéis la sensación de que sabe quién se la llevó?

Si lo sabía, ¿por qué no decírnoslo? —Tal vez.

Val nos recordó: —La familia de Alice Sapphire ha sido amiga de la familia de Ethan durante generaciones.

Recordé cómo Alice, la madre de Lena, le había dicho a Val que Ethan era un buen chico. —¿Crees que los Sapphire están protegiendo a Ethan?

—Tal vez le estén encubriendo por algún tipo de lealtad familiar —Val hizo una pausa—. Pero si eran tan cercanos, ¿por qué dejarían que Ethan se llevara a Lena?

Selena entornó los ojos. —A lo mejor no le dejaron. A lo mejor se la llevó para conseguir algo de ellos.

Val ladeó la cabeza. —Algo que no quieren que sepamos.

Selena se volvió hacia mí. —Martina, no vas a dejar de investigar solo porque él no quiera que lo hagas, ¿verdad?

Miré a Val y a Brady. Ambos me devolvieron la misma mirada.

—No creo que esto, sea lo que sea, haya terminado. Habrá más víctimas si no los encontramos primero —miré a Val y a Brady—. Me gustaría seguir trabajando en el caso, si el departamento del sherif está dispuesto a cooperar.

Brady asintió con un gesto. —No puedo hablar en nombre del sherif, pero sin duda nos vendría bien toda la ayuda posible. Estoy de acuerdo contigo, no creo que esto se haya acabado.

—Yo tampoco —dijo Val.

Todos asintieron. —Muy bien —dijo Val—. Hablemos con el equipo de forenses y luego desandemos el camino por donde Lena y Derek

huyeron. Si conseguimos encontrar el lugar donde estaban retenidos, hay muchas probabilidades de que hallemos pruebas suficientes para identificar a los culpables y detenerlos.

Exactamente lo que yo pensaba.

33

—•—

Val

Nos reunimos con el jefe del equipo de la científica forense, Brown, en un apartadero a un lado de la carretera. Ese era el lugar donde un buen samaritano que pasaba en coche había encontrado a Lena y Derek para luego llevarlos al hospital. La zona estaba tranquila; solo se oía el zumbido intermitente del tráfico que llegaba desde la autopista. Tras una breve presentación de Martina y Selena, le pregunté a Brown por la recogida de pruebas y sus primeras impresiones sobre nuestras víctimas. —¿En qué estado general se encontraban cuando los vio en el hospital?

—Lena estaba sucia —dijo Brown—. Yo diría que no se había duchado desde que la secuestraron. Olía a sudor y a tierra. Pero estaba relativamente ilesa. Parece que tiene un esguince de tobillo. Fotografiamos la quemadura de su espalda.

Hizo una pausa mientras me observaba la cara.

Nuestras miradas se cruzaron. —Nosotras también pensamos lo mismo —dije, con la mente volviendo a Lena y a Teresa McDonald; ambas marcadas.

—¿Y Derek?

—Relativamente limpio —dijo Brown—. Probablemente llevaba un día o dos sin ducharse. Sin quemaduras. Pero tenía hematomas y

abrasiones en las costillas, el pecho, la cara y los brazos. Se peleó con ellos, sin duda.

¿Relativamente limpio? —¿Qué hay de sus manos? ¿Estaban ensangrentadas?

—No.

—¿Sabe si se lavó las manos antes de que ustedes llegaran? —Si Derek hubiera apuñalado a alguien, lo más probable es que tuviera sangre en las manos y bajo las uñas.

—Que yo sepa, no. No parecía que se las hubiera lavado recientemente. Tomamos hisopos de sus manos y muestras de debajo de las uñas. Como luchó contra los atacantes, esperamos haber recogido algo de su ADN.

—¿Y su ropa? ¿En qué estado estaba?

—Sucia —dijo Brown—. Tenía algunas manchas de color marrón oscuro en la camisa y los pantalones, probablemente de cuando se partió el labio.

—¿Nada de grandes cantidades de sangre? —preguntó Selena.

—No. Que yo viera, no. Y, sinceramente, el rojo oscuro que noté podría haber sido tierra. Es difícil de decir hasta que el laboratorio lo analice.

Los cuatro intercambiamos miradas. Nadie habló.

—¿Qué pasa? —preguntó Brown.

—Él dice que apuñaló a uno de los secuestradores —dije—. Así fue como escaparon.

Brown se tomó un momento antes de decir: —Si fue solo una puñalada, es posible que no se manchara las manos de sangre. O si se las limpió en los pantalones. Todo es posible. No lo descartaría por completo. Fotografiamos tanto a Lena como a Derek cuando llegaron, tomamos muestras de sus uñas y guardamos su ropa como prueba. Todo está ya en el laboratorio. Podrá hablar con Jonathan cuando vuelva a la comisaría.

Jonathan era el jefe del laboratorio y el marido de una de mis mejores amigas. Sin duda le enviaría un mensaje en cuanto termináramos con la escena.

—¿Han trazado las posibles ubicaciones donde Lena y Derek estuvieron retenidos? —le preguntó Martina al ayudante del sheriff

Baker, que era el oficial que había acudido primero.

—Lena nos dijo que había estado corriendo durante una hora y que suele correr un kilómetro en unos cinco o seis minutos. Probablemente iba más rápido durante la huida, teniendo en cuenta que corría para salvar la vida. Basándonos en esa información, hemos obtenido el registro de todas las propiedades en un radio de ocho a trece kilómetros, y tenemos algunas rutas potenciales basadas en el punto donde salieron a la carretera. Se están organizando equipos para visitar cada propiedad en la zona de búsqueda.

—¿Han interrogado a la persona que los recogió? —pregunté.

—Tenemos su declaración. Nos contó todo lo que sabía. Ya se ha ido a casa.

Selena dijo: —¿Lo han dejado marchar?

—Eso fue hace cuatro horas. No teníamos motivos para retenerlo. Tenemos sus datos de contacto por si quieren hablar con él.

—¿Te pareció extraña la situación? —pregunté.

El ayudante Baker dudó lo justo para que se notara. —¿Aparte de que lograran escapar? —dijo—. Supongo que no es algo inaudito. Especialmente siendo dos.

—¿Cuál era su actitud?

—Ambos parecían bastante alterados y agotados.

Volví a mirar hacia la oscura línea de árboles donde desaparecía el sendero. En algún lugar de por allí estaba el sitio del que Lena y Derek habían escapado. —¿Algo más que nos puedas decir?

—Ahora mismo no, pero si queremos tomar una de las rutas, la más probable hacia donde estaban retenidos, será mejor que nos pongamos en marcha mientras aún haya luz.

Al dirigirme al grupo, vi que todos asentían. —Muy bien, vámonos.

Al empezar a subir por el sendero, el bosque se cerró a nuestro alrededor. Altos pinos y secuoyas se alzaban a ambos lados. El aire era fresco y olía a tierra. El camino era estrecho, irregular, de tierra compacta cortada por raíces expuestas y piedras resbaladizas. No era de extrañar que Lena se hubiera tropezado y torcido el tobillo.

—¿Cómo está tu madre? —preguntó el ayudante Baker mientras avanzábamos, poniéndose a mi paso.

Baker había trabajado con mi madre cuando ella aún era la sheriff. —Está disfrutando de su tiempo viviendo con Julie. Dicen que se están convirtiendo en Las Chicas de Oro. Están intentando que Diane se mude también para formar un trío. Se mueve bastante bien, de todos modos. Gracias por preguntar.

Mi madre había sufrido un derrame cerebral dos años antes. Fue debilitante; no podía caminar y no podía valerse por sí misma. Fue un golpe tremendo, sobre todo teniendo en cuenta que siempre había sido la persona más fuerte y resistente que había conocido. Antigua sheriff y madre soltera de dos hijas cabezotas. Pero luchó y trabajó duro, y se obligó a sí misma a recuperar la autonomía. Nunca le había dicho directamente que siempre había sido mi heroína, pero sospechaba que lo sabía. No era ningún secreto que había seguido sus pasos al elegir la carrera policial.

El sendero se hizo más empinado, lo que nos obligó a vigilar dónde pisábamos. —¿Y cómo lo lleváis, Brady y tú, en la casa nueva?

—Nos encanta. Hemos estado decorando. Es casi perfecta.

—¿Habéis fijado ya la fecha?

—Todavía no. Pero creo que falta poco. Quizá cuando se cierre el caso.

Brady miró hacia atrás por encima del hombro y sonrió. Martina nos lanzó una mirada y yo también sonreí.

—Sinceridad absoluta. Estamos prometidos.

—Me he dado cuenta —dijo Martina—. Enhorabuena a los dos.

—Gracias —dije.

—¿Trabajáis en muchos casos juntos? —preguntó Martina mientras subíamos la cuesta, con el sendero serpenteando más estrechamente entre los árboles.

—En algunos, pero nos conocemos desde niños. Ambos crecimos en el condado de Red Rose. Los dos nos fuimos y empezamos vidas diferentes. Él en el Área de la Bahía, con mujer e hijos. Yo en el FBI, en la Costa Este, con marido e hijo. Luego ambos volvimos. —Una rama crujió bajo los pies en algún lugar más adelante—. Y de repente —dije—, pasamos a ser más que amigos. Hemos resuelto

algunas investigaciones difíciles desde que regresé. Es bueno trabajar juntos.

—¿No estás trabajando ahora? —preguntó Martina.

—Solo algún trabajo de consultoría ocasional para el departamento del sheriff.

—Yo solía trabajar por contrato con el departamento del sheriff del condado de CoCo —dijo Martina—, principalmente en casos sin resolver.

Selena intervino, saltando sobre un tronco caído. —Y, en aras de la sinceridad por nuestra parte, Martina se casó con mi padre cuando yo tenía diecisiete años. Así es como la conozco. También hemos resuelto muchos casos juntas.

Las miré a ambas. No se parecían, pero había sentido que había algo familiar allí. Las dos tenían una naturalidad y una cercanía que era evidente. —¿Y trabajáis juntas ahora?

—Sí —dijo Selena—. Tengo mucha suerte de tener una madrastra como Martina.

—Ya lo veo. Yo tengo un hijo un poco más joven que tú. Ahora se está planteando una carrera en el FBI, a pesar de mis advertencias.

—¿No crees que sea una buena opción? —preguntó Selena mientras seguíamos adentrándonos en el bosque, con la luz perdiendo fuerza a cada paso—. Yo lo consideré un momento o dos —dijo—, pero no me gustan mucho las reglas.

Martina me lanzó una mirada y asintió, indicándome que la afirmación de Selena era totalmente exacta. No pude evitar sonreír. —Hay muchas reglas en el FBI. Y, para ser sincera, rompí unas cuantas cuando estaba con ellos. —El sendero se curvaba bruscamente, con el terreno cayendo hacia un lado—. No me arrepiento de muchas. Pero algunas tuvieron consecuencias mayores que otras.

Mucho mayores. Pensé en cuando fui retenida por el asesino en serie al que perseguía, en cómo me había convertido en la presa. En cómo había puesto en peligro a todos los que amaba.

—¿Qué te hizo decidir dejar el FBI? —preguntó Selena.

—Mi madre enfermó. Necesitaba mi ayuda y yo ya estaba de baja. —Me encogí de hombros—. Pareció que era el momento adecuado.

—Aquello era una simplificación absoluta, incluso para mis propios oídos—. No quería que nadie más cuidara de mi madre —continué—. Quería estar aquí. Ella siempre cuidó de nosotras mientras crecíamos, incluso cuando parecía imposible.

Hablamos de nuestras vidas y de los casos en los que habíamos trabajado hasta que estuvimos bastante cerca de donde sospechábamos que habían mantenido cautivos a los dos. El zumbido en mi bolsillo llamó mi atención. Saqué el móvil y respondí: —Hola, Kieran, ¿qué pasa? ¿Has encontrado algo?

—Algo así —dijo—. No he encontrado ninguna actividad ilegal, ni siquiera actividad cuestionable, la verdad. Algunos están metidos en política, otros en negocios. Sobre el papel, están limpios.

Dejé de caminar y miré a Martina, Selena, Brady y Baker. —¿Limpios?

—Bueno —dijo Kieran—, oficialmente, sí. Pero me dio por pensar. ¿Habías dicho que tienes a una persona desaparecida y un cadáver que crees que están relacionados en el condado de Red Rose?

—En realidad, tres víctimas —dije—. Dos secuestros y un asesinato. Las dos víctimas de los secuestros acaban de escapar. Ahora mismo estamos de camino, buscando dónde los tenían.

—¿Han escapado? ¿Me lo puedes explicar?

¿Era solo curiosidad o es que ya había pasado algo parecido antes? Le expliqué los detalles sobre el cautiverio, la huida y la quemadura.

—¿La quemadura? —me interrumpió—. ¿Es como una marca de hierro?

—Sí. ¿Por qué?

—Bueno —dijo Kieran—, como he dicho, sobre el papel todos están limpios. Para gente con tanto dinero, me pareció sospechoso. Así que indagué un poco más y pregunté por ahí. —El bosque pareció quedarse en silencio a mi alrededor mientras escuchaba—. Resulta que ha habido algunos rumores. —Mientras Kieran explicaba los rumores que había oído, yo los procesaba en tiempo real, con mis pensamientos yendo por delante de sus palabras. ¿Podría ser verdad? A medida que nombraba nombres, conexiones y

asociaciones, mi ritmo cardíaco se aceleró, golpeando con fuerza contra mis costillas.

Una inquietud gélida se instaló en mi estómago. Si esos rumores eran ciertos, entonces no solo había más víctimas por ahí, sino que podíamos estar caminando directos hacia el peligro. La riqueza no solo escondía secretos, sino que los enterraba y castigaba a cualquiera que intentara desenterrarlos.

34

—•—

Martina

Nuestro pequeño grupo aguardaba en silencio mientras Val hablaba por teléfono con su contacto del FBI. Nadie decía una palabra. Incluso el bosque a nuestro alrededor parecía contener el aliento.

El rostro de Val se tensó mientras escuchaba. ¿Habían encontrado algo sobre las familias? Si tuviera que adivinar, basándome en la expresión de sus ojos, diría que sí.

Mis pensamientos se desbocaron. Alguien, o varios, estaban captando víctimas por toda California y trayéndolas al condado de Red Rose para secuestrarlas y matarlas. Dos víctimas de la zona de la Bahía. Una de Modesto, más al sur. ¿Cuántas víctimas más habría que aún no habíamos encontrado?

Lo que más me inquietaba no era solo el patrón; era el motivo. Seguíamos sin saber por qué se habían llevado a las víctimas. No parecía algo aleatorio. Tenía que haber una planificación detrás. Pero si estaba tan bien planeado, ¿cómo habían escapado Lena y Derek?

Sin mencionar que a Lena no se la habían llevado por azar. Había sido elegida para lo que fuera este juego. Hasta ahora, lo único que había podido decirnos era que había dos personas involucradas, confirmando lo que ya sospechábamos.

Le pedía a Dios que hubieran extraído algo útil de ella y de Derek. ADN. Fibras. Células epiteliales. *Cualquier cosa*. Algún rastro que pudiera conducirnos hasta quien la había retenido y el porqué.

Ahora que teníamos tres víctimas —afortunadamente, dos de ellas vivas—, aún podíamos tener una oportunidad de detener a quienquiera que estuviera detrás de esto antes de que lastimaran a alguien más.

Val terminó la llamada y se guardó el teléfono en el bolsillo trasero con más fuerza de la necesaria. Caminó hacia nosotros y dijo:

—No sé cuánta credibilidad darle a esto, pero mi contacto en el FBI dice que hay rumores. Nada concreto.

—¿Una red del crimen organizado? —pregunté.

Val sacudió la cabeza.

—No. Todos están limpios. Sin señales de actividad ilegal, pero debido a su riqueza, Kieran ha indagado más a fondo. —Hizo una pausa—. Dice que hay susurros. Podrían ser simplemente una leyenda urbana, pero existe algo llamado la Sociedad. O más concretamente, la Sociedad de la Rosa.

Sus palabras me provocaron un escalofrío.

Rosa. La quemadura de Terry McDonald. La quemadura de Lena.

—¿A qué se dedica esa Sociedad de la Rosa? —preguntó Selena.

Val exhaló lentamente.

—Es una sociedad secreta, de esas en las que solo entras si te invitan. Dinero viejo. Legados. Linajes familiares. El rumor dice que comenzó en una de las universidades de la Ivy League.

Selena se cruzó de brazos, con los ojos desenfocados un momento mientras buscaba en su memoria.

—He oído hablar de cosas así —dijo despacio—. Muchas universidades de la Ivy League tienen sociedades secretas. Solo por invitación. No te presentas. Te eligen. —Nos miró para asegurarse de que la escuchábamos—. Casi siempre son legados. Hijos de familias donantes. Futuros políticos, jueces y consejeros delegados. El tipo de gente que crece sabiendo que su apellido abre puertas mucho antes de que ellos se ganen nada por sí mismos. No suelen reunirse en el campus. Es intencionado. Utilizan terrenos privados, como fincas boscosas propiedad de antiguos alumnos o fundaciones

familiares. Lugares con verjas. Sin cobertura de móvil. Sin cámaras. Sin posibilidad de que alguien entre por accidente.

Como el condado de Red Rose.

Continuó:

—Y por lo que he oído, hay ceremonias extrañas. Llevan uniformes y, a veces, capuchas o máscaras. Eso anula la individualidad y la sustituye por el rango dentro del grupo. No se supone que te sientas tú mismo; se supone que debes sentirte elegido y parte de algo más grande. Las iniciaciones giran en torno al secreto y el control. Confesiones. Humillaciones. Actos simbólicos. Cosas que unen a todo el mundo porque, una vez que has cruzado esa línea, todos estáis comprometidos de la misma manera. Nadie puede denunciarlo sin destruirse a sí mismo también. Parece ridículo desde fuera, pero dentro del círculo es *profundamente* serio.

Sus ojos se desplazaron hacia Val. Val parecía interesada, y Selena continuó:

—Por eso la gente habla de Skull and Bones. Tiene miembros que llegaron a ser presidentes, oficiales de inteligencia y corredores de poder. Todo ese aire a *Eyes Wide Shut* con élites enmascaradas, rituales y el entendimiento implícito de que la riqueza te hace intocable. Para los de fuera, parecen ricos jugando a disfrazarse en el bosque. Para los de dentro, es una promesa de protección e influencia. Perteneces a nosotros y nada te tocará. Y si no perteneces, o amenazas a alguien que sí, eres un objetivo.

Val miró a Selena.

—Sí, y por lo que entendemos, la mayoría de esas sociedades son relativamente inofensivas. Pero la Sociedad de la Rosa es *distinta*.

—¿En qué sentido? —pregunté.

—Bueno, el rumor —porque eso es todo lo que es, no hay pruebas sólidas— es que está compuesta por un grupo de individuos extremadamente ricos. Hay una jerarquía. Y la forma de ascender es completando ciertos actos de violencia.

Se me encogió el estómago.

—¿Cómo cuáles?

Val dudó, como si eligiera sus palabras con cuidado.

—Supuestamente empiezan con cosas pequeñas. Como peleas de bar, y luego suben de nivel a secuestros y finalmente escalan al asesinato, pero no cualquier asesinato. —Miró hacia otro lado brevemente, recorriendo los árboles con la mirada—. No se trata de pegarle un tiro a alguien y ya está. Se trata de demostrar tu valía. No eligen a cualquiera como objetivo. Las primeras iniciaciones se centran en víctimas vulnerables, gente que tiene menos probabilidades de ser echada de menos. Personas sin hogar. Trabajadores del sexo. Y a medida que asciendes, se vuelve más arriesgado. Más difícil de salir impune. Si tienes éxito sin que te pillen, avanzas en la Sociedad. Todo está sancionado por un consejo, un grupo que aprueba el plan de antemano. Todo está estrechamente controlado por el grupo.

Tragué saliva.

—¿Entonces es como una competición?

—A falta de una palabra mejor. Y lo más aterrador es que los competidores reciben ayuda. Tienen equipos de apoyo y ayuda con la logística.

—¿Y las familias relacionadas con Lena están supuestamente implicadas en esto? —pregunté.

Val se encogió de hombros.

—Como he dicho, todo esto son solo rumores. Especulación pura y dura. Para ser siquiera considerado para una invitación, tendrías que haber ido a cierta universidad de la Ivy League.

—Pero Lena no fue —dije—. Ni tampoco sus amigos.

—Exacto —dijo Val—. Lo cual significa que podría ser alguien a quien conocen. Alguien de su pasado, quizás alguien de su instituto privado o una conexión familiar.

—Es posible —respondí—. ¿Y qué hay de la conexión entre Teresa McDonald y Ethan Buck? Francesca Pinehurst, ¿fue a alguna de la Ivy League?

—Deberíamos comprobarlo —dijo Val.

—¿Sería inusual que la Sociedad fuera a por uno de los suyos? Lena viene de una familia adinerada. ¿No debería ser intocable? —pregunté.

—Eso pensaría uno —dijo Val—. Pero quizá su familia no forme parte de la Sociedad. O quizá no haya ninguna conexión en absoluto.

Pensé en las palabras de Lena, en cómo no dejaba de decir que sentía que algo más grande estaba pasando. Cómo la habían retenido, observado, pero no le habían hecho daño.

—Tal vez fue la iniciación de alguien —dije en voz baja—. Solo un secuestro. Pero Teresa McDonald... tal vez aquello fue otra cosa. Un plan diferente, un asesino diferente. Un nivel distinto en la Sociedad.

Val no respondió de inmediato.

—Puede —dijo finalmente—. Y nada de esto es un hecho. Son leyendas. Eso es todo.

—¿Sabemos de alguien que haya abandonado alguna vez la Sociedad? —pregunté.

—Públicamente no. Kieran nos está buscando un contacto con el que podamos hablar. Si pudiéramos obtener confirmación sobre esto, ayudaría mucho. Pero cuanto más lo pienso, más encaja. —Me miró—. Ah, y al parecer, a todas las víctimas las marcan con una rosa.

Selena y yo intercambiamos una mirada.

Val añadió:

—Pero eso no significa automáticamente que sean responsables. Podría ser alguien que conozca la existencia de la Sociedad y esté intentando incriminarlos.

—O alguien a quien ellos hayan hecho daño y quiera venganza —dije.

Val asintió con la cabeza.

—Tenemos que comprobar el VICAP en busca de otros cadáveres con una marca o quemadura de rosa. Si hay más y dejaron alguna prueba, podrían conducirnos a nuestros asesinos.

Levantó su teléfono y dijo:

—Voy a dar el aviso mientras aún tenga cobertura.

Un momento después, un estruendo sordo recorrió el suelo, subiendo por mis zapatos hasta mis huesos. Entonces nos llegó el sonido. Las ramas chasquearon mientras yo me tambaleaba, con mis instintos gritando una sola cosa: *Bomba*.

Llovieron hojas y escombros, salpicando la tierra a nuestro alrededor.

Durante una fracción de segundo, todo se quedó en un silencio sepulcral.

Val se quedó helada, todavía con el teléfono en la mano, con la vista clavada en la dirección de la explosión.

—Eso ha sido una bomba. Debemos de estar cerca de donde retuvieron a Lena y Derek.

Y cualquier prueba que hubiera allí probablemente acababa de ser destruida.

35

—•—

Martina

Los bomberos habían pasado una cantidad considerable de tiempo sofocando las llamas y protegiendo el bosque circundante. ¿Es que esa gente no tenía vergüenza? Todos suponíamos lo mismo: que aquel había sido el escondite de los secuestradores y que lo habían destruido para borrar pruebas. En el proceso, fácilmente podrían haber provocado un incendio forestal masivo e incontrolable. Un condado entero podría haber acabado reducido a cenizas.

Por suerte, la explosión se había notificado de inmediato. Habíamos bajado deprisa a la carretera, tanto para alejarnos del peligro como para avisar a las autoridades. Los equipos de bomberos trabajaron durante toda la noche. Bajo la luz grisácea de la mañana, me quedé contemplando unos cimientos de cemento donde antes se alzaba una casa. No quedaba nada en pie. Solo ceniza, metal retorcido y el penetrante olor químico del acelerante quemado flotando en el aire.

Un hombre corpulento con uniforme de jefe de bomberos se acercó a nosotros; sus botas crujían suavemente sobre los escombros.

—Val, Brady —dijo—. ¿Me han dicho que esto está relacionado con vuestro caso?

—Eso creemos —asintió Val—. Jefe, estas son Martina Monroe y Selena Bailey. Son investigadoras privadas que nos ayudan con el caso. En principio se les encargó encontrar a Lena. Ahora estamos intentando averiguar quién se la llevó.

El jefe asintió con semblante sombrío.

—Bueno, si aquí es donde retenían a Lena, ya no queda ni rastro de pruebas.

Eso era exactamente lo que yo sospechaba. Aun así, a veces la ausencia de pruebas es una prueba en sí misma. Se suponía que este iba a ser un caso sencillo, pero se había convertido en cualquier cosa menos eso. Selena y yo habíamos pasado media noche analizando teorías, coordinándonos con nuestro equipo en casa e intentando averiguar todo lo posible sobre la Sociedad de la Rosa. Intentamos localizar cada nombre, cada conexión y cualquier cosa vinculada al grupo. Y ahora estábamos frente a los restos físicos de lo que habíamos descubierto que era una propiedad de Tamara y Benjamin Bridgerton.

Una vez que los bomberos confirmaron que esta era la residencia que había saltado por los aires y quedado incinerada, investigamos a fondo todo lo que pudimos encontrar sobre la familia. Buscamos cualquier vínculo con Lena, pero no había nada. Después, examinamos a Ethan Buck y a los Bridgerton. Aparte de poseer propiedades en el mismo condado, no había ninguna otra conexión obvia, pero seguiríamos indagando. Por puro instinto, sabía que Ethan Buck lo había puesto todo en marcha. Tenía que conocer a los Bridgerton, o al menos a las personas que retenían a Lena y Derek en aquella casa.

—¿Sabemos cómo empezó el fuego? —pregunté mientras miraba los cimientos, sintiendo un desasosiego que me recorría la espalda —. Ha quedado muy *limpio*.

El jefe de bomberos siguió mi mirada. No respondió de inmediato. En su lugar, se puso en cuclillas, pasó una mano enfundada en un guante por el hormigón y luego se incorporó.

—Esto no ha sido un accidente. No ha sido solo una bomba — señaló la losa—. Para que arda así, hasta dejar el hormigón pelado y casi sin restos, estamos hablando de una combinación de ignición

con alto explosivo y un acelerante diseñado para arder a altas temperaturas y durante mucho tiempo.

—¿Qué clase de acelerante? —pregunté.

—De grado industrial. Algo que arde a más temperatura que la gasolina. La gasolina arde rápido, se inflama y se extiende. Esto se quedó aquí. Yo diría que ha sido un acelerante de base petrolífera mezclado con algo parecido a compuestos de magnesio o un gel combustible. Sustancias que se adhieren. Cosas que siguen ardiendo incluso después de que la estructura se derrumbe.

Selena frunció el ceño.

—Eso no es algo que se compre en una ferretería.

—No. —Dio un toque al hormigón con la bota—. No buscaban solo destruir. Querían esterilizar. Cualquier rastro orgánico, ADN, fibras o fluidos corporales, habrá quedado incinerado.

Se me hundió el estómago.

—¿Pudo detonarse la bomba por control remoto? —preguntó Selena.

—Improbable —dijo él mientras miraba hacia la hilera de árboles, por donde el humo se había elevado horas antes—. Este lugar es demasiado remoto. No se arriesgarían a un fallo de señal. Lo más probable es que fuera con un temporizador. Sencillo y fiable. Mecánico o digital. Programado con horas, o incluso días, de antelación.

—Así que no hacía falta que hubiera nadie aquí para activarla —concluí.

—Exacto. Lo que significa que quien planeó esto sabía cuándo no quedaría nada dentro que valiera la pena conservar.

—Esto no ha sido una reacción —dijo Val en voz baja—. Estaba programado. Quizá en cuanto supieron que Lena y Derek habían escapado.

El jefe de bomberos nos miró con intención.

—Han tenido suerte de no estar más cerca.

¿Habían destruido la casa solo para eliminar pruebas o había algo más?

—Me alegro de que su equipo haya podido apagar el fuego antes de que causara más daños —dije, aunque mi atención no se

apartaba del hormigón.

—Si no hubieran avisado cuando lo hicieron, esto podría haber sido catastrófico para el condado. Sin ninguna duda. California ya tiene bastantes problemas con la temporada de incendios. No necesitamos que la gente ande poniendo bombas para encubrir secuestros. Tendré el informe completo en unos días, pero ha sido un incendio provocado de manual.

Dejé que aquellas palabras calaran. Si hubiéramos estado cien metros más cerca, habríamos saltado en pedazos. La idea hizo que se me encogiera el estómago. Y sin embargo, casi parecía que la explosión hubiera sido para nosotros. El momento elegido no parecía casualidad. Lena y Derek se habían escapado ocho horas antes. Seis horas antes del estallido. ¿Por qué no lo habían activado antes? ¿Necesitaban tiempo para prepararlo? ¿O sabían, de algún modo, exactamente cuándo vendríamos a seguir sus pasos? Me volví hacia Val.

—¿Qué opinas del momento de la explosión?

No dudó ni un segundo.

—Demasiado cerca para mi gusto.

Selena dio un paso adelante, pasando la mirada de Val a mí.

—Es casi como si supieran que estaríamos aquí —dijo lo que todos los demás pensaban, pero nadie quería admitir.

Observé a Selena.

—Es posible. Pero ¿por qué? Incluso si acabaran con nosotras, hay otros recursos asignados al caso. ¿Por qué vendrían a por *nosotras*? Quizá solo querían destruir el lugar antes de que pudiéramos llegar. Aun así... —negué con la cabeza—. Ha sido por los pelos.

—El momento —añadió Selena—. No ha sido al azar. Ya sabéis lo que dicen de las coincidencias.

Val miró a Selena y luego volvió a mirarme a mí.

—¿Tuvisteis la sensación de que alguien os seguía cuando volvisteis al hotel anoche?

—No. Tuvimos cuidado. ¿Os siguió alguien a vosotros?

—No que yo notara —dijo Val.

—Eso no significa que nadie nos esté vigilando —dijo Selena—. O rastreando la investigación. Intentando enterrarla tan hondo que no

podamos desenterrarla. Todo lo que hemos averiguado sobre esta sociedad, si es que realmente estamos tratando con ellos, sugiere que se trata de gente rica y poderosa. No es imposible que alguien en el departamento del sheriff esté vendido.

Val y Brady intercambiaron una mirada.

—¿Es posible? —pregunté.

Brady exhaló despacio.

—He trabajado con ese departamento del sheriff durante cinco años; no hay nadie en quien no confíe, pero todo es posible.

—Podría ser que alguien de dentro esté siendo chantajeado para obtener información. Tenemos que investigar los antecedentes de todos los que tengan información sobre el caso —dijo Selena—. Alguien podría haberles dicho cuándo vendríamos a buscar el lugar.

Sentí un escalofrío instalarse en lo más profundo de mi pecho.

—Quizá haya alguien intentando poner fin a la investigación.

—O acabar con nosotros —dijo Selena.

—Puedo pedírselo a nuestro equipo de investigación —dijo Brady.

Selena negó con la cabeza de inmediato.

—No creo que sea una buena idea.

Todos nos volvimos hacia ella.

—Creo que necesitamos una lista de todos los que tienen acceso a los detalles del caso, y que sea nuestro equipo el que compruebe los antecedentes y empiece a indagar. No queremos que los posibles sospechosos se investiguen a sí mismos, ¿verdad?

La forma en que lo dijo sonó casi sarcástica, pero no creí que fuera su intención. Estaba exponiendo un hecho, no lanzando una acusación. Aun así, vi que Brady se tensaba. Dudé un momento y luego añadí:

—Creo que Selena tiene razón. Si vuestro equipo investiga a su propio departamento, podrían ser parciales o podría filtrarse que pensamos que hay un topo.

Val miró a Brady y luego a mí.

—Conozco a la jefa de nuestro equipo de investigación. Lucy es una de mis mejores amigas. Jamás comprometería una investigación solo porque se trate de uno de los nuestros. Es leal. Honesta. Y

brillante. Si alguien puede averiguar quién está filtrando información, esa es Lucy.

Había un tono de indignación en su voz.

—Hagamos una cosa —dije, interviniendo antes de que esto fuera a más—. Dividiremos la carga de trabajo y mantendremos el equipo de investigación muy cerrado. Si Lucy es una de tus mejores amigas, supongo que la discreción se le da de sobra. Esto queda entre nosotros cuatro y Lucy. Nadie más.

Val se lo pensó y luego dijo:

—Me parece justo. Organizaré un encuentro con ella. Entenderá la necesidad de secreto.

Me volví hacia Selena.

—Llama a nuestro equipo. Y que vengan un par de nuestros hombres por seguridad. Solo porque no hayamos detectado que nos siguen no significa que no lo hagan. Seamos precavidos al máximo.

Selena esbozó una pequeña sonrisa.

—Entendido, jefa —dijo, subrayándolo con un rápido guiño. Esa mirada, esa confianza y esa energía solo afloraban cuando Selena se sentía lúcida y centrada en su elemento.

Probablemente alguien nos estaba siguiendo, o al menos rastreando la investigación. Nos habíamos quedado a diez minutos de saltar por los aires. El trabajo acababa de volverse mucho más peligroso. Si Val no hubiera recibido aquella llamada del FBI, obligándonos a todos a parar y esperar mientras hablaba con su contacto, estaríamos todos muertos.

Miré a Val. Intercambiamos una mirada, una de esas que no necesitan palabras. O acababa de darse cuenta ella también, o ya lo había pensado. Alguien no estaba intentando solo cargarse la investigación. Estaban intentando cargarse a *nosotros*.

36

—•—

Lena

Por mucho que deseara estar en casa, acurrucada en mi propia cama, los investigadores nos pidieron que nos quedáramos en el condado de Red Rose. Por supuesto, la familia de Ethan se ofreció a dejarnos su casa, pero le supliqué a mi padre que nos dejara quedarnos en un hotel. Fue allí donde me secuestraron. No podía volver a ese lugar. Todavía no. Quizá nunca.

Papá aceptó a regañadientes. Alquiló una planta entera del hotel local solo para asegurarse de que yo estuviera a salvo. Unos golpes en la puerta me dibujaron una sonrisa en el rostro. Derek había dicho que pasaría a ver cómo estaba. Odiaba admitir cuánto había estado pensando en él. La idea de tenerlo cerca me hacía sentir... más estable. Abrí la puerta y mi sonrisa desapareció. *Jason.* Me recuperé rápidamente. —¡Jason! Qué alegría verte —dije, rodeándolo con mis brazos.

Él me abrazó con fuerza. —Me alegro mucho de que estés bien, Lena.

—Lo estoy —dije, y lo decía en serio—. De verdad me alegro de que estés aquí.

—He estado muerto de preocupación por ti.

Se oyó otro golpe en la puerta.

Jason se apartó un poco. —¿Esperas a alguien más?

—Quizá sea papá —dije, aunque no miré por la mirilla. Cuando abrí la puerta, se me encogió el estómago. Era Derek. No sabía por qué me ponía nerviosa.

Quería a Jason, de verdad, pero ahora algo se sentía diferente. Quizá el secuestro había alterado algo en mi interior. Quizá solo era el trauma. O quizá era que Derek me había salvado. Él me había sacado de allí. Había estado presente cuando todo lo demás se desmoronaba. Derek sonrió. Su rostro era todavía un mosaico de moratones; el amarillo y el púrpura se desvanecían a ritmos distintos. —Pasa, anda —dije—. Jason está aquí.

Derek dio un paso al frente y le tendió la mano. —Soy Derek. Encantado de conocerte.

Jason se la estrechó y luego, inesperadamente, atrajo a Derek hacia un abrazo, levantándole la parte trasera de la camiseta y dejando ver un pequeño tatuaje en su costado derecho. —Gracias por ayudar a Lena. Te estoy muy agradecido.

Derek se tensó solo un segundo antes de devolverle el abrazo. —Faltaría más. Cualquiera habría hecho lo mismo.

Me invadió la decepción por haber visto el tatuaje de Derek solo de pasada. Desapareció tan rápido que no tuve tiempo de distinguir qué era. ¿Por qué me sentía tan atraída por Derek? Apartando esos pensamientos, dije: —¿Qué tal tu habitación del hotel?

—Genial. Tu padre ha sido muy generoso.

Al igual que a nosotros, a Derek le habían pedido que se quedara en la ciudad un día más, ya que la policía seguía investigando. —Es lo menos que podíamos hacer. ¿A alguien le apetece almorzar? Estoy famélica. —Me había saltado el desayuno y mi apetito había vuelto con toda su fuerza.

Derek dijo: —Me parece bien, siempre que no sean sándwiches.

Para mi sorpresa, los dos soltamos una risita. Solo dejé de reír cuando miré a Jason, que no entendía nuestra broma. Él no sabía por lo que habíamos pasado. Lo único que había comido durante cinco días seguidos habían sido sándwiches y patatas fritas. Si no volvía a comer otro sándwich en lo que me quedaba de vida, me parecería perfecto.

Con la mano apoyada en el brazo de Jason, dije: —Es prácticamente lo único que nos daban de comer.

Jason asintió mientras observaba a Derek con recelo. ¿Habría captado lo que yo sentía por Derek? No sabía si era atracción. No quería llamarlo así. Quizá era admiración. Gratitud. El cliché de la damisela rescatada por el valiente guerrero.

Ya se me pasará, me dije a mí misma.

Hacía menos de una semana, pensaba que Jason era el amor de mi vida. Eso me parecía un poco ingenuo ahora. Solo tenía veintitrés años; la probabilidad de que Jason fuera mi único y verdadero amor era muy escasa. Quizá me habían contado demasiados cuentos de hadas en mi juventud. Siempre me había imaginado a Jason como mi caballero y a mí misma con un vestido de diseño. Pero ahora todo aquello me parecía infantil. No quería que me rescataran. Quería ser poderosa y sentirme a gusto conmigo misma. Quería un propósito. Lo contrario de cómo me sentí, sola en aquella habitación con esos hombres enfermos. Los días de fantasear con hombres que me salvaban se habían terminado oficialmente.

—¿Lena? —La voz de Jason me devolvió a la realidad.

—Ah, perdón. Solo estaba pensando en comida.

—He oído que hacen buena pizza en el centro —dijo Derek.

—La pizza suena genial —dije. Hacía una eternidad que no comía pizza. Jason asintió, aunque se notaba que no entendía la sintonía tan natural que había entre Derek y yo—. ¿Miro a ver si papá quiere venir con nosotros?

Ambos asintieron. Saqué mi móvil nuevo y le escribí. Me contestó casi de inmediato.

—Sí. Salgo ahora mismo.

—Papá viene con nosotros —dije.

—Excelente —dijo Derek.

Por un momento, me sentí afortunada. No solo porque me hubieran liberado, sino porque tenía a Jason, un hombre que me amaba desde hacía un año. A Derek, que me había salvado. Y a mi padre, que habría ido hasta el fin del mundo para encontrarme.

Papá entró en la habitación usando la llave de repuesto. —Ah —dijo, observándolos a todos—. Veo que ya está aquí todo el grupo.

Sus ojos se posaron en Derek y se quedaron allí un instante de más. No alcancé a interpretar bien la mirada que le dirigió. Desconfianza, tal vez. Desaprobación, seguro. Derek no pertenecía a nuestro mundo. Eso no debería haber importado; Derek había salvado a su hija. Pero mi padre siempre había sido muy tiquismiquis con eso de no salirse de nuestros círculos. A mí, en cambio, no me importaba. Pensara quien pensara lo que pensara, Derek siempre sería mi héroe.

37

—•—

Val

Lucy abrió mucho los ojos mientras yo le explicaba la situación, que necesitábamos que investigara a nuestro propio personal. *Discretamente.* Para ver si alguien se había vendido. Si alguien había estado filtrando nuestra ubicación o detalles de la investigación.

—Cuenta con ello— dijo Lucy. —Puedo trabajar desde casa si eso ayuda. Así nadie me estará mirando por encima del hombro.

—Te lo agradecería.

Lucy exhaló. —Pensé que las cosas iban a seguir tranquilas en el condado de Red Rose. Supongo que no.

Sabía exactamente a qué se refería. Todo había estado tranquilo durante el último año. En paz. Tal como recordaba de mi infancia. Ahora parecía que nos habíamos metido en algún tipo de juego macabro... *otra vez*. —Trabaja desde casa— dije. —Y pon la alarma. Tengo la sensación de que esta gente haría casi cualquier cosa para mantener sus secretos ocultos.

Lucy se ajustó las gafas. —Entendido. Le diré a Jonathan que estoy trabajando en algo de máxima confidencialidad. No le daré detalles, pero le diré que tiene que estar alerta.

Jonathan, su marido, trabajaba en el laboratorio del condado de Red Rose. Se habían conocido en el trabajo, de la misma forma que

Brady y yo, *más o menos*. Me gustaba pensar que trabajar juntos fue como nos enamoramos. Eso casi hacía parecer que los asesinos y criminales nos habían unido. Desechando esos pensamientos, dije: —Buena idea.—

—De hecho, estaba a punto de sugerir una noche de chicas— dijo Lucy. —Pero parece que tienes las manos ocupadas.—

Sally, Lucy y yo intentábamos reunirnos al menos una vez a la semana para pasar un rato de chicas. Bueno, un rato de chicas compuesto por una forense, una investigadora de élite y una exagente del FBI. Según nuestras profesiones, nuestros temas de conversación variaban desde investigaciones de homicidios hasta esmaltes de uñas. *Siempre* había vino.

Mi teléfono vibró en mi bolsillo. Era Martina; respondí de inmediato. —Hola— dije. —¿Qué pasa?

—Tengo un mal presentimiento— dijo Martina. —Si esa bomba tenía como objetivo destruir pruebas, o a nosotros, puede que intenten enterrar la investigación entera. Lena y Derek podrían seguir corriendo peligro. Creo que tenemos que ponerlos bajo protección.

—La verdad es que no tenemos de eso aquí en el condado de Red Rose— dije. —¿Qué hay de tu equipo?

—Tenemos casas seguras, pero no por aquí. ¿Quizá podríamos ponerles vigilancia las veinticuatro horas?

—Eso podría funcionar— dije. —O los mantenemos en la comisaría. No es cómodo, pero al menos los tendríamos vigilados.

—A menos que tengan a alguien dentro— dijo Martina.

—Buen punto.

—Selena y yo iremos a su hotel. Hablaremos con ellos y veremos si hay algo que puedan recordar que pueda conectar su secuestro con la Sociedad de la Rosa. No lo diré directamente. Solo sondearé el terreno.

—Buena idea. ¿Cómo estáis, Selena y tú?

—Acabamos de volver al hotel hace unas horas. Hemos tenido oportunidad de reorganizarnos con el equipo de allí. Pero el momento de esa explosión no me termina de convencer.

—A mí tampoco. Y era verdad. Si no llego a coger esa llamada de Kieran, habríamos estado en el lugar cuando estalló. Todos estaríamos muertos. Lo que significaba que Martina tenía razón. Si estaban dispuestos a hacer eso, Lena y Derek seguían siendo objetivos. Bajé el teléfono y le transmití todo a Lucy.

A Martina le dije: —Yo también voy para allá. Llevaré a Brady.

Con la llamada terminada, Lucy me estudió con la mirada. —Después de lo que pasó en esa casa, tú también deberías vigilarte las espaldas. Quizá *tú* necesites vigilancia las veinticuatro horas.

—Tengo a Brady— dije a la ligera.

Me lanzó una mirada. —No seas ridícula.

—Tienes razón.

—¿Qué hay de Martina y Selena?

—Parte de su equipo de seguridad está en camino.

Lucy asintió. —Inteligente.

Entendido. —Me voy al hotel. ¿Necesitas algo más de mí?

—No. Ya me encargo— dijo Lucy. —Ten cuidado ahí fuera, Val.

Me detuve frente al cubículo de Brady y me incliné, susurrándole a dónde me dirigía y preguntándole si podía venir conmigo. Sin decir palabra, cogió sus llaves y salimos deprisa de la oficina del sheriff.

Mientras Brady conducía hacia el hotel, llamé a Lena para preguntarle qué habitación tenía. Me lo dijo inmediatamente. Cuando le pregunté si sabía en qué habitación estaba Derek, también me lo dijo. Parecía muy apegada a él. Supuse que tenía sentido; había estado retenida con él y, al final, él la había salvado.

Para ser sincera, tenía ganas de una segunda entrevista. No por pisar a Martina, sino porque a veces escuchar la misma historia desde diferentes ángulos me ayudaba a poner las cosas en perspectiva. Teniendo en cuenta que era posible que nos estuviéramos enfrentando a un grupo de multimillonarios asesinos, sería bueno saber si había detalles que encajaran con los actos anteriores de la Sociedad. Asumiendo que pudiéramos conseguir un contacto que nos contara más sobre eso.

Martina llegó poco después. La saludé con la mano y mi teléfono volvió a vibrar en mi palma. Reconocí el nombre y el número al instante. —¿Me has encontrado a alguien?— pregunté.

—Lo he hecho— dijo Kieran. —Pero esto tiene que manejarse con cuidado. Nadie puede saber que está hablando contigo.

—Comprendido.

Me dio los detalles. Me guardé el teléfono en el bolsillo, ya en movimiento. Girándome hacia Brady, dije: —Tenemos que ir a ver a una fuente. Se lo diré a Martina.

Tras acercarme corriendo a ella, le conté lo último. Me dijo que tuviera cuidado y corrí de vuelta al SUV de Brady para subirme. Con la dirección de la cita puesta en el navegador, salimos a toda prisa del aparcamiento del hotel. No había tiempo que perder, porque fuera lo que fuera a lo que nos enfrentábamos, no estaba esperando, y yo tampoco podía hacerlo.

38

—•—

Martina

Tras llamar brevemente a la puerta de la habitación de hotel de Lena y anunciar que éramos nosotras, la puerta se abrió y allí apareció ella. Mi primer pensamiento fue que Lena era un milagro. El hecho de que estuviera allí de pie, viva, era increíble. Parecía encontrarse mejor desde que nos vimos en el hospital. Probablemente se había duchado y se sentía algo más recuperada.

Con una cálida sonrisa, dijo:

—Hola, Martina. Hola, Selena.

—¿Podemos pasar?

—Sí, por supuesto. Pasad, por favor.

Se hizo a un lado. —Este es mi novio, Jason.

Lo saludé con un leve gesto de la mano, aunque ya nos conocíamos. La habitación era relativamente pequeña, desde luego no era una suite de lujo. En el condado de Red Rose no había nada de eso. Dos camas dobles, un escritorio estrecho y una moqueta desgastada.

—Sentaos, por favor —dijo Lena.

Ella se sentó en la silla del escritorio mientras Selena y yo nos acomodábamos en el borde de una de las camas.

—Bueno —dijo Lena, entrelazando las manos—, ¿de qué queríais hablar?

—Solo tenemos unas cuantas preguntas de seguimiento sobre lo que pasó —dije—. No estoy segura de si quieres que Jason esté presente durante esta conversación.

Jason miró a Lena. —Como tú prefieras.

Lena vaciló. —¿Te importa salir un momento? Lo siento, es solo que… supongo que aún no estoy preparada para tener público.

Con una sonrisa tranquilizadora, él respondió: —No pasa nada. Lo entiendo.

—Tal vez podrías ir a pasar el rato con mi padre si no está trabajando —dijo Lena—. O podrías ir a dar un paseo—.

Intervine. —¿Por qué no vas a la habitación de Joe? Es mejor que te quedes aquí, en el hotel. Tenemos razones para creer que Lena aún podría estar en peligro, y eso también podría ponerte en riesgo a ti.

Jason se quedó helado. —Ah. Bueno…

Lena negó con la cabeza. —Quédate, Jason. Lo siento. No pasa nada. Todo esto es tan nuevo y extraño.

Jason vaciló y luego asintió, y se sentó en la otra cama, frente a Lena.

—Como decía —continué—, tenemos razones para creer que aún podrías estar en peligro.

—¿Por qué? —preguntó Lena—. ¿Qué ha pasado?

—Creemos que la casa donde te tenían retenida ha sido destruida por un incendio. Acaban de terminar de apagarlo. El departamento del sheriff y nuestro equipo han visitado el lugar. Ya no queda nada.

Selena añadió: —Creemos que lo han hecho para destruir pruebas.

—Y eso significa que tú y Derek todavía podríais estar en riesgo.

Lena abrió mucho los ojos. —¿Deberíamos ir a buscarlo?

—Hablaremos con él en un minuto —dije—. Pero antes, creemos que la gente que te secuestró era profesional y estaba bien preparada.

Lena asintió lentamente. —Sí. Eran... metódicos. Casi robóticos. Parecía que todo estuviera planeado. Como si siguieran

procedimientos estrictos. Solo uno de ellos perdió el control cuando me burlé de él. *No* le hizo ninguna gracia.

—Cuando dices que te burlaste de él, ¿qué le dijiste?

—Que probablemente vivía en el sótano de su madre y que las chicas se reían de él en el colegio. Cuestioné su hombría, ese tipo de cosas. No le gustó.

—¿Cómo respondió?

—Me quemó.

—¿Sabes qué utilizó para hacerlo?

Lena vaciló. —Era algo que colgaba de una cadena —dijo—; todo pasó muy rápido. Lo calentó delante de mí, pero estaba demasiado lejos para que pudiera verlo con claridad. Algún tipo de objeto metálico redondeado. Luego me lo apretó contra la espalda.

—Lamento muchísimo que te pasara eso. Miré a Jason de reojo. No estaba segura de cuánto sabía él sobre lo que le habían hecho a Lena. Tenía el ceño fruncido y las manos apretadas.

—Ahora que has descansado un poco —dijo Selena—, ¿puedes recordar algo más? ¿Cualquier cosa que pudiera ayudarnos a identificarlos?

—No. Ojalá pudiera. Todo fue tan extraño.

—Dijiste que iban vestidos de negro —apunté.

—Sí.

—¿Y nunca les viste las caras con claridad?

—No.

—¿Te fijaste en si tenían teléfonos móviles? —preguntó Selena—. ¿O si se comunicaban con alguien más aparte de los dos que viste?

—No recuerdo eso. Si lo hicieron, no fue delante de mí.

—¿Y qué hay de la habitación? —pregunté—. ¿Alguna marca? ¿Algo distintivo?

—Estaba algo oscura, con solo una luz y una ventana. Paredes de cemento. Bastante limpia, la verdad. Excepto por el cubo. Y el colchón en el suelo.

—¿Alguna otra cosa que puedas recordar? —preguntó Selena.

—No. Pero quizá deberíais ir a ver cómo está Derek. No quiero que le pase nada. Me destrozaría que le ocurriera algo.

Una chispa de irritación cruzó el rostro de Jason, rápida pero inconfundible. —Iremos a verlo ahora mismo —dije—. Gracias, Lena. Por favor, no te muevas de aquí.

—Vamos a poner vigilancia en tu habitación —dijo Selena—. No salgas por ningún motivo. Si necesitas cualquier cosa, llámanos a nosotras o a Val. Te lo traeremos hasta que estemos seguras de que estás a salvo.

—Desde luego —dijo Lena—. Ahora mismo solo me preocupa Derek.

Jason se aclaró la garganta. —¿Os parece bien si me quedo aquí con ella?

—Desde luego—, dije, mirando a Lena.

—Sí—, dijo ella. —Por supuesto.

—Me alegro de verte, Jason—, dije mientras nos poníamos en pie.

Él asintió.

Selena y yo salimos al pasillo y la puerta se cerró suavemente tras nosotras. Dos puertas más allá, llamé a la habitación 721. No hubo respuesta. Selena y yo nos cruzamos una mirada. —Quizá esté durmiendo—, dijo ella. —O ha salido a dar un paseo.

—Vamos a llamarlo. Bajaré a recepción para que me pasen con su habitación. Quédate aquí.

Selena asintió y se quedó fuera de la habitación.

Abajo, en el vestíbulo del hotel, le pedí al recepcionista que llamara a la habitación. Accedió y me pasó el auricular. Me lo acerqué al oído. Sonó. Y sonó. Y sonó. Nadie respondió. Devolví el auricular al mostrador.

—¿Va todo bien?— preguntó el recepcionista.

—En realidad, estoy intentando localizar a uno de sus huéspedes. Derek Dunn, en la habitación 721. Formo parte de una investigación en colaboración con el departamento del sheriff y estamos intentando velar por su seguridad.

—Ah, de acuerdo. ¿Puedo ayudarla en algo más?

—¿Habría alguna forma de que me dejara entrar en su habitación?

—Lo siento—, dijo de inmediato. —No puedo hacer eso.

—No pasa nada. Gracias por su ayuda.

Volví a subir. Selena estaba frente a la puerta de Derek, ligeramente agachada, como si intentara oír a través de la pared. Se apresuró hacia mí antes de que pudiera acercarme.

—He estado escuchando—, susurró. —Está dentro, seguro. Me ha parecido oír la vibración de su teléfono y luego ha hablado con alguien, pero no he podido distinguir qué decía.

Se me revolvieron las entrañas. —¿Por qué no iba a abrir la puerta o a responder a mi llamada?

—No lo sé.

Quizá sabía que corría peligro. Quizá no quería abrirle la puerta a cualquiera. O quizá pasaba algo más. Llamé de nuevo. —Derek. Somos Martina y Selena. Nos gustaría hablar con usted.

Hubo una pausa. Ruidos de pasos y movimiento en el interior. Entonces se abrió la puerta y apareció Derek sin camiseta, vestido solo con unos vaqueros. Estaba en forma, pero los moratones de su agresión resultaban difíciles de mirar. —Ah, hola. ¿Va todo bien?

—Solo veníamos a ver cómo está—, dije. —¿Le importa si entramos?

Se echó a un lado y nos hizo un gesto para que pasáramos. No nos ofreció asiento, no es que hubiera más que las camas. —Quería comunicarle que vamos a poner vigilancia de veinticuatro horas en su habitación del hotel. Y le pedimos que no salga del establecimiento hasta que podamos garantizar su seguridad. También se lo hemos notificado a Lena.

—Entiendo.

—Y tenemos algunas preguntas más—, continué.

—Disparen.

Si no supiera lo que sé, diría que Derek se estaba recuperando de maravilla. —Mientras estuvo retenido, vio a dos hombres, ¿verdad?

—Así es.

—¿Alguno de ellos tenía teléfono móvil? ¿Le pareció que se comunicaban con alguien más que pudiera indicar la implicación de una tercera persona?

—No, no lo recuerdo.

—Cuando escapó —pregunté—, cuando apuñaló a uno de ellos y se defendió del otro, ¿le pareció que venía más gente? ¿Oyó otros

pasos o alguna alarma?

—No. Por lo que pude ver, solo eran ellos dos.

Nada en su historia había cambiado. —¿Hay algo más que haya recordado que pudiera ayudarnos a encontrar a quien le hizo esto?

Él negó con la cabeza.

—Si necesita cualquier cosa—, dije, —llámeme a mí, a Val o al departamento del sheriff. Sabemos que se llevaron su teléfono. ¿Quiere que le consigamos uno nuevo?

—Ah, no—, dijo él. —Está bien. De hecho, ya he conseguido uno.

—¿Cuándo?— pregunté, sorprendida.

—Hemos ido a almorzar hoy. Mientras estábamos en el centro comiendo pizza, he entrado en una tienda y he comprado uno de prepago.— Vaciló. —En realidad, me lo ha comprado Lena. Es muy generosa. Al igual que su padre.

—Entendido—, dije. —¿Le importa si me da el número?

—Desde luego.

Nos lo dio. Selena lo anotó en su móvil.

—Por favor, quédese en su habitación hasta que le demos el visto bueno—, dije.

—¿Puedo visitar a Lena?

—Sí—, dije. —Por supuesto. En realidad, basta con que no salga del hotel.

Ladeando la cabeza, dijo: —Con un poco de suerte, todo esto se resolverá pronto.

—Yo también lo espero.

Derek se dio la vuelta y cogió una camiseta de la cama, y fue entonces cuando lo vi. Un tatuaje pequeño, justo por encima de la cinturilla de sus vaqueros, casi oculto. La imagen hizo que me diera un vuelco el corazón. Se volvió rápidamente y se puso la camiseta. —¿Hay algo más que pueda hacer por ustedes?

—No—, dije intentando mantener la calma. —Eso es todo. Si necesita comida, ropa o cualquier cosa, díganoslo.

—Se lo agradezco—, dijo con una sonrisa.

Selena y yo salimos y cerramos la puerta.

En cuanto llegamos al aparcamiento, me volví hacia ella. —¿Has visto el tatuaje?

Con las cejas enarcadas, dijo: —Sí, lo he visto.

Ambas nos quedamos allí, un poco atónitas ante la revelación. Finalmente, dije: —No deberíamos irnos del hotel hasta que llegue el equipo de vigilancia. No quiero perderlo de vista.

39

—•—

Val

Llegamos al aparcamiento de un centro comercial abandonado en el East Bay, en el extremo más alejado del área de la Bahía. Mientras Brady aminoraba la marcha del SUV, escudriñé las filas vacías de asfalto agrietado, preguntándome cuánta información obtendríamos de la fuente. Esperaba que fuera suficiente para averiguar dónde estaba esa gente, y suficiente para detenerlos.

Brady había conducido, pero la instrucción de la fuente era que solo se reuniría conmigo. Tenía que ir sola. Una vez aparcados, me incliné y besé a Brady. Él me apretó la mano mientras me miraba fijamente a los ojos. —Ten cuidado.

—Lo haré.

Bajé del coche y ajusté el peso del arma a mi costado y el chaleco antibalas bajo la chaqueta. No sabía a qué me enfrentaba, y si esto era una trampa, iba a estar preparada. Mi vida era demasiado buena como para desperdiciarla.

Sin más dilación, crucé el aparcamiento y caminé hacia lo que parecía una tienda de comestibles abandonada. La pintura se desconchaba de las paredes y las ventanas estaban tapiadas con tablones de madera. El tenue contorno del antiguo nombre de la

tienda perduraba sobre la entrada, con letras tan blanqueadas por el sol que no alcanzaba a distinguirlas.

Todo estaba en silencio, de una forma antinatural.

A pesar de la sensación inquietante, doblé la esquina hacia la parte trasera del edificio, donde debió de haber estado alguna vez un muelle de carga. Fue entonces cuando divisé un sedán negro, reluciente y nuevo, indudablemente caro. Definitivamente, fuera de lugar.

Quizá mi fuente aún fuera un miembro activo de la Sociedad. Por lo que Kieran me había contado, una vez que estabas dentro, no salías. Aunque quisieras. Como en una banda, solo había una forma de salir. Me dirigí hacia el sedán mientras una figura salía de detrás de él.

Era alto, de unos cincuenta años, de pelo oscuro y con un traje a medida que probablemente costaba más que mi hipoteca mensual. No sabía qué esperaba, pero no era a un hombre de negocios conduciendo un Mercedes. Me acerqué con cautela. —Soy Val. Gracias por recibirme.

Él asintió. No me dijo su nombre ni me tendió la mano. Se limitó a quedarse allí de pie mientras escudriñaba el lugar. Su mirada se encontró con la mía. —Esta reunión podría costarme la vida. Y no se equivoque, si ellos me asesinaran, nadie encontraría jamás mi cuerpo ni sabría quién fue el responsable.

—Entendido —dije, y lo decía en serio—. —Esto queda entre nosotros. Cualquier información que me dé será compartida con mi equipo, pero no su descripción física ni los detalles de nuestro encuentro, tal como solicitó.

Asintió una vez.

—Esperaba que pudiera confirmarme algunos detalles —dije, y luego le conté todo lo que había averiguado sobre la Sociedad de la Rosa. Mientras hablaba, él escuchaba con expresión imperturbable.

Cuando terminé, asintió brevemente de nuevo. —Es bastante exacto —dijo—. —Hay una iniciación, y luego hay niveles dentro de la organización. Muy parecido a una corporación. Para ascender de nivel, hay un conjunto definido de actos para calificar para la promoción. Cuanto mayor es el riesgo, mayor es la recompensa.

—¿Cómo demuestran los participantes que han completado la tarea para ascender?

Sus ojos recorrieron el aparcamiento antes de decir: —Vídeo.

Una sensación de náusea me llenó el estómago. —¿Dónde se guardan los vídeos?

—Me temo que no puedo decirle eso.

—¿Autoincriminación? —pregunté, enarcando una ceja.

Él asintió levemente.

—¿Cuál es el propósito del grupo? ¿Por qué quiere unirse la gente?

Soltó un resoplido que casi parecía una risa. —Gente con demasiado dinero y nada más que hacer. Pero sobre todo se trata de poder. Arrebatarle a alguien su independencia y su vida es el subidón de poder definitivo. —Sus ojos se dirigieron hacia el solar vacío y luego volvieron a mí—. —Se alimentan del poder y del miedo ajeno. Para ellos es un juego. Una forma de sentirse más importantes.

—¿Y usted no es como ellos? —pregunté con un toque de escepticismo.

Me estudió un momento. —Llámeme reformado.

—¿Sabe quiénes son los miembros activos? ¿Cuántos hay? Estamos intentando encontrar una conexión con Lena Sapphire.

Entonces sonrió, pero no había nada de calidez en ello. —Hay una conexión —dijo—. —Pero no voy a decirle cuál es. Si delato a miembros, me comprometo a mí mismo. Debe entenderlo, agente Costa.

El silencio que siguió se sintió más pesado que el chaleco bajo mi chaqueta. Así que no iba a darme nombres. *Fantástico.* —¿Hay algo en los miembros que los haga destacar? ¿Qué hace que sean elegidos para formar parte de la Sociedad?

—Sobre todo lazos familiares y riqueza. Antes solía ser necesario haber asistido a cierta escuela de la Ivy League. Ahora se ha expandido. Pero más que eso, se trata de cuánto dinero tiene uno y de sus conexiones familiares. Y por supuesto, de la proclividad a tales actividades.

Al instante pensé en Ethan Buck y su riqueza generacional. —Si le preguntara por un miembro específico —dije con cautela—, —

¿podría decirme si estaba involucrado?

—Realmente preferiría no hacerlo.

Pensé en Lena, en su reacción cuando había mencionado su nombre antes. —A mi equipo y a mí nos resulta peculiar que se hayan llevado a Lena. Parece que ella debería estar fuera de los límites, considerando que probablemente esté dentro del círculo de los involucrados.

—Intencionado —dijo—. —Mayor riesgo, mayor recompensa.

—¿La intención era matar a Lena?

—Podría haber acabado así, pero no se suponía que fuera así —dijo sin rastro de emoción.

—Pero escapó.

Él volvió a sonreír con sorna.

—¿Está diciendo que no escapó? ¿La dejaron ir?

—No —dijo—. —No es eso lo que estoy diciendo. Estoy diciendo que fue intencionado.

Fruncí el ceño. —No le sigo. Estuvo cautiva durante cinco días. Desapareció de la casa de Ethan Buck, y creo que él orquestó el secuestro, o al menos ayudó a facilitarlo. ¿Estaba Ethan Buck involucrado?

Él se encogió de hombros.

—Estaba relativamente ilesa. Aparte de la marca. ¿Por qué?

Levantó un dedo, indicándome que esperara.

Luego, sin decir nada más, me dio la espalda y empezó a desabotonarse la camisa. El pulso se me aceleró cuando levantó la tela lo justo para dejar al descubierto la piel sobre la cinturilla de sus pantalones.

Allí estaba. Un pequeño tatuaje de una rosa. Se dio la vuelta. —Ella nos pertenece.

Me quedé mirándole, con el estómago revuelto. —No estoy segura de entenderle. Todas las víctimas, ¿pasan a ser suyas y por tanto reciben la marca de la rosa? —No recordaba que Derek hubiera sido marcado. Quizá no lo habían retenido lo suficiente como para tener la oportunidad.

—Algunas nos pertenecen más que otras —dijo—. —Pero normalmente, sí.

Hablaba con acertijos, como alguien que hubiera vivido dentro de la Sociedad demasiado tiempo, como si hablara un lenguaje que solo ellos entendían por completo.

Mis pensamientos volvieron a Lena. Su secuestro. Su cautiverio. Su huida. Nada de eso encajaba. —Bien, ella les pertenece. Entonces, ¿por qué retenerla cinco días? Bien alimentada. Ilesa. ¿Por qué traer a un segundo prisionero?

Con ojos gélidos, dijo: —Lena no era el objetivo.

—¿Entonces qué era ella?

—Cebo.

Se me oprimió el pecho.

Él continuó: —Era el cebo para un objetivo de mayor valor. Digno del premio máximo.

—¿Cuál es el premio máximo?

—Convertirse en la Corona.

Negué con la cabeza. —Lo siento, no le sigo.

—Convertirse en la Corona —dijo—. —El jefe de la Sociedad. Aquel ante quien todos responden.

Me quedé en silencio.

—No es algo que se herede —continuó—. —Se gana. Cuando el puesto queda vacante, lo cual sucederá pronto, hay una competición. Tres son elegidos para competir en la caza. El ganador se convierte en la Corona.

—¿Qué cazan?

—Un trofeo viviente —dijo—. —Alguien cuya captura demuestre que puedes burlar a las fuerzas del orden y crear miedo sin consecuencias.

Solo podía pensar en lo increíblemente enfermo que era todo esto.

Él continuó. —Quien entregue al objetivo de alto valor y le quite la vida, se convierte en la Corona.

Se me erizó la piel. —¿Era Derek el objetivo de alto valor?

Negué con la cabeza. —Lena era el cebo —dijo—. —El objetivo de alto valor es... mucho más valioso.

—¿Como una celebridad? —aventuré.

—En cierto modo.

—¿Pero quién? —insistí.

—Eso no puedo decírselo.

Se dirigió hacia la puerta del conductor. —Pero si encuentra a la Corona, obtendrá sus respuestas.

—¿Ni siquiera puede decirme cómo se eligió al objetivo? —pregunté.

—No puedo dar ningún nombre —dijo sin volverse—. —Recuerde lo que le dije: cebo de alto valor, objetivo de alto valor. El objetivo es convertirse en la próxima Corona. No puedo decir más.

Subió al sedán. Todo lo que pude hacer fue quedarme allí y observar cómo se alejaba, mientras el sonido del motor se desvanecía en el silencio del solar abandonado.

Una sensación de pavor se asentó en lo profundo de mi pecho mientras las piezas de la investigación encajaban. La desaparición de Lena, la familia que no contactaba con la policía, la contratación de Martina, la ubicación, la Sociedad y la obsesión por el estatus y el espectáculo. En cuanto a quién era el objetivo de alto valor, solo me vino *un* nombre a la cabeza. Y necesitaba advertirla, antes de que fuera demasiado tarde.

40

—·—

El arquitecto

—¿Tienes a la Mariquita a la vista?— El nombre no era apelativo cariñoso. Nunca lo había sido. Las mariquitas son símbolos de protección, buena fortuna e inocencia. Yo estaba deseando aplastar esos atributos.

—Sí, señor —dijo él. —Está en el aparcamiento, sentada en su coche. ¿Cómo quiere que proceda?

—Con cautela. La Mariquita es más vulnerable cuando no se da cuenta de que ha sido marcada. —A medida que la caza se aproximaba, me iba impacientando un poco. Era como si pudiera sentir los latidos de su corazón y oler el aroma metálico de su sangre. —¿Cuál es la última novedad de la investigación?

—Creen que *Derek* y Lena siguen en peligro —dijo él. —No se han dado cuenta de que nunca hubo intención de hacerle daño a ella.

—Eso está muy bien.

—Una cosa que podría entorpecer nuestros planes es que las fuerzas del orden tienen previsto asignar vigilancia las veinticuatro horas a nuestro hotel.

Un inconveniente menor. —Veo cómo eso podría convertirse en un problema, pero no es insalvable.

—Tengo planes de contingencia. Si consigo llevar a la Mariquita al sitio antes de que se movilicen, su plan estará a salvo.

—Eso es un poco arriesgado ahora. Tengo una idea nueva. —A medida que se lo explicaba, el interés de mi pequeño ayudante crecía. Eso era bueno, porque no podía hacerlo solo. Terminé con un: —Como nueva Corona, habrá un asiento libre a mi lado. Sigue mis instrucciones y el asiento será tuyo.

—¿Hay alguna regla respecto a la Mariquita?

Siempre había reglas. —Solo una. No puedes matarla. Eso queda para mí, y solo para mí.

41

—•—

Martina

Llevábamos tres horas sentadas en el coche, vigilando la habitación de Derek mientras Steve y Otto nos vigilaban a nosotras. Nuestros guardaespaldas acababan de llegar, pero probablemente estaban tan aburridos como nosotras. Las vigilancias eran mi actividad menos favorita como investigadora privada. Pero hasta que no recibiera el aviso de que todo estaba despejado, no iba a dejar esto en manos de las fuerzas de seguridad locales. Estaba segura de que eran buenos en su trabajo, pero tenían que trabajar dentro de los límites de la ley. Yo no. Lo que *sí* tenía que hacer era proteger a Lena, y a quienquiera que pudieran hacer daño a continuación.

Selena me tendió una barrita de proteínas. La cogí, la desenvolví y le di un bocado. Apenas noté el sabor mientras me quedaba mirando la entrada del hotel y sus habitaciones.

Mi teléfono vibró y lo agradecí. —Hola, Vincent. ¿Qué has encontrado sobre Derek Dunn?

—Tengo la foto de su carné de conducir. Parece que es él. Su historial laboral concuerda. Todo cuadra.

Aquello no me daba buena espina. —Pero no has hablado con sus compañeros de trabajo, su familia o sus amigos para verificar que sea quien dice ser, ¿verdad?

—No. Solo registros.

—Algo no va bien. Quizá tengamos que hacer un viaje a Modesto y empezar a preguntar por ahí.

Hubo una pausa. —Son cinco horas de coche, Martina.

¿Y? No respondí. Él dijo: —Pero podemos enviar a un equipo.

—Hazlo —dije—. Algo va mal aquí, lo presiento.

—Entendido.

—Tengo otra llamada —añadí—. Luego vuelvo a hablar contigo. —Colgué e inmediatamente respondí a la llamada entrante—. Hola, Val.

—Oye, acabo de volver a la ciudad —dijo Val—. Estoy en la comisaría con Lucy y Sally.

—¿Habéis encontrado a alguien corrupto dentro del departamento del sheriff?

—No, pero me he reunido con la fuente y me ha contado algunas cosas interesantes.

Se me aceleró el pulso. —Estoy en el coche con Selena. Voy a ponerte en manos libres.

—Os lo contaré todo, pero ¿dónde estáis ahora mismo?

—Estamos fuera del hotel. No queríamos irnos hasta estar segura de que teníamos vigilados a Derek y a Lena.

—¿Ha llegado ya vuestro equipo?

—Sí, han llegado hace unos diez minutos.

Val dijo: —Bien.

—¿Por qué? ¿Cómo ha ido la reunión?

—Bueno, no he sacado muchísima información, pero sé que es un miembro. Y me ha enseñado un tatuaje que tiene en el lado derecho. Una rosa pequeña. Apenas se nota, pero es inconfundible.

Selena contuvo el aliento bruscamente. —Como el de Derek —dijo —. Tiene uno. Lo vimos un momento en la habitación del hotel. Pensamos que era sospechoso.

Val dijo: —Lo sabemos. Estoy aquí con la forense. Me ha enseñado las fotografías de todas las lesiones y ahí es donde he visto el tatuaje de Derek. Es uno de ellos.

Me incorporé en el asiento. —Si es un miembro, ¿por qué iba a ayudar a Lena a escapar?

Val dijo: —Lena era el cebo para el objetivo real.

Selena y yo escuchamos mientras Val explicaba la jerarquía, la estructura y el premio final por convertirse en el jefe de la Sociedad.

—¿Entiendes lo que eso significa, Martina? —preguntó Val.

Selena volvió a jadear antes de que yo pudiera responder. —Martina —dijo con voz temblorosa—, el objetivo de alto valor eres tú. Piénsalo. ¡Por eso Joe Sapphire insistió en que tenías que ser tú!

Se me encogió el estómago. —¿Pero por qué? No conozco a ninguno de ellos.

Selena dijo: —Porque sales mucho en los titulares.

Era cierto. Hirsch, mi bufete y yo habíamos resuelto algunos casos difíciles y muy mediáticos, lo que hacía que mi identidad fuera un poco más conocida de lo que me resultaba cómodo. Atraía a asesinos trastornados y, ahora, al parecer, a una sociedad secreta de asesinos.

Las mejillas de Selena se pusieron rojas de ira. —¡Joe te contrató sabiendo lo que estaban planeando *intentar* hacerte! Insistió en que tú llevaras el caso y no se conformó con *nadie* más.

El recuerdo me golpeó con fuerza. Había cedido y le había dicho que me lo pensaría, pero que quería un tiempo para tomar una decisión. Antes de que pudiera hacerlo, se había presentado en el aparcamiento, junto a la puerta de mi coche, suplicando. No tenía sentido por qué me quería a mí para el caso, pero por desgracia ahora estaba muy claro. Apreté con fuerza el volante.

—Dijo que tenías que ser tú quien la encontrara —continuó Selena —. Por eso no fue a la policía, sino que acudió a ti. Utilizaron a Lena. Y tal vez la única forma de que liberaran a Lena era si te entregaban a ti.

—¿Quizá él no sabía que me estaba llevando a una trampa? ¿Sabía Joe Sapphire que la intención era secuestrarme y matarme? ¿O era inocente? ¿Quizá alguien se puso en contacto con él y le dijo que no fuera a la policía, sabiendo que acudiría a mi bufete? Era forzar mucho las cosas. Mi instinto me decía que lo sabía. ¿Pero quién se había puesto en contacto con él? Tanto Val como yo pensábamos que sabía más de lo que nos contaba. Ahora se había confirmado.

Tanto si conocía todos los detalles como si no, estaba claro que esto no era una investigación. Era una cacería, y yo estaba en el punto de mira. Me quedé allí sentada, atónita.

Cuando acepté el caso, desde luego no pensé que me darían caza para que un grupo de pirados ricos pudiera decidir quién llegaba a ser el jefe de su club de psicópatas multimillonarios.

Selena echaba humo. —Lo sabía. ¡Y lo va a pagar!

—Espera. Vamos a mantener la calma. ¿Qué más has averiguado, Val? —No quería que Selena perdiera los estribos ahora, poniéndose en peligro a sí misma y a todos los demás.

—Martina, la cosa empeora. —La voz de Val era firme, pero se notaba la pesadez que arrastraba—. Mi fuente dice que hay tres equipos en la competición. Sea quien sea con quien trabaje Derek, es solo uno de los cazadores. Puede que Derek esté implicado, pero no actúa solo.

Mi mente apenas podía comprender qué significaba aquello. ¿Tres equipos me perseguían? —¿Pero por qué dejar que Lena se vaya? ¿Y qué papel desempeña Teresa McDonald en todo esto?

—No estamos seguras, pero si piensas en los tiempos, cuando encontramos el cuerpo de Teresa, estabas en la zona de la Bahía y regresaste a toda prisa. Y luego volviste a estar en la zona de la Bahía y Lena escapó. Creo que todo fue para hacerte volver al condado de Red Rose.

Las palabras me golpearon como una patada en el pecho.

—Martina —dijo Selena, con la voz temblorosa ahora—. Esta gente tiene los bolsillos muy llenos. Recursos ilimitados. Esto es muy peligroso.

Hubo una breve pausa antes de que Val añadiera: —Selena tiene razón. Creemos que deberías entrar en el programa de protección de testigos.

Se me revolvió el estómago. —No pienso esconderme —dije de inmediato—. Y menos de un grupo de enfermos que creen que arrebatar vidas es un juego.

—Escucha —dijo Val—. Mi fuente dijo que si encontramos a la Corona actual, tendremos las respuestas que necesitamos. Pero

hasta entonces, tenemos que mantenerte con vida. Eso significa llevarte a un piso franco.

Estallé. —Normalmente soy yo la que protege a todos los demás.

—Lo sé —dijo Selena suavemente—. Pero te quieren aquí, para atraparte, lo que significa que tenemos que moverte. Llevarte de vuelta a la zona de la Bahía. Una llamada a Stavros y estarás en el lugar más seguro posible. Un sitio donde nadie pueda llegar a ti.

Solté un suspiro brusco. —¿Y qué, queréis que me quede encerrada, escondida mientras esos psicópatas andan por ahí intentando capturarme?

—Martina. —Selena, más calmada ahora, me miró a los ojos—. Ningún caso merece la pena como para morir por él. Me lo has dicho cien veces.

Me recosté, sintiendo el peso de todo aquello oprimiéndome el pecho. No era paranoia ni una teoría. Era real, y ya estaba en marcha. —¿Qué hacemos con Derek? —pregunté.

—Nos encargaremos de Derek —dijo Val—. Lo recogeremos y lo traeremos a comisaría. Intentaremos que hable, que nos diga con quién trabaja.

Selena dijo: —Creo que deberíamos darle un repaso nosotros primero. No estamos atados a la burocracia. Nuestro interrogatorio podría ser… más efectivo.

Hubo una pausa en la línea. —Voy a fingir que no he oído eso —dijo Val—. Pero quizás os dejemos hablar con él primero, si eso es lo que pedís. Estaremos allí en quince minutos.

—Nos vemos cuando lleguéis.

Val dijo: —Tenemos que sacarte de ahí, Martina.

—Me iré cuando lo tengáis esposado. —Metí el teléfono en el bolsillo, con los dedos moviéndose solo por memoria muscular. Fuera del coche, abrí el maletero y saqué mi equipo. El chaleco de Kevlar se deslizó sobre mi cabeza, las correas se me clavaron en las costillas mientras las apretaba bien. Con el arma asegurada, estaba lista para *Derek*.

Selena me miró, sobresaltada. Le di un breve asentimiento con la cabeza. —Vámonos —y les hice una señal a Steve y a Otto para que me siguieran.

El pasillo del hotel olía a limpiador de alfombras rancio y aire reciclado. Mis zapatos resonaban con demasiada fuerza mientras marchaba por el corredor, con la adrenalina rugiendo en mis oídos. No dudé; golpeé el puño contra la puerta de Derek.

—¿Martina? —dijo él cuando abrió, parpadeando—. ¿Pasa algo malo?

—Oh, sí —dije, empujándolo hacia atrás con la fuerza suficiente para que tropezara y cayera sobre la cama—. Pasa algo muy malo. ¿Qué tal si me cuentas un poco sobre la Sociedad de la Rosa?

—¿La qué? —dijo, demasiado rápido, demasiado ensayado—. No sé de qué me hablas.

Me subí a la cama, obligándolo a quedarse tumbado boca arriba. —¿Con quién trabajas?

—No sé de qué me hablas —gritó, con la cara descompuesta mientras empezaba a sollozar—. A mí también me cogieron.

Las lágrimas eran forzadas. Convincentes, si no supieras cómo es el miedo real. Miré a Selena.

Ella negó con la cabeza una vez. —Respuesta incorrecta.

Clavé mi rodilla en su pecho, sintiendo cómo se le entrecortaba el aliento bajo mi peso mientras sacaba un par de esposas de mi cinturón y lo aseguraba. Selena rebuscó en sus bolsillos, rápida y eficiente, hasta que sacó un teléfono.

Con un asentimiento, levanté a Derek y lo senté en la silla cerca del escritorio. —¿Quién te envió?

—No sé de qué me hablas.

Con los puños en las caderas, dije: —Sabemos que eres uno de ellos. ¿Eres tú quien cree que me secuestrará y matará para convertirse en la próxima Corona? ¿O solo eres un simple ayudante?

Derek palideció.

—¿Quién eres en realidad?

Derek desvió la mirada.

—Vimos el tatuaje. Sabemos que eres uno de ellos. ¿Por qué ayudaste a escapar a Lena?

Derek me fulminó con la mirada. —No sé de qué me hablas. Soy una víctima.

—No va a hablarnos. Creo que deberíamos averiguar con quién ha estado hablando Derek. —Selena tocó la pantalla de su teléfono—. —Solo un número —murmuró—. Empecemos por ahí. —Selena pulsó enviar y se llevó el teléfono a la oreja.

Derek empezó a protestar, el pánico rompiendo su actuación, así que le tapé la boca con la mano. —Cállate —le espeté.

—Dime —dijo Selena—. Soy Selena. ¿Quién eres?

Tras un momento, dijo: —Me lo dio un amigo.

Selena me miró. —Le paso ahora el teléfono a mi amiga.

Cogí el teléfono. —Soy Martina Monroe. Me han dicho que me estabais buscando.

No hubo vacilación. —Sí —dijo la voz—. Y estoy impaciente por conocerte en persona.

Un escalofrío me recorrió la espalda.

La voz dijo: —Nos vemos pronto. —Y la llamada terminó.

—Llama a Vincent —dije—. ¡Ya! —Vincent encontraría la ubicación del que llamaba. Y yo lo encontraría a *él*. Si buscaba el desafío definitivo, le acababa de tocar el gordo.

42

—•—

Martina

Unos golpes secos en la puerta me obligaron a apartar la atención de Derek. —Selena, abre —dije, sin quitarle los ojos de encima.

Abrió la puerta y se encontró a Val, a Brady y a varios agentes uniformados esperando en el pasillo. Verlos debería haberme supuesto un alivio, pero no fue así. —Ya lo he esposado.

La mirada de Val pasó de Derek a mí. —¿Ha dicho algo?

—No. Nada útil. ¿Debería decirle que había hablado con uno de ellos? ¿Que había oído la voz de alguien que me estaba dando caza? Le habíamos dado el número de teléfono a Vincent para que lo rastreara. Aún no teníamos noticias. Llevaría tiempo, pero sabía que moverían cielo y tierra para encontrar la ubicación. Aun así, el tiempo parecía un lujo del que no disponíamos. Lo que había empezado como un caso de persona desaparecida se había convertido en algo completamente distinto, en un juego. Uno mortal. Y el objetivo final del asesino no era Lena. *Era yo.*

Gente como esta no debería estar libre. No deberían poder beber champán en clubes de campo mientras deciden quién vive y quién muere. La Sociedad de la Rosa tenía que terminar, para siempre.

Ya había desarticulado organizaciones criminales antes. Redes de tráfico y asesinos que se creían intocables. Pero esto era diferente.

Estas personas vivían en las sombras y estaban protegidas por su poder y su riqueza.

Pero contaba con los mejores profesionales del mundo en mi bufete, y los encontraríamos. Y nos aseguraríamos de que pasaran el resto de sus vidas en prisión en lugar de planear su próximo asesinato.

—Tenemos su teléfono —dije. —Hemos hablado con uno de ellos.

Val enarcó una ceja. —Nosotros nos encargamos a partir de ahora, Martina. Tenemos que llevarte a un lugar seguro.

Miré a Selena. Tenía el rostro rígido de ira y los puños apretados a los costados.

—Sí. Pero hay alguien con quien tengo que hablar primero.

Val siguió mi mirada. —Joe Sapphire.

—Exacto.

Me volví hacia Derek y me acerqué tanto que se estremeció. —Esto no es el final —dije. —Ya te enterarás cuando llegue.

Él desvió la mirada.

—¿Esas pulseras que te he puesto? Eso es solo el principio —continué con voz gélida—. —No volverás a ser libre jamás. Me encargaré personalmente, aunque sea lo último que haga, de que pases el resto de tu vida en la cárcel.

No esperé respuesta. Salí de allí furiosa, con Selena pisándome los talones y el pulso acelerado mientras recorríamos las tres puertas que nos separaban de la habitación de Joe Sapphire. Llamé con fuerza. Movimiento al otro lado. Pasos arrastrados. Una pausa. Finalmente, la puerta se abrió.

—¿Martina? ¿Selena? —dijo Joe, forzando una débil sonrisa. —¿Va todo bien? Estaba justo con una llamada...

—No —le espeté—. —No va *nada* bien.

Se le hundieron los hombros de inmediato.

—¿Podemos pasar?

—Claro —dijo, haciéndose a un lado.

Selena cerró la puerta tras nosotras con un clic rotundo. Joe se quedó allí de pie, de repente más pequeño de lo que recordaba. Tenía los ojos inyectados en sangre. Le temblaban las manos. Fulminándolo con la mirada, le dije: —Es hora de decir la verdad.

—No sé de qué me habláis —dijo, aunque se le quebró la voz a mitad de la frase.

—Sabemos lo de la Sociedad. Sabemos que Lena era el cebo. Sabemos que el objetivo era secuestrarme y, en última instancia, matarme. Es por eso por lo que *tú* me contrataste.

Se quedó lívido.

—Formas parte de esto. Siempre ha sido así.

Abrió la boca, pero Selena lo interrumpió. —Ahórratelo —le ordenó. —Sabemos que estás implicado. Ahora queremos detalles. Queremos nombres. Esto se acaba *ya.*

Joe retrocedió tambaleándose hasta desplomarse en la silla, como si finalmente le hubieran fallado las piernas. Se ocultó el rostro entre las manos. —No lo entendéis. No tenéis ni idea de lo que son capaces.

Selena se acercó más. —Ah, lo entendemos perfectamente. Y si no empiezas a hablar, vas a ver de lo que soy capaz *yo.*

Él temblaba en la silla.

Mi ira ardía intensamente. Este hombre me había manipulado emocionalmente. Me había mirado a los ojos para hablarme de su hija desaparecida, sabiendo que yo misma había vivido esa pesadilla. Eso no era desesperación. Era manipulación. —¿Quién se puso en contacto contigo por la desaparición de Lena?— pregunté. —¿O formaste parte de todo el juego desde el principio? ¿Eres uno de ellos?

—Lo siento muchísimo. No podía dejar que le hicieran daño a Lena. Miró hacia otro lado, fijando la vista en la pared, y luego volvió a mirarme con los ojos vacíos. —No sabía cuál era el plan. Lo único que sabía era que tenía que contratarte para encontrarla. Te juro que eso es todo lo que sabía. No sabía lo que iban a hacer.

—¿Y si lo hubieras sabido? ¿Te habría parecido bien que me mataran para salvar a tu hija?

Inclinó la cabeza, desprendiendo oleadas de vergüenza.

El silencio nos envolvió.

Me hizo preguntarme, por un instante, qué haría yo por mi propia hija. Por Selena. La respuesta llegó rápido. La encontraría y la

salvaría. Pero nunca sacrificaría a una persona inocente para hacerlo.

—¿Quién se puso en contacto contigo? —exigí. —¿Quién te dijo que me contrataras?

Joe volvió a negar con la cabeza mientras una lágrima se le escapaba por el rabillo del ojo. —Lo siento mucho.

Selena se inclinó hacia él, con una rabia lo bastante afilada como para cortar. —Lo sabemos todo, Joe. Sabemos lo de la Sociedad de la Rosa. Sabemos que el trono de la Corona está vacante. Sabemos que hay gente compitiendo por él y que matar a Martina es el objetivo.

Joe se estremeció.

—¿Eres miembro?

Él negó con la cabeza.

Selena le exigió: —Enséñame la parte baja de la espalda.

Él se levantó y se subió la parte de atrás del polo sin cuestionar por qué. *Porque sabía por qué.* —No soy uno de ellos.

Confirmado por el hecho de que no tenía el tatuaje de la rosa. ¿Cómo sabía que eso era lo que buscábamos? —¿Cómo sabes lo de la Sociedad?

Apartó la mirada. Tenía que conocer a algunos miembros para saber qué estábamos buscando. Pero ¿a quién? Por lo que habíamos entendido, son sumamente reservados.

Selena se acercó más a Joe, con la voz cargada de ira. —Queremos saber quién te dijo que contrataras a Martina. Y no te molestes en intentar protegerlos, porque van a caer todos y cada uno de ellos. No vamos a dar marcha atrás. Ahora que sabemos que existen, no pararemos hasta que estén todos encerrados.

Vi a Joe desmoronarse ante sus palabras. Se le hundieron los hombros. Su respiración se volvió irregular. Selena era ferozmente protectora y yo agradecía cada segundo de ello.

Parte de mí seguía en estado de shock por todo lo que estaba ocurriendo. Porque toda la investigación fuera una estratagema para atraparme y asesinarme. —¿Quién te dijo que me contrataras? —volví a preguntar.

Él sollozó, derrotado. —Mi mujer.

Las palabras impactaron como un disparo. —¿Y quién le dijo a tu mujer que me contratara?

Joe me miró con ojos llenos de arrepentimiento y de vergüenza. Esa expresión hizo que se me encogiera el estómago. —No —dije en voz baja—. Ella no es...

Él asintió.

Y luego se ocultó el rostro entre las manos.

Mi mente daba vueltas mientras las piezas del puzle encajaban. Iba a haber una vacante en la Corona. Su mujer estaba en fase terminal. Retrocedí un paso; de repente, la habitación me resultaba demasiado pequeña. El puesto de la Corona iba a quedar libre porque la actual Corona tenía cáncer de mama en estadio 4 y solo le quedaban días o semanas de vida.

—Ella es la Corona —dije, incrédula.

Joe levantó la cabeza y asintió una vez más.

La verdad se asentó sobre mí, casi asfixiándome. La propia madre de Lena había aprobado su secuestro y dado luz verde a mi rapto y mi asesinato para asegurar a su sucesora antes de morir. Por no hablar de las vidas que habría tenido que cobrarse para alcanzar su posición como la Corona.

Selena y yo intercambiamos una mirada. —Bueno —dijo Selena con sombría determinación—, ya sé exactamente a quién me gustaría hacerle una visita.

—Ella no puede saber que os lo he dicho —dijo Joe, desesperado. —Por favor.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—No lo sabía —sollozó—. —No hasta que ella enfermó. No hasta que me contó lo que le iba a pasar a Lena.

Su cuerpo se agitaba mientras el peso de aquello lo aplastaba. Pero mi compasión se había esfumado. Él había tomado su decisión y eso selló su destino. Pero la Corona había tomado una decisión mucho más estúpida. La decisión de Alice Sapphire de ponerme en su punto de mira había marcado el principio del fin de la Sociedad.

43

—•—

Martina

Llena de rabia, incredulidad y tristeza, me quedé herida en silencio en el pasillo mientras Selena caminaba de un lado a otro; sus pasos eran suaves pero inquietos. —¿Qué vamos a hacer, Martina?

Negué con la cabeza lentamente. Había demasiadas cosas por hacer y ningún lugar claro por el que empezar. ¿Estaba Lena a salvo? Esa era la pregunta que más importaba. Supuse que podríamos preguntárselo a su madre. *Ella lo sabría.* Mi instinto decía que Lena estaba fuera de peligro, pero teniendo en cuenta que su propia madre lo había orquestado todo, quién sabe.

Al final del pasillo, Val salió de la habitación de Derek. Cuando nos vio, se acercó con expresión cautelosa. —Va de camino a la comisaría.

—Bien. Con suerte, su encarcelamiento sería permanente.

—¿Cómo ha ido con Joe?

La puse al corriente de toda la conversación, incluida la revelación de que su mujer era la Corona. Val se quedó allí plantada, asimilándolo o demasiado atónita para hablar. No estaba segura de cuál de las dos cosas era.

—Aún no hemos hablado con Lena —dijo Selena—. No sabemos qué es lo que sabe, o si estaba metida en el ajo desde el principio.

Miró a Val y luego a mí.

Yo no había sospechado que Lena estuviera implicada. Si lo hubiera estado, dudaba que hubieran enviado a Derek para ayudarla a escapar. Y se la veía tan visiblemente afectada por el calvario... Pero, por otro lado, simplemente podría ser una gran actriz.

—Deberíamos hablar con ella —dijo Selena.

—Estoy de acuerdo. Pero creo que tenemos que sacarla del condado de Red Rose —dijo Val, mirándome.

—Me voy sin falta —dije—. Eso seguro. ¿Qué va a hacer con Joe?

—Aún no estoy segura. ¿Por qué no van a hablar con Lena y yo hablo con Joe? No quiero que vuelva corriendo a la zona de la Bahía y le diga a su mujer que estamos sobre su pista. Si queremos pillar a esta gente, es mejor que no sepan que los buscamos.

—De acuerdo —dije—. Hablaré con Lena. Jason también está ahí dentro. Veremos qué podemos averiguar.

Val asintió, todavía estoica. No había comentado nada sobre el hecho de que la madre de Lena fuera la Corona. La que había aprobado toda la operación *desde su lecho de muerte*. ¿Cómo de fría había que ser para hacer algo así? Como último acto antes de morir, hacer que secuestren a tu propia hija solo para atraer a una renombrada investigadora privada para capturarla y matarla. ¿Qué le *pasaba* a esa gente?

—Muy bien —dijo Val—. Luego volvemos a hablar.

Llamamos a la puerta. Se abrió poco después y allí estaba Jason. Lena estaba sentada al fondo, encaramada en una silla cerca del escritorio, con los hombros hundidos y el rostro pálido. —Pasad —dijo Jason.

Cerró la puerta tras nosotras, y Selena y yo nos balanceamos de nuevo en el borde de la cama frente a Lena. —Ha habido novedades.

—¿Ah, sí?

—Sabemos quién está detrás de tu secuestro.

Sus ojos se abrieron de par en par. —¿Sabéis quién me ha hecho esto? ¿Está bien Derek? ¿Lo han encontrado?

—En realidad, creemos que estaba implicado en tu rapto y que la huida estaba planeada.

Arrugó el rostro. —No lo entiendo. ¿Estaba con los secuestradores?

—Sí. Todo fue un montaje —dije—. Nunca tuvieron intención de hacerte daño.

Palideció y se le saltaron las lágrimas.

Con calma, le pregunté: —¿Sabías que te iban a llevar esa noche?

—No —dijo ella, negando con la cabeza frenéticamente—. No. Nunca habría aceptado algo así. Jamás habría aceptado que me quemaran y me encadenaran. ¿Estáis seguras de que Derek es uno de ellos? Parecía tan sincero.

—Estamos seguras al cien por cien —respondió Selena.

Con los ojos muy abiertos, dijo: —¿Entonces eran tres?

Estudiando su rostro, creí que estaba genuinamente sorprendida. Dije: —Son más de tres. Mirando de reojo a Jason, me pregunté si formaría parte de la Sociedad. —Jason, ¿llevas algún tatuaje?

—No —dijo él, pareciendo un poco desconcertado.

—¿Puedes levantarte la parte de atrás de la camiseta, por favor? —preguntó Selena.

Lo hizo sin vacilar. No había marcas. No era uno de ellos. Si eso era cierto, probablemente ni siquiera sabía que la Sociedad existía. Me volví hacia él. —¿Sabes si alguno de tus amigos tiene el tatuaje de una rosa en la espalda o en el costado?

Jason frunció el ceño, claramente confundido. —Que yo sepa, ninguno. Mis amigos varones...

—O mujeres —añadió Selena.

—No, no lo creo.

Conocía a Ethan desde la infancia, y debería saber si tenía un tatuaje, aunque no necesariamente. Sobre todo si Ethan se lo hubiera hecho recientemente. O si no tuviera ninguno. Si Ethan no era miembro de esta Sociedad, ¿era realmente posible que su montaje en la casa no tuviera relación con el secuestro? Parecía demasiada casualidad para que fuera cierto.

Mirando a Lena, dije: —¿Estás segura de que no sabías nada de esto? ¿No fue una de tus bromas?

—No —dijo ella con firmeza.

Asentí.

—Espera —dijo ella—. ¿Eso significa que nunca estuve realmente en peligro? Pero Derek tenía la cara amoratada...

—Recibió unos cuantos golpes para interpretar el papel —dijo Selena con naturalidad.

Lena parecía a punto de llorar. —¿Sabe mi padre que todo esto fue por...? —Se le quebró la voz—. Espera. Si yo no estaba en peligro, ¿entonces por qué me llevaron?

Sosteniéndole la mirada, dije: —Según tengo entendido, fue para llegar a mí.

—¿Para llegar a ti? ¿Me llevaron por tu culpa, no por la mía?

—Sí.

Lena parecía más que perpleja. Miré a Selena y ella asintió rápidamente. Estábamos de acuerdo. Lena no sabía nada del secuestro. No estaba implicada. Y probablemente se quedaría destrozada si alguna vez llegara a saber la verdad sobre su padre y su madre. *Su madre*. Fría. Calculadora. Asesina. Pensarlo me revolvió el estómago.

—Probablemente sea seguro que vuelvas a la zona de la Bahía, pero déjame hablar con Val a ver si todavía te necesita aquí.

—Está bien.

—Te informaremos de lo que averigüemos. De momento, no te muevas de aquí.

Al salir al pasillo, se me rompió el corazón un poco más por Lena. Había pasado por una experiencia traumática y, para colmo, había sido a manos de su propia *madre.*

En el pasillo, Selena y yo esperamos. Unas voces resonaban por el corredor, voces elevadas. La voz de Val, inconfundible. Estaba furiosa. Lo que fuera que Joe Sapphire hubiera dicho no le había sentado nada bien. Instantes después, Val apareció con el rostro encendido y el cuerpo tenso. —Increíble.

Eso mismo pensaba yo.

—Por desgracia, no tenemos nada de qué acusarlo —dijo Val—. Pero no queremos que vuelva y alerte a su esposa. Y como he dicho, no creo que estés segura aquí.

Con un rápido asentimiento, dije: —Nos vamos ahora mismo.

—¿Cómo ha ido con Lena?

—Bueno, hemos hablado. No creo que esté implicada ni que supiera nada del plan. Tampoco creo que Jason lo supiera. Lo hemos comprobado y no tiene el tatuaje. Ha dicho que ninguno de sus amigos tiene uno, lo que significa que Ethan tampoco, si nos está diciendo la verdad.

Val se quedó en silencio, pensativa. Se pasó los dedos por su melena oscura, que le llegaba a los hombros. —Entonces, ¿por qué Ethan crearía el escenario perfecto para que la secuestraran?

—¿Quizá un favor para alguien? —sugirió Selena.

—Un favor —repitió Val—. Cuando interrogué a la señora Sapphire, le pregunté por Ethan, si se llevaban bien. Dijo que era un buen chico. Me pareció extraño en aquel momento porque... bueno, nadie más lo describió así.

Selena y yo asentimos. —Tal vez ella le pidió un favor. Quizá le mintió y le dijo que era una sorpresa para ella o algo así. O quizá lo estaba chantajeando y no le dio detalles del plan.

—No lo sabremos hasta que se lo preguntemos a ella, y a él —dijo Val—. Tenemos que volver a la zona de la Bahía.

—De acuerdo.

—Déjame hablar con Brady —dijo Val—. Intentaremos retener a Joe aquí para silenciarlo o tendremos que soltarlo. Pero quizá podamos llevarlo a comisaría para que preste declaración oficial. En cualquier caso, les ganaré algo de tiempo para salir de aquí. ¿Su empresa tiene preparada una casa de seguridad?

—La tenemos.

Val preguntó: —¿Dónde está su equipo?

Me dirigí hacia donde estaban Otto y Steve, mis guardaespaldas. *Guardaespaldas.* No me lo podía creer. Había jurado que no aceptaría otro caso peligroso y aquí estaba, rodeada por mi propio equipo de seguridad. —Nos han estado vigilando todo este tiempo. No pueden llegar hasta mí.

—Bien.

—Nos vamos ya. Sigamos en contacto.

—Eso haremos —dijo Val—. Tenga cuidado, Martina.

—Lo tendré.

Eché una mirada atrás a Steve y Otto, dos de nuestros guardaespaldas más duros, y bajé las escaleras hacia el aparcamiento.

El viento soplaba entre los árboles, agitando unas hojas que habían guardado secretos oscuros durante décadas. ¿Cuántas víctimas habría habido? Todas ocultas en el bosque, mientras la propia naturaleza casi soltaba una carcajada cruel, mezclando belleza y fealdad. Se sentía bien salir pitando de allí.

Dentro de mi coche, pulsé el botón para arrancar el motor.

Clic.

Qué raro. Quizá me había dejado alguna luz encendida y se había agotado la batería. Lo intenté de nuevo.

Clic.

Selena gritó: —¡Sal del coche!

Y entonces lo comprendí; demasiado tarde para pensar, no había tiempo más que para moverse.

Abrí la puerta de un empujón y eché a correr.

El impacto me golpeó el pecho como un muro sólido, sacándome el aire de los pulmones. Al principio no se oyó nada, solo una presión aplastante, como si el mundo se plegara hacia dentro. Salí volando por los aires durante una fracción de segundo y luego me estrellé contra el suelo. El golpe fue brutal. Todo se volvió blanco. Luego negro. Luego nada de nada. Me quedé allí tendida, aturdida, con los oídos pitando, o quizá sin pitar en absoluto. No sabría decirlo. No oía nada. El humo me quemaba la garganta. El calor me oprimía la espalda. Intenté moverme y no entendía por qué mi cuerpo no me obedecía. *Selena.* El pensamiento cortó la neblina como una cuchilla. ¿Dónde estaba Selena?

44

—•—

Martina

El pánico inundó cada célula de mi cuerpo. Rápidamente, intenté girarme sobre un costado. La grava se me clavó en la mejilla mientras trataba de ponerme de rodillas. Solo lo conseguí a medias. Mi cuerpo no parecía entender lo que le pedía. Recorrí el aparcamiento con la mirada, buscando a Selena. Todo estaba en silencio, demasiado silencio. Había perdido la audición. Aquel pitido agudo sonaba lejano y extraño, como si perteneciera a otra persona. Entonces me zumbaron los oídos cuando el sonido regresó de golpe. Había gritos y botas golpeando el pavimento. Alguien gritaba mi nombre.

—¡Martina!

Quise responder, pero sentí que aquello requeriría demasiada energía. Una energía que no tenía. De repente, unas manos me sujetaron, estabilizándome, ayudándome a ponerme derecha. Era Otto.

—¿Estás bien? ¿Puedes oírme?

Me limité a mirarlo fijamente.

—Parpadea si puedes oírme.

Parpadeé una vez. Luego una segunda.

—Bien —dijo él—. Vamos a llevarte al hospital.

—Selena —dije, reuniendo cada gramo de fuerza que me quedaba.

Otto se giró y mis ojos siguieron los suyos.

Steve estaba en el suelo, arrodillado. Vi una mano extendida. *Selena.* Intenté moverme hacia ella.

—Espera —dijo Otto, prácticamente llevándome en vilo mientras cruzábamos el pavimento.

A medida que nos acercábamos, vi que Steve estaba ayudando a Selena a incorporarse. —¿Estás bien? —pregunté. Me pareció que estaba gritando, pero sabía que apenas era más que un susurro.

Ella me miró y asintió.

Me fallaron las piernas. Otto me sujetó y me bajó con cuidado de nuevo al suelo.

—Vale —dijo con calma—. Tranquilidad. No nos vamos a mover de aquí. ¿De acuerdo, Martina?

Obedecí.

Más voces. Más pasos. Zapatos corriendo sobre el asfalto.

Levanté la vista y vi a Val y a Brady. —¿Estáis bien? —preguntó Val, ladeando ligeramente la cabeza.

Se giró hacia Selena, que levantó la mano con debilidad. Las dos seguíamos en el suelo.

Brady sacó su radio, solicitó una ambulancia e informó de lo sucedido.

Alguien me tendió una botella de agua. Bebí y el frescor me alivió la garganta. Respiré hondo y despacio, obligando a mis nervios a calmarse. Era la segunda bomba que estallaba en mi presencia en el condado de Red Rose. A alguien le gustaba volar cosas por los aires. ¿A alguno de los concursantes?

Nadie habló después de aquello. Solo se oía el trajín de movimientos mientras alejaban a Selena y a mí de la escena. Probablemente por precaución, por si habían planeado una explosión secundaria.

Esa gente me quería muerta con tantas ganas que no les importaba con quién estuviera o quién más saliera herido. Cualquiera que estuviera cerca de mí corría peligro. Lo que significaba que no podía volver a casa. No podía estar con Charlie ni con nadie a quien quisiera. No podía estar con nadie en absoluto.

Tenía que estar vigilante. Revisarlo todo. No me esperaba un coche bomba. Pensé que primero habría un secuestro. Pero, al recordar la casa de los Bridgerton, la que explotó justo antes de que llegáramos, debería haberlo imaginado.

Con tres asesinos diferentes persiguiéndome, tenía sentido que usaran tácticas distintas. Uno quería hacerme saltar por los aires dondequiera que estuviera. Otro quería secuestrarme y matarme discretamente. O tal vez el juego se estaba intensificando porque alguien sabía que les seguíamos la pista. O puede que simplemente hubieran decidido terminar con esto de una vez por todas. Acabar con las preguntas. Detener la investigación. Y sabían que solo había una forma de hacerlo. Eliminarme. Sin ceremonias. Sin pompa ni circunstancia. Simplemente acabar conmigo. Todo por culpa de algún club enfermo y retorcido. Ahora más que nunca, sabía que tenía que acabar con ellos, uno por uno, empezando por la Corona.

45

—•—

Martina

Con una pesadez instalándose en lo más profundo de mi pecho, colgué el teléfono. El sonido de la voz de Charlie me había reconfortado, pero solo agudizaba la tristeza que vino después, sabiendo que no podía volver a casa con él. Lo que no daría por estar acurrucada junto a él en el sofá, con nuestro perrito Barney en mi regazo, comiendo palomitas y viendo una película. ¿Por qué había aceptado este caso? ¿Por qué no dije simplemente que no?

Mi mitad de la habitación del hospital estaba ahora en silencio. Las luces del pasillo estaban atenuadas, todo bañado en un resplandor pálido y lánguido. Sin ventanas. Solo un triste rincón de una sala de urgencias, aislado del mundo.

Se descorrió la cortina y se acercaron una enfermera con pijama sanitario color rosa y una doctora con bata blanca. La doctora me preguntó: — ¿Cómo se siente?

—Como si me acabaran de tirar al suelo y me hubieran pasado por encima —dije, intentando, sin éxito, hacer un chiste.

La enfermera sonrió cortésmente y me puso un manguito de presión arterial en el brazo. Se apretó, apretando hasta que sentí un hormigueo en los dedos.

—Y bien, doctora, ¿cuál es el veredicto? —Ya me habían hecho radiografías y un TAC. Me habían sacado suficiente sangre como para hacer todas las pruebas posibles.

—Bueno, tiene una conmoción cerebral leve y algunas contusiones —dijo la doctora—. Pero la buena noticia es que no parece haber ninguna hemorragia interna.

—¿Cuándo puedo irme a casa?

—Debido a la conmoción, recomendamos que se quede una noche en observación.

Eso no iba a pasar, desde luego. —No es mi primera conmoción cerebral leve.

Al otro lado del box, oí la voz de Selena. Si no supiera que no es así, diría que se encontraba bien. Hablaba con firmeza, quejándose de que quería un Sprite en lugar de un 7-Up.

Podría haber llorado de alegría. Estaría bien. *Gracias al cielo.*

La doctora, con sus gafas relucientes, me estudió por un momento. —¿Tiene a alguien que pueda quedarse con usted durante la noche? ¿Alguien que pueda vigilarla?

—Tengo a todo un equipo, doctora.

Ella vaciló. —No puedo obligarla a quedarse si desea irse.

—Deseo irme.

Asintió lentamente. —No hay ninguna razón médica por la que no pueda. Todo parece estar bien, aparte de la conmoción. Pero su cuerpo ha pasado por un evento traumático. Necesita descansar.

Ya descansaré cuando esto termine. —¿Puede retirar la cortina para que pueda ver a Selena?

—Por supuesto —dijo la enfermera, apresurándose a hacerlo.

La cortina se deslizó hacia atrás y allí estaba ella. Mi hija extra. Verla sentada, animada, volviendo a ser ella misma, me produjo una oleada de alivio tan fuerte que me ensanchó el corazón. Estaba bien. Y, por ahora, eso era suficiente.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó ella con aprensión.

—Estoy bien. Van a tener que esforzarse más que eso para hundirme.

Ella esbozó una sonrisa de suficiencia. —No tengo ninguna duda. Martina, ¿has hablado con papá?

—Sí. He hablado con él. Te envía su amor y te pide que le llames.

Ella asintió y luego su expresión cambió. —Nos vamos a casa después de esto, ¿verdad? Quiero decir... ¿vamos a salir de aquí?

—Así es.

La doctora dijo: —Tiene que tomárselo con calma, Martina.

Selena resopló. —Ella no sabe lo que significa eso. Pero yo la vigilaré.

La confianza en su voz era increíble. Tenía moratones en la cara, pequeños cortes y arañazos, pero era evidente que estaba perfectamente. *Quién fuera joven otra vez.* Poder recuperarse así. Si era sincera, yo sentía cada moratón y cada rasguño, junto con un dolor de cabeza monumental.

Al otro lado de la cama de Selena, Steve y Otto esperaban en silencio, atentos como siempre.

La doctora dijo: —Les dejaremos un poco de espacio. Pero cuídese, Martina. Usted también, Selena.

—Gracias.

Selena se despidió con la mano mientras la enfermera y la doctora se marchaban.

Una vez estuvimos solos, miré a Otto. —¿Cuál es el plan?

—Bueno, como podéis imaginar, aquí no podemos garantizar vuestra seguridad por completo. Os vieron en el aparcamiento. Podrían tener ojos dentro del hospital.

Se me revolvieron las entrañas.

—Queremos trasladaros de inmediato. A ti y a Selena.

Selena dijo: —Muy bien. Vámonos.

Empezó a bajar de la cama del hospital, todavía con el camisón blanco de florecitas azules. Se detuvo, se miró de arriba abajo y luego volvió a mirarme.

—Bueno —dijo—, después de que nos vistamos, claro.

Negué con la cabeza, incapaz de contener la sonrisa. A pesar de la oscuridad que pesaba tanto, siempre había un motivo para sonreír. A veces tenías que buscarlo, y otras veces lo tenías delante de ti, terco y amoratado.

—Hemos hablado con Stavros —dijo Otto—. Vamos a instalaros en uno de nuestros puntos de máxima seguridad. Nadie os encontrará.

Reflexioné sobre eso un momento. Stavros fue quien me encasquetó a Joe Sapphire. Dudaba mucho que él supiera algo de esto, pero ¿comprendía lo que estaba pasando realmente? No había hablado con él desde que llegamos. —¿Le habéis contado a Stavros lo que estaba pasando?

—Solo que ha habido un atentado contra vuestra vida —dijo Otto.

—Hablaré con él más tarde.

Selena se puso los vaqueros a toda prisa y se echó una camiseta encima, sin preocuparse por la modestia. No es que Steve u Otto fueran a mirar.

Llamaron a la puerta. Steve se apresuró a comprobar quién era y luego se volvió. —Es Val.

Dije: —Déjala pasar.

Selena todavía tenía puesta la vía, así que volvió a la cama de un salto, ya completamente vestida. Juro que esa chica tenía siete vidas, como un gato.

Val entró con expresión profesional. —¿Cómo lo lleváis las dos?

—Bastante bien.

Fue directa al grano. —El jefe de bomberos y su equipo inspeccionaron la zona alrededor del coche. No hay dispositivos secundarios. Ningún punto de activación evidente. Quienquiera que hiciera esto no estaba cerca. Estaban vigilando desde la distancia.

—Ya nos lo imaginábamos.

—Nuestros expertos en desactivación de explosivos siguen investigando. Esperan encontrar algún tipo de firma, cualquier cosa que lo relacione con la explosión en la casa de los Bridgerton y otros atentados que puedan ayudarnos a dar con el responsable. Es posible que no pertenezcan a la Society y que simplemente trabajen para ellos de forma externa.

Esos recursos ilimitados podían dar para mucho. —De acuerdo.

Ella se movió un poco, bajando la voz. —También hemos extraído las grabaciones de seguridad del aparcamiento del hotel y de los alrededores.

Se me encogió el pecho. —¿Hasta dónde habéis mirado?

—Revisamos las cámaras de tráfico en un radio de tres kilómetros, pero todas las grabaciones se quedaron en negro durante

aproximadamente una hora antes y después de la explosión.

—¿En negro, cómo?

—En bucle —dijo Val—. Imágenes pregrabadas. Lo mismo pasó con las cámaras del hotel. Un corte limpio. Quien hizo esto sabía exactamente qué cámaras eran las importantes.

—Lo planearon —dije—. Y nos han estado vigilando.

—Es fácil de hacer —añadió Selena— cuando tienes un montón de dinero y una mente enferma.

Val no la contradijo.

—¿Dónde están Joe y Lena? —pregunté.

—Los hemos llevado a la comisaría. Estamos tomando declaración oficial y los retendremos hasta que nos sintamos cómodos dejándolos volver al Área de la Bahía. Y vosotras dos, ¿cuándo vais a ir al refugio?

—En cuanto nos vistamos y nos quiten las vías.

—Seguiremos adelante con esto mientras estéis fuera. No te preocupes, nos encargamos nosotros. Voy a traer a algunos de mis colegas del FBI, ya que han encontrado algunos casos sin resolver con la marca de la rosa tanto en California como en Nevada.

De ninguna manera iba a quedarme sentada dejando que otro se hiciera cargo del caso. Puede que me estuviera escondiendo, pero no iba a entregar la investigación. No ahora. No después de esto. Val debió de notar mi vacilación.

—Podemos manejarlo, Martina. Interrogaremos a Alice Sapphire. Llegaremos al fondo del asunto. No tienes por qué preocuparte. Tienes que descansar y mantenerte a salvo.

—*Estoy* preocupada.

—Escucha. No solo han intentado matarte a ti. Casi matan a Selena, a Brady y a mí también. No les importa quién esté cerca de ti cuando atacan, todos los demás son meros daños colaterales. Así que, si no te importa tu vida, preocúpate por la de la gente que te rodea.

—Precisamente por eso estamos teniendo cuidado.

Val me miró directamente a los ojos. —Tenemos pistas y las estamos siguiendo. Mantendremos el contacto durante toda la

investigación. Te daré el número de un teléfono encriptado para que puedas localizarme. Supongo que tú también tendrás uno.

—Claro. Recogeré el mío cuando volvamos al Área de la Bahía. Te avisaré cuando lleguemos.

—Cuídate, Martina. Tú también, Selena.

Me despedí con la mano.

Steve y Otto ya se estaban moviendo. —Estaremos ahí fuera —dijo Otto—. Avisadnos cuando estéis listas. Tenemos una furgoneta y estamos preparados para marcharnos.

Asentí, pero mientras me preparaba, un pensamiento se impuso sobre todo lo demás. Antes de ir al refugio, había una parada que debíamos hacer.

46

—•—

El arquitecto

Viendo el estado de la competición, no era de extrañar que la Corona hubiera convocado una reunión. Seguía con nosotros y, por lo tanto, seguía siendo la autoridad suprema. La sucesión era algo frágil, y la discreción importaba ahora más que nunca. Un traspié, un acto mal elegido, y la balanza podría inclinarse en nuestra contra.

Estábamos en fila junto a su cama de hospital. Su segundo al mando, el Obispo, permanecía a su lado como una sombra.

La Corona giró levemente la cabeza hacia mí; sus movimientos eran lentos. Tenía los ojos vidriosos, pero agudos. —¿Cuál es el estado de la tarea?

Lancé una mirada a mis dos competidores antes de responder. —Ha habido dos intentos directos —dije con confianza—. Ambos destinados a completar el juego. Ambos han fallado. Y ambos han sido de naturaleza similar. Eso significa que hay un patrón. Un patrón que podría rastrearse hasta nosotros si esto continúa. —Tras una breve pausa, añadí—: Creo que el competidor número tres debería ser eliminado de la competición.

Su mirada se desplazó hacia mi rival. El que había subcontratado la tarea. El responsable de los intentos de atentado en el Ladybug. Había sido una chapuza y apestaba a cobardía. Yo prefería el cara a

cara. El cuerpo a cuerpo. Eso era el verdadero poder. Y así era exactamente como pensaba reclamar la victoria.

Mi competidor se aclaró la garganta. —Cierto —dijo, forzando la calma en su voz—. No ha sido la mejor táctica. Admito que un tercer intento podría dar demasiado margen de maniobra a la policía. —Giró ligeramente la cabeza, encontrándose con mis ojos—. Y tú —añadió—. ¿Sigues creyendo que es factible alcanzar el objetivo?

El segundo competidor habló antes de que yo pudiera hacerlo. —Sí. Creemos que se dirige de vuelta al Área de la Bahía. Podría estar ya de regreso. Creemos que la están escondiendo. Ella sabe que es el objetivo.

La Corona frunció ligeramente el ceño. —¿Cómo demonios iba a saber eso?

Era una buena pregunta. Una para la que no teníamos una respuesta sólida. —No lo sé —admití—. Debe de haberlo deducido de alguna manera. Quizá los dos intentos le hayan hecho darse cuenta de que ella era el denominador común. O alguien está hablando con ella y advirtiéndole de que es el blanco.

La Corona se acomodó contra las almohadas, con un destello de irritación cruzando su pálido rostro. —¿Dónde está mi marido?

—Está en el condado de Red Rose —dije—. Con Lena.

Ella entrecerró los ojos. —¿Por qué siguen allí?

—No estamos seguros. Al parecer, los necesitan para interrogarlos. Y nuestro Perseguidor ha sido arrestado.

—¿Por qué?

—No estamos seguros.

La Corona sacudió la cabeza lentamente, con un gesto de asco curvando su labio. —¿Es alguno de ustedes capaz de completar esta tarea? —Su mirada cortó afilada hacia el competidor que había subcontratado el intento y volvió a nosotros—. Y ustedes dos. No he visto nada de ninguno de los dos. ¿Qué han estado haciendo exactamente? Quizás ninguno de ustedes debería ascender al trono. —Entonces se volvió hacia el Obispo—. Quizá la competición debería eliminarse por completo. Y el Obispo ascenderá a la Corona.

Indignante. Le recordé: —Nunca se ha hecho de esa manera.

Su cabeza se giró bruscamente hacia mí. —Yo *soy* la Corona —dijo, con voz dura a pesar de su debilidad—. Y yo decidiré. Puedo reescribir las reglas si quiero. No merece la pena, ni por mi legado ni por nuestra sociedad, continuar con esta insensatez. Habéis tenido tiempo de sobra para completar la competición. Y *todos* habéis fallado.

El pulso me martilleaba en los oídos. —Tengo a alguien vigilándola.

—¿Ah, sí? —preguntó la Corona—. ¿Dónde está ella ahora mismo?

—Según el último informe, me han dicho que está de vuelta en el Área de la Bahía. Todavía de camino a su destino. Creemos que la están trasladando a un lugar seguro.

—¿Y tiene un coche siguiéndoles?

—Así es —le aseguré.

Por el rabillo del ojo, vi que el competidor número dos se tensó. La sorpresa cruzó su rostro. Ganaría yo y sería la próxima Corona. —Lograré este objetivo —dije con firmeza—. No me pillarán. No mancharé su legado ni la reputación de nuestra sociedad. Tiene mi palabra.

La Corona me estudió durante un largo momento y luego se volvió hacia mi competidor. —Competidor Tres, ya no está en la carrera. Puede marcharse.

Se le desencajó el rostro y se le hundieron los hombros. Agachó la cabeza y salió. Se merecía ser eliminado: se había comportado como un aficionado.

—En cuanto a ustedes dos, tienen tres días para completar la competición —dijo—. Si al cabo de tres días la Mariquita sigue caminando sobre esta tierra, ninguno de ustedes ascenderá jamás a la Corona. ¿Han entendido?

Le dio un ataque de tos, y las palabras salieron raspadas mientras su cuerpo la traicionaba. No tenía buen aspecto. En absoluto. Y sin embargo, el rencor y el fuego de sus ojos permanecían intactos.

—Entendido —dije.

—Entendido —repitió mi competidor restante.

—Bien —dijo la Corona con debilidad—. Entonces necesito descansar. Espero informes completos todos los días. Pueden retirarse.

Asentimos al unísono.

Y entonces se oyó un estruendo al final del pasillo. Fue como si alguien hubiera abierto una puerta de golpe.

—¿Qué ha sido eso? —exigió la Corona.

Todos los ojos se volvieron hacia el Obispo. —Iré a ver —dijo él, dirigiéndose hacia la puerta.

La Corona dijo: —Si es necesario, ejecute el protocolo.

—Entendido, señora. —Pero antes de que llegara a la puerta, estallaron los gritos y se oyeron pasos apresurados por el pasillo. Entonces la puerta de la habitación de la Corona se abrió de golpe.

47

—•—

Martina

Nuestras miradas se entrelazaron desde el otro lado de la habitación. Allí yacía la mujer que había autorizado mi secuestro y mi asesinato. Me quedé allí con mis guardaespaldas y Selena a mi lado, sintiendo el peso del momento oprimiéndome el pecho. Entonces di un paso adelante, cruzando el umbral de la estancia.

Tres hombres la rodeaban. No reconocí a ninguno. El mayor de ellos estaba junto a la cama, en una postura protectora. —¿Puedo ayudarla? —preguntó.

—He venido a hablar con la señora Sapphire.

Él se volvió hacia ella. Una leve sonrisa curvó sus labios. —No pasa nada —dijo ella. Dirigiéndose a los hombres, añadió: —Hablaremos más tarde. Dejadnos solas.

Los hombres vacilaron, sin apartar la vista de mí mientras salían en fila, evaluándome claramente uno tras otro. Me pregunté brevemente si formarían parte de la Sociedad. Si ya sabían exactamente quién y qué era la persona que tenían delante.

Alice Sapphire cambió de posición; ya estaba sentada en la cama del hospital, pálida pero serena. Con una pequeña sonrisa, dijo: —Me alegra mucho que esté aquí. Quiero agradecerle todo el trabajo que ha hecho para encontrar a Lena. Me he enterado de que está

sana y salva en el condado de Red Rose. —Inclinó la cabeza—. —¿Sabe cuándo volverá a casa?

Cerré los ojos un momento y luego los abrí. —Está sana y salva en el condado de Red Rose porque tengo a gente protegiéndola —dije con tono acusatorio.

Miró hacia la puerta por la que habían salido los hombres y luego volvió a mirarme a mí. —Vaya, me alegra oír eso —dijo con calma—. —¿Puedo hacer algo más por usted? Estoy muy cansada. No me encuentro bien.

—Sí, lo entiendo, señora Sapphire. Y aun así, la sometió al trauma de ser secuestrada. A permanecer cautiva, aterrorizada y sola. Quemada y marcada con el símbolo de su sociedad. —Mi voz se endureció—. —Nunca volverá a ser la misma. Y saber que su propia madre fue la responsable...

—No sé de qué me está hablando —me interrumpió—. —Creo que está confundida.

—No estoy confundida. Sé que tú eres la Corona, la jefa de la Sociedad de la Rosa. Sé que orquestaste el secuestro de tu hija para que tu marido me contratara con el fin de atraerme al condado de Red Rose.

Su sonrisa no flaqueó.

—Para que tres de sus subordinados pudieran competir por la Corona y ascender a la cima tras su muerte. El ganador sería el que lograra secuestrarme y matarme primero. —Me acerqué más—. —¿Qué clase de persona hace algo así? ¿Qué clase de madre? —Estando ya a escasos centímetros de su rostro, sentencié—: —Usted. *Esa* es quien puede.

Su mirada vaciló un instante.

—Lo sabemos todo —afirmé—. —Va a caer. Y no solo eso, su hija va a saber lo que hizo. Lo que hizo su marido.

—No puede demostrar nada, señorita Monroe —dijo ella con frialdad.

Negando con la cabeza, respondí: —Pero puedo hacerlo. Lo que no entiendo es cómo conseguiste que Ethan organizara el secuestro. Que apagara las cámaras de seguridad. Que la atrajera fuera con una broma estúpida.

Entonces ella sonrió con sorna. Sus ojos se oscurecieron y su verdadera naturaleza asomó por las grietas. —No sé a qué se refiere. Ethan es un buen chico. —Se reclinó contra las almohadas—. —No sabe dónde se ha metido, señorita Monroe. Ahora, si no le importa, le agradecería que se marchara. Estoy agotada.

—Quiero nombres. Voy a desmantelar la organización de una vez por todas.

Su voz bajó a un susurro cavernoso. —No tiene ni idea de a qué se enfrenta. Si fuera lista, se marcharía ahora mismo y se cubriría las espaldas. —Sonrió—. —Aún no han terminado con usted.

Selena se acercó a Alice. —¡Y nosotros no hemos terminado contigo! —Levantó su teléfono, con la pantalla iluminada—. —He estado grabando toda esta conversación. Todo el mundo va a saber quién y qué eres en realidad.

La satisfacción desapareció del rostro de Alice Sapphire. En un instante, volvió a transformarse en la mujer enferma y moribunda de la cama de hospital. —¿Y qué van a hacer? Por si no se han fijado, me estoy muriendo y no me queda nada que perder.

—¿Ah, sí? —Le sostuve la mirada—. —¿No te importa el nombre de tu familia? ¿Tu legado?

Con una mirada capaz de incendiar un bosque, dijo: —Márchense, por favor.

—No, hasta que lo detengas. Esto se ha *acabado*. Esta estúpida competición ha terminado y también la Sociedad de la Rosa.

Su verdadero yo emergió de nuevo y una sonrisa diabólica apareció en su rostro. —Buena suerte, señorita Monroe.

Antes de que pudiera protestar, un estruendo sordo sonó bajo nuestros pies y el suelo se estremeció. Otto ya se estaba moviendo, corriendo a mi lado. —Tenemos que sacarte de aquí. Ahora mismo.

Mientras me arrastraba hacia la puerta, eché una mirada atrás a la Corona. Estaba sonriendo. No parecía asustada. Ni confundida. Estaba *satisfecha*. La explosión no iba dirigida a nosotros. En algún lugar del piso de abajo, algo acababa de ser borrado del mapa, y tuve el mal presentimiento de que se trataba de pruebas que podrían habernos ayudado a acabar con ellos.

48

—•—

Val

Mientras me apresuraba hacia la comisaría, pensé: *Menuda semana*. Al consultar la hora de nuevo, vi que llegaba tarde y no quería perderme la reunión. Pero había tenido que ausentarme cuando recibí la llamada de Martina. Había ido a la casa de los Sapphire para enfrentarse a Alice Sapphire, solo para verse obligada a salir a rastras cuando lo que pareció ser un pequeño artefacto explosivo detonó en el interior. La explosión no había sido lo bastante grande como para dañar gran parte de la casa, pero sí lo suficiente para convencerla de que la conversación había terminado.

Martina teorizaba que la explosión no la había puesto realmente en peligro. Yo no estaba tan segura. El único consuelo que me quedaba era que Martina y Selena estaban por fin en el piso franco.

Aun así, me preocupaba. Cuanto más aprendía sobre la Sociedad de la Rosa, más inquietante resultaba todo. En cuanto le dije al FBI que teníamos información de inteligencia, que sabíamos quién era la Corona, formaron un destacamento especial y solicitaron una reunión en el condado de Red Rose. Al parecer, la Sociedad llevaba tiempo en su punto de mira. Casi todo eran rumores que nunca llegaban a materializarse en pruebas. Pero ahora teníamos algo concreto. La marca. La rosa. El único indicador constante de que

nuestras víctimas habían muerto a manos de la Sociedad. Era un rastro que seguir.

Mi contacto y antiguo supervisor en el FBI, Kieran Fox, me explicó que en el pasado se habían iniciado investigaciones, pero que las habían cerrado rápidamente. Siempre con la misma implicación tácita: que los jefes de organizaciones, directores del FBI, miembros de la CIA, el presidente, congresistas, senadores y gente poderosa tenían vínculos con la Sociedad. O peor aún, formaban parte de ella. Y ni uno solo quería que los miembros quedaran al descubierto.

Kieran me advirtió que este era un territorio peligroso, que deberíamos retirarnos y dejar que el FBI se encargara a partir de ahí. Ignorando ese consejo, como estoy segura de que Kieran esperaba, decidí escucharlos y ver cuál era su plan.

Con ellos o sin ellos, seguiría investigando e intentaría armar un caso. Sin embargo, había un pequeño problema: no teníamos el nombre de un asesino vinculado directamente al cuerpo de Teresa McDonald, ni sabíamos quién se había llevado realmente a Lena.

Pero si podíamos demostrar que la Corona era la cabeza de esta organización, no sería distinto del crimen organizado. Todo lo que teníamos que demostrar era que la Corona lo aprobó, y que ella y sus miembros eran cómplices. El problema era que a ella no le quedaba mucho de vida, y procesarla solo a ella no iba a ser suficiente.

En mi cabeza, no dejaba de imaginar a personas con túnicas, cantando alrededor de un fuego en medio de un bosque. Algo primitivo y ritualista. Pero en realidad no sabía qué hacían a puerta cerrada. Esperaba que el FBI pudiera por fin arrojar algo de luz sobre cómo eran de verdad. Lucy se acercó a mí trotando, sin aliento. —Ya están aquí.

Lucy me iba a acompañar en la reunión, junto con Brady. Lucy había encontrado unos cuantos casos antiguos sin resolver que pensaba que podrían estar relacionados con la Sociedad. Por desgracia, ninguno era reciente, pero podrían mostrar un patrón de crímenes de la organización. Algunos de los asesinatos tenían treinta, cuarenta e incluso cincuenta años de antigüedad. Revisar las fotos de las autopsias había sido agotador. Cuerpos tendidos sobre

mesas de acero inoxidable, imágenes granuladas amarilleadas por el tiempo. Pero todos tenían una cosa en común: una rosa quemada en su carne. Lo más peculiar era que la única víctima nueva en las últimas dos décadas era Teresa McDonald. Quizá habían aprendido hace unas décadas que era más fácil librarse de un asesinato cuando no había cadáver que examinar.

Dentro de la sala de conferencias, Brady ya estaba sentado. Lucy y yo fuimos las últimas en llegar. Saludé rápidamente con la mano y ocupé la silla vacía junto a Brady, mientras Lucy se acomodaba a mi izquierda. Kieran me miró con una sonrisa burlona muy familiar. —¿No se te da muy bien eso de estar jubilada, Val?

Me encogí de hombros. —Bueno, ahora los asesinos en serie vienen a mí; no soy yo la que va a buscarlos.

Él sonrió. —Eres un auténtico imán para los asesinos.

Unas risas leves recorrieron la mesa antes de que Kieran continuara: —Val, empecemos por lo que tú sabes, y luego entraremos en lo que tiene el FBI y cuál es el plan.

Asintiendo, dije: —Sabemos que una víctima de secuestro, Lena Sapphire, fue el cebo para el objetivo actual, Martina Monroe. Y tenemos el cuerpo de Teresa McDonald. Lucy también ha encontrado otros cuantos casos de hace décadas que creemos que están relacionados. Tenemos a un presunto miembro bajo custodia y hemos identificado a la jefa, o la Corona de la Sociedad, Alice Sapphire.

Kieran asintió. —Es mucho para haberlo averiguado en una semana. Ahora, pasémosle el turno a Guy Mortenson. Él encabeza el destacamento, pero yo estaré aquí para dar apoyo moral.

Me dedicó un guiño alentador. Sospechaba que en realidad había venido a ver cómo estaba yo, en lugar de para ensuciarse las manos. Sabía que yo no siempre seguía las reglas, algo que resultaba difícil cuando era agente federal. Ahora solo era una ciudadana que colaboraba con el departamento del sheriff, tratando de convencer al FBI para que me dejara ayudar al menos durante el tiempo que hiciera falta para desmantelar la organización.

Guy se aclaró la garganta. —Sí, hemos encontrado a unos cuantos gracias a las dotes de investigación de su equipo, incluidas las de la

señorita Monroe. —Hizo una pausa—. Tengo entendido que ella no puede estar aquí.

—Está en un lugar seguro —dije—. Nos hemos estado comunicando a través de teléfonos encriptados. La persiguen activamente. Por lo que sabemos, hay tres miembros distintos de perfil asesino que compiten por el puesto más alto. Para llegar ahí, tienen que matar a Martina. Así que está bajo llave.

Guy asintió con gravedad. —Bien. No son personas con las que convenga meterse. Si la quieren muerta, no van a dejar de intentarlo, sobre todo si matarla es el precio del ascenso.

—¿Qué saben de ellos? ¿Qué debemos esperar? Todo lo que tenemos es este caso y algunos más antiguos que creemos que están relacionados. ¿Es esto literalmente solo una fraternidad o hermandad retorcida que mata a gente porque no tienen nada mejor que hacer con su dinero y su tiempo?

Guy no lo dudó. —Va más allá de eso. Creemos que la Sociedad de la Rosa comenzó hace más de cien años. Hemos hablado con algunos antiguos miembros, personas que consiguieron salir. Nos han contado lo que les dijeron a lo largo de los años otros miembros. Es lo más parecido a la realidad que podemos obtener en este momento. No son personas que guarden registros. Lo único que sí registran son sus crímenes. Se utilizan como prueba para los ascensos. Nos han dicho que se destruyen después de que el grupo los vea. —Hizo una pausa, dejando que aquello calara—. Son sigilosos. Invisibles cuando quieren serlo. Así que tengan en cuenta que parte de esto es leyenda y parte es realidad. No estamos seguros al cien por cien de qué es cada cosa.

—Entendido.

—Bien —continuó Guy—. La Sociedad de la Rosa comenzó hace más de cien años en la costa este, en una universidad de la Ivy League. De ahí, acabó trasladándose al oeste, al condado de Red Rose.

Solté un pequeño grito de asombro antes de poder evitarlo. Habían estado allí todo el tiempo. ¿Cómo es que nadie lo sabía?

—Al parecer —prosiguió Guy—, aquí es donde llevan a cabo sus reuniones. Y parece ser que también algunos de sus secuestros y

asesinatos.

Hizo un gesto vago, como si estuviera trazando un mapa en el aire. —Se piensa que esta zona se convirtió en un refugio para los que se establecieron en áreas metropolitanas de la costa oeste: California, Nevada, Washington y Oregón. Pasan aquí sus vacaciones en su segunda, tercera o cuarta residencia. No es la residencia principal de nadie.

—Es un lugar perfecto si buscas privacidad.

—Exactamente. Es remoto y tiene un montón de lugares para esconder cadáveres. Un montón de lugares para el secretismo. Cuando fundaron la organización, construyeron una jerarquía. Cinco niveles.

La sala se quedó en silencio.

—El primer nivel es el Iniciado. Miembros nuevos. Invitados por un miembro actual. A veces por familiares. Los herederos reciben un trato preferente. Incluye a hombres y mujeres. Psicópatas con igualdad de oportunidades.

Se produjeron algunos movimientos de inquietud alrededor de la mesa.

—Una vez que un iniciado comete su primer acto violento, a veces algo tan insignificante como una pelea en un bar, o dar una paliza a alguien en la calle y salir impune, asciende al nivel dos: el de Sangre.

Lucy detuvo el bolígrafo a mitad de una nota.

—En ese nivel, participan en un asesinato, pero no son el asesino real. Los están entrenando. Se les enseña a cazar. A limpiar. A desaparecer. Piensen en ellos como aprendices. Todavía no tienen mucho poder dentro de la Sociedad. Después de asistir a un miembro de nivel superior, pasan al nivel tres. Se convierten en los Perseguidores. En ese nivel se les asignan tareas. Básicamente es como: «ya te hemos enseñado cómo hacerlo, ahora ve y hazlo según el plan».

El concepto me revolvió el estómago.

—Si tienen éxito, ascienden al nivel cuatro y se convierten en Arquitectos. Estos son los diseñadores. Planifican los asesinatos.

Pueden ejecutarlos ellos mismos o delegar en los Perseguidores. El nivel cuatro es el rango más alto antes de la Corona.

Miró alrededor de la mesa para ver si lo habían comprendido. —Los Arquitectos pueden elegir matar o no matar. Si se han retirado de la acción, pueden ocupar un asiento en la junta. Son como un órgano de gobierno. En la cima de todo está la Corona. La Corona elige a un confidente, o mano derecha. Se le otorga el título de Alfil.

Mi mente procesaba la información. *El Iniciado. El de Sangre. Los Perseguidores. Los Arquitectos. La Corona. El Alfil. La Junta.*

—Con la situación actual —continuó Guy—, Alice Sapphire, la Corona, está en su lecho de muerte. No le queda mucho. Ese puesto debe ser ocupado. Pero solo una vez que un competidor haya completado la tarea. Solo los Arquitectos pueden optar a ello. Los Arquitectos, junto con la Corona y la junta, diseñan el juego. Se eligen tres Arquitectos. El primero que alcance el objetivo se convierte en la nueva Corona.

Lucy levantó la vista. —Así que en ese punto estamos ahora mismo.

—Exactamente ahí es donde estamos —dijo Guy.

Lucy vaciló y luego preguntó: —¿Tienen también todo ese rollo de capa y espada? ¿Cánticos en el bosque?

—Son muy ritualistas —dijo Guy—. Muy jerárquicos. Pero no se reúnen en el bosque. Suele ser dentro de alguna de las casas de aquí, en el condado de Red Rose, una de esas mansiones de las colinas. Ya se pueden imaginar cuáles.

Podía imaginármelo, y me ponía enferma.

—Tienen espacios subterráneos, como sótanos de lujo. Hay un código de vestimenta. Capas, por lo que sabemos. Joyas simbólicas para indicar el rango. Estas personas son asesinos y psicópatas, pero no son críos temerarios. Son individuos serios, poderosos y ricos. Y solo se vuelven más ricos y poderosos a través de la organización. Por lo tanto, la protegerán a toda costa.

Me lanzó una mirada. —Ahora, parece que tenéis a uno de ellos bajo custodia. Nombre en clave: Derek Dunn. Una buena identidad falsa. Su nombre real es Oakley Patterson.

Se me hundió el estómago.

—Creemos que es un miembro. Probablemente de Sangre o Perseguidor que asiste a un Arquitecto que está actualmente en la competición.

—No está hablando —dije yo—. Ni con nosotros, ni con Martina, ni con nadie.

Guy asintió. —Si habla, la Sociedad no estará contenta. Y no dudarán en eliminarlo. Lo mantendremos bajo custodia por ahora. Quizá lo traslademos. Quizá le ofrezcamos un trato. Veremos si lo necesitamos. —Se recostó en la silla—. —Queremos acabar con ellos definitivamente y creemos que, con una revisión exhaustiva de los asesinatos que podemos atribuir a la Sociedad, al menos podremos demostrar que los crímenes pertenecen al grupo. —Hizo una pausa con mirada grave—. —Pero lo difícil es demostrar que el grupo existe antes de que nos cierren el chiringuito.

—Entonces, ¿cuál es el plan?

—Tenemos que llevarlo con discreción —dijo Guy—, con la suficiente discreción como para que las personas poderosas que puedan formar parte de esto no se den cuenta. No tenemos una lista de miembros. Sabemos quién es la Corona, y eso es prácticamente todo. Por lo que sabemos, podríamos estar trabajando codo con codo con personas de nuestras propias organizaciones que están implicadas.

Asimilando aquello, dije: —Así que necesitáis gente de fuera. Gente en la que podáis confiar.

—Sí, y creemos que hay una forma de identificar a los miembros, para asegurarnos de que aquellos a quienes dejemos participar en la operación no lo sean.

Enarqué una ceja. —El tatuaje de la rosa.

—Correcto —dijo Guy—. Evidentemente, no vamos a ir por el FBI ni por la policía local pidiendo a todo el mundo que se levante la camisa. Pero si sospechamos de alguien, podemos intentar echar un vistazo. Ya saben a lo que me refiero.

Lo sabía.

—Por eso tenemos que mantener esto bajo un control absoluto. Solo contactar con personas que creamos que realmente pueden

ayudar en la operación. E incluso entonces, darles solo detalles limitados.

Me crucé de brazos. —¿Y cómo supone que vamos a acabar con esa gente? Diría que hacen falta más personas, no menos.

—Es cierto, pero ahora mismo, como aún no ha habido un traspaso de liderazgo y la Corona actual está muy enferma, la organización es vulnerable. Están en un punto débil. Si aprovechamos eso, podríamos identificar a los miembros, ponerlos bajo vigilancia, reunir pruebas y, finalmente, vincularlos con los asesinatos.

Era un plan decente. Pero no rápido. —¿Finalmente? Martina está actualmente en un piso franco. ¿Cuánto tiempo espera que se quede allí? —¿Y qué había de su familia y amigos? ¿Su vida? ¿Cómo protegen a alguien indefinidamente? ¿Protección de testigos? No creo que Martina aceptara algo así.

—Bueno —dijo Guy—, —puede que solo necesitemos protegerla mientras Alice Sapphire siga viva. Una vez que muera, la organización pierde a su líder. Eso los deja en una posición delicada. Ahí es donde creemos que tendremos más posibilidades.

Asentí despacio. —¿Cuánto tiempo creemos que le queda?

Kieran dijo: —Por lo que podemos saber, quizá una semana o dos. Está bastante mal. Pero nunca se sabe.

Una semana o dos. Eso era mucho tiempo cuando alguien te estaba cazando.

—Y creemos que tenemos una forma de generar una lista de miembros potenciales —dijo Guy antes de explicar el plan del FBI para vigilar la propiedad de los Sapphire. Vigilar quién entraba y salía, partiendo de la base de que los miembros aparecerían para presentar sus respetos antes de que muriera Alice Sapphire, y luego elaborar una lista de sospechosos a partir de esa información. Era un buen plan. Pero yo no era de las que se quedan sentadas esperando a que alguien muera, y tenía la sensación de que Martina tampoco lo era.

49

—•—

El arquitecto

Me quedé mirando la silla vacía donde debería haber estado sentada la Corona y no pude evitar imaginarme a mí mismo allí. Sería lo natural. *Lo correcto.*

El Obispo golpeó la mesa con el mazo, y el estallido seco resonó en la cámara, reclamando mi atención. La junta estaba situada en un nivel elevado por encima de nosotros, literalmente, mientras que yo estaba sentado junto al competidor que quedaba para la Corona. Detrás de nosotros, el resto de la organización llenaba la sala en filas ordenadas, encapuchados y en silencio.

Se trataba de una reunión de emergencia, convocada a petición de la Corona. El Obispo la sustituía, ya que ella estaba demasiado débil para asistir en persona. El Obispo inspeccionó la sala antes de hablar. —Gracias por acudir con tanta rapidez. Como todos sabéis, el reloj corre. El tiempo se le agota a la Corona.

Unos murmullos bajos recorrieron la cámara.

—Sin embargo, nos hemos topado con un problema.

Los murmullos subieron de tono hasta que el Obispo levantó la mano. —Silencio.

La sala obedeció.

—Como todos sabéis, se ha estado celebrando una competición para ocupar el asiento de la Corona. En el transcurso de esta competición, las fuerzas del orden han tenido conocimiento de nuestra organización. Conocen la identidad de la Corona. Tienen a uno de nuestros miembros bajo custodia. Y parece que saben no solo que existimos, sino que estamos persiguiendo activamente a la Mariquita.

Se oyeron murmullos por toda la sala.

—También se nos ha informado de que varias agencias de seguridad están coordinando esfuerzos para desmantelarnos.

A estas palabras les siguieron expresiones de asombro.

¿Es que no habían estado prestando atención? ¿O estaban todos demasiado ocupados analizando los rendimientos de la bolsa, trepando por el escalafón y puliendo sus reputaciones? Habíamos estado enviando informes actualizados. Todos conocíamos los fracasos y los riesgos que conllevaban.

Dos intentos de atentado y dos fracasos. En mi opinión, incluso un solo fracaso era demasiado. No habían pasado ni veinticuatro horas desde que la Corona descalificó al tercer competidor por su incompetencia. Él había atraído la atención sobre la Sociedad, lo cual debería haber sido motivo de eliminación en lugar de una simple descalificación. Aun así, sus errores no explicaban cómo la policía había descubierto la identidad de la Corona. Alguien había hablado, alguien que debería haber guardado silencio. ¿Pero quién?

—Debido a este escrutinio —dijo el Obispo—, la Corona y yo hemos deliberado. He presentado el asunto ante la junta. La decisión de la Corona y de la junta es que la competición por la ascensión se detendrá. No habrá más intentos contra la Mariquita —dijo—. ¿Está claro?

Recorrió la cámara con la mirada.

Varios miembros asintieron. Uno se puso en pie. —Estoy de acuerdo —dijo—. Esta es la decisión más inteligente. Nadie quiere este nivel de atención. No podemos permitir que descubran por completo nuestra Sociedad ni a sus miembros.

—Ya lo han hecho —dije yo—. ¿Por qué parar ahora?

La mirada del Obispo se clavó en mí, afilada y gélida. —Porque si continúas, te arriesgas a hundirnos a todos contigo. Y eso es *inaceptable*. ¿Lo entiendes?

—Lo entiendo. Eso no significaba que estuviera de acuerdo.

—En el caso poco probable de que la Corona fallezca antes de que se pueda iniciar una nueva competición de forma segura, yo ejerceré como Corona interina hasta que las condiciones nos permitan proceder. Sabed que no tenemos intención de abandonar nuestras tradiciones. Esto es meramente una suspensión. Una pausa estratégica que servirá a todos nuestros intereses.

Un momento después, nos miró fijamente. —Así se ha dicho.

—Así se ha dicho —repitió el grupo.

—Podéis retiraros.

Se oyó el sonido sordo de los miembros al levantarse. La reunión se había disuelto en una obediencia silenciosa. Mientras me dirigía hacia la salida, mantuve mi expresión neutral. Por lo que a mí respectaba, podían suspender la competición si querían, pero yo no tenía intención de hacerlo. Yo sería la Corona.

No porque me fuera concedida, sino porque me la habría ganado. Que los demás se retiren a sus casas de cristal y a puerta cerrada, fingiendo que el miedo es sabiduría. Yo no. *Yo termino lo que empiezo.*

50

—•—

Martina

Caminando de un lado a otro por el salón del piso franco, no podía dejar de pensar en lo mal que me parecía todo aquello. Había dicho *no más casos peligrosos*. Lo había dicho más veces de las que podía contar. Y, sin embargo, aquí estaba encerrada con Selena, habiendo estado a punto de morir las dos en dos ocasiones, mientras unos psicópatas multimillonarios me daban caza. *Nos daban caza.* Cualquier persona que estuviera cerca de mí corría peligro. Selena. Val. Mi familia. Conocía los pisos francos y conocía los protocolos. Sabía que nadie podía llegar hasta nosotras aquí, no con guardias armados apostados fuera y con todas esas capas de seguridad instaladas.

Aun así, mentiría si dijera que no quería estar en casa con Charlie y Barney. Acurrucada con Charlie y viendo a nuestro perro, Barney, dar vueltas entusiasmado cuando sabía que era la hora del paseo. Ese rabito inquieto. Esos grandes ojos marrones mirándome, suplicando solo una chuche más. Eso era el hogar. *Esto no lo era.*

Antes de que nos marcháramos de Red Rose County, le había advertido a Charlie que el lugar al que yo iba tendría que seguir siendo secreto hasta que fuera seguro, y que él tenía que mantener activado el sistema de seguridad de la casa y estar vigilante. Y

deseaba con todas mis fuerzas llamar a Zoey. Oír su voz y absorber esa energía desbordante suya. ¡Diablos!, lo que no daría por comerme una hamburguesa con Hirsch. Él me miraría de reojo mientras yo le robaba unas cuantas patatas fritas de su plato, y luego diría: —Sabes que puedes pedir las tuyas propias, ¿verdad?

Señor, ¿por qué era tan difícil decir que no a una investigación?

¿Por qué no podía simplemente retirarme? Aceptar una vida pacífica y tranquila detrás de un escritorio, haciendo senderismo durante la semana, jugando con mi perro y viendo películas con mi marido. Viajes a Oregón para visitar a Zoey y Henry. Sesiones de gimnasio con Selena. Podría tener todo eso. Y sin embargo, seguía corriendo hacia el peligro.

Quizás no había forma de luchar contra ello, simplemente es lo que soy hasta la médula. *Soy Martina Monroe y lucho por la justicia.* A decir verdad, a veces deseaba ser otra persona. Alguien que no se pusiera a sí misma ni a las personas que amaba en peligro. La vida podría ser muy sencilla y despreocupada.

Pero la realidad era que no podemos elegir quiénes somos. Fingir ser alguien que no somos resulta *agotador*. Doloroso. Nadie debería tener que vivir una vida que no fuera fiel a lo que es en su interior.

Una cosa era segura: nunca podría quedarme al margen mientras grupos como la Sociedad de la Rosa mataban por diversión. Supuse que ya era hora de dejar de pelear conmigo misma. El sonido del teléfono me hizo dar un respingo. Respondí de inmediato. —Hola, Val.

—Hola, Martina. ¿Cómo te encuentras?

—Como un animal enjaulado.

—Lo entiendo perfectamente. Hemos tenido nuestra reunión con el FBI.

—¿Y?

—Tienen un plan para conseguir una lista de miembros… —me detalló la reunión y el plan del FBI—. Terminó diciendo: —Quieren que nos mantengamos al margen hasta que puedan armar su caso.

Un silencio se prolongó entre nosotras.

Tenía la sensación de que Val no era alguien que se quedara esperando mientras otros ponían los puntos sobre las íes. Y yo

tampoco. —¿Entonces cuál es nuestro plan?

—De eso mismo quería hablarte —oí una vibración y luego dijo—. Lo siento, tengo que ponerte en espera, Martina.

Mientras esperaba, pensé en el plan del FBI. Sólido para una investigación a largo plazo. Pero por experiencia sabía que la vigilancia, la recopilación de pruebas, la elaboración de una lista y la preparación de un caso procesable podían llevar años. *Años.*

No podíamos permitir que siguieran operando tanto tiempo. Tenía que haber otra forma de desenmascararlos y dejar claro que ninguna cantidad de dinero o poder te ponía por encima de la ley.

Selena entró en la habitación, envuelta en una toalla, con gotas de agua todavía en los hombros. —¿Con quién hablas?

—Con Val. Me ha puesto en espera… —Le transmití lo que Val me había contado sobre su reunión y el plan del FBI.

Selena arrugó la cara. —Genial. Para cuando terminen, la Sociedad lo habrá cambiado todo. Nuevas tácticas. Mejor eliminación de cadáveres. Desaparecerán.

No le faltaba razón. Claro, una lista podría desenmascararlos y arruinar reputaciones y tal vez hundir unas cuantas empresas. Podría salvar a algunas víctimas futuras, pero eso no era suficiente. No quería que se jubilaran en las playas de Tahití. Quería que sus vistas incluyeran barrotes y muros de hormigón.

—¿Sigues en espera?

—Sí. No sé qué está pasando.

Se oyó un clic en la línea. —Lo siento —dijo Val—. Ha habido noticias de última hora. Mi fuente, la que sigue activa en la Sociedad, acaba de llamar.

Se me disparó el pulso.

—La competición se ha cancelado. Ya no eres un objetivo.

Me quedé helada. —¿Estás segura? ¿Es fiable?

—Sí. Han celebrado una reunión de urgencia; de alguna manera se han enterado de que estamos tras su pista y de que conocemos la identidad de la Corona. No quieren estar bajo escrutinio. Se acabó.

—¿Así que simplemente van a dejar de matar?

—No exactamente. Van a hacer una pausa. Planean una nueva competición cuando sea seguro.

—Así que este respiro podría ser temporal.

—Creo que sí. Pero no son tontos. Ir a por ti de nuevo los convertiría en los principales sospechosos.

Exhalé.

Selena estaba de pie con una mano en la cadera, sujetando la toalla con la otra. Bajé el teléfono. —La competición se ha cancelado. Ya no soy un objetivo.

Selena ladeó la cabeza. —¿Así de repente?

—No quieren que los atrapen.

De vuelta al teléfono, dije: —Son buenas noticias. Espero que el FBI siga investigando.

—Oh, lo harán. Esta gente ha destruido demasiadas vidas. No voy a dejar pasar esto.

—Yo tampoco.

Ella soltó una risita suave. —Eso imaginaba. Me dirijo a la zona de la Bahía hoy mismo. Quizás podamos vernos mañana por la mañana para trazar un plan.

—¿No estás trabajando con el FBI?

—Ellos pueden seguir su estrategia a largo plazo, pero creo que tú y yo podemos hacerlo mejor. ¿Te apuntas?

Sonreí. —Me apunto —terminé la llamada y miré a Selena—. Vamos a hacer las maletas. Nos vamos.

Selena no se movió. —¿De verdad crees que es seguro?

Agarré mi bolso. —Quiero creerlo. Pero una parte de mí sabe que la gente así no se detiene sin más. También sé que si vienen a por mí, estaré preparada.

51

—•—

Martina

A la mañana siguiente, me vestí para reunirme con Val, todavía dando vueltas a lo de la noche anterior, a lo de volver a casa. Charlie me había estrujado con tanta fuerza que apenas podía respirar. Casi no quería que me soltara. Solo habían pasado unos días desde la última vez que lo vi, pero me pareció toda una vida. Todas las cosas que podríamos haber perdido. La vida que habíamos construido juntos. Sentí un empujoncito en los tobillos. —Hola, Barney. Me agaché y le rasqué el cuello mientras agitaba la cola con furia.

—Los dos te hemos echado de menos —dijo Charlie.

—Bueno, yo os he echado bastante de menos a los dos —dije sonriendo. —Nunca he estado tan contenta de ver a dos criaturas en toda mi vida.

—¿Has hablado ya con Zoey?

—La llamé de camino a casa. Por supuesto, no tenía ni idea de que algo hubiera ido mal. Nunca le decía cuándo estaba trabajando en un caso peligroso. Ya tenía bastante en lo que centrarse en la facultad. Hablábamos varias veces por semana, pero yo la protegía de las partes más aterradoras de mi vida.

Selena había aceptado pasar la noche, pero había dicho que se sentiría mejor retomando su rutina a la mañana siguiente. Selena

era solitaria por naturaleza, una introvertida. Necesitaba espacio para asimilar las cosas, y yo lo entendía. Lo que le parece bien a una persona no siempre lo es para otra. Y no pasa nada. Lo que nos hace diferentes nos hace especiales.

—¿Ya ha terminado todo esto?

Apreté los dientes. —No del todo.

Él enarcó las cejas. —Aún tienes que meter a los malos en la cárcel.

—Exacto. Val y yo vamos a vernos para trazar un plan.

—¿Y estás segura de que ahora es seguro?

Me encogí de hombros. —La versión oficial dice que sí. Pero ya me conoces. Siempre estoy en guardia.

—Sí, eso es verdad.

No estaba convencida de que la amenaza hubiera desaparecido, pero había dormido bien por primera vez en días. Vestida, alimentada y con un beso de despedida de Charlie, me subí al coche para reunirme con Val en una cafetería cerca de la oficina. Un lugar público pero lo bastante tranquilo como para hablar en privado antes de informar al resto del equipo.

Decidí que ya no iba a luchar contra quien era. Había terminado de fingir que quería una vida tranquila detrás de un escritorio. Sencillamente, no va conmigo.

La cafetería era una a la que había ido durante años. Iba allí cuando necesitaba un descanso, o cuando me reunía con Hirsch. Planeé llegar temprano, coger la mesa más apartada para asegurarme de que nadie nos oyera. Lo último que necesitábamos era asustar a los civiles.

Mientras conducía, eché un vistazo al espejo retrovisor. Una berlina oscura iba detrás de mí. Sin matrícula delantera, pero era un coche de los nuevos. Seguí conduciendo, pensando en cómo la experiencia en el FBI y las habilidades de perfilado de Val, combinadas con mi empresa, podrían avanzar más rápido que los plazos de la Agencia.

Giré para entrar en la autopista. La berlina me siguió. Casualidad, me dije. Había un montón de sedanes negros en el barrio. Tomé mi salida. La berlina también. Se me aguzaron los sentidos. Alguien me

estaba siguiendo. Mantuve la calma y entré en el aparcamiento de la cafetería. La berlina aparcó justo a mi lado. *Eso era muy atrevido.*

Al salir del coche, me apoyé en la puerta del conductor, lista para lo que viniera después.

El conductor bajó de su coche. Tendría entre cuarenta y tantos y cincuenta años y vestía bien, con un jersey de cachemira azul pálido y pantalones oscuros. Lo bastante normal como para pasar desapercibido en cualquier sitio. Tenía los ojos oscuros y fríos. Su mirada se encontró con la mía mientras caminaba directamente hacia mí. Sonrió.

—¿Te conozco? —pregunté.

Y entonces caí en la cuenta. *Sí que le conocía*. Estaba en la habitación de Alice Sapphire. Uno de los tres hombres que estaban allí hasta que ella los despidió como si fueran sirvientes. Se acercó y se plantó frente a mí. —Creo que nos hemos visto de pasada.

—Me dijeron que lo habíais cancelado.

En un tono divertido, dijo: —*Ellos* lo hicieron.

—Eres uno de ellos.

Inclinó ligeramente la cabeza. —¿Por qué no mantenemos usted y yo una conversación?

Mi pulso se mantuvo estable. —¿Es usted el informante?

Él sonrió con suficiencia. —Ni mucho menos.

Y así de fácil, supe que la competición *no* se había cancelado, al menos no para este tipo. Este hombre, este asesino, no estaba listo para que el juego terminara. —Usted es uno de los arquitectos.

—Creo que sabes demasiado.

Y antes de que pudiera registrar plenamente lo que estaba sucediendo, estaba a mi lado y me presionaba el costado con algo duro. Probablemente un arma de fuego.

Se inclinó tanto que pude sentir su aliento en mi oreja. —Creo que debería venir conmigo, Martina.

Manteniendo la calma, dije: —Me encantaría, pero tengo planes. He quedado con una amiga para tomar un café.

—Ya has desayunado —dijo él. —Huevos. Salchichas. Tenían buena pinta. Debe de ser agradable tener un marido que cocina para ti.

Un frío me recorrió el pecho. Me había estado vigilando *dentro* de mi casa. Solo esperaba que mi sistema de vigilancia doméstica hubiera captado su imagen. Hiciera lo que hiciese este hombre, no iba a salirse con la suya. —No voy a ir a ninguna parte contigo.

—Ven ahora mismo, o lo lamentarás.

—Lo siento, amigo. Tendrás que intentar matarme aquí mismo, a plena luz del día. Buena suerte intentando librarte de eso —forcé mi respiración para que se mantuviera estable. —Para ascender a la Corona, tienes que salirte con la tuya tras el crimen, ¿verdad? De lo contrario, acabas deshonrado y en prisión. Entonces, ¿qué sentido tiene?

El arma me presionó con más fuerza las costillas.

—Tienes razón. Supongo que tendré que hacer algo para obligarte. ¿Qué te parece esto?: o te vienes conmigo ahora, o a la primera persona que cruce esa puerta, le pego un tiro en la cara. *No me importa quién sea.* Y después, te vendrás conmigo. Y si no lo haces, mataré al siguiente y al siguiente, hasta que aceptes.

Mi corazón latía con fuerza. —Nunca se saldrá con la suya.

—Oh, claro que lo haré. Es el asesinato de un desconocido. Sin móvil y sin sospechoso. Todo lo que podrán decir es: «es tan trágico, tan triste». —Hizo un suave quejido burlón.

Algo encajó entonces. Este hombre estaba desquiciado y no quería nada más que matarme, y no tenía reparos en matar a otros en el proceso. ¿Cuánto tardaría Val en darse cuenta de que me habían llevado? ¿Sabía ella qué tipo de coche conducía yo? ¿Descubriría lo que había pasado antes de que fuera demasiado tarde?

Venga, vale.

Se tensó, solo una fracción antes de que regresara su sonrisa espeluznante. —Vámonos.

Se giró hacia su coche, tirando de mi brazo. En cuanto estuve dentro, me abrochó el cinturón antes de apresurarse al lado del conductor. Mientras salía del aparcamiento, recé una oración silenciosa.

52

—.—

Martina

Conducía con la mano izquierda, manteniendo el arma firme en la derecha, apuntando hacia mis costillas con una sonrisa en el rostro. Si lo que complacía a la Sociedad era la audacia, sin duda él la tenía.

—Sabes que esto solo termina de una manera —dije—. La Sociedad de la Rosa está acabada.

—Si caigo, Martina, pasaré a la historia.

—¿Adónde me llevas exactamente?

—Oh. —Giró por una carretera serpenteante—. He pensado que deberíamos salir de la ciudad y volver a la naturaleza. Unos amigos tienen una pequeña granja no muy lejos de aquí. —Hizo un gesto vago hacia adelante.

Podía ser rico, tener contactos y ser poderoso, pero también estaba seriamente trastornado. Y eso era peligroso. Sopesé mis opciones. Tratar de reducirlo mientras conducía podía ser demasiado arriesgado. Si intentaba tomar el control del vehículo o lo incapacitaba, a la velocidad a la que íbamos, el coche podría derrapar o volcar y los dos acabaríamos muertos. No llevaba Kevlar ni tenía margen de error. Para ganar algo de tiempo y obtener información que esperaba utilizar más tarde, pregunté: —¿Cómo te llamas?

—Ashton.

—¿Cómo entraste en la Sociedad? —pregunté—. ¿Amigos de la escuela?

—Mi padre era miembro. Fue puro nepotismo, en realidad. Soy un «nepo baby», como dicen ahora.

—¿Y la Sociedad te importa tanto que estás dispuesto a matarme pese a sus órdenes? ¿Por qué?

—Al principio, me hacía sentir bien formar parte de la Sociedad. Me gustaba el sentimiento de pertenencia y el estar rodeado de gente con mis mismos ideales, poderosa y fuerte. No soportaba la idea de mezclarme con las tristes ovejas que nos rodean. —Suspiró —. Pero ya no es lo que era.

—¿Cuándo te diste cuenta de eso?

—Cuando la Corona enfermó. Debería haber abdicado. Haber empezado la competición de inmediato. En cambio, se aferró al poder. —Se burló—. Y todos la siguieron sin más. Como ovejas.

—Pero tú no eres una oveja.

Sus labios se curvaron. —Exacto.

—¿Y por eso cancelaron la competición?

—Sí.

—Entonces, ¿qué demuestras matándome?

Por fin me miró. —Quiero hacer lo que ellos no pudieron. No necesito ser la Corona, pero quiero demostrarles que pienso por mí mismo, y que todos deberíamos hacerlo. Naturalmente, verán que soy mejor que ellos.

—¿Lo eres?

Sus mejillas se sonrojaron. —Sí.

—¿No se enfadarán porque hayas desafiado las órdenes?

—Órdenes —escupió—. Ya no acepto órdenes. Para ser sincero, todos me dan asco.

—Así que has terminado con ellos, ¿pero todavía me quieres a mí?

—Sí. Sabía que serías un gran desafío, y me encantan los desafíos. Ningún dinosaurio decrépito me va a decir que no puedo cumplir mi destino.

—¿Por qué no pegarme un tiro en el aparcamiento y ya está?

Se rió de forma sombría. —¿Dónde estaría la gracia? ¿Crees que no sé que vas armada y lista para pelear? —Miró de reojo mi abrigo —. Si lo único que hubiera querido fuera una muerte rápida, ya podría haberte matado varias veces. Por ejemplo, podría haberte disparado con un rifle esta mañana mientras disfrutabas de tus huevos. Pero no. Hay un arte en esto. No se trata solo de acabar con la vida de alguien. Se trata de la caza. —La carretera se estrechó y los árboles se cerraron sobre nosotros—. Seremos tú contra mí. El mejor cazador gana. —Sonrió—. ¿Qué te parece?

Me parecía *una locura*. Susurré otra oración para mis adentros y luego le sostuve la mirada. —Parece divertido.

Echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada; fue ruidosa y maníaca. Y tuve una cosa clara: necesitaba un plan, o no saldría de esta con vida.

53

—•—

Val

Aparqué frente a la cafetería con ganas de sentarme por fin con Martina y trazar una estrategia real. La Sociedad tenía que pasar a la historia, ser una lección que las fuerzas del orden estudiaran a toro pasado. Un recordatorio de que los monstruos no siempre lo parecen. A veces se esconden tras sonrisas perfectas y casas lujosas, y no sabes qué hay debajo hasta que es demasiado tarde. Empujé la puerta y entré. Al recorrer la cafetería con la mirada, no vi a Martina. Miré el reloj. Había llegado dos minutos antes de la hora. Martina solía ser puntual también. Quizá se había quedado atrapada en el tráfico o se había retrasado.

Fui al mostrador, pedí un café con leche con caramelo y me senté en una mesa vacía cerca de la ventana. Saqué el móvil y comprobé si tenía mensajes. Ninguno.

Unos minutos después, mi café estaba listo. Le di un sorbo. Caramelo. Sorprendentemente bueno. Aun así, algo se me apretó en el estómago. Miré por los ventanales. Ni rastro de Martina.

Solo llevaba unos minutos de retraso, pero aquello no era propio de ella. Hoy no. No después de todo. Quizá se había entretenido en la oficina. La llamé al móvil, pero saltó el buzón de voz; a

continuación, probé con su oficina. —Drakos Monroe Security & Investigations. ¿Cómo puedo ayudarle?

—Sí, ¿puede pasarme con Martina Monroe?

—No está disponible en este momento. ¿Desea dejar un mensaje?

—¿Hay alguien más de su equipo con quien pueda hablar? ¿Está Selena Bailey?

—¿De parte de quién?

—Val Costa.

—Sí, un momento.

Un instante después, oí: —Hola, Val. ¿Qué pasa?

—¿Has hablado con Martina esta mañana?

Selena vaciló. —Al salir de casa esta mañana. ¿Por qué?

—Habíamos quedado para tomar un café, pero no está aquí. Puede que esté exagerando. Solo lleva cinco minutos de retraso.

Selena no me tranquilizó. —¿Qué cafetería?

—Battle Grounds.

Un silencio.

—Llamaré a mi padre. A ver si todavía está en casa. Te llamo enseguida.

Colgué y volví a examinar el local. Me dije a mí misma que estaba siendo una paranoica. Es lo que pasa cuando la persona con la que te vas a ver ha sido recientemente el objetivo de tres asesinos.

Le di otro sorbo al café e inmediatamente me arrepentí. Ya tenía los nervios a flor de piel. Mi teléfono vibró y respondí al instante. —Se ha ido hace un rato. Ya debería estar ahí. ¿Has probado a llamarla?

—Lo he hecho. No contesta. ¿Qué coche conduce?

—Un Subaru Outback. Azul oscuro metalizado.

Salí fuera, recorriendo el aparcamiento con la mirada. Había un SUV azul. —¿Sabes su número de matrícula?

—No, pero podría buscarlo.

—¿Tiene algo distintivo en el coche? ¿Alguna pegatina o un portamatrículas especial?

—Su coche suele estar impecable, sin trastos.

Me acerqué y miré por la ventanilla. El coche estaba inmaculado. Se me revolvió el estómago. —Dame un segundo —dije y volví

corriendo a la cafetería. Pregunté en voz alta: —¿Alguien de aquí es el dueño del Subaru Outback azul que hay aparcado fuera?

La gente negó con la cabeza. Unas cuantas miradas confusas. Nadie dijo nada. Yo ya estaba saliendo de nuevo. —Selena, creo que el coche de Martina está aquí. Ella no.

Silencio al otro lado de la línea.

Me habían dicho que la competición estaba en pausa y que Martina estaba a salvo. Di una vuelta alrededor del vehículo, buscando indicios de lucha. No había ninguno. Pero lo sentía. —Creo que se la han llevado.

—Podemos encontrarla —dijo Selena de inmediato—. Puedo conseguir su ubicación si lleva el teléfono. Mi padre y ella comparten su ubicación. Te llamo ahora mismo.

La llamada terminó.

Al observar la zona, no había señales de por dónde podría haber ido. No había cámaras fuera de la cafetería. Mi teléfono sonó. Selena recitó las coordenadas y luego dijo: —Estoy organizando un equipo. Salimos ahora mismo. El tiempo estimado de llegada es de veintisiete minutos.

Corriendo hacia mi coche, le dije: —Os veo allí.

El corazón me latía con tanta fuerza que sentía que me iba a romper las costillas. Le había dicho a Martina que estaba a salvo. No lo estaba. Y dondequiera que estuviera, sabía que no estaba allí por voluntad propia. Si moría, sería culpa mía.

54

—•—

Martina

Detuvo el coche frente a una casa de estilo rancho rodeada de naturaleza. A primera vista, resultaba idílica con su tejado bajo, su amplio porche delantero y su madera desgastada por la intemperie. Árboles maduros rodeaban la propiedad, con las ramas cargadas, y arbustos y setos espesos cercaban la casa por todos lados. Sin casas vecinas. Sin ruido de carretera. Solo el susurro del viento entre las hojas. Era un lugar tranquilo, aislado y *escondido*.

¿Cuánto tardaría Val en darse cuenta de que me habían llevado? ¿Se le ocurriría llamar a mi oficina y preguntar si alguien me ha visto? Tenía que rezar para que lo hiciera; de lo contrario, no estaba segura de cómo iba a sobrevivir a esto. Pero sabía que, si lograba mantenerme con vida el tiempo suficiente para que me encontraran, saldría adelante. Si no, tendría que intentar matarlo. No me oponía a la idea.

Con regocijo en la voz, dijo: —Ya hemos llegado. La pistola no flaqueó ni un instante mientras me apuntaba con ella.

—No se te ocurra ninguna tontería. Quiero que esto sea justo.

¿Justo?

—Baja del coche. Despacio.

Lo hice, manteniendo mis movimientos controlados. Él también salió, rodeando el vehículo rápido, con el arma todavía fija en mí. No tenía oportunidad de disparar sin arriesgarme a que él apretara el gatillo más rápido. Ya se estaba moviendo, anticipándose a mis pasos.

—Muy bien, este es el juego. Te daré un minuto de ventaja.

El pulso me martilleaba en los oídos.

—Y después, te daré caza.

La forma en que dijo «caza» hizo que se me erizara la piel. —¿Alguna regla?

Él sonrió. —Eso es todo. Su mirada me recorrió de arriba abajo. —Tienes un minuto para llegar tan lejos y tan rápido como puedas. Te he visto correr en el gimnasio. Esto apenas será un desafío para ti.

¿Cuánto tiempo llevaba vigilándome?

—Venga, vamos —dijo, casi eufórico.

Me escoltó hasta el borde del porche delantero. El terreno descendía de forma irregular. Había árboles, ramas caídas y maleza densa. No había senderos despejados y sí muchos lugares con los que tropezar. Levantó la pistola y disparó al aire. El estruendo resonó entre los árboles.

—¡Corre!

No hizo falta que me lo dijera dos veces. Salí disparada sin dudarlo, sacando mi arma de la chaqueta mientras esprintaba. Avancé en zigzag, buscando en la zona árboles gruesos o arbustos bajos donde pudiera cubrirme.

Cuando se cumplió el minuto, un disparo hendió el aire a mis espaldas.

Me zambullí detrás de un pino grueso, con el pecho jadeante. Con un rápido vistazo, pude ver su silueta moviéndose entre los árboles. Era rápido. *Maldita sea*. Y él lo sabía. No conocía bien el terreno, pero correr a ciegas no bastaba. Necesitaba ayuda, *ya*. Saqué el móvil para llamar al 112.

Sin cobertura.

Guardándome el teléfono en el bolsillo, me tomé un segundo para decidir mi próximo movimiento.

Gritó mi nombre; su voz flotaba entre los árboles, burlándose de mí. Otro disparo impactó contra el tronco a escasos centímetros de mi cabeza y la corteza saltó por los aires.

Salí disparada de mi escondite. Mientras corría, las ramas me arañaban los brazos. Las espinas se enganchaban en mi ropa. Mi respiración sonaba ronca y fuerte en mis oídos mientras me adentraba más en el bosque.

De repente, me sentí transportada a mis días de entrenamiento en el ejército. Como en el combate, esta era una lucha a muerte. Miré por encima del hombro y vi su silueta acercándose. Apunté y disparé. *Y fallé.*

Era difícil acertar a un blanco móvil. Así que tenía que seguir moviéndome. Tenía razón: yo estaba en forma. Pero tendría que rezar para que me encontraran antes de que se me agotaran las fuerzas o de que llegara a la carretera y pudiera parar a alguien.

Otro chasquido en un árbol cercano.

Mirando hacia delante, estudié los árboles; la mayoría eran delgados. Demasiado delgados para ocultarme tras ellos. Algunos tenían marcas que parecían agujeros de bala. El corazón me dio un vuelco. *No es su primera cacería.*

55

—•—

Val

A toda velocidad por la autopista, me encontraba más cerca de adonde él se la había llevado que el equipo de Selena. Al mirar el reloj, no pude evitar sentir que cada segundo que pasaba podía cerrar una puerta. ¿Qué le estaría haciendo? ¿Torturándola? ¿Marcándola? ¿O algo peor? Mi teléfono sonó. —Val, ¿has llegado ya?— preguntó Selena.

—Estoy a unos dos minutos. ¿Alguna novedad?

Aún quedaba un hilo de esperanza de que Martina estuviera sana y salva. Pero yo lo sabía perfectamente. Se la habían llevado. La cuestión no era si se la habían llevado, sino quién. Me apostaba lo que fuera por la Sociedad. Alguien que no hubiera tolerado que cancelaran la competición. Un Arquitecto que hubiera estado lo suficientemente cerca como para saborear el poder y que no soportara que le dijeran que tenía que esperar.

Esta no era gente que apaciguara las cosas. No aceptaban la derrota. No se retiraban. Se reafirmaban, se rebelaban y redoblaban la apuesta. Que se cancelara la competición no era un elemento disuasorio sino un insulto. Y insultos así no hacen que un hombre como él sea más inofensivo. Lo vuelven peligroso.

—¿Te importa mantener el teléfono encendido cuando llegues? —preguntó Selena—. Puedes silenciarlo. Solo quiero escuchar.

Comprendí lo que me estaba pidiendo en realidad. Si pasaba algo, quería oírlo.

—Lo mantendré encendido, pero silenciado.

—Vamos unos minutos por detrás de ti. Tenemos que asegurarnos de que esté bien. No puede pasarle nada malo a Martina. ¿Entendido?

El pánico en su voz se percibía con toda claridad. —Entendido.

El GPS emitió un pitido al llegar a la última localización registrada del teléfono de Martina. Era una carretera. No había casas ni edificios, solo árboles. Activando el micrófono del teléfono, dije: —Selena, ya estoy aquí. Solo hay una carretera. No hay rastro de ningún vehículo.

—Puede que la cobertura sea mala. ¿Hay algún desvío?

Oteé el camino que tenía por delante. Una estrecha entrada de gravilla desaparecía entre los árboles. —Sí. Hay un camino de entrada. Me meto por ahí.

—Si pierdes la señal...

—Ya sabrás por qué.

Mientras avanzaba por el camino de gravilla, mi teléfono emitió un último tono, y eso fue todo. Se perdió la señal.

Martina llevaba desaparecida al menos treinta minutos. Probablemente más. Cuarenta y cinco, si se había marchado antes. Pueden pasar muchas cosas en cuarenta y cinco minutos.

El camino desembocó en un claro. Apareció ante mí una casa tipo rancho, sencilla, de mediados de siglo. Nada grandioso. Nada ostentoso. Simplemente algo oculta y aislada. Los árboles y arbustos la rodeaban como un muro.

En la entrada había un Mercedes sedán oscuro. *Estaban allí.* Apagué el motor y abrí la puerta despacio, escuchando.

Saqué mi Glock de repuesto de la guantera. Era posible que necesitara ambas armas. Avancé hacia la casa, manteniéndome agachada, mirando por las ventanas al pasar. No había luces encendidas ni señales de movimiento o de lucha.

Entonces lo oí. Un disparo resonó entre los árboles. El pavor se apoderó de mí al darme cuenta de que no solo la tenía retenida, sino que la estaba cazando. Alcé mi arma y corrí hacia el sonido.

Pensé: *Por favor, Martina. Aguanta, que ya voy.*

56

—•—

Martina

Un dolor blanco e incandescente me desgarró el brazo. Me pasé la pistola a la otra mano. Sabía disparar con la izquierda, pero no tenía tanta precisión. La sangre empapaba mi manga, cálida y resbaladiza. No era solo un rasguño. Con la adrenalina por las nubes, me giré, buscándolo con la mirada. No estaba en mi campo de visión. Con suerte, eso significaba que si yo no podía verle, él tampoco podía verme a mí.

Choqué con un muro de maleza, un matorral lo bastante denso como para ocultarme si me mantenía agachada. Con sigilo, bajé y me pegué al suelo; con el corazón martilleando, obligué a mi respiración a calmarse.

Ahora esto era un combate.

Unos pasos crujieron cada vez más cerca.

Se oyeron ramas romperse.

—Martina —llamó él, casi con amabilidad—. Espero que eso no te haya dolido demasiado.

La rabia afloró, pero la reprimí y escuché. Conté los pasos. Esperé. *Este era mi momento.*

Cinco segundos. Diez. Su sombra cruzó la línea de la maleza y disparé.

Un gruñido, luego una sarta de juramentos, y el bosque estalló con fuego de réplica. Gracias a Dios, no recibí otro impacto. Rodé y eché a correr. Las balas trituraban la corteza a mi espalda. Me deslicé tras el pino más ancho que pude encontrar, me lancé hacia un lado y aparecí disparando.

Esta vez le alcancé de lleno en el brazo. Su arma cayó al suelo con un ruido metálico. Cargué contra él.

Se lanzó a por la pistola. La aparté de una patada y sentí una sacudida en la pierna y él se abalanzó sobre mí. Chocamos contra el suelo con fuerza. Intentó arrebatarme el arma. Le propiné un rodillazo y rodé para soltarme. Se levantó tambaleándose, buscando.

Tenía un tiro limpio. Apunté a su muslo y disparé. Él se lanzó al suelo, forcejeando, y de algún modo logró agarrar el arma caída mientras se desplomaba. Empezó a levantarla, pero me adelanté, me cuadré y apunté al centro de su cuerpo. El disparo dio en el blanco. Sus manos perdieron fuerza. El arma se le resbaló de los dedos. Se desplomó.

Me quedé de pie sobre él, con el pecho agitado y el brazo gritando de dolor, manteniendo mi arma firme y apuntándole. La sangre empapaba el suelo entre nosotros.

Unos pasos apresurados llegaron desde mi derecha. Eché un vistazo. *Val.*

Ella asimiló la escena en un abrir y cerrar de ojos, alternando la mirada entre mí y Ashton, que jadeaba. —¿Estás bien?

Miré rápidamente mi brazo y dije: —Estoy bien. Eso creo.

Ella me examinó. —No hay cobertura. Voy a volver corriendo a la carretera para pedir una ambulancia. El equipo de Selena debería estar aquí en cualquier momento. ¿Te encargas tú?

Unas lágrimas ardientes y repentinas me surcaron las mejillas. —Me encargo... Gracias por venir a por mí.

Ella me dedicó una leve sonrisa. —Parece que no me necesitabas. Entonces se dio la vuelta y echó a correr.

Me dejé caer junto a Ashton, tras apartar su arma de otra patada, y presioné la herida de su pecho. La sangre burbujeaba en sus labios. —Bien jugado —murmuró. Un momento después, su cuerpo se relajó y levanté mis manos ensangrentadas.

Se había ido.

57

—•—

Martina

Abrí los ojos con un parpadeo y por un momento no supe dónde estaba. Entonces me golpeó el olor a hospital y el pitido constante de un monitor hizo que todo cobrara nitidez. Una cama de hospital. Paredes blancas. Mi brazo fuertemente vendado e inmovilizado. Las palabras del médico me vinieron a la mente de forma fragmentada. —La bala alcanzó una arteria. Si no hubieras llegado cuando lo hiciste, podrías haberlo perdido. O algo peor. Solté un suspiro lento y giré la cabeza.

Charlie estaba sentado en la silla junto a la cama, con un libro abierto en el regazo y una taza de café sobre la mesa de al lado. Levantó la vista de inmediato, buscándome la cara con la mirada.

Qué maravilla despertarse con esto. —Buenos días —dije con voz ronca.

—Buenos días. ¿Cómo te encuentras?

—Cansada.

Él sonrió levemente. —Es normal.

Traté de alcanzarlo con la mano izquierda. Me la cogió al instante, apretándola como si tuviera miedo de soltarme. —No lo digo lo suficiente... pero te quiero.

Él lo decía a menudo, pero yo nunca me cansaba de oírlo. —Yo también te quiero.

Sus ojos se humedecieron y por un segundo le falló la voz. —Creo que nunca he pasado tanto miedo.

—Estoy bien. Estoy aquí.

Asintió, pero me di cuenta de que no estaba convencido. —Faltó poco para que no fuera así.

—Lo sé.

Había una docena de conversaciones flotando entre nosotros sobre el peligro, sobre las decisiones y sobre que yo dejara el trabajo. Ambos sabíamos cómo acabaría esa charla. Entendía su preocupación; yo me preocupaba por Selena, por mi equipo y por todos los que estaban cerca de mí.

Selena entró con su propia taza de café, paseando la mirada de inmediato entre nosotros dos. —¿Todo bien?

—Estamos bien —dije, tratando de sonar convincente.

Sus hombros se relajaron. —¿Ningún problema durante la noche?

Miré hacia la puerta. Steve y Otto estaban fuera, inconfundibles incluso a través del cristal. No sabían quién más podría venir a por mí. Yo pensaba que probablemente estaba a salvo. La única persona que me quería muerta ya no estaba. Pero Charlie y Selena habían insistido. Val había estado de acuerdo en que no era mala idea.

—Ninguno.

—¿Cómo te sientes? ¿Lista para volver a la carga? —Me guiñó un ojo.

Con una sonrisa a medias, dije: —Creo que me tomaré un descanso durante un tiempo. Los médicos dicen que estaré aquí unos días.

—Sensato. He hablado con Zoey —dijo—. Quiere oír tu voz. Y me ha pedido que le digas que la llames en cuanto despiertes.

—Lo haré.

Su móvil vibró. Selena miró la pantalla.

—Es Val —dijo—. Voy a cogerlo. Llama a Zoey.

Salió de la habitación rápidamente y la puerta se cerró tras ella. Me recosté contra la almohada, aún sosteniendo la mano de Charlie,

sabiendo, sin que nadie me lo dijera, que lo que fuera que Val tuviera que decir volvería a alterar la calma.

Charlie me pasó mi teléfono; ya estaba llamando a Zoey.

—Hola, mamá. ¿Estás bien?

—Sí, cariño. Estoy perfectamente. No era la primera vez que me disparaban. Si llevábamos la cuenta, era la tercera. Quizá fuera como un gato, como Selena, con nueve vidas. Tres balas menos. Supongo que eso significaba que me quedaban seis más. No es que esperara usarlas. Aun así, se sentía como el testimonio de algo más grande. Había estado cerca de la muerte tantas veces, y cada vez, Dios me había salvado. Tenía gente que velaba por mí y mis oraciones habían sido escuchadas en múltiples ocasiones. No podía ignorar eso.

—¿Cómo estáis Henry y tú? ¿Cómo va la clínica?

—Estamos todos bien por aquí —dijo Zoey—, pero nos diste un buen susto, mamá.

Sonreí levemente. —Ya sabes que un psicópata tonto no va a acabar conmigo.

—Vaya —dijo—. Suenas igual que el tío August.

El tío August, mi antiguo compañero, August Hirsch. Mi madre y Zoey siempre preferían llamarlo por su nombre de pila.

—Bueno —dijo Zoey—, me voy ahora mismo a la clínica. ¿Puedo llamarte más tarde?

—Por supuesto. Te quiero, cariño.

—Yo también te quiero, mamá.

Le devolví el teléfono justo cuando Selena entraba apresuradamente en la habitación, con los ojos muy abiertos y apenas pudiendo contenerse. —Martina, nunca te vas a creer esto.

Me preparé para lo peor. —¿Qué pasa?

—Bueno, de camino hacia aquí ha habido algunas novedades.

—¿Novedades?

—Sí. Al parecer, cuando la policía registró el coche de Ashton Edina, el Arquitecto que intentaba convertirse en la Corona y que te secuestró, encontraron un manifiesto.

Se me aceleró el pulso.

—Llamaba a la Sociedad de la Rosa *ovejas* —continuó Selena—. Enumeraba nombres de miembros y de víctimas que murieron a manos de ellos.

—No bromees.

—No. Y en cuanto Val lo vio, hizo fotos. Dijo que no sabía en quién podían confiar con una lista así. Esta gente tiene contactos en todas partes.

—¿Dónde está la lista ahora?

Selena se encogió de hombros. —¿Sabes que Vincent tiene sus conexiones con los medios?

Sonreí. —Oh, sí. Sé perfectamente los vínculos de Vincent con los medios.

—Bueno —dijo—, según Vincent, el manifiesto está a punto de publicarse. Redes sociales. Informativos tradicionales. En todas partes. Esto está a punto de estallar.

Bien. —Con suerte, eso supondrá su fin.

—Sí. Básicamente, Ashton ha enterrado a la Sociedad de la Rosa. Va a morir junto con él.

Los miembros estarían furiosos. ¿Estarían lo bastante enfadados como para venir a por mí? ¿O a por Val o a por cualquiera relacionado con su caída? No es que yo los hubiera delatado; fue Ashton, pero podrían sentir que fue por mi culpa que él perdió la cabeza. No podía pensar en eso. Esa sería otra batalla para otro día.

Pero luego pensé en sus diatribas, en la forma en que había hablado de la Sociedad llamándolos ovejas que no podían pensar por sí mismas. No era sorprendente que hubiera decidido exponerlos ante el mundo. Al fin y al cabo, era un Arquitecto. El control le importaba, incluso en la muerte. Ya podía imaginarme la tormenta mediática que se avecinaba y solo esperaba que mantuvieran mi nombre fuera de ella. Ya había tenido suficiente fama. Seguía queriendo hacer mi trabajo, conseguir justicia y encontrar a los desaparecidos, pero no quería la atención. No quería que la gente me contactara para difundir su mensaje o reclutarme para algún club enfermizo. *No, gracias.*

—Espero que salve vidas.

—Yo también. —Selena vaciló y luego añadió—: Val dijo que está trabajando para obtener más detalles sobre el secuestro de Lena, porque hay cosas que aún no tienen sentido. El papel de Ethan Buck y quién se llevó realmente a Lena. Por qué dejaron que escapara. Por qué dejaron el cuerpo de Teresa McDonald en el sendero. Val ha dicho que te informará cuando tenga respuestas.

Unas cuantas respuestas estarían bien. —¿Ha vuelto ya Lena a casa?

—Val dice que Lena y su padre ya están en casa.

—¿Ella está bien? Ha pasado por un suceso traumático.

—Los agentes del condado de Red Rose le dijeron a Val que Lena parece estar aguantando bien. Pero aún no sabe que sus padres estuvieron implicados en su secuestro, ni que la Sociedad existe y su madre es la líder.

Esa información iba a ser posiblemente más traumática que su secuestro. Dejando eso a un lado por el momento, miré la taza de café de Selena y luego la de Charlie.

Charlie sonrió. —Apuesto a que te encantaría una taza de café y algo de desayunar.

Asentí. —Un poco, sí.

—Hecho.

Me recosté contra las almohadas, consciente de repente de lo bien que se sentía simplemente estar allí. Estar rodeada de Selena y Charlie, de personas a las que les importaba si vivía o moría. Todavía sentía curiosidad por Val. No habíamos tenido mucho tiempo para conocernos, pero ya podía notar que teníamos mucho en común. Puede que fuera una agente del FBI jubilada, pero no podía dar la espalda al trabajo como tampoco podía hacerlo yo. Éramos iguales en ese sentido.

Esperaba con ganas su visita, y más aún ver qué estaban dispuestos a hacer la policía y el FBI para asegurarse de que la Sociedad de la Rosa muriera y no resucitara jamás.

58

—•—

Martina

Sentada en la cafetería, esperaba a Val. No estaba segura de si intentaba demostrarme algo a mí misma o al universo. Que podía sentarme allí, al borde del lugar donde me habían secuestrado, cazado y casi matado. Que era dura. Que no tenía miedo. O tal vez era más sencillo que eso. Tenían el mejor café de la ciudad.

O quizá buscaba un terreno neutral para que Val me pusiera al día sobre el caso. Me había prometido un informe completo y estaba deseando escucharlo. Nos habíamos estado enviando mensajes durante las últimas dos semanas. Ella se había interesado por mi recuperación y yo le había preguntado cómo progresaban las cosas. Hoy era la primera vez que nos veíamos cara a cara desde que me dispararon.

La campana sobre la puerta tintineó. Val entró con vaqueros y un jersey ligero, el pelo suelto y el brillo de labios captando la luz. Sin armadura. Solo ella. La saludé con la mano y me vio de inmediato.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó mientras se dejaba caer en la silla.

—Casi como nueva.

—Me alegra oírlo.

Le acerqué el café latte con caramelo. —He pedido para ti. Recordaba que dijiste que este era el que te gustaba.

Esbozó una sonrisa. —Gracias.

—Y… gracias por ayudar a salvarme la vida.

Se encogió de hombros. —Trato justo. —Tras un sorbo, añadió: —Está riquísimo.

—Este sitio solía ser uno de mis preferidos —dije—. Ahora tengo sentimientos encontrados.

Sonrió levemente. —Me sorprendió que quisieras quedar aquí.

—No iba a permitir que un demente me quitara mi sitio favorito para tomar café.

Con una mueca juguetona, respondió: —Te entiendo perfectamente.

—¿Cómo van las cosas por el condado de Red Rose?

—Han vuelto a la calma. Aunque es un poco inquietante saber que una sociedad secreta operó allí durante casi un siglo. En todos los años que pasé creciendo allí, nunca lo hubiera imaginado.

—Bueno —dije—, la mayoría de la gente no asume que algo así esté ocurriendo en su propio patio trasero. Con suerte, ya se ha terminado.

Soltó una risita. —Eso espero. A nadie le gusta que lo secuestre un asesino desquiciado. Créeme.

—¿A ti te han secuestrado?

—Dos veces —dijo con sarcasmo—. Cero estrellas. *No lo recomiendo.*

Con una carcajada, respondí: —Yo tampoco.

Se recostó en el asiento. —¿Quieres oír lo último?

He estado en casa, fuera de la oficina estas dos últimas semanas, y lo he odiado. —Sí, por favor.

—Bueno, con la publicación del manifiesto, que incluye los nombres y las víctimas, las fuerzas del orden de toda California y Nevada están reabriendo casos sin resolver. Se está interrogando a los sospechosos. Los miembros conocidos de la Sociedad están haciendo lo imposible para explicar su implicación. Ashton no nos dio la ubicación de los cuerpos, así que seguimos intentando

encontrarlos y dar consuelo a las familias. Ya hemos localizado unos cuantos, pero quedan muchos más ahí fuera.

—Ya es algo.

—La labor del FBI es inmensa. Su intento de que todos los responsables rindan cuentas podría llevar años, pero se está tramitando por la vía rápida.

—Me alegro.

—Y más concretamente —dijo Val—, por fin tenemos respuestas sobre el secuestro de Lena. Todas esas piezas que nunca encajaban.

Me incliné hacia delante.

—Con la lista pública, pudimos ejercer presión. Volvimos a interrogar a Oakley Patterson, alias Derek, y a Ethan, además de a Jason, Tiffany y Jenna. Por lo que sabemos, Jason, Tiffany y Jenna no tenían ni idea de lo que estaba pasando en realidad. Ethan sí que lo organizó todo. Planeó la broma para dejar a Lena a solas, lejos de las cámaras. La madre de Lena se lo pidió, pero él no conocía el plan real ni que la Sociedad existiera. Antes solo se había mantenido en silencio por petición de Alice Sapphire. Así que, no es probable que sea un asesino, pero sigue siendo un tipo despreciable.

—Eso encaja.

—Dos miembros de la Sociedad se llevaron realmente a Lena —dijo Val—. La drogaron y la retuvieron en el condado de Red Rose. Cuando volviste a la zona de la Bahía, el plan cambió. Necesitaban que regresaras.

Se me tensó la mandíbula.

—Así que desenterraron el cuerpo de Teresa McDonald y lo dejaron en el sendero para obligarte a volver al pueblo.

—¿Y la conexión entre Teresa y Ethan?

—No está nada claro, pero creemos que eligieron el cuerpo de Teresa para mantener a Ethan callado. Pero es un poco confuso. No creemos que él esté involucrado en su muerte.

—¿Alguna pista forense nueva sobre Teresa?

—No —dijo Val—. Pero refuerza el caso de conspiración. Los federales intentan imputar a la Sociedad como conjunto. Podría aplicarse la ley RICO, es complicado, pero están presionando.

—¿Y Derek?

—Después de que encontraran el cuerpo de Teresa y tú volvieras al condado de Red Rose, escenificaron la huida. Le dieron una paliza a Derek para darle autenticidad y luego él ayudó a Lena a «escapar». No estaba previsto retenerla tanto tiempo. Iban a ser tres días como mucho. Alice Sapphire no se puso muy contenta cuando la cosa se alargó.

—Así que todo estaba diseñado para moverme a mí.

—Exactamente.

Negué con la cabeza. —Sin ánimo de ofender, Val, pero si no vuelvo nunca al condado de Red Rose, no me lo tengas en cuenta.

—No me ofende. Aunque tengo la sensación de que eso no te espantaría para siempre.

—Bueno —dije—, parece que la Sociedad puede estar acabada de verdad.

—Espero que sí —dijo ella. Luego su sonrisa se desvaneció—. Hay una cosa más.

Esperé.

—Rumores —dijo—. Susurros. Esta era la Sociedad de la Rosa, propia del condado de Red Rose. Pero puede que haya otras. Grupos similares. En otros lugares.

—Eso es inquietante.

—Lo es. El FBI está formando un grupo de trabajo para buscar indicios de otros grupos.

Hice una nota mental para rezar para que solo fuera un rumor.

Terminamos nuestros cafés. La conversación derivó del trabajo a la vida. Cuando nos levantamos para irnos, me di cuenta de que habíamos acabado no solo como colegas, sino como amigas. Personas que se entendían. Al despedirnos y prometernos seguir en contacto, tuve la clara sensación de que no sería la última vez que nuestros caminos se cruzarían. Porque éramos dos guerreras que no podían ni pensaban rendirse *nunca* ante una lucha.

Sobre la autora

H. K. Christie vio películas de terror demasiado pronto en su vida. Inspirada por autores como Stephen King, Jodi Picoult, los pódcast de crímenes reales y una imaginación vívida, ahora escribe thrillers llenos de suspense.

Encontró su pasión por la escritura cuando emprendió un experimento personal para dejar un hábito. Aunque no logró romper ese hábito, sí descubrió su amor por escribir y ha continuado haciéndolo desde entonces.

Cuando no está trabajando en su última novela, se puede encontrar a H. K. Christie comiendo y bebiendo con amigos, paseando alrededor de los lagos o jugando con su peludo compañero favorito. Es originaria y residente actual del Área de la Bahía de San Francisco.

Para saber más sobre H. K. Christie y sus libros, o simplemente para decir "hola", visita **www.authorhkchristie.com.**

Agradecimientos

Mi más sincero agradecimiento a mi increíble Equipo de Lectores Anticipados. Su disposición para sumergirse temprano en mis historias, detectar esos molestos errores tipográficos y compartir sus reseñas reflexivas y su apoyo significa más de lo que imaginan. Su entusiasmo ayuda a dar vida a estos libros.

A mi editor, Ryan Mahan, gracias por tu mirada aguda, tus sugerencias acertadas y tu dedicación para hacer que cada historia sea más sólida. Estoy muy agradecida por tus cuidadosas ediciones y tu valiosa perspectiva.

A mi talentosa diseñadora de portadas, Odile, gracias por tu creatividad, tu orientación y las hermosas portadas que ayudan a que mis libros destaquen.

A mi mejor compañero de escritura (también conocido como el jefe), Charlie, gracias por el constante ánimo—y por recordarme que es hora de alejarme del teclado. Sin ti, probablemente pasaría todo el día encerrada en mi oficina en lugar de atender tus necesidades tan importantes: mimos, caricias, premios y largos paseos sin rumbo.

Al señor, gracias—como siempre—por estar a mi lado y apoyar este sueño.

Y, finalmente, a mis lectores: gracias de todo corazón. Gracias a ustedes, puedo vivir el sueño de escribir historias para ganarme la vida.